

R. VERA

HOLA, PRECIOSA



editorial
SELEER 



R. Vera

HOLA, PRECIOSA

Título Original: Hola, preciosa
R. Vera © 2014
© 2014 Editorial Seleer
info@editorialseleer.com
www.editorialseleer.com
Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por EDITORIAL SELEER 2014
Maquetación: Borja Muñoz Romero
Diseño de Portada: Borja Muñoz Romero
1ª edición
ISBN: 978-84-943464-0-8
Depósito Legal: MA 2045-2014
Impresión realizada por Grupo Seleer

Agradecimientos

¿Por dónde empezar? Hay tanto que decir... En primer lugar, gracias a mi marido y a mis hijos por vuestra paciencia y comprensión cada vez que me interrumpíais durante el proceso de creación de esta novela y os acababa echando de la habitación para tener algo de intimidad. Resulta muy difícil entrar en situación y describir ciertas cosas con dos niños pequeños delante discutiendo y peleándose por leer “el libro de mamá”.

Cuando seáis mayores, chicos. Después de haber terminado los tres primeros capítulos, necesitaba la opinión crítica de otra mente femenina y tuve la suerte de contar no con una, sino con tres: Camino, María José y María Jesús, amigas y compañeras de trabajo. No había nada que me motivara más que los whatsapps de Camino diciendo: “¡Deja lo que estás haciendo y ponte a escribir!”. Eternamente agradecida por tus correcciones. Esta primera edición no habría visto la luz sin el apoyo incondicional de mis compañeros de Alozaina y La Cala del Moral quienes sin dudarlo afirmaron: “Trate de lo que trate el libro, yo quiero uno”. Gracias a todos. Sois los mejores. Por último, merecen mención aparte mis alumnos. Gracias a todos por contagiarme a diario vuestra alegría, juventud y ganas de vivir. ¿Os cuento un secreto? Todos los profesores nos quedamos con un pedacito vuestro cuando termináis el instituto y continuáis con vuestras vidas. Tenemos el trabajo más bonito del mundo. Para el hombre de mi vida, que me apoya y soporta todos mis defectos. Te quiero, Paco.

Capítulo 1

–¡Ay, no! ¡Ay, no! Un poquito más...–protesté al escuchar el impertinente sonido de la alarma despertador del móvil. Odiaba madrugar especialmente los fines de semana. ¿La alarma del móvil?

–Un momento. ¿Qué día es hoy?–pensé en voz alta un tanto confundida.

Llevaba ya casi dos meses de vacaciones y todos los días se marchaban sin saber exactamente si estábamos a miércoles o viernes.

Para mí todos los días eran sábado o domingo. Joder, me encantaba mi trabajo. Tenía realmente calidad de vida y un período vacacional cojonudo. Ser profesora era el sueño de mi vida. Sí, lo sé. Tampoco es que me hubiera puesto una meta muy alta, pero era mi meta y estaba a punto de llegar a ella... A punto porque todavía no había aprobado las malditas oposiciones de Secundaria. Nada más terminar el CAP (Curso de adaptación pedagógica) se convocaron y me presenté. Me presenté y suspendí... No me di cuenta de que no estaba realmente preparada para el formato de las pruebas en sí hasta que me enfrenté a ello. Normalmente las oposiciones se convocaban con un intervalo de dos años así que si uno suspendía tenía que esperar otros dos años para volver a intentarlo. Desde el día que NO vi mi nombre en la lista de los elegidos supe que aquello se convertiría en una losa que me tendría que quitar de encima a toda costa. Eso y el látigo del fracaso con el que mis padres me azotaban constantemente, sobre todo después de haberme conseguido papá el año pasado un puesto temporal en un centro educativo privado “El Manantial”.

Ya sé que soy una mala hija. Debería estar muy agradecida con él por recurrir a sus contactos y enchufarme de aquella manera. Después de mi primer año había adquirido una experiencia que valía su peso en oro. No tenía ni idea de lo caro que me iba a costar aquello.

Bueno, sí lo sabía pero me engañaba a mí misma.

Mis padres siempre fueron muy exigentes conmigo y era muy difícil estar a la altura y no defraudarles cuando la estrella de la familia era tu hermana mayor. Pediatra, casada con un abogado y para ponerle la guinda al pastel embarazada de gemelos a los 30.

El trabajo que papá me consiguió en el privado era un regalo envenenado y

yo lo sabía... Suponía una excusa perfecta para volver atrás en el tiempo e intentar mangonear mi vida. ¡¡Con lo que me había costado independizarme!! Pero claro, una no es idiota y era una oportunidad de oro para meter la cabeza de pleno en la profesión. No podía dejarlo escapar.

–Ya te he llamado tres veces. ¿Por qué no coges el teléfono? ¡No me digas que todavía estás durmiendo, Rebeca! No hay nada como que te despierte el sonido chillón e irritante de la voz de tu madre interrumpiendo así el sueño recurrente que mi subconsciente reproducía aleatoriamente desde hacía ya unas semanas atrás. ¡Esta vez casi escucho su voz! ¿Cómo sería? Me la había imaginado muchas veces: grave pero con un desgarró final aterciopelado, varonil, sugerente, capaz de provocar cualquier reacción... como que a una le tiemblen las piernas y le palpíte más de una zona del cuerpo con solo oírlo. Además, al final del sueño me atrevía por fin a quitarle las gafas de sol. Dios... ¿por qué los sueños se detienen de repente y se evaporan precisamente en el momento más interesante? Sus ojos. Necesitaba ver sus ojos la próxima vez que soñara con él...

–Ah...Hola mamá. Buenos días a ti también– le solté malhumorada al reconocer su voz y oír su tono mandón.

–Sí, buenos días o mejor buenas tardes. ¿Pero tú sabes qué hora es?– No pude evitar sonreír ya que hasta que no me despejara un poco no sabía ni qué día de la semana era...

–Te llamaba para decirte que esta noche tenemos cena familiar. Voy a probar una receta nueva de besugo asado con mousse de zanahoria y finas hierbas.– Mamá siempre estaba curioseando por internet y experimentando con la cocina.

–Tiene buena pinta y espero que os guste a todos. Tu hermana y Pablo vendrán a eso de las :30. No llegues tarde, cariño. Ya sabes cómo se enfada tu padre cuando llegas tarde.

Claro que lo sabía. Mi padre no era precisamente un hombre paciente. La verdad es que tenía muy mal genio, sobre todo después de haberse jubilado tras treinta años de servicio como policía local.

Lo llevaba mal y mamá trataba de buscarle un sinfín de actividades con las que ocupar su tiempo libre. Consiguió que papá retomara los cuidados del jardín tras jubilarse. Realmente nunca habíamos tenido el jardín tan bonito. Al César lo que es del César. Seguía estando en forma a sus 60 años y corría con frecuencia por el paseo marítimo. A menudo nos encontrábamos por allí porque a los dos nos gustaba correr cuando se iba el sol y empezaba a caer la

noche.

Las vistas del anochecer sobre el litoral de Málaga, eran simplemente impresionantes. Cuando me quedaba sin resuello después de machacarme corriendo aproximadamente durante una hora (no aguantaba más a pesar de que no tenía un ritmo muy rápido) me quedaba absorta admirando las tonalidades pastel que se iban formando en el cielo: el azul iba derritiéndose y fundiéndose con un rosa chicle apagado para acabar en bandas serpenteantes de modo que anunciaban el anochecer tras las montañas de la sierra de Benalmádena

Toda una acuarela celestial. ¡Dios, me encantaba haber nacido en una ciudad costera como Málaga! Además del hermoso paisaje, el Paseo marítimo ofrecía durante el verano otras alegrías para la vista. ¡Estaba repleto de tíos buenos haciendo deporte! La mayoría corriendo sin camiseta, sudorosos, jadeantes y bronceando sus musculosos brazos y pectorales al sol. Estaban esos tíos y estaba él... Mi Iron Man. Al menos eso fue lo primero que me vino a la cabeza cuando le vi por primera vez una de las pocas tardes que iba a correr (prefería la noche) y me crucé con él. Un armario de roble macizo pero esbelto que debía alcanzar .85m.

Por supuesto no corría con camiseta. Hubiera sido pecado privar a babosas como yo (así me sentía cada vez que me lo encontraba) del placer de admirar ese cuerpo. Joder, era perfecto. El encuentro era siempre muy fugaz y disponía solo de unos segundos para disfrutarlo así que la vista se me iba a la tableta de chocolate que parecía cincelada en bronce. Lucía una corta melena morena, lisa y ligeramente ondulada que le caía solo un poco por debajo de la nuca, antes de llegar a unos hombros poderosos y una espalda que descendía cerrando un triángulo perfecto.

Era muy frustrante después de un verano entero no saber el color ni la forma de sus ojos. Siempre corría con gafas de sol y a menudo también con gorra. Eso me impedía hacerme una idea fiel de su cara. Creo que inconscientemente empecé a correr con más frecuencia por las tardes que por las noches con el aliciente de cruzarme con él. Cuando le divisaba a lo lejos (era imposible no ver a semejante Dios griego) procuraba no ser descarada pero tenía un ritual que repetía cada vez que tenía la ocasión. Al pasar rápidamente a mi lado yo cerraba los ojos y por un instante que me sabía a gloria bendita aspiraba profundamente la estela del aroma que dejaba a su paso.

Olía a testosterona, a peligro, a pasión, a sexo duro, a hombre...Sí, tengo

mucha imaginación y... mucha hambre. Y luego, llegaron los sueños recurrentes...

–Rebeca, ¿sigues ahí?– mi madre se impacientaba al ver que tardaba en responder.

Si mi hermana Silvia y Pablo iban a cenar a casa de mis padres debía ser sábado...Mi primera intuición era correcta.

–Mamá, no te enfades pero ya había quedado con mis compañeras esta noche...

–¿No vas a venir? A papá no le va a gustar y me hacía ilusión que probaras la receta nueva– dijo muy decepcionada.

–No me habéis avisado con antelación y ya tenía mis planes para esta noche.

–De verdad que no te entiendo.– El tono de su voz pasó rápidamente de la decepción al enfado. – Llevas dos largos meses de vacaciones y puedes salir con tus amigas cuando quieras. ¿Qué más te da? Así estaremos todos.– La voz le traicionaba un poco ya que delataba nerviosismo.

Explicarle lo de la cita con las chicas no iba a servir de nada. No me gustaba poner nerviosa a mamá por mi culpa pero también estaba loca por ver a mis compañeras. Durante el verano cada una había seguido su propio camino. Las conocía solo desde hacía un año, el tiempo que llevaba trabajando en El Manantial. No sé qué hubiera hecho sin ellas. Me acogieron muy bien desde el primer día y me ayudaron a integrarme en el claustro.

Al ser novata tenía mucha inseguridad y si no hubiera sido por Lidia, Patri y Rocío el pelo se me habría caído a chorros por culpa de los nervios. Juntas formábamos el club del Friday night. Decidimos hacer terapia de grupo una vez al mes para ahogar el estrés del trabajo en gin tonics y entre bailoteo y bailoteo cotillear sobre la gente del trabajo. Desde luego no todo el mundo me recibió de la misma manera...

–Vale mamá. Tú ganas– dije arrepintiéndome ya. – Pero ceno rapidito y luego me voy, OK?

–Estupendo cariño. Te esperamos a las 20:30. No meriendes mucho y trae apetito. Hasta la cena– dijo rápidamente y con voz triunfante antes de colgar.

No me hacía ni chispa de gracia cenar con mis padres un sábado por la noche. Joder, no podían esperar que el mismo día y sin previo aviso acudiera sin más. Ya sé que mi vida social no era para tirar cohetes precisamente. Siempre había sido así. Desde que estudiaba en el instituto mi círculo era bastante limitado. Siempre estaba estudiando en casa o viendo la tele. Era una

chica buena. Mis padres minaban la poca iniciativa que tenía para salir poniéndome el toque de queda para llegar a casa a medianoche. ¡Por favor, si la mayoría de los bares del centro de la ciudad abrían a partir de esa hora! Y una vez más y como siempre mi madre hizo que alterara mis planes aunque solo fuera en parte. Mierda, tendría que llamar a las chicas y hablarles del cambio de planes. Me sumaría después a las copas.

Las vacaciones de verano llegaban a su fin. No podía quejarme tras dos meses tumbándome a la bartola. Mi verano había sido playa/ piscina *playapiscina*. En la vida había conseguido un bronceado tan bonito y favorecedor. ¿Cómo les habría ido a las chicas durante estos dos meses? Lidia era de Mallorca y por supuesto se fue allí a pasar el verano con su familia y su novio, Eric. La relación a distancia la estaba matando.

Patri se fue de vacaciones a Italia. Alquiló un apartamento cerca del Coliseo con un grupo de amigos y no la vi en todo el verano.

Bueno, sí la veía. Hablábamos por Skype de vez en cuando. Me ponía los dientes largos y nos poníamos al corriente.

Y Rocío... Bueno, Rocío ya estaba lo bastante ocupada con su marido y con sus hijos. Patri, Lidia y yo éramos las profes más jóvenes del IES El Manantial, ninguna había cumplido todavía los , pero siempre sospeché que la más joven era Patri. Por supuesto nunca nos habíamos preguntado la edad. Antes muerta que decirla... Rocío, en cambio, era toda una señora que rondaba los 60 años y a la que le quedaban todavía cinco más para jubilarse (cosa que no le hacía ninguna gracia; adoraba su trabajo).

Aun así creo que todas coincidíamos en que Rocío era el espíritu más joven, alegre y marchoso del grupo. Tenerla a mi lado me daba mucha seguridad y siempre se podía contar con ella para todo. Para todo menos para las vacaciones. Este año se casaba su hija mayor y andaba como loca con los preparativos. La boda era a finales de septiembre, creo...Tenía que recordar preguntarle qué tal iba todo.

Yo en cambio no me fui de vacaciones a ninguna parte. Me sentía tan culpable por no haber aprobado las oposiciones a la 1ª que estuve durante el verano entre playa y piscina programándome para lo que me quedaba por delante y analizando objetivamente los errores cometidos en la anterior convocatoria, así como actualizando bibliografía. Llevaba todo el verano esperando con mucha ilusión reunirnos todas juntas esa noche que habíamos pactado para ponernos al día antes de empezar con el trabajo al lunes siguiente. Claro está, mi madre no lo entendería después de haber disfrutado

de dos meses de vacaciones.

Solté el teléfono de mala gana y me fui directa al cuarto de baño. Necesitaba una ducha fría que me despejara y me quitara el mal humor. Tocaba lavarse el pelo y me puse la mascarilla que Lucas había insistido que probara. – Joder, ¡qué bien huele!– exclamé en voz alta al penetrar en mis sentidos aromas de vainilla, jazmín y un discreto toque de almizcle. Tenía que darle la razón a Lucas. Era la mejor mascarilla que había usado en mucho tiempo. Esa era una de las ventajas de compartir piso con un chico. Un chico gay, claro.

Lucas y yo nos conocíamos desde el instituto y estudiamos juntos en la UMA, la Universidad de Málaga. Yo, Geografía e Historia y él Empresariales. Los dos vivíamos con nuestros padres durante el 1º año de carrera pero al pasar a 2º el cuerpo nos pedía independencia así que dimos el salto y decidimos compartir piso juntos cerca de la facultad.

Desde que el casero nos llevó a verlo el primer día tuvimos claro que era ideal para nosotros. Se trataba de un apartamento pequeño pero bien distribuido con dos dormitorios, un solo baño (que nos ocasionaba a Lucas y a mí más de una pelea) y una cocina americana vinculada al salón. Otro punto a su favor era la luz que entraba a través de los grandes ventanales que llevaban del salón a una terraza muy espaciosa con una original forma octogonal.

Desde luego era el punto fuerte del piso. En la plaza de garaje comunitario solo había un coche, pero de todas formas yo prefería aparcar fuera para no tener que maniobrar mucho (uno de los pilares del garaje me tenía ganas). Era en definitiva una joya bien comunicada con paradas cercanas de autobús, taxi y metro (para cuando terminaran las obras del metro, claro...) y con piscina comunitaria bastante grande y no muy concurrida. La comunidad y el alquiler no eran excesivamente altos si compartíamos gastos.

Lucas no tenía problemas económicos. Tuvo la suerte de venir al mundo en una familia bien acomodada, algo facha y conocida de la sociedad malagueña. Su familia prefería no hablar alegremente de su homosexualidad. Cuando terminó la carrera empeñó el dinero que su abuelo le dejó al morir en montar un bar de copas en el centro, concretamente en el puerto: el Flamingo Rock.

Fue una inversión muy arriesgada y considerable así que montó el negocio junto con un socio, Rubén. Los locales del recién inaugurado muelle uno eran los más caros de la zona céntrica. El bar tenía un ambiente muy chic, cócteles muy variados y actuaciones en directo de bandas de pop y rock locales durante los fines de semana. Fue un éxito desde el primer día.

Sobra decir que Lucas y su socio se entendían tan bien en los negocios

como en la cama. Eran dos veinteañeros que rondaban los 30. Lucas era todo un malagueño de bandera: moreno, 1.75m., profundos ojos marrones y de una complexión atlética envidiable teniendo en cuenta el poco ejercicio físico que hacía. Era muy vago para el deporte. En definitiva, no le gustaba sudar. Decía que eso le agobiaba y le ponía de mal humor. En cambio, Rubén era un gaditano rubio de ojos verdes con casi 1.80m de altura que se machacaba diariamente en el fitness center de moda haciendo de todo: kickboxing, spinning, pesas, natación...

Últimamente parecía que todos los macizorros eran gays. ¡Dios qué hambre pasábamos algunas! Me sequé el pelo y me lo recogí en una coleta. Ya le pediría a Lucas que me lo arreglara más tarde. Se le daba genial la peluquería y siempre me ayudaba a arreglarme cuando salía, cosa que hacía poco. También íbamos a menudo de compras juntos y me aconsejaba sabiamente con el estilismo. El primer día de rebajas era una cita ineludible para los dos y formábamos un tándem ganador. ¡Ja! Era otra de las ventajas de vivir con un chico gay.

–¡¡Pero si solo son las 12:30!!– grité al comprobar la hora. Mi madre desde luego era una exagerada.

Como Lucas trasnochaba por culpa del club nunca se despertaba hasta las 16:00 o 17:00 de la tarde. Decidí aprovechar el resto del día programando mi temario de oposiciones en sesiones de estudio semanales. Me resultaba imposible hacerlo en sesiones diarias ya que el curso comenzaba el lunes siguiente y no podía saber con exactitud cómo podría rendir con el estudio por las tardes y las noches después de una intensa mañana de trabajo en El Manantial. No me gustaba plantearme un ritmo de estudio y luego no cumplirlo a rajatabla por imprevistos o cansancio.

Me hacía sentirme culpable. Quería empezar con buen pie. El lunes Jefatura de Estudios proporcionaría al profesorado una relación detallada con todas las fechas de las sesiones de evaluación, claustros y reuniones de coordinación para todo el curso académico que empezaba.

Con esa información podría ultimar la programación de mis estudios de oposiciones de una manera práctica y realista. El curso pasado fue muy intenso para mí por ser el primero laboralmente hablando pero no tenía la presión de las oposiciones encima porque no habría convocatoria ese año. Ahora con el inicio de septiembre se ponía en marcha una cuenta atrás infernal que terminaría a finales de junio con las oposiciones. ¡Esta vez una plaza sería para mí!

Cuando llegó la hora de almorzar opté por una ensalada. Si no dejaba el plato limpio en la cena con mis padres me caería encima el típico sermón de lo mal que me alimento desde que salí de casa y me fui con Lucas de alquiler. Nunca les había parecido bien y yo misma fui la primera sorprendida por mi firme determinación a la hora de abandonar el nido familiar.

Desde luego no me apoyaron en nada de nada. Tampoco en lo económico. Supongo que el sargento de mi padre (aunque en realidad era capitán) no esperaba que el trabajo que me ofrecieron dando clases en un centro de estudios a alumnos de primaria y secundaria fuera a llegarme lo bastante como para pagar mi parte del alquiler y subsistir durante mis estudios universitarios. Además, Lucas “el potentado” me ayudaba cuando no llegaba a fin de mes. ¿Para qué son los amigos si no?, me decía cuando me veía apurada. Siempre cuidaba de mí y yo procuraba no fallarle nunca. Mi círculo de amigos era reducido pero desde luego era selecto. ¡Qué suerte tengo de tener amigos como Lucas! Lástima que mi padre no lo viera así...

Iré a buscar, quiero encontrar, sí, un hombre de verdad. Me arrastraré, suplicaré, sí, un hombre de verdad.

Alaska empezaba a cantar con el poderío altivo de siempre en el dormitorio de Lucas y eso indicaba que estaba a punto de levantarse tras una larga noche de curro en el Flamingo Rock.

–Buenos días, reina– Lucas apareció en el salón comedor llevando solo unos bóxers blancos de Calvin Klain que le marcaban un paquete nada desdeñable. Siempre me daba los buenos días por la tarde cuando se despertaba y el día empezaba para él.

–Chico, cuánta carne desperdiciada...– le digo clavando mis ojos en los bóxers negros y esbozando una sonrisa.

–Si tuvieras una buena polla me casaba contigo mañana mismo, cielo. Lo sabes, ¿verdad?

–Nadie es perfecto, Lucas y yo menos. Además, Rubén me cortaría los huevos, fijo. Está muy colgado por ti. Nunca sería la tercera polla en discordia– solté una carcajada imaginándome la situación.

–¿Qué tal anoche? ¿Se hizo buena caja? –Genial, como todos los viernes. Además el cartel de actuaciones de este finde es muy variado y creo que va a ser uno los mejores de la temporada. Tocó una banda de jazz, la Mississippi Swing Band.

Son un grupo de Barcelona con bastante trayectoria a sus espaldas y tienen un sonido puro y limpio. Al público le encantó y ya hemos acordado futuras fechas.

–Esta noche he quedado con las chicas para ponernos al día y eso. ¿Quién toca hoy?

–La Flamingo Rock Band. Así que Rubén está de los nervios.– Se sienta en una de las sillas del salón y se pasa ambas manos por el pelo tratando de domarlo.

El socio y novio de Lucas tocaba la guitarra en un grupo de rock. Todavía les faltaban tablas pero iban consiguiendo actuar aquí y allá.

–¡Qué bien! Nos pasaremos por allí para verle y tirarle algún sujetador al escenario– le guiño un ojo con toda la intención del mundo y me siento en su regazo. – Me tienes que ayudar con el pelo y a elegir qué me pongo. Tengo que estar a la altura de las demás– le digo suplicante y juntando las manos en actitud de rezo.

–Mira que eres payasa– exclama sacudiendo la cabeza. – Claro que te ayudo, pero las otras no tienen nada que hacer contigo. ¿Te miras al espejo de vez en cuando, reina? Pelirroja, ojos grandes verde esmeralda, cinturita, piernas de infarto... ¿Qué más quieres? Deberías asegurar ese cuerpo – suspira mientras me agarra una teta y la estruja. – ¡Por fin vas a salir! Chica, tienes que quitarte tanta telaraña de encima. Tanto tiempo sin vida nocturna no debe ser sano para ti a tu edad– añade en tono condescendiente y meciéndome entre sus brazos como si fuera una niña pequeña.

Ya me gustaría a mí verme con los ojos de Lucas ya que la autocrítica y la inseguridad siempre minaban mi estima personal. Pero una tenía sus trucos. Para los días duros o de bajón nada como unos buenos tacones para sentirme mejor. Eso y una bonita ropa interior...

–Bueno...– aparté la vista algo avergonzada – tú ayúdame y luego vemos los resultados. ¿Qué te parece el vestido coral de tirantes y los tacones a juego?

–De eso nada, monada. Esta noche te quiero ver con el modelito blanco de Mango con encajes en la zona del escote, ese tan cortito que todavía no te has atrevido a estrenar– dijo acusándome de mojigata. – ¿Para qué quieres ese bronceado y esas piernas si no? Los tacones coral le van bien si lo combinas con el bolso del mismo color. Y del pelo no te preocupes. Te paso la plancha y te hago algunas ondas y así luces ese pelazo. No puedes ir todo el verano con

esa coleta y con las manoletinas.

–Tío, me estás hundiendo– agacho la cabeza y hundo los hombros.

Me resultaba imposible llevarle la contraria así que me fui a mi habitación, abrí el armario y me puse a buscar todo lo que me había indicado. Esa tarde me sentía como una actriz o modelo famosa en el set de peluquería y maquillaje. Era tan cómodo dejarse hacer...

Cuando dieron las 20:00 y me miré en el amplio espejo de cuerpo entero que Lucas tenía en su dormitorio... no me lo podía creer. Llevaba demasiado tiempo sin arreglarme en condiciones, así que el resultado me sorprendió aún más.

–Guau, Lucas. Esta vez te has superado– le digo mientras me sonrío de oreja a oreja admirando su obra.

–Es la percha, reina. Me limito a sacarle brillo al maniquí. Tu coleta y las manoletinas de siempre matan todo el glamour y dicen soy aburrida y no he echado un polvo desde...

–No hace falta que lo vayas pregonando por ahí, ¿no?– le doy un empujón para que se calle.

–Pero este modelazo, estos tacones y este pelo gritan estoy buena, me encanta y puedo echar un polvo cuando quiera y con quien quiera– me da un fuerte achuchón apretándome el culo y se mete en la cocina para prepararse un café.

–¿Te vas ya? ¿Quieres un café antes de marcharte?

–¿Un café? Más me valdría tomarme algo más fuerte para sobrevivir a la cena con mis padres– afirmo resignada. Le doy un besito a mi compañero de piso, estilista y amigo y salgo por la puerta.

No quería que las obras del metro me hicieran llegar tarde. Ya en el coche saco del maletero el par de deportivas que llevo cuando me toca conducir con tacones y me cambio de calzado. Me abrocho el cinturón (no quiero que vuelvan a multarme) y arranco mi Volkswagen Golf gris metalizado forzando como siempre la 1ª marcha (cada uno tiene sus defectos...) Una hora más tarde me encontraba sentada a la mesa para cenar en familia y rodeada por el enemigo. La casa de mis padres era un coqueto semi adosado situado en una bonita zona residencial a las afueras de Málaga. En cuanto Silvia se independizó y se casó con Pablo, mis padres convirtieron rápidamente su habitación en una biblioteca con un panel oculto que hacía las veces de pantalla de cine. Mi habitación, en cambio, seguía prácticamente como la había dejado años atrás, salvo que mamá se cansó de mis pósters de AC/ DC,

Bon Jovi y Elvis y los tiró a la basura. Nunca le perdoné lo del rey... Era como si creyeran que tarde o temprano volvería a casa.

No había siquiera atacado al besugo cuando el primer tirito me cayó a bocajarro.

–¿No estás muy morena tú para estar preparando oposiciones?– me pregunta mi padre sin levantar la vista del plato.

Mamá como era habitual sonreía y se hacía la tonta, como si no lo viera venir.

–Venga, papá, no empieces como siempre– soltó mi hermana al rescate.

Estaba embarazada de gemelos y en su cuarto mes de gestación estaba realmente guapísima con una tripita considerable y una luz especial en la cara. Siempre estaba al quite para eliminar la tensión que se creaba cuando papá empezaba a fustigarme con sus impertinencias.

De pequeñas mi hermana y yo nos llevábamos a matar. Primero nos peleábamos por los juguetes y después por la ropa y las amistades. Fue marcharse ella de casa para casarse (como Dios manda) con Pablo y nuestra relación mejoró y se hizo mucho más estrecha.

Era como si hubiéramos descubierto que nos echábamos de menos y lo mucho que nos queríamos. Supongo que le pasará lo mismo a todos los hermanos.

–Papá, las oposiciones son como una carrera de fondo– alegué intentando hacer un guiño a nuestra afición en común. – No puedo gastar todas mis energías al principio cuando todavía queda todo un año por delante antes de los exámenes.

–Claro, claro. Si yo no digo nada, Rebeca– replicó ondeando los cubiertos al aire. – Lo único que digo es que a ver si el sprint final te va a venir largo, como la última vez.– Ya está. Ya lo había soltado una vez más y se había quedado tan tranquilo. Empecé a notar calor y cómo gotitas de sudor se agolpaban en mi frente.

–¿Quieres postre, cielo?– interrumpió mi madre muy oportunamente. – He preparado una tarta de queso con frutas del bosque que está para chuparse los dedos.

Mamá empezó a recoger los platos de la mesa y yo intenté escapar a tiempo y ayudarla.

Eterna ama de casa, Antonia Aguiler había dedicado su vida plenamente a un marido, con el que se casó muy joven a los 22 años y a criar a dos hijas que tardaron en llegar al matrimonio pero que la llenaron por completo.

Conservaba a sus 58 años una bonita figura y de ella había heredado los ojos verdes y ese tono rojizo de pelo tan bonito. Mi hermana Silvia en cambio tenía los ojos marrones y el cabello oscuro como nuestro padre y nuestro abuelo.

–Si toma postre le reventará ese vestido tan corto y ajustado que trae puesto– espetó mi padre sin darme tiempo a escapar y haciéndome un barrido visual de arriba a abajo de manera reprobatoria.

–Bueno, ya está bien, papá. Ya estoy harta– exclamé alzando la voz más de lo que hubiera deseado. Silvia y su marido Pablo recogieron sus platos y se atrincheraron en la cocina inteligentemente.

–Harta... ¿Harta de qué si se puede saber?– Los ojos se le abrieron más y su mirada se enfureció.

–Pues mira– contesté con valentía. –Harta de muchas cosas...

Para empezar que me hagas sentir todavía como una niña pequeña a la que le regañan constantemente. Harta también de que me recuerdes día sí y día también lo de las oposiciones. Y harta también de que critiques qué hago o cómo me visto.– El sudor iba aumentando por culpa de los nervios y me estaba alterando demasiado.

–Vaya. ¿Desde cuándo es un pecado o está mal visto que un padre se preocupe por su hija? Tardé algo en responder tratando de reunir valor mientras volví a sentarme y arrastraba con las yemas de los dedos las migas de pan del mantel y formaba pequeños montoncitos. – Papá, tú no te preocupas. Tú... quieres controlarlo todo. Hay una gran diferencia.

Se terminó de un trago el resto de Barbadillo que acompañaba al besugo durante la cena. Las aletas de la nariz se inflaron al instante y la vena del cuello rebotaba alarmantemente luchando por liberarse de la prisión del nudo de la corbata.

–Bueno, pues menos mal que el controlador de tu padre movió unos hilos y te consiguió un puesto en El Manantial– dijo con arrogancia y fingiendo estar dolido. – Tuve que pedirle el favor a mi vieja amiga, Maite. Si hubieses visto su cara de sorpresa cuando fui a su despacho... Nunca pido favores... Tienes 24 años y supongo que es hora de que vivas tu vida, pero si no llega a ser por mí... Tienes una forma muy extraña de dar las gracias– ahogaba con un suspiro. Se levanta y me deja sola en la mesa como si la conversación hubiera terminado. Era su forma de ignorarme.

–No me puedo creer lo que estoy escuchando– digo poniendo los ojos en blanco. Me niego a levantarme e ir tras él como pidiéndole audiencia para que me atendiera. – Papá, antes de que me consiguieras este puesto en el

Manantial, yo ya me ganaba la vida solita.

–Dar clases particulares no es un trabajo en condiciones. Tu hermana sí tiene un trabajo de verdad.– Ya estábamos con la discusión de siempre. ¡Qué tortura!

–No eran clases particulares, papá. Trabajaba en una academia y con eso tenía de sobra para vivir.– No era el momento oportuno de comentar que mi samaritano compañero de piso me había sacado de más de un apuro. Dirijo la mirada a la terraza intentando evadirme.

–¿Y? ¿Tengo que tirar cohetes?– dice con un sarcasmo hiriente. —¿Y qué hay de lo de Lucas? ¿Cómo vas a casarte alguna vez viviendo con un m... , con un gay. La gente pensará que eres lesbiana ¿Por qué te crees que tu madre y yo no hemos redecorado tu habitación aún?– empezaba a gritar. – Es sencillo. Vivimos con la convicción de que tienes que seguir conservando tu lugar en esta casa ya que tarde o temprano volverás otra vez.

–Joder, papá.– No daba crédito a lo que estaba oyendo en boca de mi progenitor. –Con lo de Lucas te has pasado mucho. Es mi mejor amigo. Y en cuanto a las oposiciones ¿es que no se me permite ningún fallo, ningún error? ¿Acaso tú eres perfecto? Pues tengo un notición para ti.– Me levanto y recojo mi bolso aguantándome unas lágrimas que de aflorar me harían sentir peor aún, más humillada.

–No, papá. No lo eres. Si yo no sé dar las gracias, tú no sabes pedir perdón cuando metes la pata.

Me marchó furiosa pero procurando no dar un portazo al salir.

Cuando me meto en el coche y antes de arrancar el motor inspiro profundamente para intentar calmarme y no llorar. Si Lucas me viera luego con el maquillaje arruinado me mataría y luego tendría que contarle la escenita con mi padre.

Lo que más rabia me daba era comprobar lo mucho que todavía me afectaban las palabras de mi padre. Joder, con las prisas ni siquiera me había despedido de los demás. Mañana los llamaría disculpándome.

Enciendo la radio, pulso el botón donde tengo en memoria mi emisora de radio favorita, Rock FM. Freddy Mercury entona *I've got to break free* y no puedo evitar sonreír por lo oportuno del momento. Mientras busco la incorporación a la autopista de circunvalación pienso en lo mucho que me hace falta esa noche de chicas, música y copas. Pensaba desquitarme y disfrutar al máximo...

Capítulo 2

Buscar aparcamiento un sábado por la noche en Málaga era misión imposible, pero como había quedado en la zona nueva del puerto no tendría problemas para dejar el coche.

La noche era todavía calurosa para estar a comienzos de septiembre pero soplaba una ligera brisa procedente del mar que refrescaba mucho el ambiente. Eran aproximadamente las 23:45 de la noche y las calles del centro histórico de la ciudad estaban repletas de universitarios agotando sus últimos días de vacaciones antes del comienzo de las clases a finales de septiembre. También se palpaba la presencia de multitud de turistas procedentes de los numerosos cruceros atracados en el muelle uno. La remodelación del puerto llevada a cabo por el ayuntamiento supuso un gran empuje y fomento para el turismo en la ciudad. La plaza céntrica de la Marina lindaba con el nuevo concepto abierto del puerto a escasos metros. El antiguo muelle se amplió considerablemente y se añadió un parking subterráneo de tres plantas. Se establecieron zonas bien delimitadas donde el visitante al llegar se encontraba en primer lugar con el Palmeral, un largo paseo con distintas especies autóctonas. La iluminación nocturna magnificaba la belleza y altura de las palmeras. Al final del mismo se encontraba el nuevo emplazamiento del Museo del Aula del Mar siempre frecuentado por grupos escolares.

La segunda zona era mi favorita, la zona comercial y de ocio.

Tiendas que exigían un presupuesto que nunca estaría a mi alcance, restaurantes especializados en cocina internacional (americana, japonesa, hindú y griega en su mayoría) y multitud de bares y clubes nocturnos de distinto ambiente se alineaban por el resto del muelle.

Era lugar privilegiado de atraque de pequeños yates y barcos de recreo. Me divertía leer el nombre de las distintas embarcaciones, la mayoría con nombre de mujer como Lola o Cristina (todo un clásico no exento de romanticismo) aunque también se podía tropezar uno con nombres más atrevidos y simpáticos como Calamardo (el amigo de Bob Esponja) o un previsible Nautilus.

Todavía me sentía afectada por la desagradable discusión con papá cuando llegué por fin al Flamingo Rock. Se encontraba justo al comienzo de la zona de

ocio. A través de los grandes ventanales se veía que el club ya estaba muy abarrotado. Abrí la puerta con ímpetu y la música y el ambiente que me encontré me animaron de inmediato. Me encanta este club. Es un local muy amplio y diáfano con techos muy altos de donde cuelgan dos llamativas y esbeltas arañas de cristal con lágrimas de color negro y ámbar.

A la izquierda se encuentra un espacio con pequeños sillones negros ribeteados en cromo a juego con unas mesitas de maderas nobles que crean un ambiente íntimo separado del resto del local por unos exquisitos biombos chinos. En el otro extremo del club se situaba un pequeño escenario que ya se veía equipado y preparado para el concierto de esa noche.

La barra era una impresionante isla de acero desde donde se divisaba y controlaba todo el recinto. Entradas de conciertos históricos de Elvis, Los Beatles, los Rolling Stones, Nirvana o Frank Sinatra así como vinilos originales decoraban en su mayoría las paredes otorgando al local una gran personalidad.

Empiezo a sortear a la gente para acercarme a la barra. Necesito una copa urgentemente para templar los nervios. Los camareros, Óscar, Lorena, Kevin y Candela visten como siempre la indumentaria de trabajo, pantalón y camiseta negra con el nombre del club escrito con cristales de Swarovski. Me apoyo en la barra y con mi .74m de altura al levantar el brazo reclamo fácilmente la atención de Lorena.

–¡Hola Rebeca! ¡Chica, cuánto tiempo sin verte por aquí! ¡Mira que estás guapa!– me dice intentando alzar su voz por encima de los decibelios de la música.

–Me alegro de verte Lorena. Muchas gracias. Sírvenme cuando puedas un par de chupitos de tequila.

–¿Con quién has venido?

–Estoy esperando a unas amigas, pero los dos chupitos son para mí...– Tras vacilar un instante y mirándome con curiosidad, me sonrío y me sirve lo que le pido.

–Aquí tienes...

Desde el primer día que abrió el Flamingo Rock, Lucas nunca me dejó pagar absolutamente nada. Aun así, cuando a veces iba con las chicas pagábamos a escote. No quería que creyeran que era de las que gorroneaban a sus amigos.

Empiezo con el ritual de la sal, me bebo de un trago el tequila y muerdo el limón. Después repito la misma operación con el otro chupito.

–¿Está Lucas en la oficina?– le pregunto queriendo desahogarme con él.

–Sí, pasa a buscarle, pero no sé si está ocupado...– Su tono de voz implica información confidencial que no deseaba revelar de primera mano.

La oficina es una habitación bastante amplia, como el resto del local, a la que se accede por detrás del escenario junto a otra puerta donde se puede leer Privado que hacía las veces de camerino para los grupos que actuaban. Llamo sin éxito a la puerta de la oficina de Rubén. No me conformo y se me ocurre abrir la puerta del Privado.

Me quedo petrificada cuando entro de sopetón con toda la confianza del mundo y me encuentro a mi compañero de piso arrodillado en el suelo con la cabeza enterrada entre las piernas de su novio y socio, Rubén, que se reclina en su mesa de despacho ligeramente hacia atrás, sujetándose con fuerza con ambas manos y con las piernas separadas y los ojos cerrados. Los dos lo están pasando en grande obviamente, a juzgar por sus jadeos y concentración. Y yo como una estúpida sigo allí de pie paralizada por lo inesperado de la situación.

Entonces, Rubén abre los ojos y en vez de sorprenderse me sonrío y me guiña un ojo. Eso hace que mi cerebro reaccione por fin y pongo pies en polvorosa de vuelta a la barra del club.

–Es que tengo el don de la oportunidad...– me digo algo sofocada por la escena que acababa de presenciar y los dos tequilas de antes.

Esta vez es Kevin, un irlandés que vino de Erasmus y acabó quedándose en Málaga, el que me sirve otros dos chupitos de tequila (no me gusta mezclar...) Allí estaba yo, sola todavía, cabreada y triste a la par por culpa del troglodita de mi padre y con los dientes largos arañando el suelo por la activa y apasionada vida sexual de mi amigo gay, que desde luego no se parecía en nada a la mía.

¿Cuánto tiempo llevas en dique seco, Rebeca? me pregunta mi subconsciente psicoanalista cruzando las piernas y empezando a tomar notas en su cuaderno.

Hacía por lo menos más de un año desde mi último encuentro sexual y necesitaría mucho más tiempo para olvidar lo penoso que resultó hacerlo en el coche con un compañero del CAP que se sentía despechado por los cuernos que su novia le había puesto con uno de los profesores del curso.

Los escasos 15 minutos de sexo pobre, torpe y soso vinieron seguidos de una inconsolable llorera por lo culpable que él se sentía. Estuvo llorando y sin parar de lamentarse durante más de media hora. Desde luego el chaval sabía

cómo hacerle sentir a una especial, ¿eh? ¡Qué deprimente él y qué estúpida y desesperada yo! Lucas aparece detrás de la barra y me sonrío de oreja a oreja.

Me contagio y no puedo evitar devolverle una amplia sonrisa, pero le tiro a la cabeza unos cuantos frutos secos de uno de los pequeños cuencos de cristal a modo de munición.

–¿Es que tienes que restregarme por la cara tu vida sexual?

–Bueno... No te la estaban restregando precisamente a ti por la cara, sino a mí – responde con descaro pero atusándose el pelo fingiendo estar avergonzado. Vuelvo a bombardearle con frutos secos. – Rubén estaba muy nervioso por el concierto de su banda esta noche y yo sé cómo calmar a mi hombre...– Se sube el cuello de la camisa burdeos de Pedro del Hierro que lleva puesta y desliza la base del pulgar por su labio inferior, imitando así el famoso anuncio televisivo del chico Martini.

–¿Cuánto tiempo lleváis ya juntos vosotros dos?– le pregunto intentando hacer memoria.

–Precisamente el mes que viene será nuestro 4º aniversario– dice emocionado y llevándose las manos al corazón de manera bastante afeminada.

–¡Ay, Lucas! Llevo tanto tiempo en dique seco...– cojo una servilleta y hago como que me abanico para quitarme el calor de encima.

–Pues chica, lo entiendo perfectamente– espeta de inmediato.

–Vaya, muchas gracias. Con amigos como tú...

–Reina, tienes que salir más a menudo, conocer gente y estar más receptiva– dice dándome golpecitos con la mano en el hombro.

Se percata de los chupitos vacíos. – Veo que has metido el turbo antes de que lleguen las chicas.– Retira los vasos. – ¿Pasa algo, cariño?– pregunta mientras levanta la ceja.

–Pasa que estoy hasta el moño de mi familia. Bueno, mejor dicho de mi padre.

–Lo de siempre, ¿no? Pues olvídate ya de eso por tres motivos.

Uno, no lo vas a solucionar esta noche. Dos, las chicas acaban de entrar por la puerta. Y tres, el morenazo del rincón no te quita el ojo de encima...

Confundida por tanta enumeración, dudo qué hacer primero, pero estaba claro... Giro la cabeza y me encuentro... me encuentro con él. Sus ojos grises me miraban fijamente bajo unas cejas pobladas pero perfectamente delineadas. Esa cara de cutis impecable bajo la sombra de una incipiente barba de un par días... Esa boca de finos y rectos labios, ese pelo... Moreno, altísimo y rondando los 30. Todo en él me resultaba extrañamente familiar. Analizo su

rostro pero no refl eja ninguna expresión y de repente abre la boca y puedo leer claramente sus labios diciéndome Hola. Su mirada me intimida, me altera y me acalora de inmediato y rompo el contacto visual tras unos segundos. ¿Cuánto tiempo llevaría allí observándome? ¿Por qué sentía de repente como si le conociera de algo? ¡¡Dios, qué guapo es...!!

–¡Hola, Rebeca! ¡Qué alegría verte!– Lidia, Patri y Rocío llegan hasta mí y me abrazan efusivamente. Me alegro tanto de verlas. – Perdona el retraso, pero la cena se retrasó más de la cuenta– me explica Lidia enganchando su bolso en una de las perchitas que hay ocultas bajo la barra.

Lidia era morena de pelo largo hasta los hombros, ojos marrones, con una envidiada talla 36 y la más bajita del grupo, hecho que no le acomplejaba en absoluto porque lo suplía con unos buenos andamios (así llamábamos a sus tacones) y con una delantera que ya la quisiera el Málaga C.F.

–Pero qué guapa estás y qué bien te ha sentado el verano.– Rocío me da un cariñoso beso maternal. Lucía un nuevo corte de pelo muy atrevido que le rejuvenecía bastante y un escotado vestido azul marino que contrastaba perfectamente con las mechas rubias de su pelo. Para estar pensando en su próxima jubilación (le faltaban 5 años todavía) era una madurita muy sexy y elegante. Mataría por llegar como ella a su edad.

–¡Ay, mi Rocío! ¡Cuánto te echaba de menos! ¡A todas!– Nos damos un abrazo de grupo y no puedo evitar mirar por encima del hombro de Lidia hacia el rincón opuesto de la barra. Él seguía allí.

Clavándome la mirada. El corazón me da un vuelco y agacho la cabeza poniéndome nerviosa de manera casi infantil.

–¡Esta noche hay que ponerse al día, chicas! Tenéis que contarme todo lo que habéis hecho este verano. Vamos a pedir algo de beber y a sentarnos en los silloncitos antes de que no quede ninguno libre.

Después de saludar todas a Lucas, decidimos por unanimidad empezar con una primera ronda de gin tonics que Kevin nos lleva de inmediato a la mesa que pillamos por los pelos.

–Propongo un brindis por el club del Friday night que vuelve a la carga otra vez este nuevo curso– dice en tono solemne Patri le vantando su bebida. Todas la imitamos y chocamos nuestras copas.

Patri llevaba el pelo recogido en un immaculado moño de bailarina que estilizaba aún más su esbelto y largo cuello de cisne salpicado de lunares y pequitas que se perdían por la línea del escote de su blusa blanca sin mangas. Siempre iba con pantalones porque las varices la tenían acomplejada. Esa

noche ocultaba sus piernas con unos bonitos pantalones de lino de color fucsia con la pernera bastante ancha lo que otorgaba a sus piernas de un mayor contoneo al andar.

–¡Por el club del Friday night!– brindamos todas entre risas.

La sensación de sentirse una observada constantemente es bastante perturbadora, sobre todo cuando unos seductores e intrigantes ojos grises son los que te analizan. Pero más fuerte es la sensación de decepción que te invade cuando descubres en un segundo que su mirada ya no sigue ahí esperando a encontrarse con la tuya.

No puedo evitar preguntarme cuándo demonios se habría marchado sin darme cuenta. Bueno, mejor así... No me gusta tener que controlar y medir todos mis gestos sólo porque me están mirando. Lo único que consigo así es comportarme de manera artificial y estúpida. Es una noche de chicas, ¿no? Ay, qué mal se me daba... Siempre fracasaba cuando intentaba autoconvencerme de algo. Suspiro y me sobrepongo a mi tonta decepción.

–No quiero ser yo la que empiece a poner pegas, pero este curso habrá oposiciones y tengo que estudiar bastante a diario y las juergas nocturnas creo que son incompatibles.– Levanto mi copa a modo de nuevo brindis y le doy un largo trago al gin tonic.

–Ya está Doña Angustias a la carga– resopla Lidia reprobando mis palabras. –Vamos a ver, Rebeca. Todo, todo no será estudiar...

Tendrás que despejarte un poco de vez en cuando. Es sano y estrictamente necesario para el coco. Y cuando quieras divertirte... ¡allí estaremos nosotras!–Brindamos otra vez. Ya parecíamos las tres mosqueperras y Dartacan (que sería yo, claro) blandiendo la punta de nuestras espadas en el aire.

–Bueno, ¿quién empieza?– pregunto impaciente y llena de curiosidad.

–Empiezo yo que le traigo a Rebeca un regalito de Italia– grita Patri haciéndose la interesante.

–¿No será un italiano? Porque si es así espero que hayas traído más para las demás– rompemos a reír de nuevo con la ocurrencia de Lidia.

–Para el carro– espeta Rocío – que yo ya no tengo edad de tontear con italianos. Soy una respetable señora mayor casada y con hijos. ¿Qué diría mi marido si nos escuchara ahora mismo?– Se estaba haciendo la seria pero los hoyuelos por aguantar la risa la delataban.

–Rocío, una puede estar casada pero no ciega, ¿eh?– le contesta con ingenio Patri.

–¿Qué tal el apartamento que alquilasteis en Roma cerca del Coliseo?– le pregunto a mi amiga.

–Una verdadera pasada. Lo alquilamos a través de una de esas páginas webs donde nunca sabes a ciencia cierta si las fotos corresponden en realidad al apartamento en cuestión. Nos esperábamos el típico piso de alquiler viejo y algo destartado, pero nada de nada.

Estaba reformado al cien por cien y todo era nuevo, con una decoración sencilla pero muy cuidada y detallista. Ya era mucho pedir que tuviera vistas al Coliseo, pero estaba muy cerca al final de una avenida muy concurrida. Dicen que el nuevo alcalde de Roma quiere peatonalizar esa avenida. Desde luego sería todo un acierto para el turismo.

–¿Has podido pintar algo que podamos ver?– pregunta Lidia.

Patri era la profesora de Dibujo y Arte en El Manantial. Era toda una artista multidisciplinar provista con un indiscutible don, sobre todo para la pintura y había conseguido colocar alguno de sus cuadros en una de las galerías de Arte de Málaga. Todas estábamos muy orgullosas de ella.

–Sí aunque está por terminar. Empecé una panorámica de la escalinata de la Piazza de España con una chica joven de pelo corto que lleva un vestido blanco de verano. Baja los escalones sonriendo mirando hacia abajo acompañada por un hombre. Me recuerda a Audrey en Vacaciones en Roma. No lo puedo evitar, soy una romántica empedernida.

–Ya, ya... ¿Y mi regalo qué?– le corto la inspiración alargando la mano y exigiéndolo.

Patri se ríe y empieza a buscar en su bolso, que gracias a Dios no es como el mío, en términos astronómicos un agujero negro donde se pierde todo lo que vaya a parar a él. Saca una pequeña bolsita de plástico transparente con lo que parece harina o polvos de talco.

La bolsita está anudada en la parte superior con una bonita cinta color grana con el nombre del comercio impreso en oro. Me lo entrega con mucha pompa, como si en realidad me estuviera dando las joyas de la corona inglesa.

–Caray, Patri. Cada vez te estiras más...– le digo irónicamente y sin saber lo que tengo en la mano.

–Con lo contenta que me puse cuando di con esa tiendecita de cosmética artesanal escondida detrás de la embajada de España

–dice suspirando resignada. – Para tu conocimiento, amiga desagradecida, te diré que es polvo de arcilla blanca tratada para el cutis que vale su peso en oro. Y no te digo lo que me costó porque estaría feo... Cuando entré en la

tienda a curiosear la dependienta me habló de las propiedades de una arcilla que atenúa las pecas y rojeces del rostro y cuello de pelirrojas como tú. Me aseguró que era milagrosa.

De ahí su precio. Tienes que formar la mascarilla con agua mineral templada y dejar actuar unos 20 minutos. Luego te aclaras con agua templada también. Me aseguraron que el efecto es casi inmediato: piel más clara y luminosa, como si te hubieses puesto algo de maquillaje.

Mi regalo me encantó al momento. Las pecas eran mi obsesión y Patri me conocía bien. Trataba de disimularlas a toda costa con la base de maquillaje pero igualar el tono de la piel de manera discreta no era fácil para una pelirroja.

–¿Te he dicho lo mucho que te quiero?– me levanto rápidamente como un resorte y le doy dos besos y abrazo fuerte para agradecerle el detalle. Luego lo guardo en mi bolso.

–Pero un italiano para Rebeca tampoco habría estado nada mal– suelta de repente Lidia con toda la intención del mundo. – Esta niña necesita que le claven un cuadro ya– dice sonriendo y bebiendo de su copa.

–¿Que le claven un cuadro?– pregunta Rocío sin entender nada.

Lidia se pone seria, se recompone en su asiento y se acerca a las demás bajando el tono de voz.

–Mira que sois cortitas... Rebeca lleva sin catar varón desde...– lleva a cabo un humillante esfuerzo de memoria.

–Chicas, no empecéis... Vamos a dejarlo, ¿eh?

–No, Rebeca. Tengo razón – continúa envalentonada . – A ti lo que te hace falta es que te claven un cuadro, es decir, un buen polvo contra la pared, rápido, intenso y sin complicaciones que te quite todas las telarañas que tienes que tener.

Miro a mi amiga perpleja y sin saber qué decir ante el desparpajo y arrojido de sus palabras. El bochorno que siento ante las miradas de mis amigas hace que me ponga como un tomate. Un tomate gordo, maduro y reventón. Lo que más dolía era saber que Lidia llevaba parte de razón, aunque quizás yo lo hubiera expresado de otra manera... Llevaba tiempo ya sin salir con nadie. Vale, muuuuucho tiempo...Pero no era culpa mía (¿o tal vez sí?). Había estado muy ocupada con las oposiciones (maldito el resultado) y luego en cumplir con las expectativas que se tenían sobre mí al aceptar el puesto temporal en El Manantial. Además, temporal o no, empezaba ahora un segundo año allí y no quería defraudar a nadie, especialmente a mi padre. Sin darme cuenta y

echando la vista atrás había pasado una eternidad sin compañía masculina.

Cuando ocasionalmente pensaba en ello, le quitaba importancia diciéndome a mí misma No te preocupes. Ya surgirá y seguro que será cuando menos lo esperas...

–Pero qué bruta eres, Lidia– sale en mi defensa Rocío a pesar de estar riéndose ella también.

–¿Y tú, Patri? ¿No dices nada? – le pregunto abochornada en busca de ayuda.

–Yo... yo...– hace una pequeña pausa dramática– yo me he puesto cachonda con la escena de clavar el cuadro.

Rocío casi espurrea como un aspersor su bebida por culpa de la risa y yo tampoco puedo aguantar la carcajada. La gente de otras mesas empieza a mirarnos preguntándose qué nos haría tanta gracia.

–Chicas, os he echado mucho de menos este verano– el tequila y los gin tonics que llevo encima empiezan a proclamar la exaltación de la amistad. – Propongo otro brindis por los cuadros. Por los cuadros bien clavados– digo casi gritando y alzando mi copa. Todas reímos otra vez y brindamos.

Empiezo a sentirme acalorada y la nuca me suda sospechosamente. No debería haber mezclado los gin tonics con el tequila.

Encima, mi vejiga dice que ya no puede esperar más, sobre todo después de tanto ataque de risas.

–Chicas voy al baño que ya no puedo más– digo con cara de apuro.

–¿Te pido otra mientras tanto?– me pregunta Patri señalando mi copa vacía.

–Más tarde. Necesito un parón o no aguantaré luego de pie para disfrutar del concierto de Rubén.

–Esta juventud...– dice Rocío negando con la cabeza. – ¡Qué poco aguante!– me guiña un ojo cuando me levanto para ausentarme.

El local está a rebosar y abrirse camino entre la gente resulta algo difícil. De camino al baño Lucas me intercepta desde la barra y me hace señales para que me acerque.

–Dios, Lucas. ¿Qué quieres?– le suelto debido a la urgencia que llevo encima.

–¿Dónde vas?– pregunta con mala cara por mi tono exigente.

–Al baño. ¿No se me ve en la cara?– contesto dando saltitos teatrales para dramatizar aún más.

–Hazme un favor de camino al baño, simpática. Guarda esto en la caja

fuerte del despacho. Toma la llave.– Alarga la mano desde el otro lado de la barra y me entrega la llave junto con un bolso de mano de piel marrón. Le saco la lengua a modo de disculpa por mi tono anterior y salgo corriendo hacia el baño. Lo de correr es un decir, claro... La velada estaba siendo todo un éxito para el negocio de Lucas y Rubén. Las noches de concierto atraían a muchísima gente.

No era de extrañar que Rubén estuviera histérico por la actuación.

Todavía no tenía muchas tablas y no se sentía suelto encima del escenario pero quería estar a la altura al igual que sus compañeros del grupo.

Cuando por fin llego al baño, no me puedo creer mi suerte.

¡Con la de gente que abarrotaba el club y no había cola para entrar al servicio! Al entrar cierro el pestillo y me pregunto cómo hacer pis sin soltar el bolso que me ha dado Lucas. No tenía asa y no me gustaría ponerlo en el suelo o en el lavabo. Por muy limpio que estuviera todo, me daba grima. Decido sujetar con los dientes una de las esquinas del bolso de Lucas y debajo del brazo izquierdo sujeto el mío mientras me subo el vestido y me bajo el tanga. Mientras orino y disfruto con el alivio me pregunto cuánto dinero habría en el bolso. Seguramente un pastón por lo abultado del mismo. No era la primera vez que Lucas me pedía que le guardase discretamente la recaudación que había hasta el momento en la caja fuerte de su despacho. Confiaba en mí ciegamente y eso me encantaba. Me hacía sentir importante y especial.

Cuando termino abro la puerta del despacho que está cerca de los baños y cierro con llave tras de mí. Me paro un segundo recordando la escena sexual que presencié al principio de la noche allí mismo, en aquella habitación. Me sonrío y lanzo un largo suspiro de zorra hambrienta muerta de envidia.

Me dejo caer en el sillón grande de cuero negro que hay detrás de la mesa y me agacho. Abro el panel ciego que hay debajo de los dos primeros cajones. Detrás del panel está escondida de manera ingeniosa la caja fuerte. La combinación resultaba fácil de recordar, por lo menos para mí. Era la suma de las fechas de cumpleaños de Lucas y Rubén. Meto el bolso sin abrirlo dentro de la caja y vuelvo a cerrarla.

Al levantar la cabeza por encima de la mesa me doy cuenta de lo mareada que voy ya que el despacho por un instante parece cobrar vida y moverse solo. Tendría que pasar el resto de la noche y el concierto a base de Coca cola light si no quería lamentarlo después. Me levanto al sentirme ya más centrada y echo un vistazo a la imagen que me devuelve el espejo de pie que hay en un rincón del despacho.

El pelo lo tenía algo apelmazado por el calor y ya no quedaba ninguna de las ondas que Lucas me había marcado con manos expertas.

Me ahueco el peinado y me corrijo el delineador de ojos, pero aquello tenía poco arreglo y ya no se podía hacer más. Con resignación le mando un besito al espejo y decido salir. Al volverme cierro la puerta y antes de poder meter la llave en la cerradura unos fuertes brazos me inmovilizan y escucho una voz grave masculina que me ordena

–Póngase contra la pared.– Me quedo completamente paralizada pensando que me están robando. ¡Por favor, en el club de Lucas! ¡No! Salgo de dudas cuando escucho –Policía.– Me tranquilizo algo teniendo en cuenta las circunstancias. Al fin y al acabo no me estaban atracando. ¿Me estaban arrestando? ¿Por qué? Giro la cabeza y me encuentro con... con los ojos grises y penetrantes que me observaban antes desde el otro lado de la barra y que me dijeron *Hola*.

–¿Qué demonios estás haciendo?– le grito enfurecida pero también confundida. Me costaba trabajo mantenerle la mirada. Era como si pudiera así meterse en mi interior. Vuelvo la cabeza de nuevo al frente con la nariz a unos centímetros de la puerta. Me temblaban las piernas por la impresión del momento pero sobre todo por tenerle tan cerca.

–Voy a cachearla. Será mejor que colabore– espeta mi extraño de mirada felina con un tono autoritario que indicaba claramente que debía estar acostumbrado a ser obedecido al momento.

–Contra la pared.– Le digo sin pensarlo dos veces.

–¿Cómo?– me pregunta cambiando el tono autoritario de antes y pareciendo curioso.

–Me has dicho contra la pared y que yo sepa estoy contra la puerta...– No podía creer mi reacción. Yo no era así de chula. Debía ser el alcohol y el rebote que llevaba por las burlas sexuales de las chicas.

Me agarra firmemente de los hombros y me hace girar sobre mí misma de manera que quedamos cara a cara, aunque en realidad mis ojos quedaban casi a la altura de su boca. De cerca era aún más atractivo y su olor... Su olor me embriagaba más que el tequila. Su olor... Su olor me resultaba familiar. Nos quedamos en silencio unos segundos que me parecieron eternos. Ya no había música, ni gente, ni amigas, ni concierto. Sólo esos fulminantes ojos grises. Por un segundo desvía la mirada a mi boca y no puedo evitar estremecerme.

–Como prefiera.– Me saca de mi febril ensimismamiento y me empotra contra la pared lateral. Mi bolso va a parar al suelo. Mientras me empuja con

un brazo contra la pared para que no pueda volverme me separa las piernas empujándome los tacones con sus pies. Después su cuerpo se cierne sobre mi espalda y me levanta los brazos hasta ponerlos en cruz. Se queda quieto un momento antes de proceder y se acerca aún más a mí.

–¿¿Me estás oliendo el pelo??– le suelto directamente estupefacta.

No responde pero se separa de inmediato, aunque solo un poco. Sus manos empiezan a acariciarme, digo cachearme, la parte interna de los brazos hasta llegar a las axilas donde apenas me roza los pechos. No puedo evitar un jadeo que se me escapa de manera totalmente audible.

–Es que tengo muchas cosquillas– alego para disfrazar mi excitación. Juraría que estaba sonriendo, pero no estaba en disposición de verle la cara. Sus manos siguen recorriendo mi cuerpo y se deslizan por mi cintura. Se me corta la respiración y doy un pequeño respingo al tiempo que mis extremidades se tensan aún más. Él se percata de cómo mi piel reacciona ante su tacto y quizás tratando de calmarme me facilita una explicación ante tal situación.

–Esto es un control de drogas. Será solo un minuto– me dice en voz baja al oído.

¿Drogas? ¿Un control? Aquello no me tranquilizaba en absoluto. Además al hablarme al oído sus labios me rozaron tan suavemente que parecían haber desplegado un beso encubierto. Una caricia de sus labios que origina un incendio en mi cuello y que se propaga rápidamente por todo mi cuerpo. ¿Un minuto? ¿Iba a permanecer con él así solo un mísero minuto? La preocupación que sentí al principio fue sustituida por una enorme frustración.

–Tómate tu tiempo. Yo estoy disfrutando de lo lindo. Hacía siglos que no me tocaban así...– suelto sin pensarlo. Definitivamente hablaba el tequila. Esa no podía ser yo.

Al oír mis palabras sus manos detienen bruscamente su incursión y siento un gran desconsuelo. Me percato de que él se agacha al suelo para recoger mi bolso mientras yo sigo de cara a la pared.

–¿No se te ocurrirá hurgar en mi bolso, verdad?– pregunto sintiéndome avergonzada al no recordar si llevo Tampax de emergencia dentro o alguna otra cosa más humillante. No hace caso a mi súplica y empieza a revisar el contenido, empezando por mi cartera y después sacando la bolsita de polvo de arcilla que me regaló Patri.

–¿Me puede explicar qué es esto?– me pregunta inquisitivamente mientras se chupa el dedo índice y lo introduce dentro de la bolsa.

–Eso es un regalo y no te importa ni qué es ni para qué es– explico intentando salvar algo de mi ya dañada dignidad. Mi superego bañado de tequila me iba a proporcionar una plaza en la comisaría para esa noche.

Al sacar el dedo de la bolsa observo incrédula cómo se lo chupa para después escupir en el suelo. No puedo evitar por más tiempo la risa fl oja y dándome la vuelta del todo empiezo a reír a mandíbula batiente.

–¿Creías que era cocaína o algo así? ¡Es arcilla, arcilla italiana para aplicarla como mascarilla sobre el cutis! ¡Por el amor de Dios! ¡Si ni siquiera fumo! Soy una persona sana y hago deporte– le digo cuando logro serenarme un poco. Veo cierto alivio en sus bonitos ojos.

–Lo sé, Rebeca.

Me quedo completamente bloqueada cuando le escucho decir mi nombre. Una fuerte sacudida me palpita entre las piernas que a su vez se niegan casi a mantenerme en pie. Mi nombre en su boca me excitaba tanto que apenas podía pensar en nada. Mi capacidad de razonamiento estaba aniquilada y lo único en lo que me centraba era en cómo poder sobrellevar las llamas sexuales que se propagaban por todo mi cuerpo. Y él... él no me estaba ayudando precisamente.

Estaba todavía a salvo de su mirada ya que seguía concentrado en el interior de mi bolso. Pero entonces la comisura de su boca se curvó ligeramente hacia arriba esbozando una sutil pero demoledora sonrisa que hubiera derretido el iceberg que hundió al mismísimo Titanic. Todavía no me había recuperado de esa sonrisa cuando sus ojos encontraron de nuevo los míos. Era ya demasiado para mí. Sentía que no podía respirar y mis sentidos parecían no querer reaccionar.

Mi corazón era una bomba de relojería a punto de estallar y se aceleró tanto que creía que iba a salir desbocado por la boca. Hice un esfuerzo, cogí aire y fue entonces cuando me di cuenta.

–¿Cómo sabes cómo me llamo?– le pregunto sorprendida.

Nuestros ojos siguen explorándose y no hubiera roto el contacto por nada del mundo.

–Rebeca, acabo de registrar tu cartera y he visto tu DNI...

Era la primera vez que me tuteaba y para mí aquello era más leña para el fuego que se extendía entre mis piernas. Al oír su respuesta, me sentí estúpida por no haberlo pensado antes pero estaba demasiado ocupada ordenándole a mis piernas que me sujetaran y que dejaran de temblar como un fl an.

–¿Y cómo sabes que soy una chica sana y deportista? Debes ser un poli

realmente bueno— le digo entrecerrando los ojos y con ironía en la voz.

Entonces me devuelve mi bolso y me acorrala otra vez contra la pared y esta vez seguimos cara a cara. Acercaba su atractivo rostro tanto al mío que creía que su intención era besarme. ¡¡Dios, bésame ya, por favor!! gritaba desde mi interior. Si el fuego que me estaba consumiendo por dentro seguía así durante un minuto más, no que daría de mí más que un montón de cenizas y Rebeca Millán desaparecería para siempre después de una combustión espontánea por semejante calentón. Pero al parecer quedaban todavía más troncos que echarle al fuego. Levantó su brazo derecho y lo apoyó contra la pared junto a mi cabeza a modo de barrera, como si yo quisiera escapar. ¡No me hubiera movido de allí por nada del mundo!

—Sé que eres una chica deportista y también una chica muy borde.— Desde luego aquello no me lo esperaba y fue un cubo de agua fría.

—Yo no soy borde— replico arrugando el entrecejo pero sin dejar de mirarle. Me tenía hipnotizada por completo.

—Nunca saludas— explica él — y cuando alguien te dice *Hola*, lo suyo es devolverle el saludo.— Me quedo sin poder articular palabra durante un momento, pero tenía que rebatirle el comentario.

—Yo no voy diciéndole *Hola* a todo el que intenta ligar conmigo desde la barra de un bar— respondo muy altiva y levantando la cabeza para parecer indignada. ¡A buenas horas me iba a poner dura!

—No te equivoques. Yo no estaba ligando contigo desde la barra del bar— responde él con expresión seria en el rostro.

Aparto la mirada por primera vez y agacho un poco la cabeza para que no se dé cuenta de mi enorme decepción. Por no hablar de la vergüenza que iba tiñendo de rojo mis mejillas. Su brazo derecho seguía apoyado como barrera a mi lado. Alzó en un gesto rápido pero suave su mano izquierda y me levantó la barbilla para obligarme así a encontrarme otra vez con sus ojos. Estaba segura de que el tono rojo tomate maduro reventón había vuelto a mi cara.

—Yo he intentado ligar contigo desde la primera vez que te vi, a principios de verano.

Abro la boca pero no me salen las palabras. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? Un sin fin de preguntas se atropellan en mi mente. Y de nuevo esa sonrisa poderosa... Parecía estar disfrutando con mi confusión.

—Debes ser una chica deportista si vas tan a menudo a correr por el Paseo Marítimo.

Mi boca se abre todavía más por la sorpresa y sacudo levemente la cabeza

en un intento de entender lo que me decía. De repente, aquella extraña familiaridad que había sentido desde un principio, cobró sentido y me sacudió las entrañas como si me hubiera alcanzado un rayo.

–¡Tú eres mi Iron Man!– espeto enseguida cuando se aclaran las ideas. Sí. Desde luego que era él. Todo coincidía. La altura, su complexión, su corta melena, su boca y... Ahora ya sabía qué ojos buscar en mis calenturientos sueños. Estaba delante de mí, tan cerca. Cierro los míos durante un segundo y me impregno con su aroma, justo como hacía cuando iba a correr y me lo cruzaba. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La culpa era del tequila que seguía anulando mi capacidad de percepción.

–¿Tu Iron Man?– replicó él sonriendo ampliamente y cercándome todavía más con mi cabeza entre sus brazos que hacían de barrera contra la pared.

¡No, por favor! ¿Le había llamado así en voz alta? ¡Tierra trágame! Pero la tierra no me tragó.

–Vaya, vaya. Así que sí te habías fijado en mí. Llevo todo el verano pendiente de ti. ¿Por qué no me devolvías el saludo nunca?– me pregunta con curiosidad y algo de enfado.

–Yo... yo no...– empiezo a balbucear dándome cuenta de que el valor que el tequila me había otorgado hasta el momento se había disipado por completo. – Nunca me di cuenta de que me saludabas.

Yo... llevo siempre auriculares para correr y además cerraba los ojos al cruzarme contigo.

–¿Por qué cerrabas los ojos?– me pregunta con incredulidad.

–Me gusta concentrarme en la ráfaga de aire que dejas al pasar, en tu olor.– Noto que me quedo sin aliento al hablar y suspiro con profundidad. – No sabía que me saludabas al pasar. Ni me di cuenta– ¡¿Desde cuándo era yo toda sinceridad, arrojo y valentía?! No me reconocía a mí misma. Se hizo un largo silencio y ambos seguíamos mirándonos fijamente a los ojos. No sabía qué más decir.

Desde luego ya había dicho demasiado.

–Tienes que tener la lengua como un zapato después de comerte mi arcilla– es lo único que se me ocurre para romper el silencio incómodo.

–Eso tiene arreglo.– Acerca sus labios a los míos y mi boca se derrite dentro de la suya. Me besa con un ritmo acelerado, apasionado, como si tuviera hambre y se saciase sólo conmigo. Me muerde el labio inferior y se me escapa un jadeo de excitación que no puedo evitar.

–¿Otra vez las cosquillas?– me pregunta separándose por un segundo de mi

boca. Despliega de nuevo el poder de su bonita sonrisa.

Le agarro la nuca con la mano y le tiro del pelo para acercarle de nuevo a mí. Llevaba casi dos meses deseando hacer eso. Nuestras lenguas se exploran mutuamente con avidez y nuestra respiración se agita cada vez más siguiendo un ritmo acompasado. El sabor de su boca estaba a la altura de las expectativas. No noté la arcilla que él había probado antes y con la que yo bromeaba. Su saliva era cálida y dulce. Néctar divino. Su lengua, de un tacto aterciopelado, escudriñaba con experiencia toda mi boca, como no queriendo dejar ningún rincón sin domar. Su cuerpo se apretaba fuertemente contra el mío. Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir cómo su mano iba subiendo por uno de mis muslos sin que el vestido ceñido que llevaba le supusiera ningún obstáculo. Cuando quise darme cuenta, tenía levantado casi hasta la cintura parte del modelito escogido para esa noche y sus manos me apretaban con deseo el trasero mientras yo me aferraba a su ancha espalda como si mi vida dependiera de ello.

Definitivamente, moriría esa noche de combustión espontánea.

Unas risas anunciaban que alguien se acercaba a la zona del despacho, cerca de los servicios y de inmediato nos separamos jadeantes de manera prudente para no ser sorprendidos así. No estaba dispuesta a detenerme ahora. Necesitaba más de él. Quería sentir de manera más intensa sus manos, sus labios, su cuerpo contra el mío. Sin pensarlo dos veces le cojo de la mano y empujo de un tirón la puerta del despacho que todavía estaba abierta. Al entrar y cerrar, me estampa con deseo descontrolado contra la pared más cercana y mis manos se enredan en su pelo.

–No me mires así– le digo casi sin aliento cuando logro separarme para recuperar un subestimado aire que al parecer demandaban mis pulmones.

–¿Así cómo?– inquiera oscureciendo sus ojos grises.

–Así... como si me estuvieras llamando a gritos con la mirada. Como si fueras a devorarme y no quedara ni rastro de mí– explico refugiando mi atención en su boca. No puedo pensar en nada más. Sólo en cómo sus manos se apoderan de mí y pierdo el poco control que me queda.

–Es que voy a devorarte, Rebeca. Espero que tomes la píldora porque voy a follarte aquí de pie contra la pared. Llevo deseándolo hace mucho tiempo y cuando te vi entrar esta noche en el club...– me dice sin terminar el pensamiento al oído para después agarrar con los dientes el lóbulo de mi oreja y morderlo.

Con mi mano le acaricio la entrepierna y me sorprendo al notar una

estupenda y gran erección bajo la tela de sus vaqueros azules. Ahora es él el que no puede reprimir un fuerte quejido de placer y noto cómo se saca de los pantalones la camisa blanca que lleva y libera con desesperación su verga al tiempo para después romper con violencia de un sólo tirón el tanga que llevo.

Es alto y muy fuerte así que me levanta aparentemente sin esfuerzo y enrosco mis piernas alrededor de su cintura con mi espalda apoyada contra la pared. Me sujeto fuerte a sus anchos hombros segura de estar clavándole las uñas. Sus ojos me miran fijamente rebosando un placer desenfrenado. Yo aparto la vista ruborizada pero él me sujeta el rostro para que le mire y así entra dentro de mí de una sola embestida. Un alarido sale de mi boca y él acalla mis gritos con su boca mientras sus embestidas se hacen cada vez más seguidas más fuertes. El ataque es implacable y para mi sorpresa no puedo aguantar más y en uno de sus embistes llego al clímax de manera rápida y salvaje. Sólo entonces dejo de mirarle para cerrar los ojos y enterrar mi cara en su pelo aspirando su sudor, su olor. Entonces creo que va a romperme la espalda contra la pared acelerando el ritmo con el que su glorioso miembro entra y sale de mi interior, pero no me importa.

Siento cómo un calor me invade por dentro y me doy cuenta de que acaba de correrse justo después de hacerlo yo. Nos quedamos así durante un momento aferrados el uno al otro sin articular palabra y tomando aire, ralentizando el ritmo de nuestros acelerados corazones.

Y entonces todo se rompió. Un móvil sonaba de forma estridente desde alguno de los bolsillos de sus vaqueros. Me aparta de manera brusca y me devuelve al suelo saliendo de mi interior. Me aparto el pelo que tenía pegado a la cara por el sudor y resoplo a modo de protesta al ver que busca el móvil y responde mientras con la otra mano pone en orden su bragueta de manera diligente.

–Dan– dice a modo de respuesta. – No, no. Falsa alarma– añade con voz serena, como si no acabara de echar un polvo impresionante segundos antes. No me mira a los ojos y se pasa la mano por el pelo en un intento de recobrar la compostura. – ¡¿Qué?! ¡Voy enseguida!– grita ahora nervioso mientras se sube la cremallera del pantalón.

–¿No me digas que ahora te vas?– le digo sin salir de mi asombro.

–Lo siento de verdad, pero tengo que irme.– Durante un instante sus ojos se posan en los míos y me parece ver en ellos rabia contenida. Me estampa un fugaz beso y me quedo como una idiota sin palabras cuando mi Iron Man sale disparado por la puerta. Estoy sola en el despacho de Lucas sin apenas creer

nada de lo ocurrido.

Entonces un hilillo de semen caliente se escapa de mi interior y se desliza por la parte interna de unos mis muslos, atestiguando así lo sucedido. Me habían colgado un cuadro. ¡¡Y qué cuadro!! Un cuadro con el que soñaría esa y todas las noches de mi vida. ¡¡Maldita sea!!

Capítulo 3

Domingo por la mañana. Mis ojos se negaban a despertar. No así mi cerebro, que me castigaba severamente con un incesante martilleo debido a los excesos etílicos de la noche anterior. Tenía la boca seca y necesitaba ir al baño. Me lo pensé durante largo rato y reuní el valor y la energía suficientes para por fin levantarme. Cuando me incorporo y pongo los pies descalzos en el suelo todo me da vueltas. Ese debía ser el famoso efecto helicóptero post borrachera del que había oído hablar en algún momento. Me agarro al borde de la cama como si fuera una tabla de salvación a la deriva y mi vida dependiera de ello. Pero no sirvió de nada en absoluto. Al parecer esa mañana yo me encontraba en el epicentro de una vertiginosa espiral, un agujero negro que giraba y giraba, empeñado en engullirme para siempre.

Hay que ser valiente, Rebeca, me animaba mi subconsciente.

De todas formas, mi estómago también tenía vela en ese entierro y ante las fuertes náuseas que me sacudían las entrañas, opté por adelantar a Usain Bolt y llegar la primera a la línea de meta: el W.C.

¿¿Cuándo había comido yo pescado?? Ah, sí. Durante la cena con mi familia. ¡Qué desastre! Me fui sin despedirme ni de mamá, ni de Silvia y Pablo tras la discusión con papá. Bueno, tendría que llamar un poco más tarde, cuando me hubiera recuperado y no sintiera aversión al mirarme al espejo. Cuando pudiera mantenerme en pie con normalidad y dejara de vomitar estrepitosamente. Cuando dejara de avergonzarme por...

Un momento. Mi sentido arácnido me decía que estaba obviando algo muy importante y que cuando me diera cuenta de ello me caería encima como un mazazo. ¡¡Dios...!! Una lucecita roja se encendió de repente en mi mente y parpadeaba con un ritmo acelerado. ¡¡Rebeca Millán, eres un zorrón desorejado!! Hay momentos en la vida en que tu conciencia no te habla, te grita... Me llevé las manos a los oídos en un vano intento de acallar esa voz, pero no sirvió de nada. A los gritos les sucedieron imágenes sexuales de alto voltaje de una pareja. Un chico empotrando salvajemente contra la pared a una chica. Joder, esa chica era yo. No sabía qué me dolía más, si la espalda y la zona íntima de mi entrepierna o mi dignidad. Yo solita me había encargado de pisotearla y hacerla añicos.

Me lavé la cara con agua fría y mi reflejo en el espejo me recordó que no me desmaquillé anoche antes de lanzarme en plancha sobre la cama. La verdad es que llegué bastante perjudicada. Una de las chicas tuvo que conducir mi Volkswagen y traerme sana y salva a casa. Mucho me temía que ese domingo sería un día plagado de llamadas telefónicas. Las chicas llamarían para ver si había amanecido bien y ya era persona. Después de aquello... ¿Cómo llamarlo? Después de aquel accidente, el alcohol me pasó factura y no me encontraba en condiciones de seguir el concierto de Rubén, ni de disfrutar de la compañía de mis amigas. Ni siquiera le pregunté a Rocío por los preparativos de la boda de su hija. Sólo quería huir de allí y refugiarme en casa, metiéndome en la cama y escondiendo la cabeza bajo las sábanas, como hacía cuando era pequeña y algo me asustaba.

Pero en esta ocasión estaba aterrada no sólo por mi irresponsabilidad sino sobre todo por el recuerdo del desconsuelo que anidó en mis entrañas desde el mismo momento en que mi Iron Man salió de mi interior y me dejó sola de aquella manera tan brusca. Todo mi cuerpo lloraba su ausencia y mi piel clamaba al cielo por sentir de nuevo sus manos. Nunca me había sentido así ; así de huérfana... Y no me gustaba.

Por otra parte, tendría que llamar a casa y saldar la disculpa que tenía pendiente con mamá. No podía olvidarme tampoco de mi hermana Silvia. Además, seguro que Lucas me soltaría uno de sus sermones al estilo hermano mayor cuando se levantara. Afortunadamente no le conté a nadie lo del accidente en el despacho de Lucas. Hubiera sido todavía más difícil enfrentarme a todos al día siguiente y yo misma no podía creer lo que había dejado que ocurriera. ¡Qué vergüenza! Para una vez que salgo y tengo que meter la pata de esa manera. ¡A Dios pongo por testigo que nunca volveré a pedir tequila! , resuena en mi mente apoderándose de mí el espíritu de Escarlata O'Hara.

Decidí abrir la ducha y probar si todos los errores cometidos la noche anterior se iban junto con el agua y el gel de baño por el desagüe. Me acosté vestida. Iba tan mal y estaba tan agotada que ni me acordé del pijama. Al quitarme el vestido, que estaba por supuesto totalmente arrugado, lo recordé... Iron Man me rompió el tanga de un tirón antes de clavarme a la pared.

Por eso no llevaba ropa interior bajo el vestido. Para ser sincera, mi primera reacción fue una sonrisa lasciva que quedó rápidamente solapada por un cobarde sentimiento de arrepentimiento y decepción. Sí, me había decepcionado a mí misma y era una sensación horrible, detestable. ¿Podía

haber algo peor? Desde luego había bebido demasiado, pero no podía excusar mi comportamiento de esa manera tan pueril. ¿En qué momento se levanta una un buen día y decide actuar como una... cualquiera? ¿Qué impresión habría tenido Iron Man de mí? Joder.

Si ni siquiera sabía su nombre... Un momento. Respondió al maldito teléfono como Dan. ¿Daniel quizás? No importaba. Fue lo que fue.

Él vio la oportunidad de sexo fácil y rápido y la aprovechó. Y yo se lo permití. Incluso le incité. Debía pensar que era una facilona más de braga suelta de las tantas con las que con toda seguridad se relacionaba. A lo hecho pecho, ¿no? Ya no importaba eso.

No le volvería a ver nunca más otra vez. Evitaría el Paseo Marítimo y buscaría otra ruta para ir a correr. El tequila quedaba terminantemente prohibido a partir de entonces. Problema resuelto. Ojalá fuera tan fácil... me decía Escarlata O'Hara al oído.

Al menos el dolor de cabeza parecía mitigarse y el helicóptero aterrizó por fin y apagó motores. Cuando terminé la ducha cogí una toalla y me envolví el pelo con ella. Después de retirar el maquillaje y de aplicarme la hidratante me sentí mucho mejor. Curar mi dañado ego y recuperar mi autoestima iba a resultar mucho más difícil y llevaría más tiempo.

Mi pijama de Tweety y yo nos fuimos al sofá del salón, sabiéndome a salvo de Lucas que seguía durmiendo en su habitación.

Tarde o temprano se levantaría y me sometería a un tercer grado.

Equipada con café en mano, adopté la postura de la flor de loto y dejé la mente en blanco mientras daba pequeños sorbos a la taza. La cafeína estaba realmente actuando de panacea cuando el teléfono de casa empezó a sonar. Por la hora que era (pasado ya el mediodía) sabía que no sería todavía para Lucas. El identificador de llamadas me dio la razón.

–Hola, Rocío– respondí con un suspiro para armarme de paciencia y hacer frente al bochorno que me hacía sentir oír su voz.

–¿Qué tal amaneciste, Rebeca? ¿Te encuentras bien?– su tono indicaba una preocupación sincera que no buscaba sermonear a nadie a pesar de sus largos años de experiencia como madre.

–Sí, sí. No te preocupes. Tenía un poco de dolor de cabeza cuando desperté, pero tal como vino se fue– mentí como una bellaca por vergüenza, pero también para que mi amiga no se alarmara por mi culpa.

–Me alegro de oír eso. Anoche cuando te dejé en la puerta de tu piso tu estado era bastante preocupante. Se te veía además muy nerviosa.– Rocío era

quizás la que mejor había conectado conmigo desde un principio y había llegado a conocerme muy bien en poco tiempo. Me estremecí al darme cuenta de que a su intuición maternal no se le escapaba nada...

–Deja de preocuparte por mí, supermamá. Estoy bien, de verdad– dije intentando sonar convincente. – Muchas gracias por conducir mi coche anoche y traerme de vuelta a casa. Lamento mucho haberte agitado la fiesta. Sé que te habría gustado quedarte al concierto con las demás.

–No digas tonterías, Rebeca. ¿Para qué están las amigas? Además, había quedado con Lorena para almorzar hoy, así que no habría podido quedarme hasta tarde ayer.

–Ya tienes a Lorena prácticamente en capilla. ¿Cómo lo lleva? ¿Quién está más nerviosa, la novia o la madre de la novia?– le pregunto sonriendo por primera vez ese día.

–¿Te lo puedes creer? ¡Solo queda un mes y medio para la boda! Ella está muy tranquila, pero yo estoy de los nervios. Todos los detalles están casi ya ultimados a estas alturas y aun así no puedo evitarlo.

–Te entiendo a la perfección. Cuando se casó mi hermana Silvia, todos creíamos que mamá no sobreviviría a esa boda. Seguro que todo estará perfecto, Rocío– dije para tranquilizarla.

–¿Sabes ya con quién irás?– preguntó con especial curiosidad.

–Si te soy sincera, todavía no sé ni qué ponerme.– Claramente estaba intentando cambiar de tema. Ella se percató de que no tenía respuesta al respecto.

–No te molesto más, cariño. Nos vemos ya mañana en el Instituto– añadió para terminar.

–Tú nunca molestas, sino más bien yo y a las pruebas me remito. Gracias de nuevo por lo de ayer, Rocío y perdona las molestias– imploré avergonzada.

–No seas tonta. Hasta mañana.

Colgué el teléfono y decidí empezar a pasar página de una vez por todas. Tener la mente ocupada ayudaría bastante. Dejé la taza vacía en la cocina y encendí el portátil que estaba en la mesa de centro del salón. Revisaría la agenda para lo que prometía ser una dura y ajetreada semana de vuelta al trabajo. Pero los astros habían conspirado contra mí ese día y el dichoso aparato daba error al inicio.

Lo único que podría hacer sería llevarlo al día siguiente a los grandes almacenes donde lo compré y que le echaran un vistazo. Así, maldiciendo en voz baja para no despertar a Lucas y bajando de mala gana la tapa del

ordenador pasé al plan B: almorzar una sopita que restituyera mi maltratado estómago, preparar el material necesario para cumplir con el planning de estudio para la primera semana y... hacerme la manicura y la pedicura para el primer día de trabajo (había que estar presentable).

Serían cerca de las 17:30 y mi pedicura estaba casi seca cuando Lucas dio señales de vida y apareció como siempre en calzoncillos en el salón, bostezando con toda la boca abierta como el león de la Metro-Goldwin-Mayer.

–¿Es que soy yo la única que se despierta despeinada y ojerosa?– le pregunto admirando su buen aspecto a pesar de estar recién levantado.

–Pues sí– responde rápidamente – sobre todo si te bebes toda la reserva de tequila del Flamingo tú solita, maja– contesta ejerciendo ya de hermano mayor.

Me siento como un avestruz buscando desesperadamente un agujero en el suelo para enterrar la cabeza.

–Vale. Reconozco que me pasé un poco. No controlé a tiempo y cuando me quise dar cuenta ya iba demasiado cargada. Tuve cena familiar y...

–No me digas más– me interrumpe sonriendo y dándome un beso fraternal en la cabeza. Lucas se dirigió a la cocina y se sirvió un café del que había preparado. Cuando volvió al salón con la taza en la mano se apoyó contra la pared y se quedó en silencio mirándome.

–¿Vas a seguir regañándome, hermanito?– le pregunto incómoda por su silencio.

–¿Te acuerdas del chico de la barra que ayer te dije que no te quitaba el ojo de encima?– Todo mi cuerpo se puso tenso al instante. El pulso se detuvo y el aire se negaba a entrar en mis pulmones.

–No. ¿Qué chico?– replico tras volver a respirar e intentando por todos los medios parecer desinteresada.

–Pues si no te acuerdas de él es que o no te interesaba mucho o bebiste demasiado. Lucas me analizaba con la mirada intentando leerme la mente. Pero por muy gay que fuera eso era una capacidad femenina que gracias a Dios él no tenía.

–Lucas, mañana vuelvo otra vez al trabajo y no estoy para tonterías con tíos que intentan ligar en un bar– le digo a la defensiva.

–Ah, ¿entonces lo intentó?– No iba a darse por vencido pero yo tampoco estaba dispuesta a soltar prenda.

–¿Cómo? No recuerdo de qué chico estás hablando. Yo estaba con mis

amigas, ¿recuerdas?— digo pareciendo lo más convincente posible. Cogí del mueble librería uno de los libros de texto del Colegio que tendría que llevar al día siguiente y empecé a ojearlo aparentando desinterés. Él seguía observándome en silencio. Me estaba poniendo realmente nerviosa. ¿Me habría delatado algún detalle que hubiera dejado escapar?

—Rebeca, tú estás rara. Pareces distinta.— Mi amigo y compañero gay no tendría la capacidad femenina de leer la mente, pero desde luego tenía un olfato infalible para el sexo.

—Sí, lo que tengo es una resaca de caballo que ya empieza a disiparse— explico sin mirarle a la cara y ojeando todavía el libro. — Y deja de mirarme así que no soy una niña pequeña— terminé diciendo y queriendo sonar enfadada pero no nerviosa.

—No es eso. Estaba pensando...— dice mientras niega con la cabeza.

—¿Qué?— pregunto curiosa.

—Estaba pensando si darte o no esto.— Lucas deja un pequeño papel blanco doblado encima de la mesa. Me quedo mirándolo sin comprender nada. Al ver que no lo cojo, añade —Después del concierto y justo antes de cerrar el Flamingo, el morenazo del que dices no acordarte volvió y estuvo hablando conmigo.— Por suerte estaba sentada, si no las piernas no me habrían sujetado. Agarré con fuerza el libro para que Lucas no notara que me temblaban las manos.

—No tengo ni idea de quién me estás hablando— afirmo. Escarlata O'Hara estaría orgullosa de mí...

Lucas suspira y pone los ojos en blanco. — Como tú digas, reina.

Yo solo hago de mensajero. Ahí tienes su teléfono. Quiere que le llames. Me pidió el tuyo pero me pareció muy fuerte darle tu número a un extraño y además sin tu consentimiento. Así que no lo hice.

Ahora tú haz lo que quieras. Yo me voy a dar una ducha.

Lucas estaba enfadado conmigo porque adivinaba que le había mentado o le ocultaba algo y no le faltaba razón. Siempre hablábamos de todo y lo compartíamos sin prejuicios. Bien pensado éramos la pareja perfecta. Pero no estaba preparada para confesar. Todavía no... En el fondo, no hablar de ello era como si no hubiera ocurrido.

Me quedé paralizada mirando el papel que Lucas dejó sobre la mesa. ¡Él había regresado al Flamingo después de que yo me marchara! ¿Para qué querría mi Iron Man que le llamara? Por Dios, si me dejó sola justo después

de... Demasiadas preguntas me estaba haciendo si había resuelto pasar página y olvidarlo. En un arrebato me levanté y cogí el papel doblado. Lo acaricié durante unos segundos. Después lo rompí en pedacitos sin mirar su contenido. Si no lo hacía rápido corría el riesgo de meter otra vez la pata y arrepentirme. Al tirar a la basura los trozos de papel me sentí aliviada, a salvo de una tentación que consideraba demasiado peligrosa para mis nervios. Cuando Lucas terminó de ducharse ya no parecía molesto con mi silencio y cambió de tema.

–¿Preparada para la vuelta al cole?

–Claro. Lo estoy deseando. Pero no empiezo con buen pie porque mi portátil no va bien y tenía toda la agenda de la primera semana ahí. Mañana sin falta por la tarde iré a la sección de informática de los grandes almacenes donde lo compré para ver qué me aconsejan.– Me sentía aliviada al volver a un tono normal de conversación con mi amigo. – ¿Qué tal estuvo el concierto del grupo de Rubén?– pregunto avergonzada por haberme ido antes y perdérmelo.

–¿Quieres la versión oficial o la extraoficial?– inquiera provocando mi curiosidad.

–Quiero las dos, por supuesto. Desembucha– le digo clavándole el índice en el pecho un par de veces.

Pasamos gran parte de la tarde hablando del concierto. Al parecer, el grupo sonaba bien en directo y el público disfrutó, pero Rubén se encontraba muy rígido y tenso sobre el escenario. No terminaba de soltarse y como Lucas no quería herir sus sentimientos cuando éste le preguntó no le fue del todo sincero. ¡Qué ciego es el amor! No volverían a tocar en el Flamingo hasta la próxima temporada por un problema de incompatibilidad de fechas, lo cual suponía un descanso y una tranquilidad para Lucas respecto a su novio y socio.

Alrededor de las 20:30 Lucas empezó a arreglarse para volver al trabajo. Esperé a que se marchara para realizar las llamadas que tenía pendientes. En primer lugar hablé con mamá. No parecía sorprendida por el hecho de que la llamara para pedir perdón por haberme marchado sin decir adiós la noche anterior. Como siempre, disculpó a papá, asegurándome que simplemente se preocupaba por mi bienestar y mi futuro y que todo lo que me decía era por mi bien. Y luego me soltó la trillada frasecita de Cuando tengas hijos lo entenderás.

¿Hijos? ¿Cómo demonios iba a tener hijos y crear una familia si mi última

relación (por llamarla de algún modo) había sido un polvo fugaz (bestial, pero fugaz al fin y al cabo) con un completo desconocido? La estabilidad no parecía ir conmigo. ¡Ay mamá, si tú supieras...! Con la excusa de tener que prepararlo todo para la mañana siguiente, nuestra conversación no duró más de diez minutos. Prome tí llamar a mi hermana Silvia esa semana. En ocasiones, sentía que hablar con mi madre era una auténtica pérdida de tiempo. Era como hablarle a un extranjero que no dominaba mi idioma. Por gritarle más fuerte no iba a entenderme mejor...

Era tarde y estaba cansada después de una larga jornada de resaca y penitencia pidiendo perdón a todos a los que molesté de una u otra manera el día anterior. Opté por olvidar lo que resultó ser un nefasto fin de semana y me acosté. Tenía que descansar bien para afrontar con energía el primer día de trabajo después de las vacaciones.

Desgraciadamente el sueño recurrente que venía reproduciendo inconscientemente desde principios de verano, me visitó de nuevo esa noche. Esta vez fue peor. Esta vez él tenía nombre y tenía ojos... ¡Y qué ojos! Hasta en sueños su mirada seguía intimidándome. Yo estaba como siempre corriendo por el Paseo Marítimo y llegaba el momento de cruzarme con él. Cerraba los ojos para captar con más intensidad su aroma cuando su mano me agarró de la muñeca y me acercó de un tirón hasta su pecho sin previo aviso. Esta vez no tenía puesta la gorra, pero sí las dichosas gafas de sol que me habían importunado tanto hasta la fecha. Se las quitó y se las colocó en el pelo. Ahora sabía por qué las llevaba. Seguramente por prescripción médica, para evitar así desmayos o insuficiencias cardíacas en el quórum femenino objeto de su mirada. Nos quedamos embelesados mirándonos fijamente sin decir nada con la respiración agitada y entonces... me besó.

Y yo en ese preciso momento como una estúpida fui y me desperté. Me sentía como si me hubiera perdido el capítulo final de mi serie de televisión favorita, *Lost*. Pero luego recordé que precisamente el último capítulo fue el único que defraudó y cabreó a todos los fans de la serie. Me levanté y me preparé una infusión de tila alpina que me ayudara a conciliar el sueño. Cuando por fin pude dormir de nuevo ya eran altas horas de la madrugada. Tendría un aspecto horrible al día siguiente...

El Manantial era un Centro concertado de Enseñanza Secundaria y Bachillerato situado en la zona norte de la ciudad. Se encontraba en un barrio residencial y por lo tanto el alumnado pertenecía a familias de un nivel social medio/alto. Era un atractivo complejo en blanco y negro de estilo colonial

rodeado de hermosos y cuidados jardines. Constaba de dos grandes bloques de cuatro plantas conectados internamente por un largo corredor. Uno de los bloques estaba destinado a la etapa de Enseñanza Secundaria y el otro a Bachillerato, así que el profesorado que impartía docencia en ambas partes pasaba todo el día recorriendo ese eterno pasillo.

Dejé mi coche en el aparcamiento trasero para profesores, cerca de las pistas de tenis. Cuando visité por primera vez el año pasado el que iba a ser mi lugar de trabajo quedé muy impresionada al admirar la inversión realizada allí en instalaciones deportivas. Además de las pistas de tenis, el instituto también contaba con pistas para practicar pádel y voleibol. Las canchas de baloncesto se encontraban en el interior del pabellón cubierto al que conducía uno de los jardines así como la piscina climatizada a la que me escapaba en cuanto tenía la ocasión.

Subí las escalinatas de la entrada y al hacerlo me di cuenta que la falda estrecha de tubo que decidí ponerme para el primer día me iba a dar más de un problema. Saludé cortésmente al personal de la Secretaría del Centro y después me dirigí a la zona anexa de los despachos para hacer lo mismo con la Directiva.

Me cansaban tantos saludos y los típicos y tediosos comentarios *¿Qué tal el verano? ¿Has cargado pilas? ¡¡Qué cortas las vacaciones!!* Me daban mucha pereza.

Llegué al despacho de Jefatura de Estudios y tras serenarme un poco con una profunda exhalación llamé a la puerta con los nudillos y entré. Ricardo Soler, el jefe de estudios, estaba ocupado hablando por teléfono pero con un gesto de la mano me indicó que no me fuera y que esperara. Mientras seguía hablando sonreía y noté cómo me examinaba con la mirada de arriba abajo deteniéndose más de lo debido en el escote de la blusa de seda verde que llevaba.

Quizás muchas mujeres le encontraban atractivo. Ricardo debía rondar los 38–40 años, era alto, moreno y de grandes ojos negros y con un cuerpo ciertamente atlético. Un pijo que siempre vestía de Ralph Lauren e iba hecho un pincel con su pelo engominado y repeinado hacia atrás. No había nada en el mundo que me diera más grima que ese look de pelo grasiento con caracolillos arremolinados en la nuca.

Desde el primer día que le conocí supe que me encontraba ante un ave rapaz, un depredador que siempre oteaba el horizonte en busca de su próxima víctima. Y tenía muy claro que esa víctima no iba a ser yo. Primero porque no

me sentía atraída por él y segundo porque la combinación trabajo+sexo estaba condenada al fracaso y no era para nada una buena idea, especialmente para mí, que era la empleada y él uno de mis jefes. Me esforcé por mantener las distancias desde un principio y él se esforzó en ponérmelo difícil.

Nunca se había sobrepasado conmigo pero eran demasiados los detalles: intensas miradas que se prolongaban demasiado, que me mirara sólo a la boca mientras hablaba con él, esa mano apoyada oportunamente en mi cintura para dejarme paso al entrar en una habitación,...

Por fin colgó el teléfono. Me tenía nerviosa allí de pie esperando mientras me recorría el cuerpo con la mirada.

–¡Hola, Rebeca! ¿Qué tal el verano?– me pregunta de manera muy predecible mientras rodea la mesa del despacho y se acerca. Al darme los dos besos de rigor, coloca estratégicamente ambas manos en mi cintura. Cuando termina el saludo soy yo la que me aparto.

–Genial. Todo playa y piscina y he descansado mucho.

–Sí. Ya veo que el verano te ha sentado muy bien– replica fijando sus ojos de nuevo en mi cuerpo.

–¿Y tú, Ricardo? ¿Dónde has pasado esta vez las vacaciones?– le pregunto mientras me abrazo a la carpeta y libros que llevaba como si fueran un escudo protector anti buitres.

–Esta vez hice un crucero por las Islas griegas con unos amigos.

Fue realmente... agotador pero estuvo bien– me explicó mientras se atusaba el pelo como si algún mechón rebelde pudiera escapar a semejante capa de grasa. Estaba segura que la pausa dramática que hizo antes de comentar lo de agotador tenía un significado especial, pero hice como que no lo había entendido.

–El claustro inicial era a las 10:00, ¿verdad?– pregunto para desviar la atención.

–Sí, pero me temo que empezaremos con algo de retraso. Tómalo con calma. ¿Te apetece un café?– me pregunta posando otra vez una de sus garras en mi cintura.

–No, gracias. Ya desayuné en casa. Seguiré saludando a los compañeros. Hasta luego– digo ágilmente para escabullirme de allí cuanto antes. Ese hombre no se cansaba nunca y siempre tenía puesto el piloto automático.

La siguiente parada obligada tampoco era fácil, el despacho de la Directora. Cuando supe que tendría a una mujer como máximo superior al que rendir cuentas, la idea ya me gustó en un principio.

Maite Cejudo, madrileña de 62 años, era una gran profesional y toda su vida era el trabajo. Prácticamente era la primera en llegar al Centro y la última en marcharse del mismo. El buen funcionamiento del Manantial se debía sobre todo a su gran dedicación y afán. Y ella no esperaba menos de los demás. Era una directora extremadamente exigente y yo una novata desbordada por la inexperiencia y las inseguridades que no quería defraudarla, especialmente por ser una antigua conocida de mi padre que me había otorgado de manera tan generosa esa oportunidad para empezar en la profesión.

Maite Cejudo enviudó relativamente joven. Su marido, Luis Segura, y mi padre fueron compañeros de patrulla durante algunos años y ella me conocía desde pequeña. Durante un control de alcoholemia en un barrio periférico de la ciudad, un vehículo no obedeció las indicaciones de los agentes que pedían que fuera aminorando la velocidad para detenerse y el conductor acabó atropellando violentamente a Luis que murió en el acto a causa de un fuerte traumatismo craneal. Después el coche se dio a la fuga y nunca identificaron a la persona que iba al volante. Maite y su marido no tuvieron hijos y al quedarse sola, Maite se volcó del todo en su trabajo, quizás demasiado.

–Buenos días. ¿Se puede?– pregunto esbozando una sonrisa después de haber llamado a su puerta que estaba medio abierta.

–Hola, Rebeca. Buenos días. Pasa, pasa– contesta ella mientras se levanta del enorme sillón de piel marrón de su despacho. Su delgada figura parecía más demacrada de lo habitual. – Bienvenida de nuevo. ¿Preparada para otro curso? –Buenos días. Preparada y agradecida como siempre por tu confianza, Maite– replico tras saludarnos con dos besos. Me llamó de inmediato la atención el aspecto de cansancio que presentaba mi Directora. Por las ojeras y bolsas de sus ojos cualquiera diría que había estado llorando o que llevaba días sin dormir.

–¿Te encuentras bien, Maite? Se te ve muy cansada– comento sin poder evitarlo.

–Por supuesto. Mucho trabajo de última hora que se ha complicado un poco, nada más– responde rápidamente quitándole importancia. – Revisa por favor tu agenda de trabajo para hoy y no te pierdas ninguna de las reuniones de departamento y de coordinación que habrá después del claustro– me dice ya con su tono diligente de directora.

–Claro. No te entretengo más. Veo que estás muy ocupada.

Nos vemos luego– digo escapando por la puerta antes de que pueda ver en

mis ojos que no sabía nada del orden del día para esa mañana de trabajo. ¡Maldito ordenador! ¡Tenía que averiarse precisamente ayer! También podía haberle echado un vistazo un poquito antes y no dejarlo como siempre para el último momento. La culpa no era del ordenador, sino solo mía.

Me alejé por el pasillo de los despachos y me encaminé hacia el salón de actos donde se celebraría el claustro pensando que a Maite le ocurría algo más que estar sobrecargada de trabajo. A pesar de conocernos desde hacía muchos años, no tenía con ella confianza como para seguir insistiendo.

Al llegar al lugar de reunión, la gran sala se encontraba muy concurrida. El Centro contaba con un total de 96 docentes y más de la mitad ya se encontraban allí y habían tomado asiento. Todo el mundo parecía nervioso, acelerado por el inicio del curso y el murmullo de compañeros todavía saludándose y relatando sus andanzas veraniegas empezaba a ser atronador. Divisé a las chicas que se encontraban al fondo y que me estaban haciendo señas para captar mi atención entre tanta gente. Cuando por fin llegué hasta ellas, se hicieron a un lado y me dejaron libre un asiento. ¡Las tres mosqueperras y Dartacan de nuevo juntas!

–Hola, everybody. Ya me ha dicho Ricardo que empezaremos algo más tarde así que mientras tanto que alguna me pase la agenda del día para hoy. Mi ordenador se puso en huelga ayer y he tenido que disimular con Maite que estaba al tanto del horario de reuniones– les dije muy apurada.

–Eso te pasa por ser una cabra loca que confía en anotar todo solo en el ordenador o en el ipad– me respondió Lidia agitando en el aire su elegante agenda personal de piel marrón.

–Anda, toma– añadió Patri a modo de regañina mientras me alargaba una hoja de papel con la información que necesitaba. Empecé a anotar rápidamente los horarios de reuniones de mi Departamento, Ciencias Sociales, Geografía e Historia así como las reuniones con el Departamento de Orientación y la Coordinación de Área.

–Desde luego qué haría yo sin vosotras– suspiré agradecida mientras le devolvía la hoja de papel a Patri. – ¿Algún cotilleo de última hora?– añadí con maldad femenina empezando así nuestro mayor hobby en común.

Rocío le dio un codazo a Lidia para animarla a hablar, como si ella necesitara ayuda para soltar un chisme...

–¿A qué no sabéis con quién se ha ido de crucero Ricardo, el Jefe de Estudios?– cuchichea Lidia en voz baja haciéndose la inte resante. El resto de las Mosqueperras y yo nos quedamos en silencio durante un segundo con los

ojos abiertos como platos ante lo que prometía ser una noticia sustanciosa.

–Con Susana, la vicedirectora. Se lo he oído comentar a ella en la sala de profesores– confiesa triunfante y orgullosa de ser la única con esa información hasta el momento. Dicha afirmación vino seguida de bocas tan abiertas como las del metro de Londres en hora punta. Se hizo entre todas un silencio abisal y nos mirábamos las unas a las otras buscando alguna explicación en la mirada de las demás. La primera que rompió el silencio fui yo.

–¡Pero si el muy gallito me acaba de decir que se fue con unos amigos de crucero por las Islas Griegas y que le resultó agotador...!– les digo a mis amigas con sorpresa en la voz. Mis palabras se vieron acompañadas de suspiros ahogados de profundo estupor.

–Seguro que fue igual de agotador para la Rottweiler– comentó Lidia guiñándonos un ojo. Con ese apodo nada halagüeño y muy merecido nos referíamos a Susana Martos, la Vicedirectora del Centro. Era una licenciada en Matemáticas de treinta y pocos años que pisaba fuerte por los pasillos del Manantial, segura de suceder en el cargo a Maite, la actual directora, cuando ésta se jubilara. Susana, a diferencia de Maite, no sabría nunca lo que era tener mano izquierda con el personal. Era una morena muy atractiva y estilosa que sencillamente no tenía el don de la oportunidad ni el saber estar.

Su forma atrevida y sexi de vestir llamaba la atención en el trabajo y denotaba que necesitaba ser siempre el centro de atención. Su personalidad se imponía a la del resto, anulando cualquier iniciativa o parecer que contrariase su forma de trabajar o de ver las cosas. No facilitó para nada mi incorporación a la plantilla docente y sentía que me controlaba en todo momento. Con ella siempre me sentía a la defensiva, esperando que me asestara un golpe sin previo aviso.

Era como si se hubiera establecido una competición entre ambas y la única que no sabía cuál era el premio final fuese yo.

–Esa pareja dará que hablar, chicas. Son tal para cual– añadió Rocío que hasta entonces había permanecido callada. Todas sonreímos indicando que pensábamos lo mismo.

En ese momento nos dimos cuenta que se hizo un silencio generalizado y al mirar hacia la mesa del estrado de la sala vimos cómo la Directiva al completo tomaba asiento en la presidencia para empezar el claustro. Maite se encontraba en el centro acompañada por Ricardo Soler a su izquierda y por la Rottweiler a su derecha. Junto a esta última tomó asiento el Secretario del Centro, Julián Sanchidrián, otro matemático al igual que Susana y el

chovinismo personalizado en un cincuentón arisco de barba canosa. Desde luego el Departamento de Matemáticas no tenía desperdicio...

La Directora empezó cortésmente dando la bienvenida a todos tras las vacaciones y notificando la baja temporal para el inicio de curso de una compañera que dio a luz durante el verano, presentando a continuación al profesor sustituto que cubriría esa baja.

Cuando Maite nombró a un tal Raúl Román, un chico alto pelirrojo se levantó tímidamente y saludó con la mano a todos los presentes para después volver a sentarse y recuperar su perdido anonimato.

Todos los claustros empezaban siempre de la misma manera.

Julián, el Secretario, leía concienzudamente el acta del claustro anterior, lo que le llevaba aproximadamente un cuarto de hora. Pero las chicas y yo aprovechábamos ese ratito y con discreción seguíamos hablando por el chat común del whatsapp (para que luego digan de los alumnos...). Me percaté de que no había silenciado el móvil cuando me llegó el primer mensaje. Di un respingo con la señal acústica y el borde que estaba sentado delante de mí se giró y me fulminó con la mirada.

Patri ► *Ahora que los veo ahí a los dos, me los estoy imaginando juntos en la cama.*

Rocío ► *¡¡Mis ojos!!*

Lidia ► *Mira que sois guarras...*

Rebeca ► *¡Qué borde el tío que tengo delante!*

Lidia ► *Ni caso. Pobre Ricardo. Ésta a la mínima que le haga se lo come crudo. Se le acabó ser el gallo del corral.*

Rocío ► *Seguro... Por algo la llamamos la Rottweiler*

☺

Rebeca ► *¿Tú crees? También tendrá su corazoncito, ¿no?*

Patri ► *Mientras él no le lleve la contraria, ¡¡luna de miel!!*

Rocío ► *Luna de miel sado... Yo veo a Susana sometiendo a Ricardo y dándole de latigazos cada vez que mire a otra.*

Rebeca ► *Pues despediros ya del Jefe de Estudios porque ese no va a ganar para esparadrapo...*

Lidia ► *Esparadrapo no sé, pero más de una aspirina te tendrías que tomar ayer para el dolor de cabeza, guapa.*

Rebeca ► *No me lo recuerdes. ¡Qué vergüenza! Para una vez que salgo y la pillo bien gorda. Ya sabéis que normalmente no bebo tanto.*

Lidia ► *Que sí mujer... Es por meternos contigo. Lo que te perdiste...*

Rebeca ► *Una pena lo del concierto...*

Me llegó entonces un mensaje de un contacto desconocido.

► *Hola, preciosa.*

Rebeca ► *¿Creo que te has equivocado?*

678900174 ► *Lo intentaré otra vez. Hola.*

Rebeca ► *¿?*

► *Veo que sigues igual de maleducada, sin devolver los saludos.*

Al leer el último mensaje, el corazón me dio un vuelco. Era imposible. No podía ser él. ¿O sí? Decidí responder haciendo de tonta amnésica, aunque los dedos me temblaban al pulsar las teclas y tuve que corregir lo escrito más de una vez.

Rebeca ► *¿Por qué debería saludarte si no te conozco de nada?*

► *¿Te estás haciendo la dura conmigo?*

¿Estaba decepcionado o enfadado quizás? ¡¡No faltaba más que eso!! Si alguien tenía derecho a enfadarse era la persona que se quedó sola y abandonada de mala manera después de compartir un momento tan íntimo como fue el accidente. La persona que se sintió paradójicamente usada y sucia después de haber tenido lo que fue y sería sin lugar a dudas el mejor sexo de su vida. La persona que seguía soñando con aquellos ojos grises que la miraban fijamente mientras el dueño de aquella mirada felina entraba dentro de ella para quedarse por siempre allí, alojado en un recóndito y secreto lugar de su alma. Aquella idiota era yo. No sabía qué contestar, así que no lo hice.

Lidia ► *Te perdiste algo más que el concierto, guapa.*

► *Vale. Me lo merezco por marcharme así justo en aquel momento.*

Patri ► *Desde luego. Ni te lo imaginas.*

Lidia ► *Dartacan, ¿qué te pasa? Te ha cambiado la cara...*

Rebeca ► *Nada. Hablando a la vez con un amigo.*

Vaya. ¿Ahora ya había pasado a la categoría de amigo? Las chicas me observaban mientras yo seguía con la vista fija en la pantalla del móvil.

► *Me romperías el corazón si me dijeras que no te acuerdas de tu Iron Man.*

Podía vetar el acceso de aquellos whatsapps, pero mis dedos se negaban a hacerlo. ¿Qué podía contestar ante aquello? Si respondía él sabría que le estaba siguiendo el juego. A la mañana siguiente del accidente tomé una decisión y no me volvería atrás. No estaba dispuesta por nada del mundo a correr el riesgo de sentirme así de huérfana otra vez.

Rebeca ► *Tres cosas. Primero, el sábado tuve un mal día y para*

empeorarlo bebí demasiado y francamente no me acuerdo de nada. Segundo, estoy segura de que ya habrá alguna voluntaria para ponerte una tirita y curarte lo que te tenga que curar. Tercero, ¿quién demonios te ha dado mi teléfono?

El espíritu de Escarlata O'Hara también dominaba el whatsapp. Su respuesta no tardó en llegar.

► *Cuatro cosas.*

Vale. Había conseguido enfadarle y eso me gustaba.

► *Primero, si no me preguntas por lo de Iron Man es que sabes perfectamente quién soy y que te acuerdas de mí. No bebiste tanto, de lo contrario habría reprimido mis instintos aunque me fuera la salud mental y física en ello. Segundo, yo no he mencionado en concreto la noche del sábado. Preciosa, se te ve el plumero. Tercero, pregúntale a tus amigas cuál me dio tu número porque no sé su nombre ni me interesa. Y cuarto, si no cambias de actitud y a hablarme en serio empezaré a tener miedo.*

Desde luego era rápido rebatiendo argumentos y devolviéndole a una la pelota a su tejado. ¿Mis amigas? ¿Lidia o Patri le dieron mi número después de que Rocío me llevara a casa? Decididamente una de las mosqueperras tenía sus días contados, pensé mientras las fulminaba con la mirada y trataba de identificar a la traidora.

Rebeca ► *¿A tener miedo de qué?*

Mi nerviosismo iba en aumento, pero también mi curiosidad y al final mordí el anzuelo. No pude evitar preguntárselo y justo entonces me di cuenta de que eso era lo que él quería que yo supiera.

► *Miedo a tenerte que olvidar, a encontrarte de repente, a no verte nunca más...*

Su respuesta me sobrecogió durante un momento pero luego reaccioné.

Rebeca ► *Muy bonito y profundo, pero ¿no es la letra de una canción de Mclan?*

► *A que mola... Sabía que te gustaría...*

Rebeca ► *¿¿Mola?? ¿Cuántos años tienes, 15?*

► *¿15? Sí, creo que solo 15 minutos a solas contigo cara a cara, como la última vez, me bastarían para convencerte de la desesperación que sentí cuando volví al Flamingo Rock y no te encontré allí. Creía que iba a volverme loco. Si hubiera sucedido al revés, yo te habría esperado.*

Rebeca ► *Seguro. Se nota que estás acostumbrado a que las chicas te esperen las veces que haga falta, así que te aconsejo que vayas a buscar a*

cualquier otra que dejaras plantada. Seguro que sigue allí. Yo estoy ocupada en una reunión de trabajo y además como policía te interesará saber que voy a cometer un crimen. ¡¡Voy a matar ahora mismo a la loca que te dio mi número!! ¡Bórralo y olvídate.!

O me mostraba segura de mí misma o no me tomaría en serio jamás.

► *De acuerdo, preciosa. Como usted ordene.*

¿Qué? ¿Ya está? ¿Así de fácil? Me sentí enormemente estúpida por la desilusión que me embargó ante su falta de perseverancia.

Desde luego era como el perro del hortelano. No había quién me entendiera. Pero es que... mientras leía sus mensajes era como si estuviera escuchando su profunda y ronca voz hablándome al oído y sus ojos me aguardaran impacientes al tiempo que le escribía mis palabras. Mi fuerza de voluntad se volvía muy débil y frágil cuando pensaba en esos ojos grises.

Ya tendría tiempo de deshojar la margarita más tarde. Ahora tenía que asesinar a una de mis amigas.

Rebeca ► *¿Cuál de vosotras dos, cacho perras, le dio mi número a un chico la noche del sábado?*

Estaba realmente enfadada porque me sentía traicionada por alguien muy cercano a mí y en quien confiaba ciegamente. Las dos levantaron la cabeza para mirarme por un instante y luego siguieron con los mensajes.

Patri ► *Rebeca, no te pongas así. Cuando termine el claustro te explicamos lo que pasó con detalle.*

Lidia ► *Chica, da miedo cómo nos miras. ¡¡Para ya!! Luego hablamos, ¿vale? Es demasiado largo de explicar...*

Rocío ► *Tienes derecho a enfadarte, Rebeca. Pero espera a escuchar lo que tengan que contarte.*

Patri ► *Niñas, haya paz, que Julián está terminando...*

Las tres guardaron los móviles y yo tardé algo más pensando si usarlo o no como arma arrojadiza. Decidí hacerle caso a Rocío.

Cuando abandonáramos el Salón de Actos tendrían mucho que explicar.

Después de la lectura del Acta del último claustro por parte de Julián Sanchidrián, Maite le cedió el turno de palabra a Ricardo, encargado como Jefe de Estudios de recordar a todo el profesorado diversos aspectos relacionados con la gestión administrativa del inicio de curso. También recordó normas a seguir para el buen funcionamiento de las tutorías. El primer día cada tutor recibiría a su grupo y seguiría unas directrices acordadas en conjunto. Al concluir el claustro, cada Departamento se reuniría para el

reparto de grupos y Susana, la Vicedirectora, asistiría a cada una de esas reuniones para supervisar y aclarar dudas.

Aquello se alargó durante más de hora y media ya que en el punto de ruegos y preguntas muchos profesores plantearon distintas cuestiones que quedaron pendientes del curso anterior. Una de ellas era el uso indebido de móviles por parte de los alumnos en el Centro. Muchos profesores se quejaban de que algunos alumnos olvidaban desactivar el sonido antes de entrar en el aula, perturbando así el ritmo normal de clase. Personalmente me parecía absurdo perder el tiempo con ese tema. Durante el claustro sonaron varias veces móviles de profesores que no solo no ponían en silencio sus aparatos sino que contestaban las llamadas recibidas.

Además, me constaba que muchos de ellos recibían llamadas personales estando en clase. ¡¡Éramos una panda de hipócritas!! La última en intervenir fue la Vicedirectora, que comunicó la fecha límite para la entrega de la programación de actividades extraescolares. El Manantial contaba con unas actividades fijas que se llevaban a cabo todos los años. Las más atractivas eran el intercambio lingüístico que se realizaba con un centro educativo de Suecia y el viaje de estudios que se hacía en 4º de la ESO.

Cuando por fin terminó el claustro, todos nos levantamos y salimos a los jardines exteriores para tomar un poco el aire antes de reunirnos de nuevo por departamentos. Yo salí de las primeras en un intento de acorralar a mis compañeras e interrogarlas. ¡No se iban a escapar! Mientras las esperaba sentada en uno de los muchos bancos de madera que había repartidos por los zonas verdes comprobé en un impulso el móvil. ¡¡Tenía otro mensaje de él!! ¿Por qué sentía ese alivio? ¿Por qué el corazón me había subido a la boca? Pulsé inmediatamente para leer el contenido.

► *Nunca se me ha dado bien cumplir órdenes. Dame al menos una oportunidad. ¿Te gusta Mclan, como a mí? Creo que sí, que te va. Escucha cuando estés a solas uno de sus últimos temas “Ritual”. Si no piensas en mí al escucharlo, si no te hace sentir nada por dentro, dímelo y te borraré de mi móvil y de mi vida... Por favor, preciosa, hazlo. PD. No suelo suplicar. PPD. ¿Has visto mi foto nueva del perfil del whatsapp?*

¡¡Dios mío!! Si aquello no era insistir... ¿A quién iba a engañar? ¡¡Estaba encantada de que lo hubiera hecho!! Y la foto de su perfil... ¡¡era un primer plano del superhéroe de Marvel, Iron Man!! Sé que puede parecer tonto, pero me pareció un detalle de lo más... ¿romántico? Las chicas se acercaron a mí y escondí de manera infantil el móvil en el bolso. Me puse en pie

automáticamente como un resorte dejando la carpeta, los libros y el bolso en el banco e intentando cambiar la cara de boba que se me había puesto.

–A ver. ¿Quién empieza? ¿Cuál de las dos es la traidora?– les solté a bocajarro.

–No vayas por ahí, que no se trata de eso?– se defendió Patri.– Realmente las dos decidimos darle tu número– confesó bajando ya algo el tono de voz y sin atreverse a mirarme a la cara.

–¿Pero estáis locas o qué?– les grité muy alterada y poniendo los brazos en jarra. – ¿En qué estabais pensando?

–¿Sinceramente?– preguntó Lidia con una sonrisa picarona en la boca. – Yo solo podía pensar en la angustia y preocupación que proyectaban esos ojos grises. ¡¡Niña, qué ojos!! ¡Ya me gustaría a mí que mi novio me mirase así, que me buscara en una habitación con esa mirada desesperada en la cara!– Realmente sabía que ella se conformaría con que su novio estuviera en la misma ciudad que ella y no en Mallorca, tan lejos.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Las mariposas en el estómago empezaron a revolotear despavoridas ante la avalancha de una manada de elefantes que pisoteaba con brío mis entrañas.

Automáticamente, mis piernas flaquearon y se volvieron de gelatina, por lo que tuve que volver de nuevo al asiento del banco.

–Rebeca, solo pensábamos en ti, cariño– dijo con dulzura Lidia mientras me cogía de la mano y la apretaba con la suya. – Nos convenció diciendo que había estado hablando contigo, pero que tuvo que marcharse y al volver ya te habías ido. No era un completo desconocido al fin y al cabo. Pero sobre todo nos convenció con esa sonrisa...– Al menos, no sabían lo del accidente, pensé más tranquila.

–Chica, no es para tanto. No le hemos dado tu dirección a un sicópata ni nada parecido... Sólo tu número a un hombre encantador, guapísimo, con una sonrisa y unos ojazos que deberían estar prohibidos. Y tú llevas tanto tiempo... sola. ¡Joder, lo que hubiera dado porque me hubiera pedido a mí mi número!– explicó Patri mientras se abanicaba con la palma de la mano como si tuviera un sofocón.

Estaba claro que no era la única que sucumbía a los muchos encantos de Iron Man. Sólo Lucas se resistió. Ese hombre debería ir por el mundo con una venda en los ojos y una mordaza que le tapara la boca para que todas las féminas estuviéramos a salvo y tuviéramos alguna oportunidad de escapar a sus superpoderes. Aun así, oír aquello de mis amigas me supuso un gran

alivio. ¡No era una debilidad mía! ¡¡Nos pasaba a todas!! Dartacan empezó por primera vez en su vida a sentir un dolor punzante en la boca del estómago que poco a poco iba en aumento y le subía como una lengua de fuego hasta el cuello. Sí. Estaba celosa. Celosa por algo que nunca había sido mío.

–Simplemente no lo esperaba. Me está mandando mensajes convenciéndome para quedar.– En realidad mi atleta favorito no lo había comentado todavía, pero quedaba implícito en lo de darle una oportunidad.

–¡Genial!– gritaron las tres al unísono mientras los compañeros que pasaban a nuestro lado nos miraban alertados. Incluso la buena de Rocío se había sumado al club de fans de Iron Man y eso que ni lo había visto...

–¿Y cuál es el problema, Rebeca?– preguntó Patri levantando las palmas de las manos en un gesto de incredulidad. – Desde luego él no. ¡Está para comérselo! Me quedé sin respuesta para aquella pregunta. ¿Cómo podía confesar a mis amigas que el problema era yo? Era una cobarde. Me daba miedo tenerle cerca. Solo con imaginar el hecho de encontrármelo otra vez cara a cara temblaba todo mi cuerpo. No era dueña de mis actos cuando me encontraba bajo el efecto de su mirada, su sonrisa, el sabor de su boca, las caricias de sus manos expertas recorriendo mi cuerpo y sujetándome como si yo osara escapar. ¿Qué le diría después de las circunstancias en las que terminó nuestro primer y único encuentro? Oye, si echamos otro polvo espectacular, te importaría esta vez que nos presentáramos primero y cuando terminemos no salir huyendo como alma que lleva el diablo? No contaba con mucha experiencia, pero tan malo no podía haber sido...

–Sabía que teníamos que darte un empujoncito. ¡Con lo mojigata que eres a veces!– exclama Lidia poniendo los ojos en blanco.

Si ella supiera...

No soportaba cuando Lidia se ponía en ese plan superior de mujer experimentada. Tenía una relación estable con su novio también de Mallorca, como ella. Llevaban juntos más de seis años y constituían una pareja plenamente consolidada. Conoció a Eric cuando acudió a uno de los típicos restaurantes playeros plagados de turistas alemanes. Fue amor a primera vista porque cuando Eric la vio dejó de ser el dueño del negocio para convertirse en su camarero personal. Lidia no sólo se dejó querer, sino que se enamoró perdidamente. Y así hasta el día de hoy. Él se desvivía por ella y procuraba que no le faltara de nada. Pero Lidia después de intentar conseguir una plaza como profesora en el Conservatorio Superior de varias provincias andaluzas y tras un máster consiguió un puesto temporal cubriendo una baja de un

violinista en la orquesta filarmónica de Málaga. Cuando terminó, siguieron recurriendo a ella ocasionalmente cuando alguno de los violinistas caía enfermo, pero no era un trabajo estable que le reportara ingresos con regularidad.

Un día una compañera de la orquesta la recomendó para el puesto de profesora titular de Música en El Manantial. Disfrutaba con su trabajo como docente, pero su sueño era conseguir una plaza en la banda. Después de dos años todavía seguía intentándolo pero la relación con Eric estaba pagando los platos rotos y no durarían separados el uno sin el otro mucho más tiempo.

Por supuesto envidiaba una relación así de sólida. Nunca la había tenido y al ritmo que iba nunca la tendría... Deseché rápidamente esa rabia contenida hacia ella al recordar las lágrimas derramadas por mi amiga en sus momentos de bajón. Cuando se encontraba atormentada por los kilómetros de distancia que la separaban de su hombre, mi amiga tenía la misma reacción que Sherlock Holmes cuando necesitaba enfrascarse en sus pensamientos hasta poder resolver el enigma que tuviera entre manos: tocaba el violín. Era su instrumento musical favorito y había nacido para arrancarle a aquellas cuerdas sonidos que ilustraban a la perfección el dolor de su alma. El amor a distancia le pasaba factura cada vez con mayor frecuencia y había días en que la nostalgia se apoderaba por completo de ella y resultaba imposible animarla. La historia de mi Iron Man parecía entretenerla bastante como para focalizar su atención más allá de su dramática separación temporal.

—¡Yo no soy una mojigata! No me gusta que me llames así— le recriminé mirándola fijamente con el semblante serio.

—¿No?— contestó retóricamente. — Pues ciega al menos tienes que ser para no quedar con un hombre así— aseguró con desdén.

—Ciega y tonta— corroboró Patri dándome unas palmaditas en la espalda como consolándome y recordándonos a todas que ella no tenía pelos en la lengua.

Busqué en Rocío el apoyo que me hacía falta ante tanta falta de empatía por las que suponía que eran mis amigas. Pero para mi sorpresa Rocío, mujer curtida en años y experiencias, en lugar de sembrar sensatez y calma se unió a las filas del enemigo.

—Rebeca, a veces en la vida una no puede quedarse sentada viendo el tren pasar. Tienes que provocar tú las cosas— explicó con serenidad mientras me cogía del brazo para que nos sentáramos de nuevo en el banco. Rocío siempre acertaba a decir lo correcto en el momento exacto.

–Chicas, no entendéis nada. El problema es que... Será mejor que me sincere con vosotras. Si no se lo cuento a alguien explotaré– decidí cogiendo aire profundamente para armarme de valor. – El sábado pasado no me comporté con naturalidad, quiero decir que no era yo misma. Sería el alcohol, la discusión previa que tuve con mi padre o la conversación que tuvimos juntas sobre el tiempo que llevaba sola... La cuestión es que... hice cosas impropias de mí.– La confesión quedó sin terminar al ver que se acercaba a nosotras Susana, la Vicedirectora del Manantial, así que prudentemente opté por callarme.

–Rebeca, te esperamos en la sala 6 para la primera reunión de tutores de 4º de la ESO. Procura no llegar tarde esta vez, por favor– escupió como una víbora de mala manera mientras pasaba a nuestro lado dejando tras de sí la estela de la fragancia profundamente empalagosa que habituaba a llevar y usaba como cebo para atrapar a los moscones. Surtía efecto porque el moscón número 1, Ricardo Soler, había quedado atrapado ya en sus redes.

–Chicas, tengo que irme. El curso pasado me retrasé 10 minutos para llegar a una sesión de evaluación y ya veis...– me excusé recogiendo del banco todas mis cosas de manera precipitada. – Esa zorra tiene memoria de elefante en lo que a mí se trata.

–¿Qué? ¡Tú estás huyendo para no tener que seguir contándonos lo de ese morenazo!– me acusaba Patri demostrando así que se moría de curiosidad.

–¿Y yo soy la única que todavía no ha visto a ese monumento?– Rocío se quejaba y con razón. Entre las otras dos habían creado mucha expectativa al respecto.

–Ya te haré un retrato robot, que para algo soy la profe de Dibujo– se jactaba Lidia. No me cabía la menor duda de que sería un retrato fiel al original ya que mi amiga era licenciada en Bellas Artes y el dibujo al natural una de sus especialidades.

–Chicas, me voy corriendo. La arpía me está esperando. Os tendréis que conformar con un resumen condensado de mis meteduras de pata del sábado pasado. El morenazo es policía (o eso creo) y me cacheó a la salida de los servicios del Flamingo porque creía que llevaba drogas en el bolso.– Las caras de circunstancias de las mosqueperras eran todo un poema y ninguna se atrevió a interrumpirme. – Después..., después me colgó un cuadro en el despacho de Lucas y Rubén.

Las tres parecían dibujos animados allí plantadas con la mandíbula inferior a punto de rozar el suelo sin poder articular palabra y con los ojos

desorbitados por la sorpresa. Vi la oportunidad idónea para escapar así que tras recoger mis cosas me encaminé a paso ligero hacia el bloque norte del complejo donde tenía lugar la segunda reunión del día.

Estaba segura de que las chicas me acribillarían a preguntas en cuanto tuvieran la oportunidad pero ahora estaba a salvo del fuego cruzado o eso pensé mientras tomaba asiento en uno de los sillones de la sala 06 junto al resto de tutores de 4º de la ESO. La tutoría de ese último curso suponía una gran responsabilidad ya que los chicos se jugaban la titulación en Enseñanza Secundaria, su primer título académico esencial para continuar con cualquier tipo de formación posterior.

A mi lado se sentaron Raúl Román (el pelirrojo nuevo de Física y Química que presentaron al inicio del claustro) y Damián Grau (uno de los compañeros más simpáticos y agradables perteneciente al egocéntrico y pedante Departamento de Lengua). Enfrente de los tutores Susana y el Orientador del Centro, Bartolomé (nunca me acordaba de su apellido) preparaban unos dossiers con documentación relativa a cada grupo: listados de clase, teléfonos de contacto de las familias de los alumnos, normas de convivencia recogidas en el Plan de Centro, así como un cuestionario personal que los alumnos debían rellenar para que los tutores pudiéramos llegar a conocerlos mejor.

Susana rompió el hielo tomando la palabra en primer lugar.

—Aquí os entrego estas carpetas con toda la información que necesitáis sobre vuestras tutorías. Este año contamos con cuatro grupos de 4º de la ESO. La tutoría del A será para Damián, la del B para Lorena, que no ha podido acudir por enfermedad y las del C y D para Raúl y Rebeca respectivamente— dijo mientras repartía la información señalada. Normalmente el mejor alumnado se encontraba en los grupos A y B, por lo que en los C y D uno podía esperar a los más charlatanes y con problemas de aprendizaje. No se me pasó por alto el detalle notorio que tuvo Susana. Al nuevo le dio el grupo C y a mí dejó el último de todos, a pesar de ser ese mi segundo año y no seguir siendo la novata de turno.

—La reunión con los padres de los alumnos se convocará para el próximo 14 de octubre de manera que hayáis tenido tiempo de conocer a todos los de vuestro grupo. Encontraréis en las carpetas un guion con los principales puntos a seguir para dicha reunión— explicaba la víbora de forma muy diligente. En realidad, no se le podía criticar nada a Susana en lo referente a su trabajo. Procedía normalmente con profesionalidad y con actitud seria. Pero en cuanto a calidad humana y compañerismo dejaba mucho que desear. Y ese nuevo

curso que empezaba no iba a ser una excepción.

–La fecha límite para entregarme las programaciones de las actividades extraescolares es el 1 de octubre y fuera de plazo no se aprobarán más actividades que no estuvieran previamente recogidas y planificadas– avisó mirándome a mí como si hubiera una advertencia oculta que se escapaba por supuesto a mis cortas luces.

Pero ella no tardó en aclarármelo.

–Como sabéis los alumnos de 4º de la ESO realizan en mayo el Viaje de fin de Estudios que este año será un crucero por el Mediterráneo. Debe acompañar a los alumnos uno de los tutores junto con Ricardo, el Jefe de Estudios.– Vaya, qué casualidad, pensé al instante. Definitivamente, Ricardo se nos iba a hacer marinero...

¡Un crucero! Aquello era un arma de doble filo. Si mi grupo resultaba ser agradable y establecíamos una buena relación, el viaje sería una experiencia muy bonita para compartir con ellos. Pero si en cambio su comportamiento era negativo, encerrarse con un grupo numeroso de adolescentes en un barco durante una semana podía llegar a convertirse en una auténtica pesadilla. Aun así, la idea me pareció atractiva. Nunca había viajado en barco, a excepción de la pequeña travesía turística por el Támesis en una de mis escapadas a Londres mientras estuve en la Universidad. Otro problema sería mantener a raya a Ricardo, el pulpo por excelencia. Pero siempre estaríamos rodeados de alumnos, así que no sería tan difícil, ¿no? De todas formas, con toda seguridad el tutor elegido sería Damián o Lorena ya que eran los más veteranos y tenían prioridad a la hora de decidir.

–Susana, aprovecho la oportunidad para comentarte que me va a resultar imposible ir al Viaje de Estudios en mayo– comunicó inesperadamente Damián. – Mi mujer está embarazada y si todo va bien para esa fecha casi habrá dado a luz. Por nada del mundo querría perdérmelo.– ¡Qué sorpresa! ¡Damián iba a ser papá! Su mujer, que rozaba ya los 40, y él llevaban tiempo obsesionados con distintos tratamientos de fertilidad pero no habían tenido suerte hasta entonces. Fue una noticia que nos alegró a todos y nos levantamos para felicitar a Damián por la buena nueva. Todos menos Susana, que se quedó con el gesto torcido y tomando notas en su agenda.

Parecía bastante molesta y empezaba a sospechar por qué...

–Bueno, Damián. Enhorabuena, por supuesto...– dijo impasible casi por obligación. – ¿Entonces quién acompañará a Ricardo? Lorena no ha asistido hoy porque tiene problemas de salud que mucho me temo serán intermitentes a

lo largo del curso, así que no se puede contar con ella— explicó con desagrado como si la futura paternidad de Damián y la frágil salud de Lorena le hubieran fastidiado la mañana.

¡¡Hoooooola, Hoooooola!! Tierra llamando a Susana. Tierra llamando a Susana. Conteste, por favor. ¿Es que era invisible? Blanco y en botella... Yo era la única opción que quedaba. Pero como siempre la Rottweiler volvió a sorprender.

—Raúl, ¿qué tal tú?— le preguntó apuntándole con su estilográfica Mont Blanc. Te apetecería encargarte de la organización del viaje? Ricardo está muy ocupado, pero puedes consultarle las dudas que te vayan surgiendo sobre la marcha ¡¡No me lo podía creer!! Me había ignorado como si no estuviera allí.

—¿Yo? Claro que me encantaría ir, pero quizás Rebeca tiene más interés— dijo el pelirrojo de forma prudente y mirándome con una gran interrogante en la cara sin saber de qué iba la película. Fue todo un detalle que por fin alguien en aquella sala se hubiera dado cuenta de que existía.

—La verdad es que...— acerté a decir mientras Susana me fulminaba con la mirada. ¡Era eso! ¡Temía que me fuera de crucero sola con Ricardo y...! Un escalofrío de repulsión me recorrió la espalda al pensar en ello. — La verdad es que el Viaje coincide con la recta final para mis oposiciones y no podré permitirme el lujo de irme entonces. Ric se lo habrá imaginado porque no me ha comentado nada esta mañana— respondí con toda la naturalidad de la que fui capaz. Sí, Ricardo acababa de pasar a ser Ric solo para fastidiar a la Rottweiler. ¡Ja! Yo también sabía jugar...

Las generosas capas de maquillaje que llevaba la víbora alicatadas en el rostro no pudieron impedir que se filtrara un rubor propio de la furia y los celos que seguramente la estaban devorando por dentro.

Por fin pude asestarle un pequeño golpe a su magnánimo ego y me sentía poderosa. Susana apretó ligeramente los labios antes de continuar. — Perfecto entonces. Raúl acompañará a Ric al Viaje de Estudios— respondió lanzándome una furtiva mirada con una mezcla de alivio y rabia a la vez. — A lo largo de esta primera semana tendréis que empezar con la organización y la documentación del mismo. Lo mejor es dejarlo cerrado cuanto antes para abaratarlo en la medida de lo posible y no tener imprevistos con los alumnos— añadió recogiendo sus cosas e indicando así que la reunión había terminado para ella.

Nos quedamos entonces a solas con Bartolomé y el ambiente pareció

relajarse, al menos para mí. Empezó a explicarnos las actividades propuestas por el Departamento de Orientación para desarrollar dentro del Plan de Acción Tutorial. El trabajo del tutor era complejo y conllevaba mucha responsabilidad, así que toda ayuda era bienvenida. Pacientemente resolvió todas nuestras dudas y la reunión terminó después de algo más de una hora y media. Cuando abandonamos la sala, el bueno de Raúl se acercó.

–Rebeca, como sabes soy nuevo en el Centro y se me escapan todavía algunos detalles. Discúlpame por lo del Viaje de Estudios, pero te aseguro que no tenía ni idea y estoy tan sorprendido como tú de que me lo ofrecieran a mí primero sin contar contigo antes– dijo amablemente. El nuevo fichaje se comportaba como todo un caballero.

–Muchas gracias por tu consideración, Raúl, pero como ya dije estaré para esa fecha muy liada con las oposiciones y aunque me hubiera gustado ir, no sería lo más acertado– le tranquilicé apoyando una mano en su hombro. Me respondió con una bonita sonrisa y supe en ese momento que nos llevaríamos bien. Felicité a Damián otra vez por la buena noticia y me apresuré para llegar cuanto antes al Departamento de Geografía e Historia para el reparto de grupos y horarios. Era casi la una del mediodía y una manada de leones se impacientaba en mi estómago luchando por conseguir comida. A juzgar por el ruido de mis tripas debían de estar devorándose entre ellos, pero aún me quedaba una última reunión y tendría que ignorar los rugidos durante algo más de tiempo.

Para cuando terminó lo que fue una eterna mañana, me dolía la cabeza y estaba tan cansada que no tenía ni hambre. No vi a ninguna de las chicas. Seguramente seguirían en las reuniones de sus respectivos departamentos o bien se habían marchado ya. Fue un alivio no encontrármelas porque no quería entretenerme. Estaba deseando llegar a casa y descansar un rato. Durante el trayecto en coche, poco más de 25 minutos, empecé a ordenar mis pensamientos. Lo hacía mejor escuchando música, así que sintonicé mi emisora favorita a pesar del dolor de cabeza. Empecé repasando mentalmente toda la información recibida a lo largo de ese día en el Manantial. Tenía muchísimo trabajo por delante y además el maldito portátil estaba averiado. Después de almorzar, sin falta acudiría a los grandes almacenes y con suerte el servicio técnico de Informática lo repararía en el momento. ¡Había que ser optimista! La voz del locutor de radio me sacó de mi ensimismamiento al presentar el siguiente tema musical. – *Ahora os dejo con lo nuevo de Mclan, Ritual; toda una declaración de intenciones, chicas*– anunció con sorna.

Mi universo se paralizó en ese instante. ¡¡No me lo podía creer!! Aquello tenía que ser una señal... Siempre ponía la radio mientras conducía y sintonizaba la misma emisora, pero hasta ese momento nunca había oído esa canción. Era como si el mundo se confabulara contra mi fuerza de voluntad. De repente parecía que todo el planeta estaba al tanto de mi vida sentimental y observara divertido mis reacciones. La primera fue detener el coche en el arcén para serenarme y recuperar el control de mis piernas, que se quedaron instantáneamente sin fuerzas para pisar el freno o el acelerador y los brazos se volvieron de papel, incapaces de sujetar el volante. Me sentía estúpida mirando a mi alrededor por si alguien me espiaba.

Nada en el mundo me hubiera impedido escuchar esa canción en ese momento. La canción empezó con el ritmo hipnótico de unos tambores que robaron toda mi atención y aceleraron mi riego sanguíneo. El cantante del grupo siempre me había parecido de lo más sexy y con mucho morbo, al igual que su color de voz tan rasgado y sensual, ideal para el rock.

♪ *Quiero temblar contigo y no soltarte más, clavar tu cuerpo al mío como en un ritual...* ♪ Todo mi ser se estremeció al oír el inicio de la letra de la canción y un hormigueo incontrolable anidó en mi entrepierna para después invadir otras zonas sensibles de mi cuerpo. Los pechos se irguieron aumentando de forma automática su temperatura y los pezones se endurecieron como canicas de acero a punto de escapar en busca de un imán que reclamaba su presencia de manera exigente.

♪...*de todo este delirio, sólo me cura tu amor,(...) quiero jugar contigo hasta que nos abrace el sol(...) voy a morder la flor, tu negro corazón, meterme en lo más hondo de tu noche...* ♪ Una mano acudió sin pensarlo a aliviar la fuerte tensión que se desató en mi zona genital y me encontré sin darme cuenta acariciándome por debajo de la falda. ¿Cómo podían mis braguitas estar así de húmedas? Estuve a punto de tener un orgasmo reviviendo mi encuentro con Iron Man gracias a la canción, pero algunos conductores empezaban a observarme al pasar a mi lado por si necesitaba ayuda o tenía alguna avería. Decidí con gran frustración reanudar la marcha y sumarme al tráfico como una conductora normal y no como una loca salida que estaba a punto de correrse solo con una canción y unos recuerdos. El resto del tema fue una tortura para mí. Todo me recordaba a él, a su cuerpo, a la manera de agarrarme mientras me penetraba con desesperación contra la pared, al sabor de sus labios y su saliva en mi boca... ¡No podía seguir así por más tiempo! Me engañaba a mí misma y me moría por verle otra vez.

Unos anuncios radiofónicos me hicieron volver de nuevo al mundo real y descubrí con horror cómo regresaba otra vez para atormentarme y devorarme por dentro aquel dolor sin consuelo que sentí al marcharse él y dejarme sola de aquella manera tan brusca.

Estaba muy sofocada y había empezado a sudar, así que bajé la temperatura del climatizador del coche para templarme un poco. Jamás había sufrido un calentón de tal magnitud. No veía la hora de llegar a casa y darme una buena y larga ducha fría.

Capítulo 4

Al llegar a casa me percaté de que Lucas no había dormido en su cama. Con toda seguridad habría pasado la noche con Rubén. Estaba muerta de hambre pero la ducha fría era lo más urgente. Después me encontré mucho más relajada llevando unos shorts y una camiseta de tirantes, pero seguía pensando en mi Iron Man. Me preparé un almuerzo rápido y sano: merluza a la plancha con ensalada y una copa de vino blanco Sauvignon Blanc. Mientras engullía la comida y saboreaba el vino fresquito me di cuenta de que mi policía, además de ser un dios del sexo, debía ser profeta. Sabía perfectamente que cuando escuchara la canción pensaría en él y le llamaría. Vale. Me moría por hacerlo, pero no estaba preparada para hablar directamente por teléfono y escuchar una voz que nublaría la capacidad de mis sentidos. Opté por la medida más cobarde, el whatsapp. Tardé al menos 20 minutos en decidir cómo empezar y qué decirle.

Rebeca ► *Hola.*

La retórica no era lo mío... No obstante, ¿no se quejaba de lo maleducada que era por no haberle devuelto los saludos con anterioridad? Ver la foto del dibujo animado de su perfil hacía que el corazón se me acelerara. Allí estaba yo. Una imbécil sentada delante del plato vacío del almuerzo sin atreverse a moverse y mirando constantemente la pantalla del móvil. Tras quince eternos minutos, mi paciencia ya no podía resistirlo más.

Rebeca ► *Lo intentaré de nuevo. Hola.–*

Añadí emulando uno de sus primeros whatsapps. Transcurrieron otros diez minutos más. El vino además de haber realzado el sabor del pescado, me infundió algo de valor para continuar. Aun así, había aprendido la lección de los excesos del sábado noche y solo me tomé una copa pequeña para acompañar la comida.

Rebeca ► *Es un consuelo saber que no soy la única mal educada que deambula por los paseos marítimos y los clubes nocturnos.*

Fue terminar de escribir y pulsar enviar cuando su respuesta saltó a continuación en la pantalla.

► *Hola preciosa. ¡¡Gracias a Dios que tengo noticias tuyas!! ¡¡Creía que iba a volverme loco!! ¡No me hagas esto nunca más! ¿De acuerdo? No creo*

que pudiera soportarlo...

Ni qué decir que me quedé sin respiración. ¿Estaba desesperado por... mí? El corazón me iba a mil por hora y definitivamente sería el primero en las crónicas médicas en salirse por la boca. No sabía cómo continuar y permanecí a la espera.

► *Te has quedado muy callada... ¿Escuchaste la canción que te pedí?*— me preguntó el muy canalla como si no intuyera la respuesta.

Rebeca ► *Sabes que sí...*— contesté tímidamente mientras le imaginaba esbozando esa bonita e impactante sonrisa.

► *Gracias por hacerlo. Llevo todo el fin de semana pensando en ti y después de los mensajes de esta mañana me tenías muy nervioso creyendo que habías decidido pasar de mí. He estado a punto de emitir una orden de busca y captura para poder así hablar contigo.*

Rebeca ► *Estás bromeando, ¿verdad?*— No estaba segura del todo...

► *Bueno, ahora nunca lo sabrás*— respondió enigmáticamente. No sabía por qué, pero algo me decía que no bromeaba.

—*¿Te ha gustado la canción?*— preguntó curioso para averiguar indirectamente mi reacción al revivir nuestro encuentro sexual a través del tema musical. Este poli debía ser realmente bueno con los interrogatorios... Por supuesto no iba a confesarle que tuve que parar el coche en la carretera y que casi llego al orgasmo a mitad de la canción.

Rebeca ► *No está mal*—contesté sin dudar. No podía sincerarme tan pronto con alguien que prácticamente era un extraño. ¿Sexo desenfrenado sí y sincerarme no? Hacía tiempo que no me reconocía a mí misma.

► *No lo hagas otra vez*—escribió de manera escueta.

Rebeca ► *¿Que no haga qué?* —pregunté sin entenderlo.

► *Hacerte la dura conmigo. He sido contigo muy directo y sincero. Necesito saber qué piensas de verdad y cómo te sientes.*— Iron Man tenía razón y ya era hora de ser yo misma y recuperar mi verdadero yo.

Rebeca ► *¿Estás seguro?*

► *Por favor...*

Rebeca ► *¿Qué ha sido de “No estoy acostumbrado a suplicar”?* — pregunté mordazmente desviando la atención de manera cobarde.

► *¿Se lo pones así de difícil a todos?* —Vale. Había llegado la hora. Una alarma roja se accionó en mi interior.

Rebeca ► *¿A todos? Creo que te has formado una imagen totalmente equivocada de mí. 1º no suelo emborracharme cada vez que salgo y 2º nunca*

he mantenido relaciones sexuales esporádicas con un completo desconocido.

–¿Quería sinceridad? ¡Pues, toma sinceridad! Pero la verdad es que las pruebas estaban todas en mi contra. Debía pensar que era un putoñ verbenero. Su respuesta no se hizo esperar.

678900174 ► *1º todos nos hemos emborrachado alguna vez en la vida (aunque tú no ibas tan mal como dices) y 2º me alegro enormemente de haber sido el primero, pero no quiero seguir siendo un desconocido para ti. Me muero por conocerte. No te estaba juzgando. Era solo una forma de hablar. Veo que te he molestado, pero te aseguro que no era mi intención. Cuéntame tus temores y los resolveré todos.*

Sí, me había molestado, pero mi poli buenorro sabía argumentar muy bien.

Rebeca ► *Disculpas aceptadas. Me temo que son demasiados y la lista puede resultar eterna, aunque intentaré hacerte un resumen. No tengo mucha experiencia en relaciones personales y la poca que tengo resulta desastrosa. Supongo que no he tenido suerte hasta ahora. Creo que no se me dan bien. Siempre me han dirigido y nunca he tomado la iniciativa. Todavía me pregunto cómo pude reaccionar contigo de aquella manera el sábado por la noche. Yo no soy así... –Me detuve un instante para pensar, pero él no me dio tregua alguna.*

► *¿Así cómo?*

Rebeca ► *Así de impulsiva y directa. No sé dejarme llevar y ahora estoy asustada porque simplemente no sé qué decir o qué hacer. Me muero de vergüenza al pensar en encontrarme contigo otra vez y mirarte a los ojos. Tengo miedo. –Ya lo había hecho. La cobarde había confesado.*

► *¿Miedo de mí? Recuerda que estás en buenas manos. Soy poli y mi deber es velar por tu seguridad–contestó con una nota de humor para aliviar la tensión.*

Rebeca ► *Tengo miedo a tenerte cerca de nuevo y no poder controlarme. No quiero resultar patosa, insegura. Tu presencia me perturba tanto que no controlo mis actos. Pero sobre todo lo que me aterroriza más es volver a sentirme otra vez como cuando me dejaste sola.*

¿¿Acababa de escribir eso?? Bueno, al fin y al cabo no era tan cobarde después de todo... Cerré fuertemente los ojos, como esperando que su respuesta fuera un petardo a punto de explotarme en la cara. Pero eso no pasó, al menos enseguida. Debía estar escribiendo El Quijote porque su siguiente mensaje se hizo de rogar.

► *Gracias por sincerarte, preciosa. Ahora es mi turno. Por nada del*

mundo me habría marchado cuando lo hice pero , para empezar, nada de eso debería haber ocurrido. Pertenezco a la unidad policial UDYCO (unidad de drogas y crimen organizado) y estaba de servicio esa noche en el Flamingo. Llevo soñando contigo todo el verano, nena. Me rompías el corazón cada vez que nos cruzábamos en el Paseo Marítimo y no me devolvías los saludos. Y cuando te vi entrar en el club no me lo podía creer. No podía quitarte los ojos de encima. Estabas impresionante con ese vestido (aunque los pantalones cortos que utilizas para correr me ponen a mil). Imagina mi angustia cuando malinterpreté el contenido de aquella maldita bolsa pequeña de polvos blancos que te dio tu amiga. Creía entonces que ya no habría nunca ninguna posibilidad entre nosotros y cuando descubrí mi error el alivio fue enorme. Me olvidé por completo de que estaba trabajando y no quería que te escaparas esta vez sin besarte, sin acariciarte, sin sentirte... Pero, nena, fue demasiado para mí y no pude controlarme. Luego, en el peor momento mi compañero me dio un aviso y tuve que salir corriendo. No tenía elección. Y luego, cuando regresé al club y descubrí que te habías marchado... Creía que iba a volverme loco. Espero que no te arrepientas de lo ocurrido. Yo no lo hago porque es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo—. Desde luego la sinceridad se le daba mejor a él que a mí... Eso y muchas otras cosas.

Rebeca ► *¡Uff ...! Me cuesta asimilar todo esto, Iron Man. No sé qué decir.*

► *Dime que no te arrepientes, nena.*— Sus palabras parecían encerrar de nuevo una súplica implícita.

Rebeca ► *¡Claro que me arrepiento!*—respondí sin apenas pensarlo.

► *Nena, yo...* No le dejé continuar y terminé de explicarme.

Rebeca ► *¿Y sabes por qué? Porque estoy segura de que nadie me hará nunca vibrar como tú lo haces. Sólo con mirarme a los ojos me desarmas por completo y me siento indefensa y a la deriva, esperando ansiosamente que tus brazos me rescaten de una soledad tan fría. Desde que te vi por primera vez en el Paseo Marítimo, te colabas en mis sueños casi todas las noches como si fueras un personaje de ficción que nunca conocería. Y no me importaba porque sabía que estaba a salvo. A salvo de ser rechazada, de recibir mentiras a cambio de cariño, de sufrir... Y ahora... Creo que estoy sincerándome demasiado y me estarás tomando por una cursi sicópata o algo así.*

Ya me veía con un pie en la cárcel. Loca de atar arrestada por acoso a un

policía.

► *Nena, necesito verte.*

Rebeca ► *Esta semana he vuelto al trabajo y estoy muy liada...*

¡Madre mía! ¡Quería verme! ¡A mí! ¡Ay por favor que insista un poco y ya puedo morir feliz! Era realmente cierto que estaba hasta las cejas de trabajo y cosas que hacer, pero yo también necesitaba verle tanto como aire necesitaban mis pulmones.

678900174 ► *Veo que hay que darte un empujoncito. Después de todo lo que me has dicho, tienes dos opciones, preciosa: o quedas conmigo y fijas una cita o me planto ahora en tu casa y me explicas a la cara qué hacía yo en tus sueños.*— Eso era un ultimátum y no el de Bourne.

Rebeca ► *Te estás marcando un farol. No sabes dónde vivo.*

► *Urbanización La Torrecilla, bloque 2, 1º B. La terraza tiene pinta de ser enorme, ¿verdad?* —escribió seguramente con una sonrisa de oreja a oreja de autosuficiencia.

¡Pero qué tonta era! Durante el cacheo en el club revisó mi cartera con la documentación y seguramente memorizó la dirección.

Rebeca ► *Próximo viernes a las 23 h. en el Flamingo. Allí tengo amigos y me sentiré más tranquila. No llegues tarde.*

Aunque me había lanzado, seguía siendo una cobarde que necesitaba el respaldo de sus amigos en caso de tener que salir huyendo con la cabeza baja.

► *Eso está mejor. No me retes. Siempre juego sobre seguro, nena. Estoy deseando que llegue el viernes, aunque espero verte esta noche en tus sueños. Hasta entonces, preciosa.*

Sonaba insultantemente seguro de sí mismo. ¡Qué envidia me daba el muy...!

Rebeca ► *Hasta el viernes, Iron Man.*

► *Por cierto, me llamo Daniel.*

Rebeca ► *Ya lo sabía, Dan. Respondiste al maldito teléfono, ¿recuerdas? Pero, me gusta más Iron Man...*

Cerré el whatsapp y me tumbé en el sofá mirando al techo durante un buen rato, como si mi vida se estuviera proyectando allí y yo fuera una mera espectadora que podía criticar a la protagonista, una mujer joven que se sentía irresistiblemente atraída por un policía guapísimo con el que quería dar un paso adelante y a la vez cuatro hacia atrás; que quería entregarse por completo a una excitante relación con un hombre con el que soñaba todas las noches y con el que nunca imaginó poder si quiera entablar una conversación. Una

joven que tenía miedo de verle de nuevo pero que sentía verdadero pánico por no verle nunca más. Sí. Aquella cobarde confundida era yo.

Afortunadamente tenía una semana entera por delante para armarme de valor y pensar en cómo iba a reaccionar cuando lo tuviera delante de mí. Pero necesitaba soltar toda la tensión que llevaba dentro y que alguien escuchara todas mis inseguridades y temores.

¿Quién mejor que una hermana? Además le debía una disculpa por marcharme de la cena familiar sin despedirme de ella. Después de recoger la cocina llamé a Doña Perfecta.

–Hola hermanita. ¿Cómo están mis sobrinos favoritos?– le pregunté a la preñada de oro a modo de saludo en cuanto descolgó el teléfono.

–Hola Rebeca. Tus sobrinos siguen a buen recaudo dentro de mí y espero que sigan así unos meses más. Me imagino que son tus favoritos porque son los únicos que tienes, pero cuando lleguen al mundo y te pida ayuda, igual cambias de opinión– contestó sonriendo y acariciándose la tripa con toda seguridad.

–Cariño, llamo para disculparme por la espantada del sábado, pero ya sabes que papá es especialista en sacarme de quicio. Supongo que seguirá muy enfadado conmigo, ¿no?

–Ya le conoces. Cuando entra en racha no hay quien lo pare.

Pero el resto de la velada lo pasamos hablando de partos, hospitales y canastillas de bebés. Es una fuente inagotable de conversación.

Eso y la discusión por la elección de nombres para mis hijos. ¡Tienes que ayudarme, por favor! Papá se empeña en que uno de mis niños lleve el nombre su padre y su abuelo y no hace falta que te diga que ni Pablo ni yo estamos por la labor.

Nuestro padre estaba chapado a la antigua y era de la opinión que el primer varón al nacer en una familia debía continuar con el nombre del padre o del abuelo. Ya que él había tenido la “mala suerte” de tener sólo descendencia femenina intentaba que al menos sus nietos heredaran el nombre. Alegaba que como su apellido se perdería de todas maneras, ponerle al menos a uno de los niños el nombre del que hubiera sido su bisabuelo y tatarabuelo no era mucho pedir y además constituía un bonito legado. Sólo había un problema. La madre y el padre de las criaturas consideraban que Ezequiel era un nombre obsoleto poco adecuado para un recién nacido. No obstante, todavía quedaban unos meses por delante y la batalla no estaba perdida del todo.

–Me lo imagino. ¿Quién se llama Ezequiel hoy día? En fin, no creo que papá me escuche a mí precisamente. Últimamente no soy santa de su devoción...– argumenté con pesar y resignación.

–Esta tarde tenía pensado llegarme al centro comercial para que me arreglaran el portátil. Se ha estropeado y me urge tenerlo arreglado. ¿Qué te parece si te recojo, me acompañas y nos tomamos un café? Hace tiempo que no hablamos– añadí con nostalgia.

–¡Uy! A ti te pasa algo– dedujo al escuchar mi propuesta. – ¿Quién es, cómo se llama, cuántos años tiene y a qué se dedica?– Doña Perfecta tenía poderes adivinatorios y no se le escapaba una.

Después de todo, éramos hermanas, nos criamos juntas y era la persona que mejor me conocía. Le bastaba una mirada para cerciorarse de mi estado de ánimo y saber si todo iba bien. Durante la adolescencia aprovechó ese don para chincharme hasta límites insospechados con frases inmortales como ¡A Rebeca le gusta ese chico! o ¡Sé que me cogiste mi blusa favorita, te lo veo en la cara! Cuando empezó a salir con Pablo dejó de meterse conmigo y por raro que parezca un buen día me di cuenta de que lo echaba de menos. Cuando se casó y se marchó de casa me sentí muy sola, como si hubiera perdido a mi hermana, pero poco a poco nuestra relación maduró y recuperé de nuevo a Silvia.

–¡Cómo eres! Siempre estás igual. ¿Es que no puedo llamarte para tomarnos un café sin que pase nada malo?– le reproché con toda la seguridad y confianza de las que fui capaz. El embarazo sin duda había agudizado sus superpoderes.

Quedamos en que pasaría a recogerla en 45 minutos y como no quería retrasarme mucho decidí no cambiarme de ropa y dedicar el poco tiempo que me quedaba a buscar los dichosos papeles de la garantía del ordenador. Supongo que en todas las casas hay un duende que se entretiene en esconder aquello que una decidió un buen día guardar con especial cuidado para encontrarlo fácilmente en caso de necesidad. Me recordaba a mí misma diciéndome Lo voy a poner aquí para que no se pierda. Y claro está, lo guardé tan bien que no lo encontraba por ninguna parte. El azar quiso que me diera por abrir la tetera que Lucas y yo utilizábamos de bote común para pagar nuestras noches de comida china. Los lunes el Flamingo cerraba sus puertas y si Lucas se quedaba en casa llamábamos a nuestro restaurante chino favorito para cenar en pijama delante del televisor. O me estaba haciendo mayor o el maldito duende había decidido esconder allí los papeles que llevaba un rato

buscando.

Cogí las llaves del Volkswagen y salí corriendo. Odiaba llegar tarde.

Una hora después mi hermana y yo compartíamos café y croissants de chocolate en una de las cafeterías del centro comercial mientras esperábamos a que el servicio informático de los grandes almacenes resucitara mi portátil.

–Chica, cualquiera te quita el último croissant... Tú no estás merendando. Estás devorando– le dije a Silvia riéndome al verla con tanto apetito. Silvia llevaba una blusa blanca ibicenca sencilla y unos shorts negros que le quedaban muy bien a pesar de la incipiente barriguita de embarazada.

–Ya lo sé. No puedo evitarlo. El embarazo me da mucha hambre. ¿Sabes que me levanto por las noches para comer? Cualquiera día Pablo le pondrá un cerrojo a la nevera para detener los atracones nocturnos. En mi última revisión el ginecólogo con mucho tacto me dijo que si seguía así me pondría como una mesa camilla. ¡Qué vergüenza pasé! Porque es colega mío, que si no lo ahogo allí mismo– se lamentó mientras agarraba el último dulce.

–No seas tonta, hermanita. Estás estupenda y recuerda que has encargado a dos hombrecitos a la vez. Hija, tú siempre haciéndolo todo a lo grande.– Nos reímos un buen rato y Silvia irradiaba verdadera felicidad. Sería una madre estupenda y yo... ¡iba a ser tita por primera vez y partida doble! – Además, todavía te queda mucho por delante y si ves que estás engordando demasiado tienes tiempo de sobra para vigilar tu dieta y tu peso. Que no te amargue el médico este momento, mujer– añadí para animarla.

–Maja, te recuerdo que también pertenezco al gremio y no puedo tirar piedras sobre mi tejado– replicó Silvia sin poder evitar reírse de nuevo.

–Ya salió Doña Perfecta a restregarme por la cara la carrera de medicina como siempre– dije poniendo los ojos en blanco. No hacía falta aclararle a mi hermana que estaba bromeando. Ella lo sabía y nos picábamos por costumbre la una a la otra.

–Bueno, déjate de tonterías y cuéntame de una vez qué es lo que te pasa. ¿No crearás que me has engañado, verdad?– preguntó inquisitivamente. Dios..., como adivina mi hermana no tenía precio.

Bajé la cabeza y refugué la mirada en la taza del café mientras mis manos retorcían concienzudamente los extremos de una de las servilletas de papel.

–A ver, Rebeca. Haré de sacacorchos y te lo pondré fácil. Yo pregunto y tú respondes. ¿Cómo se llama?– Silvia estaba realmente interesada en lo que ella intuía que me pasaba y se mostraba expectante al respecto. Se hizo un largo silencio entre nosotras.

–Iron... Se llama Daniel– corregí a tiempo. Hubiera sido muy vergonzoso para mí tener que explicarlo todo desde el principio...

–¡Sí! ¡Lo sabía!– gritó triunfante como si en el fondo hubiera tenido alguna duda. – ¿Cuántos años tiene, a qué se dedica, cómo lo conociste y cuál es el problema?– continuó con el interrogatorio acercándose más a mí por encima de la mesa.

–Lamento decirte que cada día te pareces más a papá– dije con toda sinceridad.

–Ya, ya, pero contesta a mi pregunta– espetó impaciente.

–Lo tuyo no es una pregunta, es un tercer grado, mi general– ironicé mientras imitaba el saludo militar con el brazo. – Creo que respondiendo solo a dos, puedes hacerte una idea de la situación en la que me encuentro. Llevo soñando y suspirando por él todo el verano, pero lo que se dice conocerle, le conocí el sábado pasado mientras me estaba cacheando. Es policía y el registro digamos que lo realizó... profundamente.– Era un resumen muy adecuado y sutil de lo ocurrido después de todo.

Mi hermana se quedó con la boca abierta aunque callada durante un instante, pero después cogió aire y fuerzas para continuar.

–Rebeca Millán, ¡un policía! ¡¿Estás loca?! ¡Si papá se entera se muere de un ataque al corazón, pero antes te deshereda!– Por supuesto estaba realmente impactada. Mi padre acababa de jubilarse después de haber trabajado toda su vida como policía, pero una de sus clásicas consignas era que ninguna de sus hijas mantendría relaciones con otro policía. Con Silvia no hubo ningún problema ya que conoció pronto a Pablo y así hasta el día de hoy. Conmigo tampoco lo hubo nunca, sobre todo porque a casa nunca había llevado a ningún amigo ni lo había presentado como mi novio. Debían pensar que era “rarita” o lesbiana...

–Bueno no se enterará, ¿no? Me escudo en el juramento hipocrático que prometiste obedecer– aseguré ingeniosamente.

–¡Esto no es ninguna consulta médica, Rebeca! Además, yo soy pediatra y tú pareces bastante mayorcita ya– replicó algo molesta por mi ocurrente comentario.

–O te lo tomas como una consulta de “mal de amores” o no te cuento nada. Tú decides– le contesté lanzándole así un ultimátum.

Conocía a mi hermana muy bien y sabía perfectamente que le resultaría mortificante no conocer nada más de la historia.

–Vale, tú ganas. No le diré nada a papá– accedió al fin mientras se me

escapaba una pequeña sonrisa por la previsible victoria.

–A ver, ¿cuál es el problema, hermanita?– preguntó ya más serena.

–El problema básicamente es él– afirmé de manera escueta.

–No te entiendo– dijo sacudiendo la cabeza. – Creía haberte oído decir que te gustaba.

–¡Ay, Silvia! El problema es que es demasiado alto, demasiado fuerte, demasiado guapo, demasiado sexi... Es demasiado para mí.

Su mera presencia me abrumba por completo y me paraliza. Hace que me sienta como un cervatillo asustado en mitad de la noche por los faros de un coche. No me gusta tener miedo. Hasta ahora me he sentido atraída por algunos hombres, claro está, pero nunca había tenido miedo por sentir algo tan... intenso.

Mi hermana permanecía en silencio y sus ojos centelleaban al escucharme.

–No me hace falta más para darte un diagnóstico– interrumpió de repente.

– Resulta evidente que a ti lo que te pasa es que te has enamorado– aseveraba en tono solemne mientras me cogía de la mano como si fuera un médico que acaba de sentenciar a un paciente terminal.

–Además de cambiar de ginecólogo, deberías ir buscando un psiquiatra. ¡Yo no estoy enamorada de él! ¡Te he dicho que apenas le conozco!– dije con tanta firmeza que las mesas de al lado centraron momentáneamente su atención en nosotras dos, la embarazada zampabollos y la mentirosa chillona.

–¿No? Entonces responde a esta pregunta. ¿De qué tienes miedo, Rebeca? La pregunta era concisa y directa, pero muy difícil de responder, al menos para mí en ese momento. Tras un largo silencio, creí encontrar la respuesta.

–Supongo que tengo miedo a perderlo y a que desaparezca como en mis sueños. Sé que es algo irracional, porque no hay relación alguna todavía. ¡Por Dios! Debo parecerme una fan adolescente colada por un cantante o algo así– dije avergonzada por mi sincera confesión.

–Cariño, te has enamorado y es normal que te sientas asustada. Creo que tendrás que ir acostumbrándote a esa sensación de inseguridad que de momento te desborda, pero te aseguro que poco a poco irá desapareciendo conforme le vayas conociendo mejor. Date tiempo, Rebeca. Siempre has sido una mujer segura de ti misma y volverás a ser tú otra vez.

Silvia se levantó y me dio un cariñoso abrazo y beso en la mejilla. Me encantaba sentirme así de arropada por mi hermana mayor.

Decidí hacerle caso y tomármelo con tranquilidad. Después de todo, el consejo procedía de una feliz casada que había triunfado en la vida y el amor.

¿Qué podría ir mal?

–Echaba de menos hablar contigo, Silvia– le digo con cariño mientras alargó el brazo y le aprieto la mano.

–A mí también me ha venido muy bien. Y eso me recuerda que yo también necesito desahogarme contigo, hermanita– replica muy seria dejando entrever que algo le rondaba por la cabeza o le preocupaba.

–¿Tú? ¿Doña Perfecta necesita que la escuche y le de algún consejo? ¡Dios, debe ser una señal más del Apocalipsis!– digo bromeando de forma exagerada para hacerla sonreír. Se había puesto muy tensa de repente, pero logré mi propósito y se rio tirándome la bolita que había hecho con una servilleta de papel.

–No seas cría, Rebeca– protesta con toda la razón.

–¿No te importa contármelo mientras vamos al departamento de Informática para recoger el portátil? Ya debe estar listo...– le pido mientras me levanto de la mesa consultando el reloj. Por el camino la veo recelosa, sin saber por dónde empezar.

–Venga ya, Silvia. No puede ser tan malo. Me estás preocupando. ¿Va todo bien con los bebés? –Sí, claro. No es eso. Tranquila. Se trata de Pablo...– termina diciendo con la mirada puesta en el suelo. – Está muy raro últimamente.

–Bueno, mi cuñado nunca ha sido muy normal...– la interrumpo bromeando de nuevo. – ¿Qué quieres decir con raro?– Mi hermana había captado toda mi atención.

–No sé explicártelo, Rebeca. Raro. Pablo está raro y punto– dictamina con un severo ademán de manos.

–Chica, llámame torpe pero necesito más detalles– le digo ya sin paciencia.

–No sé. Le pillo hablando por el móvil y se marcha a otra habitación para que no me entere de la conversación o con quién habla, cierra de repente la pantalla del ordenador cuando me acerco a él y lo que más me preocupa...– interrumpe por un instante la enumeración haciendo una gran pausa dramática. – ¡Se ha comprado él solito ropa nueva!– termina diciendo muy exaltada.

Nuestra conversación se interrumpe cuando llegamos al mostrador de Informática y recojo el dichoso portátil que afortunadamente está por fin arreglado. Por suerte la avería no es seria y la reparación asciende a 50 euros. Después de pagar la factura retomo la charla pendiente.

–¿Qué tiene de malo que tu marido se compre su ropa? Ya va siendo hora que lo haga, ¿no?– le pregunto con burla, aunque intuyo por dónde va la conversación.

–Venga ya, Rebeca. ¡No son imaginaciones mías! Pablo nunca se ha comprado nada de ropa si no ha sido en mi compañía y bajo mi criterio. Siempre ha dicho que prefiere ir conmigo porque tengo buen gusto.– Su expresión estaba teñida de ira y tristeza a la vez. – ¡Si no sabe ni cuál es su talla de camisa o pantalón...!

–No creerás...– empiezo a decir en voz baja.

–Sí. Creo que Pablo tiene una aventura– suelta con un suspiro mirando nuevamente al suelo. Me duele mucho ver a mi hermana tan afectada y además en su estado. No podía creer lo que me estaba contando.

–Silvia, eso es imposible. Pablo te adora y siempre está mirando por ti. Vais a ser padres dentro de pocos meses. Tiene que haber una explicación para todo. ¿Le has preguntado?

–¡Claro que lo he hecho! Bueno..., no me he atrevido a preguntarle directamente si me está engañando con otra. Según él se compró ropa nueva porque le hacía falta y no quería que me agotara por las tardes yendo de compras con él. Dice que tengo que cuidarme y descansar. ¿Te lo puedes creer?– responde enfadada e indignada mientras de forma protectora traza largos círculos en torno a su ya visible barriguita de gemelos.

–Cariño, estoy completamente segura de que las hormonas y el embarazo te están jugando una mala pasada– aseguro mientras hojeamos ropita de bebé en otra sección de los grandes almacenes.

–Maldita sea. Siempre habéis sido la pareja perfecta: guapos, con exitosas carreras profesionales y locamente enamorados el uno del otro. Sencillamente no me lo creo...– digo mientras mi capacidad para hablar queda velada por lo que mis ojos interceptan a lo lejos detrás de otra estantería de ropa.

–No me lo puedo creer...– repito con la mandíbula abierta hasta el suelo.

–Eso ya lo has dicho, Rebeca– responde mi hermana.

–No me refería a eso... Es él, mi poli buenorro– le digo en voz baja mientras en un acto reflejo me agacho para esconderme detrás de unas estanterías. Mi hermana permanece de pie a mi lado de pie sin entender nada y sin haber asimilado todavía mis palabras, cuando le tiro del brazo y la obligo a esconderse conmigo.

–¡Auhh!– se queja. – ¡Qué estoy embarazada, mujer!– replica mientras

agacha también la cabeza inconscientemente. – ¿Nos estamos escondiendo de la policía?– pregunta con una sonrisa en los labios y burlándose obviamente de mí.

–¡Shhh! Sólo nos escondemos de un policía, no de todo el cuerpo. No me delates traidora y quédate ahí hasta que yo te lo diga– le ordeno mientras ella se inclina hacia un lado para otear el horizonte.

–Por favor, dime que no es el calvo barrigón de la camiseta marrón– suplica llevándose las manos de manera teatral al corazón.

–Menos guasa, hermanita. Es el moreno alto de la camisa azul marino que está mirando los pijamas de bebés.

Mi hermana se queda en silencio durante un rato inspeccionando el comercio en busca de alguien que reúna la descripción que le acabo de dar cuando ahoga un grito con la palma de mano y me mira con ojos desorbitados a la par que da pequeños saltitos en nuestro ridículo escondite.

–¡Serás guarra! ¿Te has tirado a semejante monumento?– me suelta sin escatimar palabras ni gestos de asombro. Más asombrada estoy yo al ver que a ella le extraña tanto.

–Jo, está bueno, ¿verdad?– Ella confirma mis palabras asintiendo con la cabeza e inclinándose de nuevo para examinarle con más detalle.

–¿Bueno? ¡Ese tipo de hombres debería estar prohibido!– dice mientras no le quita los ojos de encima. – ¿Qué demonios hace un tío así mirando ropita de bebés?– realiza en voz alta la misma pregunta que tenía yo en mente.

–Estará buscando un regalo, imagino. No llevaba anillo de casado, te lo puedo asegurar– le suelto antes de que ella me acuse de algo.

–Rebeca, tienes que salir y hablar con él– me dice mientras empieza a empujarme para que me levante y abandone mi humillante posición agazapada en el suelo.

–¿Qué? ¡Ni muerta! Te he dicho que ese hombre es... demasiado para mí. Silvia, no tengo ni idea de cómo empezar con él una conversación cara a cara después de..., bueno ya sabes...– le confieso aterrada y avergonzada a la vez.

–O sales de tu escondite o la dependienta tetona te lo roba en tus narices– me advierte sin dejar de mirar en su dirección.

–¿Qué?– Vuelvo a mirar y diviso a una dependienta algo más joven que yo sujetando un pelele con una mano para mostrárselo, pero por lo mucho que se inclina sobre él le muestra mucho mejor su generoso escote. – La muy zorra– mascullo entre dientes sin poder evitarlo. ¿Es que los empleados no tienen unas normas estrictas que cumplir en cuanto a la indumentaria en el trabajo?

Sí, la tetona vestía de uniforme pero debía haber olvidado abrocharse al menos tres o cuatro botones de la blusa blanca que llevaba embutida.

–Que salgas te digo– me insiste Silvia mientras no para de darme empujones para que me levante.

Bueno, ahora o nunca, pienso para mis adentros. De todas formas, no tenía sentido retrasar nuestro encuentro. Se suponía que esa semana teníamos una cita, ¿no? Me levanto a duras penas porque una de mis piernas se había quedado dormida y mientras me vuelve el riego sanguíneo y recupero la sensibilidad para poder echar el paso me quedo hipnotizada mirándole en la distancia. ¡Dios, es más guapo a plena luz del día! Vestía camisa azul marino que combinaba muy bien con sus ojos grises y unos vaqueros muy, muy ceñidos que le marcaban..., bueno, lo marcaban todo. Llevaba el pelo cuidadosamente revuelto y juraría que desde donde estaba podía apreciar la sombra de la barba de uno o dos días. ¡Estaba asquerosamente sexi! Para reventar...

La dependienta tetona lo tenía acorralado contra un perchero de ropa y un fuego abrasador me subió de repente por el cuello hasta asfixiarme por completo. ¿¿Estaba celosa?? Cuando decidí acercarme y empecé a andar en su dirección, un nuevo personaje entró en escena y me quedé congelada en el acto. Una morena alta con el pelo corto le rescató de las garras de la tetona y se abrazó a unos de sus bíceps. Los dos examinaban la ropa sonriendo y ella no lo soltaba ni un instante. En ese preciso momento, el superpoder arácnido adicional de mi Iron Man debió advertirle de que estaba siendo observado por alguien más y nuestras miradas se encontraron. La expresión de su cara cambió por completo y pareció cuadrarse en el sitio con cierto aire marcial. Se puso muy rígido y tenso. Él seguía mirándome, ajeno a la tetona y a la morena que seguía disfrutando de sus bíceps y yo, como una estúpida me quería morir. Debía estar roja como un tomate. Seguro que desde donde estaba él se me notaba. No lo soporto ni un segundo más. Como un resorte desaparezco y me repliego de nuevo en mi escondite.

–¡Silvia, vámonos! Corre todo lo que puedas, por tu madre. Tengo que salir de aquí– le digo muy apurada y sufriendo lo indecible.

–¿Pero qué te pasa?– pregunta alarmada.

–Está con alguien. ¡Tengo que salir de aquí YA! Si no puedes seguir mi ritmo, te espero en el parking. Pero, por el amor de Dios, date prisa!– Sin darle más explicaciones dejo a mi embarazada hermana tirada en el suelo, salgo espetada en dirección contraria y empiezo a correr sin mirar atrás.

–¿Rebeca?– escucho lejos a mis espaldas y aunque su voz me estremece no me detengo en mi huida ni me vuelvo para mirarlo.

Acelero la carrera.

–¡Rebeca! ¡Te he visto! ¡Sé que eres tú!– grita a mis espaldas mientras trazo la ruta de escape a toda velocidad.

No tenía ni idea de que se podía correr tan rápido con tacones, pero estaba decidida a dislocarme un tobillo si hacía falta antes de que él me diera alcance. Veo a lo lejos las puertas abiertas de un ascensor y logro colarme dentro a pesar de lo abarrotado que va.

Entro a trompicones pidiendo perdón y me escudo detrás de la gente rezando todo lo que sabía porque las puertas se cerrasen a tiempo. Al parecer Dios escucha mi desesperada plegaria y siento un gran alivio cuando las veo cerrarse. Luego me entra el pánico. ¿Dónde parará después el ascensor? ¿Me seguirá por las escaleras? ¡Espero que no! Esquivo las cabezas de los demás para fijarme en el cuadro de botones del ascensor.

Próxima parada: planta 5. ¡¡Qué suerte!! Estábamos en la planta baja y si pretendía seguirme la pista tendría que subir cinco pisos con esos apretados vaqueros. ¡Imposible! Cuando el ascensor llega a la planta seleccionada la mayoría de las personas que abarrotaban el ascensor se bajan allí. Es la planta de las oportunidades y eso explica la desbandada.

Pulso el botón del parking con las manos temblándome aún y cuando las puertas empiezan a cerrarse nuevamente veo a mi Iron Man al final del pasillo, rojo como un tomate, empapado en sudor y doblándose por la mitad para recuperar el aliento. Su mirada se enreda con la mía sólo durante un segundo y adivino confusión en sus ojos. Luego el ascensor cierra de nuevo rápidamente sus puertas y baja directo hasta el aparcamiento subterráneo del enorme edificio. Salgo como un rayo en cuanto las puertas me lo permiten y pago la tasa de aparcamiento a duras penas (mis manos de gelatina no aciertan a introducir las monedas a la primera en la máquina expendedora). En mi sprint final me pregunto desesperada si mi hermana habrá tenido tiempo de llegar hasta el coche. Cuando la veo apoyada en el Volkswagen doy gracias a Dios. Abro el coche con el mando a distancia y nos metemos enseguida en el coche.

–Eres la mejor, Silvia– le aplaudo verbalmente mientras meto la llave en el contacto.

–¡No vuelvas a hacerme esto nunca más! Si mis hijos salen estresados o prematuros, ya sabré a quién culpar– me increpa mientras busca en la guantera un papel para abanicarse y recuperar el resuello.

Conduzco despacio. Los nervios no son buenos compañeros al volante. Pongo la radio para recuperar el ánimo y evitar un incómodo silencio. Las dos ralentizamos nuestra respiración poco a poco, pero cuando en mi emisora favorita vuelve a sonar Mclan con esa sensual canción apago de un furioso manotazo la radio y mi hermana da un respingo en el asiento del copiloto.

–¿¿Quieres tranquilizarte?? Me va a dar algo, mujer. Yo no estoy para estos sobresaltos.

–Perdóname, Silvia. No he sabido cómo reaccionar y lo único que quería hacer era desaparecer de allí. ¿Te encuentras bien?– pregunto preocupada sintiéndome muy culpable.

–Sí, descuida. En realidad, ha sido una tarde estupenda, hermanita. ¡Qué subidón de adrenalina!– dice muy emocionada. – Ay, perdona, mujer. ¿Con quién estaba el poli buenorro?– Se da cuenta entonces de mi estado de ánimo.

–Ni idea. No es asunto mío, ¿no?– niego con la cabeza intentando borrar de mi mente a la morena que le sujetaba del brazo.

–No tiene importancia. Debe ser otra de sus conquistas. Yo fui el polvo del sábado y la de hoy a todas luces debe ser el polvo del lunes.

Debe ser agotador ser un tío tan macizo, ¿verdad?– explico con una risa grotesca y aparentando indiferencia.

Mi hermana se limita a apretarme en señal de cariño la mano que tengo aferrada a la palanca del cambio de marcha. Entonces recuerdo que nos quedé pendiente lo de Pablo y me siento fatal y muy egoísta por acaparar la atención de esa manera.

–Júrame que le vas a contar a Pablo lo que te pasa por la cabeza y que a ciencia cierta son imaginaciones tuyas. Verás como no es nada, una tontería de la que nos reiremos después.– Lo digo muy preocupada pero también queriendo cambiar radicalmente de tema.

–En cuanto sepa algo te llamo– me asegura. Llegamos por fin a su bonito y pijo chalet semiadosado y le doy un fuerte abrazo antes de que salga del coche. Debe estar aterrada sólo con dudar así de Pablo, pienso en mi interior.

Sigo mi camino conduciendo hasta casa sin atreverme a encender la radio de nuevo. Cuando llego después de 30 largos minutos, encuentro aparcamiento fácilmente enfrente de mi edificio y dejo el coche detrás de un motorista que todavía no se ha bajado de su impresionante Ducati de color negro azabache. Saco el portátil, agarro mi bolso y me encamino hacia el portal, cuando veo que el motorista deja la moto y se acerca a paso ligero detrás de mí oculto tras su casco. Un presentimiento me hiela la sangre y hace que apriete el paso para

entrar cuanto antes. Pero cuando abro la puerta y me dispongo a cerrarla el motorista la detiene con el brazo y me sigue una vez dentro para agarrarme del codo y llevarme contra la pared.

El miedo me paraliza, soy incapaz de articular palabra y levanto las manos en señal de rendición. Estamos solos en el portal. Entonces el motorista se quita el casco y sacude la cabeza para volver su bonita melena corta a su sitio.

—¡Por fin te tengo, preciosa! ¡Mira que eres difícil de atrapar!— Me encuentro de nuevo casi empalada por mi Iron Man contra la pared. Su cuerpo me aprisiona para asegurarse de que no pueda zafarme y salir huyendo de nuevo.

—¡Qué susto me has dado, idiota! Creía que eras un ladrón o algo peor— le digo muy enfadada y pegándole un par de puñetazos en el pecho que debía ser de acero. Tanto tiempo pensando qué decirle cuando lo volviera a ver y... ¿acabo increpándole y llamándole idiota? Bueno, lo tenía merecido, visto lo visto. Tengo la mirada clavada en su pecho y no me atrevo a mirarle a los ojos.

—¿Vas a contarme por qué has salido corriendo cuando me has visto?— Su voz se ha suavizado y se acerca todavía más a mi cara buscando el contacto visual que le niego.

—Yo no he salido corriendo de ninguna parte— miento como una bellaca. — Tenía prisa. Eso es todo— añado cometiendo el error de mirarle la boca y quedo embelesada por la humedad de sus labios carnosos.

—Estás mintiendo y lo sé. Créeme, se me da muy bien averiguar cuándo alguien no dice la verdad y en tu caso, preciosa, está claro que has salido huyendo porque me has visto del brazo de Mar— asegura mientras sigue clavándome una impactante mirada que yo trato de evitar con todas mis fuerzas.

—¿Mar? Ah sí, la morena... Se te veía muy ocupado, desde luego. Te estará echando en falta, ¿no? No entiendo qué haces aquí...

¿David?— le suelto con fallido desdén.

—Empiezo a imaginar la película que te has montado en tu cabecita, pero debes saber que...— le interrumpo forcejeando para librarme de la presión que su cuerpo ejerce sobre el mío, pero resulta inútil y sigo igual que al principio, atrapada. —...pero debes saber que Mar es mi hermana pequeña.

¿¿Qué?? ¿Su hermana pequeña? El corazón me va a mil por hora y me quedo sin palabras. Empiezo a hiperventilar por culpa de los nervios. ¡Era su hermana! ¡Tierra, trágame! Había vuelto a hacer el mayor de los ridículos. Se

me daba muy bien últimamente.

Él percibe mi estado de nerviosismo pero me doy cuenta de que su respiración también es agitada. Está igual de mal que yo o peor. Me coge de la barbilla y me alza la cabeza obligándome así a tener que mirarle directamente a los ojos.

–¿Cómo dices que me llamo?– me pregunta mientras sus ojos me hablan a la vez preguntándome y diciéndome mucho más.

–Daniel. Tu nombre es Dan, pero ya sabes que prefiero Iron Man– termino por sucumbir y mi fachada de indiferencia se desmorona por completo.

Sonríe de oreja a oreja y creo que voy a desmayarme pero no me da tiempo y su boca cubre la mía en un tórrido y apasionado beso que me abrasa por completo y me funde con él. Mi cuerpo automáticamente se queda lacio, sin fuerzas y mis brazos dejan caer al suelo el bolso y el portátil. ¿Se habrá roto? ¡A la mierda el ordenador! No puedo casi ni sostenerme en pie. El beso me está succionando hasta el alma. ¡Qué bien sabe! Su lengua busca desesperadamente enredarse con la mía una y otra vez dándome continuos embistes aterciopelados y aumentando mi temperatura corporal hasta límites insospechados. Coloca los brazos a ambos lados de mi cabeza apoyándose así contra la pared para tener un campo de maniobra más estable y su cuerpo mientras sigue empotrándome cada vez más contra la fría pared de mármol. No lo soporto más, las piernas me flaquean y aunque me tiene realmente apuntalada, me aferro con fuerza a su cuello y mis manos se pierden en su pelo. Sus caderas buscan las mías incesantemente. El sonido del ascensor llegando a la planta baja me sobresalta y le empujo con todas mis fuerzas para apartarlo de mí.

–Buenas tardes, Rebeca– me saluda uno de los vecinos del edificio al pasar por delante nuestra.

–Buenas tardes, Luis– logro responder segura de que ha advertido que apenas logro respirar y estoy encendida y roja como un tomate.

–¿Todo bien, vecina?– me pregunta repasando de arriba a abajo a Dan que apenas se ha apartado de mí y sigue mirándome fijamente.

–Sí, claro. Ya iba a subir. Hasta luego– le digo para librarme de él y de una situación tan embarazosa.

Seguro que se ha dado cuenta de que nos estábamos dando el lote, pienso. ¡Qué vergüenza! Mañana se habrá enterado todo la urbanización. Recojo mis cosas del suelo y me detengo antes de subir las escaleras. Aunque vivo en la primera planta, no me encuentro con fuerzas para que mis piernas de papel me

lleven a mi destino y decido subir en el ascensor. Dan me sujeta la puerta para que entre y sin mediar palabra sube conmigo. Apenas tardamos unos segundos en llegar, pero se me hacen eternos con la vista puesta en la bolsa del ordenador. Meto por fin la llave en la cerradura y me doy cuenta del momento tan delicado en el que me encuentro. ¿Qué hago ahora? ¿Qué le digo? ¿Quieres una copa? ¡¡Suena a... menuda imbécil!! ¿Le invito a pasar? ¿Quiero que se quede un rato? Todo resulta a continuación mucho más fácil y rápido de lo que me hubiera imaginado. Él me sujeta el bolso y el ordenador y con la mano colocada estratégicamente en mi cintura me guía hasta la entrada de casa. Cuando me giro para dejar las llaves en el pongo todo tropiezo de bruces otra vez contra su pecho y él me sujeta con ambos brazos. Mis ojos permanecen anclados en el lago gris marengo de su intensa mirada. Me doy cuenta que estoy perdida y totalmente a su merced. El duelo de miradas se alarga una eternidad y empiezo a ponerme realmente nerviosa. ¿Nerviosa o frustrada? No soporto más el silencio y la desesperación es tal que recupero por un instante la capacidad del habla.

–¿Por qué no me besas?– le digo con voz temblorosa a punto de echarme a llorar por tenerle tan cerca y no sentirle.

–Ufff, creía que no me lo pedirías nunca, nena. Me encanta oírte decir– responde aliviado. Acto seguido me coge fuerte de la cintura y me levanta sin aparente esfuerzo por su parte. Me aferro a sus fuertes hombros y mis piernas se enroscan en su cintura. ¡No me separarían de él ni con agua caliente! Su boca se mete en la mía, loca por explorar todos los rincones y nuestras lenguas pugnan por tener el control en un mar revuelto de sabrosa y cálida saliva. Con la mano me recoge el pelo en la nuca y tira hacia atrás dejando expuesto así mi cuello y sus labios empiezan a mordisquearlo y lamerlo suavemente mientras empieza a avanzar por el salón conmigo en brazos.

Cuando uno de los pequeños mordiscos apresa mi lóbulo derecho un quejido se escapa de mi interior sin poder retenerlo.

–¿Te he hecho daño?– me pregunta de repente interrumpiendo así el ataque vampiro.

–¿Qué? ¡No!– le respondo enfadada por detenerse.

Le agarro la cabeza y le entierro la cara en mi cuello otra vez para que su boca siga mortificando todas mis terminaciones nerviosas. Noto que está sonriendo mientras no deja milímetro alguno sin maltratar con su suave barba de uno o dos días. Sigue avanzando lentamente por el salón y termina depositando mi trasero en la encimera de granito de la cocina americana.

Su cuerpo se sitúa entre mis piernas y puedo notar lo excitado que está al sentir el enorme bulto de su glorioso miembro reventándole el vaquero. Su boca sigue ocupada dentro de la mía y sus manos suben por mi cintura hasta recalar en mis pechos. Los masajea con manos expertas y los estruja a su antojo.

Yo sigo enredada en su pelo, pero el hormigueo de mi entrepierna pasa a convertirse en fuertes pulsaciones que empiezan a convulsionar mis caderas buscando las suyas. Le recorro el triángulo invertido que tiene por espalda palpando todos los músculos y clavándole las uñas a través de la ropa. Su cuerpo responde de inmediato al mío con suaves embestidas que me electrocutan una y otra vez con estridentes calambres de placer que se expanden por todo mi ser imaginándole dentro de mí, como aquella vez.

En la cocina resuenan los ecos de nuestros gemidos y el ritmo acelerado de nuestra respiración. Mis pechos se quedan desolados al ver cómo sus manos abandonan el contacto y parten en otra dirección. Doy un respingo sobre la encimera al notar su mano en mi entrepierna acariciándome en círculos y le clavo más las uñas en su imponente espalda. Me avergüenzo sin remedio por el volumen delator de mis gemidos que le piden que no se detenga. Con las dos manos agarra el encaje de mis braguitas y me las saca por las piernas con tal parsimonia que creo que voy a estallar. Le deseo tanto que me duelen las entrañas y le quiero dentro de mí ya. La hebilla de su cinturón choca contra la encimera al abrirse la bragueta del pantalón de manera rápida y eficaz. Cuando creo que por fin va a conquistar mi territorio se escucha la puerta de casa abrirse de manera inesperada.

—Hola, reina. ¿Qué tal el día?— retumba la voz de Lucas desde la entrada. Nos quedamos congelados como en una imagen de vídeo durante un segundo y Dan arruga el entrecejo con gran confusión para después pulsar el avance rápido. Salto de la encimera ágilmente pero me rozo toda la cintura. ¡Auhh! ¡Eso ha dolido! Ya habrá tiempo de lamentarse en otro momento. Dan se abrocha el pantalón a la velocidad del rayo y yo me bajo la falda hasta las rodillas intentando alisar las arrugas. ¡Gracias a Dios no nos habíamos quitado la ropa todavía! Es entonces cuando veo mis braguitas debajo del zapato de Dan. Las recojo de un tirón a riesgo de romperlas y como la falda no tiene bolsillos decido esconderlas en forma de bolita en uno de los delanteros de los vaqueros de Dan que no da crédito a lo que estoy haciendo. Justo en ese momento aparece Lucas en la cocina.

—Vaya, hola— dice mi amigo y compañero de piso bastante sorprendido

mirando fijamente a Dan como si fuera un espécimen en extinción.

–Hola, Lucas. ¿Cómo te va?– respondo de manera estúpida por culpa de los nervios.

–Ehhh..., bien. Me va bien. Vivo aquí...– replica poniendo de manifiesto lo estúpido de mi pregunta. Da un paso adelante y le alarga la mano a Dan. – Soy Lucas, creo que nos conocimos el fin de semana pasado en el Flamingo Rock.– Está desempeñando el papel de hermano mayor a la perfección porque su tono es algo intimidatorio.

Dan le estrecha la mano con fuerza y sin vacilar. – Así es. Yo soy... Dan– responde dudando en decir o no otra cosa. Percibo la confusión de Dan y de Lucas pero lo que más me preocupa es lo que Dan pueda estar pensando.

–Lucas es mi compañero de piso– explico sin que nadie me haya exigido ninguna aclaración. Me doy cuenta del pequeño suspiro que se escapa de los labios de Dan y sonrío por dentro.

–¿Se va a quedar a cenar comida china con nosotros?– pregunta Lucas como si él no estuviera presente.

Nos miramos el uno al otro si saber qué decir y mi boca se abre para meter la pata y soltar algo de lo que seguro iba a arrepentirme.

–No, tiene que irse ya, ¿verdad?– le pregunto mientras mis ojos le piden a gritos que se marche. ¿Por qué acabo de decir eso? ¡¡No quiero que se vaya!! Pero con Lucas en casa, la atmósfera que compartíamos momentos antes se había esfumado y volvía a ser la cobarde de siempre. Dan me mira desconsolado y asiente con la cabeza.

–Sí. He quedado y no puedo de ninguna manera llegar tarde.– ¿¿Ha quedado?? ¿¿Con quién??

–Un placer, Lucas. Hasta la vista– se despide estrechándole otra vez la mano. Lucas se despide también y se queda allí clavado, deleitándose con el estado de nervios en el que me encuentro.

–Te acompaño a la puerta, Dan– digo mientras me agarro a su brazo firmemente. Cuando llegamos al umbral de la entrada él se detiene y me mira a los ojos con el semblante serio. Se agacha y me susurra al oído –La próxima vez no tendrás tanta suerte y no habrá escapatoria. Pienso ser implacable y despiadado, preciosa– dice para finalmente darme un fugaz beso a medio camino entre el lóbulo derecho y el cuello. Me estremezco por lo que parece ser más una amenaza que una promesa y reprimo el impulso de detener su marcha. Cuando cierro la puerta, esa horrible sensación de abandono me invade de nuevo y maldigo en mi interior. Detesto sentirme así. No me había

pasado hasta... hasta que lo conocí.

Lucas está enfadado. Lo sé por la arruga que le aparece en la frente y por cómo aprieta y se mordisquea los labios. Son muchos años juntos y no puede engañarme. Tiene motivos para estarlo. Me hice la tonta cuando me contó que Dan regresó al Flamingo Rock y le oculté lo sucedido.

—¿Qué pedimos esta noche para cenar, guapísimo?— le pregunto mientras recojo el bolso y el portátil del suelo. No me responde y se marcha a su habitación, pero deja la puerta abierta, señal de que quiere hacerse rogar y le suplique perdón. Pongo los ojos en blanco y voy tras él. Está sentado en el borde de la cama, así que me pongo a su lado.

—Tío, perdóname por mentirte. No sé por qué lo hice— le suelto en voz baja mientras le pongo la mano en el muslo. Sigue sin hablarme y además no me mira. Esta vez la he cagado de verdad, pienso.

—Vale, sí sé por qué lo hice. Lucas, me da miedo lo que siento por este hombre. Nunca me había ocurrido nada igual antes. Es tan intenso...—. La confesión hace que me sienta mucho mejor, como si me quitara un gran peso de encima. Ya estaba hecho. Era de dominio público que estaba colgada por el poli buenorro. Lo sabían las chicas, mi hermana y ahora Lucas. El único que no debía saberlo era mi padre...

—Me alegro mucho por ti, reina— responde Lucas con voz triste besándome en la mejilla y abrazándome. El abrazo se prolonga demasiado tiempo y sé que a mi amigo le ocurre algo.

—No estás así porque estés enfadado conmigo, ¿verdad?— le digo al oído. Me suelta finalmente y se deja caer boca arriba en la cama.

—He discutido con Rubén. Me ha pedido que vivamos juntos y le he dicho que no. ¡¡Seré imbécil!!— grita cubriéndose la cara con las manos con desesperación. — ¿Qué demonios me pasa, Rebeca? Yo le quiero. Se ha quedado muy mal después de mi negativa y la verdad, yo también. No sé qué hacer.

Vaya. Era el día de abrir otra vez el Consultorio sentimental de Rebeca Millán. Primero Silvia y ahora Lucas. ¿Estaban todos locos o qué? Mi vida siempre había sido sencilla y no tenía precisamente experiencia positiva en relaciones sentimentales como para ir dando consejos, pero eran mis seres más queridos y les conocía muy bien.

—Vamos por partes. Tú le sigues queriendo, ¿verdad?

—Me muero por él desde que me echó el primer polvo— responde de

manera nada romántica y abrazándose a la almohada.

–Pues es lo único importante. Lucas, lleváis juntos ya algunos años. Lo que me sorprende es que no dierais el salto antes. A ti te pasa lo mismo que a mí.

–¿El qué?– pregunta muy intrigado y escuchando con atención como si le fuera a revelar el secreto de la piedra filosofal.

–Somos unos cobardes. Es mejor decirlo en voz alta y asumirlo– le explico echándome también a su lado.

–Supongo que tienes razón. Es que no me lo esperaba... Y además, ¿cómo voy a dejarte a ti sola después de tanto tiempo?– Me coge la mano, pero se la aparto rápidamente enfadada.

–¡Ah no! ¡Eso sí que no!! No me utilices de excusa para tu cobardía, gallina. Yo ya soy mayorcita y me las arreglaré perfectamente– le recrimino mientras pienso con horror en cómo pagar el alquiler yo sola. – Te has asustado. Eso es todo. Piénsalo fríamente.

Vuestra relación tiene que avanzar después del tiempo que lleváis juntos y es normal que él te lo plantee. Lo malo hubiera sido que no quisiera nunca dar el paso.

–Dios, eso es lo que Rubén tiene que estar pensando de mí ahora. ¡¡Pobrecito mío!! Mañana hablaré con él, le tranquilizaré y lo estudiaremos en serio. ¡Los polvos de reconciliación son los mejores!– dice dando grititos amanerados y con ilusión en la cara.

–Me ducho y llamamos al chino, ¿vale?– le digo dándole un beso a mi “loca” favorita.

Compruebo primero el móvil por si tengo algún mensaje. Las chicas se han dedicado a bombardear el whatsapp realizando comentarios y preguntas de toda índole después de la revelación de esa mañana. Sonrío y dejo el teléfono en la mesita de noche. Al desvestirme recuerdo que no llevo braguitas. ¡Ay madre! ¡¡Se las metí a Dan en el bolsillo de los vaqueros!! Desde luego me las pinto sola para dar buena imagen a los hombres... ¡Cómo voy a mirar a la cara a mi Iron Man otra vez! ¿Y las bragas? ¡Antes muerta que pedirle que me las devuelva! Una señal acústica me avisa de que tengo un nuevo mensaje. Es un mensaje de Dan y el corazón se me sube a la boca como viene siendo costumbre en mi organismo últimamente.

► *Ha sido muy cruel deshacerte de mí de esa manera...Estoy desolado.*

Rebeca ► *Seguro que sí... De todas formas no ibas a cenar con nosotros porque ya habías quedado, ¿no? No pude evitar hacer referencia a su comentario. Mis alarmas se habían disparado.*

► *Mmmm... ¿Celosa, preciosa? Me encanta. Estás para comerte y te juro que lo haré la próxima vez. Era cierto que tenía una cita, pero de trabajo, nena. Mi horario laboral es muy irregular, ya te irás dando cuenta. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Celosa? Pues claro que estaba celosa y como una imbécil voy y se lo hago saber. Desde luego iba de mal en peor, pero estaba encantada de que me lo explicara.*

Rebeca ► *Iba a darme una ducha antes de cenar.*

► *¿Ya estás desnuda? Lo que daría por meterme contigo en la ducha, nena... Tengo que cambiar de tema antes de que la conversación se me vaya de las manos y me dé un soponcio.*

Rebeca ► *No pienso responder a esa pregunta.*

► *¡Ohh! Cobarde. Me molesta el apelativo pero no puedo evitar sonreír plenamente.*

Rebeca ► *¿Y tú qué estás haciendo ahora?*

► *Estoy buscándole un sitio de honor en mi dormitorio a las braguitas de mi chica y luego me voy a trabajar.*

Rebeca ► *Espero que sean las mías...*

► *Descuida, son las tuyas. Eres la primera mujer que me mete sus bragas en el bolsillo. Desde luego sabes cómo hacer que un hombre piense en ti... Sabía que estaba bromeando con lo ridículo de la escenita que compartimos antes y que debía estar desternillándose al recordar mi cara de apuro.*

► *¿Nos vemos el viernes en el Flamingo?*

Rebeca ► *Claro que sí. Dan...*

► *¿Sí?*

Rebeca ► *Me costó mucho echarte de aquella manera. No estuvo bien, pero le debía a Lucas una explicación.*

► *¿Sois compañeros de piso y amigos...?*

Rebeca ► *Somos amigos de toda la vida. Mmmm...¿Celoso? El hecho de que Lucas fuera gay me lo reservé. ¡Que sufriera un poquito!*

► *¡Hasta las trancas! Tengo que irme ya. Estoy deseando verte el viernes. No te escaparás, preciosa, te lo aseguro. Bs.*

Rebeca ► *Yo también estoy deseando verte. Cada vez tengo menos ganas de huir. XXX*

¡Uff! Allí estaba yo completamente desnuda y temblando por las cosas que me había dicho. Mientras me duchaba, evaluaba mentalmente los mensajes y no sabía qué me había impactado más: ¿que me mandara besos, que hubiera

decidido quedarse con mis bragas y las guardara en su dormitorio, que me fuera a comer enterita la próxima vez...? No. Nada de esto. Lo que más me había impactado y me tenía sonriendo como una bobita fue el hecho de que me hubiera llamado su chica.

Tras ponerme cómoda con el pijama y secarme el pelo, cogí de nuevo el móvil y accedí a sus mensajes para grabar su número y editarlo como Iron Man. Había entrado en mi vida como una apisonadora y me encantaba. Sólo esperaba que no llegara el día en que me aplastara y pasara por encima.

Capítulo 5

A la mañana siguiente no era persona. Estuve hasta la madrugada ordenando el plan de estudios que tenía para la semana y preparando el guion y la documentación necesaria para la recepción que tendría lugar al día siguiente de los alumnos pertenecientes a mi tutoría. A pesar de que me acosté realmente cansada, no pegué ojo en toda la noche. No paraba de darle vueltas a todo lo que me había sucedido en los últimos días. Y por supuesto, no paraba de darle vueltas a Dan...

Me estremecía al recordar cómo nos enredamos el uno al otro en la encimera de la cocina y cómo mis piernas se enroscaban en su cintura y mis caderas le buscaban desesperadamente. La frustración fue creciendo cada vez más con el paso de las horas y sus mensajes más recientes no hicieron sino aumentarla todavía más. No hay libido femenina que permanezca impasible cuando semejante espécimen masculino te dice que se ha quedado con tus braguitas, promete devorarte despiadadamente la próxima vez y te llama su chica sin esperarlo. Sabía que no podría dormir hasta que liberara esa tensión reprimida y empecé a acariciarme el clítoris que llevaba bastante tiempo exigiendo atención.

Pero... algo iba mal o no funcionaba. Estaba muy excitada pero después de largo rato intentándolo no conseguía llegar al clímax.

Mi cuerpo no quería autocomplacerse, le quería a él: a sus manos tomando la medida de mis pechos, a su boca luchando por recorrer todos los rincones de la mía para después explorar y mordisquearme el cuello... Un detalle aparentemente insignificante me vino a la memoria: el sonido de la hebilla de su cinturón chocando contra la encimera de la cocina y el correr de la cremallera de sus vaqueros deseando liberar su glorioso miembro. Eso fue lo que me ayudó a sentir la corriente que te atrapa para arrastrarte y dejarte caer después por la cascada del orgasmo. Pero resultó peor todavía. Me pareció un acto frío y triste. Parecía que nada pudiera satisfacerme y acabar con mi frustración. Nada salvo él y para eso tendría que esperar una larga y eterna semana.

Antes de maquillarme, me aplico hielo para disminuir la hinchazón de los ojos. Tanto insomnio me había demacrado considerablemente y quería estar

decente para mi primer día de clases con los alumnos. Después de una larga sesión de restauración de casi minutos, me doy cuenta de que voy a llegar tarde, así que me lanzo al vestidor y escojo unos vaqueros azules de pitillo y una de mis camisetas negras favoritas. Los botines de ante negro rematan la combinación de estilo algo rockero. Cuando estoy a punto de salir por la puerta me echo un vistazo al espejo para darme cuenta de que la indumentaria que llevo no es la apropiada para ir a trabajar.

Además con las ojeras que tengo parece que acabo de llegar después de una noche de juerga. Enfadada conmigo misma vuelvo corriendo al dormitorio y sustituyo la camiseta negra por una blusa roja más formal y los botines negros por unas manoletinas azul marino. Salgo disparada procurando no hacer ruido al cerrar la puerta para no despertar a Lucas.

Los semáforos rojos me regalan un tiempo precioso para cepillarme el pelo a pesar de la mirada condescendiente del conductor que tengo a mi lado. Aparco en la zona reservada para profesores del IES El Manantial y entrando por el recibidor suena el timbre de clase. ¡¡Por los pelos!! Es realmente estridente y molesto pero me viene bien para despertarme del todo. La confusión que reina en la zona de la entrada es total. Es el primer día de clase y cerca de 600 alumnos se agolpan delante del tablón de anuncios que hay frente a Secretaría para confirmar en qué grupo se encuentran y cuál es su aula. Me refugio de la marabunta en conserjería para pedirle a Agustín, el bedel del centro, que me haga unas fotocopias de las fichas que quiero entregarles a los de mi tutoría. Pero con las prisas, acabo tropezando de bruces con Ricardo, el jefe de estudios. Viene tan repugnantemente engominado como siempre y con uno de sus polos de Ralph Lauren. Este hombre necesita algo de variedad en su armario, pienso en mi fuero interno. Sólo le faltaba levantarse el cuello del polo para llevar el look completo de chulo playa...

–Vaya, lo siento mucho, Ricardo. No te había visto.

–No hace falta que te disculpes, Rebeca. Siempre es un placer tropezar contigo– responde recordándome así que era una de las aves rapaces más peligrosas de la Península Ibérica.

–¿Preparada para recibir a los alumnos? Pareces algo cansada.

¿Una noche ajetreada?– La pregunta iba con segundas intenciones.

El muy imbécil me recoge mientras un mechón de pelo rebelde y lo devuelve a su sitio detrás de la oreja. Me pongo rígida y tensa al momento, pero Agustín sale en mi ayuda como siempre.

–¿Necesitas algo, Rebeca? ¿Fotocopias?– me pregunta quitándome de la

mano la ficha que llevo e interponiéndose así entre Ricardo y yo.

–Sí, gracias Agustín.– Suspiro complacida de todo corazón por su oportunismo. – Ricardo, estoy bien, solo algo de dolor de cabeza– al verte a ti, capullo, termino diciendo en mi mente.

–Pues el día promete ser largo, ¿no? Te invito luego en el recreo a un café, mujer.

–No sé si tendré tiempo, jefe. El día lo tengo complicado. Ya veré, pero gracias de todas formas.– Un escalofrío desagradable me recorre la espalda de arriba a abajo.

–¿Cuántas te hacen falta?– interrumpe de nuevo Agustín.

–A ver...– empiezo a decir consultando el listado del número total de alumnos de mi grupo. – 35 copias, por favor.– Ricardo se siente ignorado y termina saliendo de conserjería para meterse en su despacho.

–Empieza fuerte el día, ¿eh?– me dice Agustín guiñándome un ojo. Le doy un codazo cómplice en señal de agradecimiento por salir al rescate y evitar el inicio de un capítulo del National Geographic sobre depredadores en su hábitat.

Agustín es un verdadero encanto. Es un hombre mayor de unos o 60 años alto, canoso y con los ojos más grandes que he visto en mi vida. Es muy servicial con todo el mundo y desde el primer día me cayó bien. Me hizo sentir muy cómoda en el centro ofreciéndome su ayuda incondicional para cualquier cosa.

Salgo disparada para la clase de 4ºD y recibir allí a mi tutoría y al llegar me encuentro con el aula abierta y los alumnos sentados ya en silencio. Me extraño por tan buena conducta ya que lo habitual es tener que esperar a que los alumnos se callen después de dar varias voces pidiendo un silencio que se hace de rogar. Cuando entro, diviso con horror a Susana apoyada en la mesa del profesor y pasando lista. ¿Es que esta tía no tiene otras cosas que hacer en un instituto tan grande como éste que ser mi sombra? –Buenos días– saludo al llegar a su lado. La muy zorra no me responde y sigue pasando lista, despreciándome así una vez más.

Lo que más me indigna es que lo haga delante de mis alumnos. Parecía querer dejar muy claro el escalafón que ocupaba cada una en aquella jerarquía laboral. Decido entonces tomar asiento entre los alumnos como una más puesto que de todas formas me seguiría ignorando hasta que terminase el listado.

–Como no llegabas he decidido abrir el aula yo– me suelta cuando termina mientras los alumnos se percatan del mal “rollito” que hay entre ambas. ¡Sólo

me había entretenido 5 minutos haciendo fotocopias!

–Gracias, Susana. ¿Qué haríamos sin ti?– Últimamente me estaba doctorando en sarcasmo. Hacía tiempo que pasaba ya de darle explicaciones a la arpía... Esperé a que se marchara y cerré la puerta tras ella. Hacía que me sintiese observada y no me gustaba para nada.

La siguiente hora la dediqué a entregar a mi tutoría el horario del curso, información sobre actividades extraescolares y una ficha a rellenar con información personal de todo tipo: alergias, profesión laboral de los progenitores, aficiones en su tiempo libre, aspiraciones académicas y/o laborales en el futuro... Familiarizarse y pronto con los estudiantes era muy importante para un tutor y para el buen funcionamiento del grupo. 4ºD contaba con 35 alumnos y a muchos de ellos los conocía del año pasado, pero otros eran alumnos recién llegados al Manantial. Esa tarde la pasaría revisando toda esa información y sobre todo el expediente académico de aquellos que no conocía.

Cuando llegó la hora del recreo acudí a la sala de profesores con la idea de encontrarme allí con las chicas.

–Guardo esto y nos vamos a la cafetería a desayunar. Es solo un segundo.– Lidia se pelea con su taquilla para apilar más carpetas y libros. Todavía no ha hecho limpieza del material del curso pasado y meter algo en aquel pequeño armarito era como ganar al Tetris en un nivel avanzado.

Solíamos desayunar en una cafetería situada enfrente del Manantial. Era ideal ya que estaba muy cerca y nos permitía desconectar un poco del ambiente del trabajo. Además, la mayoría de los profesores prefería el bar del Manantial, pero aquello era siempre un caos muy estresante y ruidoso abarrotado de alumnos pidiendo bocadillos. Rocío y Patri estaban sentadas en nuestra mesa habitual del rincón junto al gran ventanal del local.

–Hola, chicas. ¿Habéis pedido ya lo de siempre?

–Sí, claro. Gin tonics para todas, ¿no?– Patri estaba todavía mortificándose por la cogorza que pillé el anterior fin de semana.

–Ya os vale. Para una vez que salgo y me lo vais a recordar todo el año.

–De acuerdo. Corramos un tupido velo y hablemos de algo mucho más interesante... ¿Has vuelto a quedar con el poli buenorro?– El interrogatorio indiscriminado había empezado pero no esperaba que fuera Rocío la que abriera fuego primero. Los pedidos que el camarero empezó a servir en

nuestra mesa me dejaron por poco tiempo en la retaguardia.

–Bueno..., sí.– Estaba muy nerviosa y necesitaba confesarme con mis amigas. – En realidad me estaba esperando en la puerta de casa y terminamos encima de la encimera de la cocina, pero Lucas llegó en el momento más inoportuno y al final acabé prácticamente echándole de casa.– Todavía me arrepentía de aquello.

–¿Qué?– Patri no daba crédito. – ¡¡Pobrecillo!! Rebeca, no puedes dejar colgado a un tío en un momento así.

–Ese no vuelve a llamarte.– Me hacía gracia ver lo segura que estaba Lidia al respecto pero a la vez me recordaba por qué yo era Dartacan y no una de las mosqueperras.

–Es cierto... No me ha vuelto a llamar. Sólo me ha mandado un montón de mensajes de texto...

Tarde o temprano tendrían que ascenderme. Las tres empezaron a dar saltitos en la silla y a taparse la boca para no gritar por la sorpresa mientras yo fingía inspeccionarme las uñas.

–¡Ay madre! ¡Tú te has pillado ya por ese armario de hombre!– aseveró Rocío con el buen juicio y tino de siempre. – ¡Y yo sin conocerlo todavía!– Rocío tenía razón. Era la única que no había tenido todavía la oportunidad de admirar a semejante dios, a mi espécimen en extinción, a mi Iron Man.

–Espero no arrepentirme de esto..., pero el viernes que viene hemos quedado en el Flamingo. Si quieres te lo presento entonces.– Las chicas enmudecieron por un rato. Parecían estar conectadas mentalmente y estar maquinando algo. Pero como yo formaba parte del grupo de telépatas desde hacía tiempo, intuía a la perfección lo que estaban pensando.

–Sí, lo admito. Soy una cobarde y os necesito allí...– Tampoco había sido tan difícil después de todo. El silencio seguía allí presente y ninguna hacía por romperlo. Empezaba a resultar incómodo, al menos para mí que empecé a mordisquearme las uñas.

–Te gusta de verdad, ¿no?– Lidia se autoproclamó portavoz del resto. –Por supuesto que estaremos allí de apoyo moral, cariño.

–O para cortarle las pelotas si hace falta.– Esa amenaza en boca de Rocío, toda una señora, resultaba irrisoria y perdía toda su fuerza. Rompimos a reír a riesgo de espurrar el café en modo as persor. – ¿No me creéis capaz? Esperad y ya veréis, pedorras.– Las lágrimas se nos saltaban de la risa y el camarero nos miraba con mala cara por el ruido que estábamos haciendo. Me encantaba sentirme protegida por mis amigas. Formábamos un buen tándem y

nos cuidábamos las unas a las otras como en una pequeña familia muy bien avenida.

El resto de la mañana transcurrió muy rápido. La vorágine y el estrés de controlar a muchos adolescentes a la vez hacía que a veces la mañana se pasara rápido y a veces pasara demasiado lento como una pesadilla. Pero era el primer día de clases así que tenía energía para rato y se me pasó el tiempo volando. Al llegar a casa eran ya cerca de las 15:30 y me moría de hambre. Mientras me preparaba una de mis especialidades (lo que sea del congelador a la freidora o microondas) sonó el whatsapp del móvil y en mi interior se desató la ilusión esperando que fueran noticias de él, de mi Iron Man. Saber que no le vería hasta el viernes empezaba a desesperarme bastante.

El miedo que le tenía al reencuentro había sido sustituido por la impaciencia.

Una punzada de desilusión me atravesó el pecho cuando vi en la pantalla que era un mensaje de mi hermana.

Silvia ► *Hola guapa. Automáticamente me sentí culpable por mi primera reacción.*

Rebeca ► *¡Hola, preñailla! ¿Cómo va todo? ¿Hay novedades? ¿Has hablado ya con él? Mi hermana había conseguido tenerme realmente preocupada con lo que me contó acerca del comportamiento de su marido. Me costaba creer que Pablo pudiera alguna vez hacerle algo así. ¡Eran la pareja perfecta! Y ella estaba embarazada de gemelos.*

Silvia ► *Bueno..., sí. Creo que sí hay novedades, pero no he hablado con él todavía. No he podido después de descubrir...*

Rebeca ► *Por Dios, ¡¡¿qué?!! Me estaba matando tanto misterio y pausa dramática.*

Silvia ► *¡Ay, hermanita... ! Se ha comprado ropa interior nueva... y muy cara. La descubrí ayer en el cajón de su mesita de noche. ¡¡No daba crédito a lo que estaba leyendo!! Toda mujer que se precie, casada o no, entiende perfectamente la gravedad del asunto.*

Un tío NUNCA, NUNCA cambia de hábito en cuanto a la ropa interior sin un porqué. Si no la renueva por voluntad propia es porque ya se ha acostumbrado a que su pareja se la compre tal y como hacía su santa madre. Ya se sabe... Los hombres son animales de costumbres. Y si un buen día se salen de la norma, ¡¡ échate a temblar!! Son incapaces de hacerlo solos porque no saben ni qué talla usan, así que probablemente tenga a otra que

se la está comprando por ti. Y esa era la conclusión a la que mi hermana habría llegado con toda seguridad. ¡Ay Dios mío! ¡Pablo le estaba siendo infiel con otra! ¿¿Ahora precisamente que estaba embarazada? Quizás por eso... ¡Qué cabrón! ¡No podía creérmelo! Siempre fue el marido ideal, atento, comprensivo... Pero se ve que todos tienen un Mr. Hyde preparado para salir a escena tarde o temprano...

Rebeca ► *¿Te llamo y lo hablamos con tranquilidad? Tenía la tarde ya ocupada con el trabajo y los estudios pero mi hermana era lo primero.*

Silvia ► *No déjalo, tengo que digerirlo todavía algo más de tiempo antes de enfrentarme a él. Cuando llegue a casa esta noche abordaré el tema y se lo preguntaré sin paños calientes. Mañana te cuento, ¿vale? Sólo quería desahogarme un poco...*

Rebeca ► *Cariño, cualquier cosa que te haga falta..., una charla, una dieta anti depre, un asesino a sueldo..., ya sabes que estoy siempre aquí. Un beso muy fuerte. Cuídate.*

Silvia ► *Gracias, peque. Bs. Joder, joder... Mi cuñado se la había jugado. ¿Qué explicación podría haber si no para ese cambio tan sospechoso en su rutina diaria? Mierda. Todos los hombres son iguales, pensé. Y de nuevo la inseguridad y la desconfianza se asentaron en mi mente al recordar mi cita del viernes con Dan. Él no tenía la culpa pero..., en ese momento tan delicado corría el riesgo de pagar también los platos rotos.*

Me senté a la mesa para almorzar. Los palitos de merluza con menestra que me había preparado estaban ya fríos y algo arrugados.

El plato daba la misma pena que daría mi cuñado cuando mi padre, policía jubilado acabase con él después de que se enterara de la película. Aun así terminé hasta con el último guisante y me bebí al menos dos litros de agua. Estaba sedienta después de toda la mañana en el Manantial. ¡Qué paradoja! Cuando recogí la cocina me senté en el sofá y abrí la carpeta con las fichas que mi tutoría había rellenado esa misma mañana.

Lo mejor sería tener la mente ocupada para no desesperarme. Las primeras que leí pertenecían a alumnos que ya conocía del curso pasado. Me entristeció comprobar que los padres de dos alumnas se habían separado durante el verano y así lo hacían notar en los campos de información relativos a los progenitores. ¡Qué mal les sentaba a muchas parejas pasar tanto tiempo juntos durante las vacaciones de verano! Las estadísticas no mentían cuando decían que el mayor número de divorcios se producía durante el período vacacional. La verdad era que estaba deprimiéndome un poco con lo de mi hermana y

ahora con esto... ¿Qué pasaba últimamente a mi alrededor? Tanto tiempo quejándome de estar en dique seco y fuera del mercado y ahora empezaba a pensar que estar sola tenía quizás más ventajas. Desde luego se sufría menos. ¡Ay, Silvia! ¡Lo que debes estar pasando! ¡¡Hombres!! Estaba muy enfadada con el género masculino. Justo en mitad de ese pensamiento el móvil me sobresaltó con un mensaje nuevo.

Iron Man ► *Hola, preciosa. ¿Qué estás haciendo? Este hombre definitivamente era el mejor poli del mundo... ¿Acaso tenía un radar para adivinar mis pensamientos?*

Rebeca ► *No me pillas en un buen momento precisamente...*

Iron Man ► *¿Y eso?*

Rebeca ► *¿Por qué todos los hombres tarde o temprano os comportáis como capullos?*

Iron Man ► *Vaya..., sí que no es un buen momento. Perdona por interrumpirte, pero llevo pensando en ti todo el día y... solo me preguntaba qué estarías haciendo. Ya veo que vudú con algún muñeco. Espero que no se parezca a mí. ¡Ay madre! ¡Qué rico es! ¿Ha estado todo el día pensando en mí? Creo que me he pasado mucho con él y ha pagado los platos rotos de mi enfado con el género masculino.*

Rebeca ► *Vale..., perdón. Es que una situación inesperada me ha irritado bastante.*

Iron Man ► *¿A quién hay que matar y cuándo?*

Rebeca ► *Pues menudo policía... ¿Y nuestra seguridad está en tus manos?*

Iron Man ► *Así es. Tu seguridad íntegra: tu culo, tus pechos, tus piernas... Jo, si es que se lo ponía a huevo...*

Rebeca ► *Estoy trabajando. Papeleo. Muy aburrido.*

Iron Man ► *Por cierto, todavía no sé a qué te dedicas...*

Rebeca ► *No debería decírtelo porque es alto secreto y no estoy autorizada para revelar información clasificada. No me pude resistir...*

Iron Man ► *Recuerda que soy policía y de los buenos. No creo que pase nada, ¿no?*

Rebeca ► *¡Qué modesto eres! Digamos que es un trabajo... muy estresante y todos los días la vida de muchas personas está bajo mi responsabilidad. Tampoco es que estuviera mintiendo.*

Pero dicho así parecía mucho más importante e interesante y empezaba a

pasármelo francamente bien.

Iron Man ► *No vas a decírmelo, ¿verdad?*

Rebeca ► *Si eres un poli tan bueno, no creo que haga falta que te lo diga.*

Iron Man ► *Cierto... Tengo que dejarte, preciosa. Deja el muñeco de vudú no vaya a ser que te pinches esos bonitos dedos. Bs.*

Rebeca ► *Bs.* Sus mensajes me habían devuelto el ánimo perdido y estaba sonriendo todavía cuando Lucas entró en el salón, medio desnudo como siempre.

–¿Por qué sonríes como una tonta?– Tener amigos para esto...

–¿Yo? Nada. No es nada. Sólo unos mensajes.

–Claro. Entonces deben de ser del poli buenorro, ¿me equivoco? – inclina la cabeza hacia delante escudriñándome con la mirada.

–Sí. Son mensajes de él. Por cierto, el viernes hemos quedado en el Flamingo.

–¡Guau! ¡Esto va en serio! ¿Tú saliendo dos semanas seguidas? –comenta con sarcasmo y una contagiosa sonrisa. – Bienvenida a la vida, cielo.– Me abraza efusivamente y me da un beso en la mejilla.

–Ese tipo tiene un efecto muy bueno en ti. Te dije que no era sano que un bombón como tú se encerrara en casa tanto tiempo.

–Sí, bueno..., ya veremos qué tal resulta todo– le digo con reservas. – Me espera una tarde apasionante de papeleo y luego a estudiar lo que el cuerpo aguante. Quiero salir el viernes sin el remordimiento de no haber cumplido con mi planificación de estudios.

¿Vas a hablar hoy con Rubén? – Intento desviar la atención sobre él.

–Espero que quiera escucharme y no esté demasiado enfadado. La última vez que nos peleamos estuvo sin hablarme durante una semana. Y lo peor es que ya ni me acuerdo del motivo. De lo que sí me acuerdo es del polvo de reconciliación– se lleva las manos al cuello como si éste le quemara. – Me dolieron las pelotas durante tres o cuatro días...

–¡Qué romántico eres, hijo! – le reprocho enredándole todavía más el pelo de recién levantado.

–Pues sí que lo soy... Esta vez espero que me duelan la semana entera. – Se levanta corriendo del sofá para que no le atice con uno de los cojines por la barbaridad que acaba de soltar. Lucas siempre juega a escandalizarme pero como el muy tonto lo hace tan a menudo parece ser que estoy ya inmunizada.

–¿Me has dejado preparado algo del almuerzo? – . Curioseando en la cocina y cuando ve los arrugados palitos de merluza su sonrisa se transforma en mueca de asco. – Chica, ¡otra vez comida de autor! Déjame adivinar... esto debe ser pescado desestructurado con popurrí de verduras. ¿He acertado? –A ver qué preparas tú mañana, majo.– Era inútil intentar defenderme. Afortunadamente nos turnábamos cada día para cocinar.

Cuando me tocaba a mí sobrevivíamos. Cuando le tocaba a Lucas saboreábamos un plato decente. ¿Por qué todos los gays saben cocinar y además muy bien? ¿Por su lado femenino tan desarrollado? ¡¡Yo era mujer y cocinaba como el culo!!

–Me voy a dar una ducha vigorizante que me de fuerzas para luego– me guiña un ojo y desaparece en el cuarto de baño.

Sigo con la lectura de las fichas que han rellenado los alumnos de mi tutoría. Veo con satisfacción cómo la mayoría tiene intención de continuar sus estudios con una formación universitaria. Muchos tienen ya en mente Ingenierías técnicas, Medicina o Derecho, lo cual dice bastante del nivel socioeconómico del que proceden. Una minoría se inclinaba por carreras artísticas como Bellas Artes o Diseño gráfico. Era interesante, pero lo primero era lo primero. Lo que más me preocupaba saber era si alguno tenía alguna dolencia o alergia que tener en cuenta por parte del profesorado para hacer frente a alguna crisis durante el horario escolar. A veces, esa información se omitía en las matrículas por varios motivos: olvido, timidez, desconfianza, vergüenza... No parecía haber nada fuera de lo normal.

Una chica tenía crisis asmáticas crónicas, otra una seria alergia a los pinos (menuda idea matricularse entonces en un centro como El Manantial, rodeado de bonitos pinos y coníferas) y otra alumna que decía que no podría practicar Educación Física durante dos o tres semanas, aunque no alegaba motivo alguno para ello. Tendría que preguntarle el por qué al día siguiente. Los profesores de Educación Física eran muy estrictos y quisquillosos con los alumnos que estaban enfermos y no podían seguir las clases con normalidad. No quedaba justificado a no ser que hubiera un certificado médico don de se indicara expresamente que el alumno o alumna en cuestión no debía realizar esfuerzos físicos. ¡Cómo habían cambiado las clases de “Gimnasia” desde que yo fui estudiante! Ahora parecía que los niños iban todos a representar a nuestro país en las Olimpiadas.

¡Hasta hacían exámenes teóricos que parecían más bien sacados de clases

de medicina especializada! Tras revisar toda la información, me tomé un café bien cargado para recargar pilas antes de continuar con lo más pesado del día, las oposiciones. Lucas empezó a destrozar la última canción de Mika canturreando en su habitación mientras se arreglaba para irse a trabajar.

I've got the move like Jagger, you've got the move like Jagger, ohhhhh ohhhhh . No había quién se concentrara en el colonialismo británico con semejantes gallos. Cierro la puerta y me pongo los tapones para los oídos que utilizo para estudiar. Los empecé a usar cuando me vine a compartir piso con Lucas. El objetivo no era solo aislarme del mundo y concentrarme mejor. Los usaba también cuando Rubén pasaba la noche en casa. No podía pegar ojo escuchando cómo se lo montaban en la habitación de al lado. El amor es ciego y muuuuyyyyy ruidoso...

. . . *and it goes like this...* No hay manera. Entra en mi dormitorio y empieza a contonear las caderas de manera obscena mientras... ¿baila?

–Te vas a dislocar algo si no paras, cabra loca– le suelto sin aguantar la risa y mirando con los ojos abiertos como platos cómo se mueve. – Se te ve muy contento. Supongo que estás totalmente lanzado con la idea de irte a vivir con Rubén.

–¡Estoy loco por ver la cara que pondrá cuando se lo diga! Se quedó tan chafado, el pobre... Me imagino que viviremos en su casa.

Hay espacio suficiente para los dos, su batería y Byron y Shelley, los dos Cocker Spaniels que tiene. Sólo espero que cuando aporree la batería lo haga en una habitación insonorizada. No creo que llegue nunca a acostumbrarme.

–Si quieres te presto mis tapones para los oídos. Funcionan de verdad cuando alguien te está molestando...– Le dirijo una mirada acusadora y él responde moviendo de nuevo las caderas.

–No, gracias. Ya procuraré yo que toque otra cosa.– Me guiña un ojo. – ¿Noche de estudio?

–Me temo que sí. Pero si me cunde bastante saldré a correr un poco. No quiero oxidarme.

Me da un beso y sale de mi habitación para terminar de arreglarse. Cuando vuelve pasados unos minutos está impresionantemente guapo con unos pantalones chinos beige y la camisa verde mar de Pedro del Hierro que le regalé por su cumpleaños.

–Vestido para matar... Seguro que todo irá bien con Rubén. Me alegro mucho por vosotros dos.

–Gracias, cielo. Se me va a hacer muy raro no tenerte en casa, pero imagino que tú también tendrás tus planes.

–Claro. No te preocupes por mí, Lucas. Ya me las arreglaré.

Además, no te vas a librar tan fácilmente de mí, ¿eh? Pienso llamarte continuamente para contarte mis penas y espero seguir contando con tus sesiones de peluquería.– Se me hace un nudo en la garganta que disimulo a toda costa. No quiero que Lucas me vea llorar.

–Como llames a otro para ir de compras me lo tomaré como alta traición, que lo sepas– me dice mientras me abraza fuerte y me planta un beso en la frente como haría un hermano mayor. – Te quiero mucho, cielo. Lo sabes, ¿verdad? –Sí y yo a ti. Rubén es muy afortunado. Y ahora déjame estudiar de una vez antes de que nos pongamos demasiado tiernos– le suelto dándole un empujón y mordiéndome el labio conteniendo las ganas de llorar.

Gracias a Dios Lucas se marcha de una vez y puedo concentrarme por completo en los estudios. No me había parado todavía a pensar en cómo iba a hacer frente al alquiler yo sola. Lo que estaba claro era que si quería seguir comiendo, una costumbre que me gustaría seguir manteniendo, tendría que buscar un nuevo compañero/a de piso con el que compartir gastos. En fin, ya le daría vueltas al tema después.

Después de dos horas y media la mente ya no rinde más y decido dejarlo por ese día. Necesito estirar las piernas y salir a correr para despejarme y respirar aire fresco. Me pongo el sujetador deportivo y la camiseta fucsia de lycra a juego con la raya lateral de mis mallas Adidas negras. Zapatillas de la marca Decathlon (en algo había que ahorrar...) , pelo recogido en una coleta y ya estoy lista. Me miro en el espejo antes de salir y recuerdo el comentario de Dan sobre lo sexi que estaba con los pantalones cortos que utilizaba para correr. Dudo un segundo si cambiarme o no. Las mallas son más adecuadas para la noche y para protegerse un poco del fresco de la brisa marina. Era poco probable que me lo encontrara, pero esa posibilidad me hizo volver al dormitorio y buscar los pantalones cortos para finalmente ponérmelos. No me daría tiempo ni a enfriarme. No pensaba estar largo rato y el coche lo dejaría como siempre aparcado muy cerca de donde iniciaba la ruta.

Después de unos 15 minutos en coche llego a mi destino y aparco fácilmente. Al salir del Volkswagen, el aire cargado de salitre pe netra en mis pulmones. El aroma del mar es embriagador y adictivo para una persona que ha nacido en la costa y se echa realmente de menos cuando se pasa una larga temporada en una ciudad de interior. Enciendo el MP4 y selecciono el

programa aleatorio mientras me pongo meticulosamente los auriculares y pongo en marcha el crono del reloj. El día había sido largo y duro así que me conformaba sólo con 30 o 40 minutos de carrera continua. La temperatura es ideal, muy agradable y empieza a soplar ligeramente de levante.

Empiezo mi ruta habitual a ritmo de The Police, lo que me hace pensar en lo irónico que es el universo conmigo. Como siempre el Paseo se encuentra repleto de gente practicando deporte. Hacía tiempo que no venía de noche. Lo cambié por las tardes después de descubrir a mi Iron Man a principios de verano. Me impactó tanto que inconscientemente alteré mi rutina con el aliciente de verlo.

Mientras seguía con mi carrera, mi mente recorría a su vez lo vivido en los últimos días. Me parecía increíble que el destino hubiese puesto a Dan en mi camino de aquella manera y que le hubiera conocido e intimado con él de forma tan voraz, rápida y aplastante. ¿Cabía la posibilidad de cruzarme con él esa noche? No, nunca coincidíamos por la noche. Lo recordaría... Él siempre corría por las tardes. No sé para qué me tomaba la molestia de agudizar la vista y fijarme en la gente con la que me cruzaba. Él no estaría por allí y además yo me volvía miope total de noche y mi radar de murciélago sólo me permitía ver figuras borrosas que se acercaban a mí para volverse nítidas demasiado tarde ya, pasando rápidamente a mi lado. Iba absorta escuchando It's my life de Bon Jovi cuando uno de esos borrones me agarró del brazo para detenerme dándome así un susto de muerte.

—¡Rebeca! ¿Es que no me has visto?— Lo que decía, miope total.

No reconocería ni a mi padre...

—¡Qué susto me has dado, papá!— digo doblándome por la mitad y recuperando el aire. — Lo siento, no me había dado cuenta de que eras tú. De noche no veo ni torta.— Vaya, hombre. Ahora creerá que no quería hablar con él. No era la primera vez que coincidíamos corriendo en el Paseo marítimo. Nos encontrábamos con relativa frecuencia.

—Ya veo— dice recorriendo mi indumentaria de arriba a abajo.

—¿No tienes un chándal para ir a correr como la gente normal?— Vale. ¿Me acaba de llamar “anormal”... ? Yo no me metía con su chándal del Málaga C.F. La verdad es que el chándal era bonito pero la camiseta oficial del equipo era de las que se llevaban muy entalladas al cuerpo y aunque mi padre estaba en forma para lucir con orgullo aquella camiseta había que tener cuerpo de gimnasio y 30 o años menos...

—Papá, esta es mi ropa de deporte y la lleva mucha gente. Fíjate en los

demás – le explico señalando a una chicas que pasan a nuestro lado.

–Si las demás quieren correr en bragas es asunto suyo..., pero hija tú ya eres mayorcita para darte cuenta de que...

–No empieces otra vez como siempre, por favor. He venido a relajarme un poco y no pienso irme más estresada de lo que vine.

Así que si no tienes otra cosa que decir...– le dejo con la palabra en la boca y me dispongo a seguir mi camino colocándome otra vez los auriculares.

–No te vayas, Rebeca.– Me sujeta del brazo y veo que baja la vista algo apurado. – Perdóname, hija. No quiero que terminemos como la última vez.

–Yo tampoco quiero que discutamos, papá– le respondo guardando de nuevo el MP4. – Pero tienes que entender de una vez por todas que no puedes ni controlarme en todo, ni decirme lo que tengo que hacer, ni esperar siempre que lo haga.– ¡Vaya, qué valiente he sido soltándole la retahíla que llevaba dentro desde hacía tanto tiempo! Él también parece sorprendido y se queda mirándome en silencio durante un rato.

–Ven, te invito a tomar algo– dice guiándome con la mano en el brazo.

–¿Ahora? – pregunto asombrada. – Iba a relajarme un poco corriendo y no llevo ni 15 minutos...

–¿Y qué más da? Ya correrás otro día. Tu padre quiere saber cómo te van las cosas.

Me dejo llevar hasta El Cachalote, uno de los chiringuitos de la playa. Está lleno de gente tomando un aperitivo y muchos de ellos cenando pescaíto frito. Encontramos una mesa libre y nos sentamos de cara al mar. Este tipo de restaurantes son una auténtica delicia, no sólo por la comida sino por las vistas del litoral malagueño. Las luces de la ciudad y de toda la costa tintinean a lo lejos en mitad de la noche como pequeñas estrellas desparramadas que dibujan así el perfil de la ciudad. El olor a madera quemada de olivo anuncia que hay espetos de sardinas en la carta del restaurante y la boca se me hace agua. El camarero aparece de la nada justo entonces.

–¿Qué van a tomar? – pregunta echando un vistazo fugaz a mis piernas. Mierda. Papá se da cuenta.

–Dos cervezas y dos espetos, por favor– pide mi padre sin preguntarme si quiera. Sabe perfectamente que me encantan las sardinas. El camarero se marcha con el pedido y afortunadamente mi padre no me hace ningún comentario del tipo Te lo dije.

–Bueno, dime. ¿Cómo te fue hoy en el primer día de clases?– Parecía estar esforzándose por ser amable y no decir nada que resultase inconveniente.

–La verdad es que muy bien, papá. Tengo una tutoría de 4º de la ESO y aunque todavía no los conozco a todos creo que son un grupo muy majo y que harán piña pronto.

–Me alegro de que estés contenta. ¿Y Maite? ¿Cómo está?

–Pues hoy no he coincidido con ella, pero ayer fui a su despacho a saludarla antes del claustro. No sé si son imaginaciones mías pero creo que le pasa algo. Se la veía muy cansada y con ojeras. Le pregunté, pero no me dijo nada salvo que tenía mucho trabajo acumulado.

El camarero aparece por arte de magia con las cervezas y los espetos. Cogemos nuestras bebidas y hacemos un brindis en silencio.

–Creo que me puedo imaginar lo que le ocurre a Maite– dice mi padre después de dar un largo trago de cerveza. – Esta semana se cumple aniversario de la muerte de su marido.– Se hace un incómodo silencio y los ojos de mi padre se cargan de amargura.

–Vaya. No lo sabía. Está muy afectada entonces a pesar de que haya pasado tanto tiempo, ¿no?

–Luis lo era todo para ella. Parece que fue ayer cuando ocurrió...– La voz se le quiebra por un momento pero se recompone rápidamente. – Fue una auténtica pesadilla y la pobre de Maite tan joven y sola de repente... La vida no es justa, ¿verdad?

–Supongo que no. Hemos tenido mucha suerte contigo, papá.

No sé qué habría sido de mamá y de nosotras si te hubiese pasado a ti.

–Lo sé, cariño. Mamá es mucho más feliz desde que me jubilé. Ya no tenéis que preocuparos más por mí. Y afortunadamente ninguna de mis hijas ha acabado con un policía.– Lanza otro brindis al aire y yo finjo una sonrisa mientras me concentro en el espeto de sardinas. ¡Por favor que no me pregunte directamente! Papá siempre sabía cuándo le estaba mintiendo. Le venía inherente con la profesión. El caso es que desde pequeña me pillaba cuando había hecho alguna trastada y todo lo que intentaba ocultarle terminaba por salir a la luz.

–Como mamá se entere de que has picado algo antes de cenar tendrás problemas...– le digo mientras le quito una de sus sardinas.

–Estás equivocada, sabionda– responde con sorna. – Ya hemos cenado en casa. Y esto es para quitarme el sabor de... ¿qué demonios sería el puré ese verde?– No puedo evitar reírme y él sonrío por fin. – A tu madre ahora le ha dado por la comida sana y todo son verduras al vapor y pescado hervido. Dice

que ya tenemos cierta edad y que hay que cuidarse más que nunca. ¿Tú me ves viejo, hija? La pregunta era peliaguda. Pero opté por ser sincera. – Papá, estás genial para tu edad. Estás en forma y haces deporte. La mayoría de las chicas de mi edad tienen padres mayores que tú.

–¿Sigo en la onda?

–Sigues en la onda, papá.– Me acerco más a él y le doy un largo abrazo. Hacía mucho tiempo que no nos demostrábamos afecto y lo echaba francamente de menos. Pero el encanto duró poco.

–Si tu madre se entera de las cervezas te obligaré a venir a cenar con nosotros todos los días y no te quitaré más multas de tráfico, ¿te enteras? Joder, aquello era una amenaza en toda regla y lo demás eran tonterías. No sé qué llevaría peor, la verdad. Cenar en casa de mis padres diariamente era totalmente contraproducente para mi salud mental. Pero, por otro lado, no poder recurrir al poli que teníamos en la familia para que sus contactos anularan como por arte de magia mis multas de tráfico sería perjudicial para mi bolsillo. Yo conducía muy bien, pero tenía mala suerte. ¿Cómo si no se entiende que dejara el año pasado el coche aparcado en doble fila sólo un momentito de nada delante de la pastelería para recoger la tarta de cumpleaños de Lucas y al regresar me encontrara una multa en el parabrisas delantero? ¿De dónde había salido el policía y adónde se había volatilizado? Lo encontré dos calles más allá y aunque le juré que la tarta era de mi propio cumpleaños no consintió en retirar la multa. ¡Qué cruel podía ser la gente! En otra ocasión me llegó una multa por correo con la “foto finish” al pasar por el radar perfectamente señalizado en el tramo de autovía que recorría todos los días.

Pero si una va pensando en sus cosas... qué coraje, se me rompe una uña justo ahora que me las acabo de pintar; como Lucas atore el lavabo del baño con los pelos de la barba se va a enterar...; ¿cuándo me tocaba la regla, hoy o mañana?; ¿me he tomado la píldora o se me ha olvidado otra vez? Total para lo que me hace falta... Pues es normal que una no se acuerde del puñetero radar. Seguro que a los demás también les pasa, ¿no?....

Al final, ni corrí ni nada, pero me fui cenada e hice las paces con mi padre (más o menos...). La salida resultó provechosa y estaba satisfecha. Después de una ducha rápida me metí en la cama no sin antes dejarle a Lucas una nota sobre su almohada preguntándole qué tal le había ido con Rubén. No tenía ni idea cómo pagaría el alquiler a partir de entonces. Estaba claro que tendría

que buscar a alguien con quien compartir gastos. Seguro que las chicas me ayudarían al respecto. Estaba rendida después de un largo día y el sueño me venció pronto. Y al cerrar los ojos... allí estaba él, mi Iron Man, tirando de mí y abrazándome con desesperación al cruzar la fina línea de la consciencia para no soltarme más hasta que amaneciera otra vez en mi mente. Me encantaba dormirme así, imaginándome querida, deseada y necesitada.

Capítulo 6

Suena el despertador y salto de la cama como un autómatas. De camino al cuarto de baño me mareo un poco. Tranquila. Rebeca, que el día no ha hecho más que empezar, mujer me susurra Escarlata O'Hara al oído mientras me sujeto al quicio de la puerta del baño para no caerme redonda. Me he levantado demasiado rápido, joder... y además me duele la garganta. Seguro que cogí algo de frío anoche mientras tapeaba con papá. ¡Debía de haberme puesto el pantalón largo y no los shorts! Me lamento sentada delante de la tele viendo las noticias y tomándome el primer café resucitador de la mañana a la par que me doy cuenta de lo fácil que es volver a sumergirse en la rutina. Hoy me iría cómoda con un vaquero de pitillo, un jersey blanco fino con cuello de pico y mis tacones favoritos azules.

¿He dicho cómoda? Pues sí, lo estaba llevando tacones porque me aportaban seguridad en mí misma y me levantaban el ánimo. Elijo un pañuelo azul eléctrico que resalta el color rojizo de mi pelo para protegerme el cuello. Tengo que cuidar la garganta a toda costa ya que es mi herramienta de trabajo.

La nota que le dejé a Lucas la noche antes aparece encima de la mesa del salón con una respuesta añadida en letras mayúsculas y tinta raja:

TODO BIEN, CIELO. ME DUELEN LAS PELOTAS...

Sonrío de oreja a oreja al leer el mensaje nada críptico de mi mejor amigo. Una nueva etapa empezaba pues para los dos en la que nuestros caminos parecían separarse por primera vez. Suspiro profundamente en parte por el sueño pero sobre todo por la incertidumbre de lo que me espera.

Esta vez calculo mejor la hora que necesito y llego al trabajo con tiempo de sobra. Primera parada obligatoria la sala de profesores. Allí estaban las chicas preparándose ya para una nueva jornada.

Rocío tecleando como una loca en uno de los ordenadores, Lidia y Patri... mirando en silencio la pizarra de la pared que se utilizaba a modo de tablón de anuncios.

—Hola, chicas. Buenos días— saludo mientras me fijo yo también en la pizarra. Hay tantos mensajes escritos que unos se solapan a los otros y a veces resultaba complicado descifrar aquel maldito galimatías.

—Hola, Rebeca. Empieza el día regular— responde Lidia. Se inclina sobre

mí y baja intencionadamente la voz. – Cambio de planes de última hora por orden de la Rottweiler.

–No sé a qué te refieres– contesto con la mirada clavada todavía en la pizarra.

–¡Esto! – dice señalando con su impecable manicura roja una de las anotaciones.

–Charla del Cuerpo de Policía sobre los peligros de Internet– leo finalmente en voz alta. – Vaya hombre. Eso nos romperá la mañana de clases por completo– vaticino quejándome.

–¡Y que lo digas! ¡Por favor, si acabamos de empezar el curso! Y luego querrán que cumplamos con la programación al completo...

–Nunca hemos empezado con charlas informativas de ese tipo tan pronto. Ayer no estaba ni siquiera previsto y hoy ya veis... –comentaba Rocío sentada al ordenador y de espaldas a nosotras. Aunque estaba ocupada escribiendo seguía perfectamente la conversación. Todo el mundo sabe que es un don femenino poder hacer dos cosas a la vez y además hacerlas bien.

–Bueno, según esto no afecta nada más que a varios grupos después del recreo. A ver...– recorro con el índice el cuadrante establecido para la charla – sí, soy una de las premiadas y Rocío también. Chicas, qué suerte tenéis de libraros. Prefiero estar dando clase que escuchando la aburrida charla de turno.

–Nos vemos en el desayuno, ¿no?– dice Lidia recogiendo sus libros. El timbre acababa de sonar reclamando así tanto a profesores como alumnos. La Rotweiller hace acto de presencia justo en ese momento.

–Buenos días. Que nadie se olvide de que hoy empezamos con las guardias de recreo. Comprobad los horarios que están sobre la mesa–. Siempre dando órdenes... Por lo menos había saludado.

–Rebeca, tú haces la guardia de hoy con Raúl, el compañero nuevo de Física y Química. Explícale cómo funciona, ¿vale?–. Acto seguido se marcha sin esperar respuesta o comentario alguno. Típico de ella.

–Bueno, parece que hoy no desayuno con vosotras, chicas– me lamento poniendo los ojos en blanco. – Ya hablaremos luego.

Tenéis que ayudarme a encontrar una compañera de piso.

–¿Y eso?– pregunta extrañada Patri.

–Lucas y Rubén van a vivir juntos–. No puedo evitar anunciarlo con una gran sonrisa a pesar de que dicha noticia conlleve perder a mi mejor amigo.

–¡Por fin dan el salto esos dos! – exclama Lidia con sincera alegría.

–No te preocupes, Rebeca que te buscamos una compañera de piso hoy mismo–. Rocío me analizaba con la mirada y parecía apreciar detrás de mi sonrisa lo triste y preocupada que me sentía.

–¡Una para todas...– empieza diciendo Patri mientras las demás se acercan corriendo y me rodean – ... y todas para una!– Nos agarramos de la mano y levantamos al unísono los brazos.

Era una tontería, pero al salir por el pasillo para dirigirme a la primera de mis clases ya me sentía mejor. ¡Era una de las mosqueperras y nunca estaría sola! El primer tramo de la mañana pasó volando y llegó la hora del recreo. Esperé a Raúl en la sala de profesores para empezar juntos la guardia y explicarle en qué consistía. Mientras yo le indicaba que tenía que firmar las guardias en un registro y le enseñaba el plano del centro para que se hiciera una idea de los llamados “puntos calientes”(así llamábamos a los rincones que buscaban algunos alumnos en el centro para fumar a escondidas durante los recreos), mi compañero me escuchaba pacientemente. Me di cuenta de que me miraba más a mí que al plano del centro, al que apenas echó ni un vistazo.

–¿Te estás enterando de lo que te estoy diciendo?– No estaba segura de que me estuviera escuchando y su mirada fija en mí empezaba a ponerme algo nerviosa.

–Pues claro que sí. He escuchado todas y cada una de las palabras que has dicho. Venga– me coge del brazo y me guía por el pasillo– ha llegado la hora de que seas mi guía turística. ¡Qué suerte tengo de que hayas sido tú y no la Rottweiler! ¿¿¿Cómo??? ¿Había dicho Rottweiler?

–¿Cómo sabes tú que llamamos así a Susana?– pregunté perpleja y paralizada en mitad del pasillo.

–Os he oído hablar de alguien llamado así pero no sabía a ciencia cierta a quién os referíais, pero tú acabas de confirmármelo– dijo sonriendo satisfecho.

Mira que soy idiota... Agacho la cabeza con cara de circunstancias y salimos al patio principal donde los alumnos se concentran durante el recreo. Hace un bonito día soleado aunque sopla algo de viento fresco que recuerda la llegada del otoño. Me escondo tras las gafas de sol. Raúl, mi nuevo compañero no hace ningún comentario más sobre nuestro apelativo “cariñoso” para Susana, cosa que agradezco.

–¿Las guardias de recreo son tranquilas o hay normalmente problemas?– inquiera Raúl agudizando la vista fijándose en un grupo de chicos que

hablaban alegremente en un rincón a la sombra de un gran ficus.

–Este es un centro muy bueno y los alumnos suelen ser disciplinados. Principalmente tenemos que vigilar que no haya nadie fumando a escondidas en los servicios o en algún rincón del patio.

Las guardias son especialmente molestas en invierno, con el frío que hace...– Me observa en silencio y empieza a ponerme algo nerviosa.

–Es que soy muy friolera, ¿sabes? – digo encogiéndome de hombros y caminando sin rumbo alrededor del recinto.

En el centro del patio principal se encuentra una cancha de fútbol y dos equipos se disputan el balón. Cada año el Departamento de Educación Física organiza una liga interna que tiene bastante éxito entre los chicos. La mayoría de los estudiantes se sientan en el suelo y siguen el partido animando a sus compañeros de clase.

–¡Qué animado está esto! – comenta Raúl viendo cómo un chico le regatea con gran habilidad el balón a otro mayor que él.

–Sí, la verdad es que sí– respondo sonriendo. – Sin saber por qué se me ocurre preguntarle. – ¿Conoces a alguien que busque piso para compartir? Me haría falta...– Raúl se gira y se echa encima de mí abrazándome por completo con sus brazos y tapándome con una mano la cabeza. Me quedo congelada con la cara aprisionada contra su cuello cuando noto un fuerte impacto a través de su cuerpo.

Seguidamente los alumnos rompen a aplaudir. Raúl me libera del abrazo y con cara de dolor se retuerce ligeramente y contorsiona la espalda.

–Con que las guardias eran tranquilas, ¿eh?– protesta frotándose con las manos la zona de la espalda donde acaba de recibir un fuerte balonazo.

–Tenía que haberte advertido de la regla de oro: no perder nunca de vista la pelota mientras haya partido. ¿Estás bien?– le pregunto preocupada.

–Creo que sí... Me debes un masaje al menos por haberte salvado. El balón era un proyectil dirigido a ti.– Ahora sonrío abiertamente y espera mi respuesta. ¿¿Que le debo un masaje?? Caray con el nuevo... Me hago la sueca y cambio de tema.

–Mejor seguimos la ronda ahora por la zona de los bancos, que es más tranquila.– Señalo con el dedo una rampa que comunica en un plano inferior con un bonito jardín lleno de bancos. Raúl deja de sonreír y su expresión se vuelve... ¿sombria? Es difícil de decir sin conocerle. Al llegar allí todo es normal. Los chicos escuchan música con sus i–Pods y las chicas están absortas con sus móviles de última generación.

–Dijiste que este era uno de los “puntos calientes”, pero aquí no está fumando nadie– dice Raúl con voz grave. ¿Está enfadado conmigo? Me quedo mirándolo durante un segundo antes de responder.

–¿No? Fíjate en el suelo. Yo diría que hay bastantes colillas– le replico sonriendo. Mi nuevo compañero comprueba lo que le digo y la sonrisa vuelve a su cara. – ¡Vaya! Tenías razón. Serías una policía muy buena–. Me da dos palmaditas en la espalda.

Si él supiera... la palabra policía trae a mi mente no solo a papá, sino también a Iron Man y mi cuerpo se estremece recordando el contacto con el suyo. ¡No puedo esperar a verle el viernes! Es una tortura estar sin él. Cada vez soy más sincera conmigo misma y eso me relaja bastante. Miro instintivamente mi móvil deseando tener algún mensaje suyo que me alegre la mañana, pero nada. ¡Qué desilusión! ¿Y por qué no tomas tú la iniciativa por una vez? No seas pánfila, me reprende Escarlata O'Hara dando golpecitos con el pie en el suelo. Rápidamente le escribo sin poder resistirme mientras Raúl y yo subimos de nuevo por la rampa de vuelta la cancha de fútbol.

Rebeca ► *No veo la hora de que llegue el viernes...* Jo, no he podido evitarlo. Suspiro y me guardo el móvil al ver que no llega respuesta.

–¿Qué me decías antes de alguien para compartir piso?– me recuerda Raúl. Casi lo había olvidado con el incidente del balonazo.

–Necesito a alguien para compartir piso. La persona con la que compartía gastos se muda y el alquiler es demasiado alto para mí sola–. Ay, mi Lucas se va...

–Claro que conozco a alguien– responde de inmediato mi nuevo compañero. – Es una persona seria y de confianza que nunca te fallará.

–¡Qué bien! Dame el teléfono de tu amiga y la llamaré para conocernos–. Esto puede que al final resulte más fácil de lo que había pensado.

–¿Amiga?– pregunta incrédulo él. – Estaba hablando de mí–.

Me paro en seco y tengo la boca abierta sin saber qué decir. – Soy limpio, cocino estupendamente y responderé puntualmente con el alquiler. Puedo ser el mejor compañero que hayas tenido nunca, Rebeca–. Me mira con un semblante tan serio que me pregunto si sus palabras tienen otro sentido. Desecho la idea por ridícula ya que acabamos de conocernos.

–Raúl, te lo agradezco mucho pero yo estaba buscando una compañera de piso, no un compañero–. Espero que no se ofenda.

–Venga ya, Rebeca. No seas antigua. Si viviéramos juntos podríamos compartir hasta el coche para venir a trabajar y ahorrarías también en

gasolina. Soy un buen partido— dice abriendo los brazos como ofreciéndose. — Prometo respetarte, si es lo que te preocupa— asegura entornando los ojos. Me ruborizo de forma alarmante.

El sonido estridente del timbre marca el final del recreo y yo estoy literalmente salvada por la campana.

—Lo pensaré, Raúl. Gracias.— respondo buscando ya excusas para decirle que no. Hay algo en él que me desconcierta. De repente es muy simpático y te sonrío y al segundo siguiente una sombra desciende de sus ojos hasta su boca eliminando cualquier rastro de humanidad.

Entrando a la sala de profesores echo otro vistazo al móvil.

¡Tengo un mensaje de Iron Man! El corazón se acelera y me abrazo al teléfono durante un segundo. Raúl me observa y sonrío mientras recoge los libros de su taquilla. Me aparto a una esquina buscando algo de intimidad.

Dan ► *Yo también estaba loco porque llegara el viernes.*

Rebeca ► *¿Estabas? ¿Ya no? ¿Qué habrá querido decir?*

Dan ► *¿Quién era el pulpo que te abrazaba en el recreo? ¿Me he perdido algo? Me dejo caer en una silla y siento que todo gira a mi alrededor mientras yo menguo. ¡¡Está aquí!! ¿Dónde? ¿Por qué? Ha venido a verte, idiota, me increpa Escarlata.*

Rebeca ► *Veo que has hecho los deberes y has averiguado dónde trabajo. Enhorabuena, eres un poli realmente bueno.*

Dan ► *Me gustan los retos, preciosa.*

Rebeca ► *¿Yo soy un reto para ti? Esto se pone interesante...*

Dan ► *Desde el primer día que te vi, nena. Sonríe como una idiota.*

Rebeca ► *¿Dónde estás exactamente?*

Dan ► ...

Rebeca ► *No voy a poder verte. Ahora tengo una charla de... Doy un respingo en el asiento al darme cuenta. ¡¡¡Qué tonta soy!!! Últimamente me lo digo mucho... ¿Eres tú el poli que da la charla sobre los peligros de internet?*

Dan ► *No exactamente... Un compañero mío. Hasta ahora, preciosa.*

¡No me lo puedo creer! ¡Dan aquí! El corazón me va a mil por hora y las manos me tiemblan al guardar el móvil. ¿A quién voy a engañar? Estoy excitadísima y también muy nerviosa. Cada vez que nos hemos encontrado desde el incidente hemos acabado...o peor todavía, no hemos acabado, recuerdo con frustración. ¿Cómo se las habrá arreglado para organizar la charla preventiva de un día para otro? Y además ¿cómo ha conseguido que la Directiva la acepte sin estar prevista? Sospecho que tiene algo que ver con

Maite.

–Rebeca, ¿vienes?– pregunta Raúl que se había acercado sin darme cuenta.
– Tenemos una charla ahora con la policía, ¿no?– espeta al verme tan ensimismada. – Espero que sea interesante–.

De eso puedes estar seguro, pienso para mí. Cojo aire y me levanto para seguir a mi compañero hasta el Salón de Actos donde se celebran este tipo de charlas y conferencias. Al entrar inspecciono a la velocidad del rayo la gran sala. El corazón se me desboca al ver un policía uniformado sobre el estrado sentado detrás de un ordenador. Se levanta y me doy cuenta de que no es él. Se me escapa un suspiro. Debe ser el compañero del que hablaba. ¿Pero dónde se ha metido mi Iron Man?

–Uff, creía que no llegaba. Se me ha hecho tarde. ¿No han empezado todavía, verdad?–. Rocío llega casi corriendo bastante apurada.

–No, tranquila– le digo a mi amiga mientras yo estoy hecha un fl an.

–¿ Nos sentamos en primera fila, Rebeca?– pregunta Raúl cogiéndome del codo. A Rocío no se le escapa ese gesto y me mira levantando las cejas sorprendida.

–Mejor nos sentamos a la mediación o al final. Así controlamos mejor a los niños– le digo soltándome a modo de excusa para no tener que estar tan cerca del estrado. Para mí es una situación muy embarazosa. Todavía no le he visto y ya me muero por esconderme.

Los alumnos ya están sentados y el policía tiene el cañón digital preparado para lo que parece será una presentación Power Point. Me siento entre Raúl y Rocío y miro nerviosa a mi alrededor.

–¿Te pasa algo? Se te ve impaciente– pregunta Rocío poniendo como siempre el dedo en la llaga.

–¿No querías conocer a mi poli buenorro? Pues ahora vas a tener la oportunidad– le respondo de manera enigmática al oído.

Rocío abre la boca sorprendida y mira hacia delante.

–No te quiero ofender, Rebeca, pero no es nada del otro mundo. Tú vales muchísimo más– asegura con la vista clavada en el hombre uniformado del estrado.

–Piénsate en serio lo de compartir alquiler conmigo, Rebeca– me recuerda por otro lado Raúl resultándome algo pesado. ¡En eso estoy pensando yo ahora! Sin sacar a Rocío todavía de su error intento librarme primero de Raúl.

–Claro. Cuando me decida... Me quedo sin palabras y me falta el aire al ver pasar por el pasillo central a Maite, la Directora, del brazo de Dan como

si fueran viejos amigos. Dan viste vaqueros y una camisa azul marino con las mangas algo recogidas lo que le da un aspecto informal muy sexi.

¡Dios, qué guapo está! Aunque en el fondo siento una punzada de desilusión por no verle con el uniforme... A su paso, las chicas se dan codazos y ahogan risitas tontas.

–¿Quién es el bombón que lleva del brazo Maite?– pregunta muy impresionada Rocío.

–Ese es mi poli buenorro– le digo con orgullo. Con la mano le subo a Rocío la barbilla para que cierre la boca y Raúl observa el gesto extrañado.

Cuando suben al estrado todo el mundo guarda silencio y Maite les presenta dándoles la bienvenida y agradeciéndoles su tiempo.

Mientras Maite está hablando, Dan recorre con la mirada toda la sala. ¡Me está buscando! Avergonzada me encojo y me hundo en mi asiento esperando que no me vea. Siento cómo la mirada de Rocío va y viene, evaluando la situación. Creo que consigo esconderme con éxito detrás del alumno alto y gordinflón que tengo delante, pero quizás la presencia de Raúl y Rocío a ambos lados delate mi escondite entre la audiencia.

Cuando Maite termina, se despide del policía uniformado con un apretón de manos y a Dan... ¡¡le da un beso en la mejilla!! Raúl me está hablando y yo asiento por educación pero no escucho ni una sola palabra de lo que me dice. ¿De qué se conocerán esos dos? Me quedo tan sorprendida que bajo la guardia al quedarme mirando como una tonta y de repente Dan gira la cabeza y establece contacto visual conmigo. Él despliega su mejor arma secreta, una sonrisa encantadora, y yo... , yo doy un respingo en el asiento y me escondo como una niña pequeña detrás del gordinflón. Vale. Estoy en mi salsa, entre adolescentes porque desde luego me estoy comportando como tal. ¿Por qué reacciono así? ¡Ha venido a verme! Su mera presencia me altera el ritmo cardíaco, por no hablar de su mirada y esa sonrisa tan poderosa. Si no aprendo a templarme ante este hombre haré el ridículo cuando estemos cara a cara e intente mantener una conversación normal. Pensaré que me comporto como una cría o que estoy pirada. Y no le faltará razón...

El policía uniformado empieza con la charla informativa sobre los riesgos de internet para jóvenes adolescentes. Parece que será él el encargado de dicha tarea, mientras que Dan está sentado en silencio a su lado. El móvil que tengo en el bolso emite un pequeño bip que anuncia que tengo un mensaje nuevo. ¡Mierda! Olvidé silenciarlo después del recreo y el gordinflón de delante se vuelve y me mira con recochineo. No hay nada peor que le suene a

un profesor el móvil en clase, cuando está terminantemente prohibido para los alumnos. ¡Vaya ejemplo que estás dando, Rebeca! Pero bueno..., ya que lo he silenciado no hago daño a nadie leyendo el mensaje con el teléfono todavía escondido dentro del bolso. ¡Es de Dan!

Dan ► *No me has respondido todavía.*

Rebeca ► *¿Pero tú vas a dar la charla o no? ¿Responderte a qué?*

Dan ► *¿Quién es el pulpo que te abrazaba antes en el patio y que ahora está sentado y babeando a tu lado? ¡Ay Dios! ¿Mi Iron Man está celoso? Creo que voy a reventar como una pompa.*

Rebeca ► *¿De qué conoces a mi Directora?*

Dan ► *Yo he preguntado primero, preciosa.*

Rebeca ► *Los pulpos no babean.*

Dan ► *O me lo cuentas o ...*

Rebeca ► *¿ O qué...? Levanto la cabeza y salgo suavemente de mi escondite para observar su reacción. Me dedica una sonrisa perversa y prometedora.*

Dan ► *Nena, ya sabes que me encantan tus desafíos. Me ponen a mil. ¿Me atrevo a desafiarle de verdad?*

Rebeca ► *¿Y si te digo que estoy pensando en irme a vivir con él?*

Sí, me atrevo, pienso sonriendo traviesa en mi fuero interno. Técnicamente es él el que se vendría a vivir conmigo. La idea me resulta incómoda solo de imaginármelo. Vuelvo a observarle y al leer mi último mensaje los ojos de Dan me atraviesan el alma y me estremezco. ¿Me habré pasado con la broma? Deja el móvil en la mesa muy despacio y sigue en silencio la exposición que está llevando a cabo su compañero. ¿¿Qué?? ¿No va a responder nada? ¿Esto qué es, enfado o desinterés? Me da miedo haberle enfadado, pero siento pánico al pensar que pueda estar mostrando sencillamente desinterés.

Me revuelvo incómoda en mi asiento durante la hora y veinte minutos que dura la charla. Con toda seguridad ha sido muy interesante y aleccionadora para los chicos porque han guardado silencio todo el tiempo y se han portado muy bien, realizando incluso algunas preguntas y planteando algunas dudas. Pero si alguien me pidiera un resumen del contenido de la misma me encontraría en un grave apuro. No me he podido concentrar. He observado nerviosa esporádicamente a Dan, pero él parece haberse olvidado de mi presencia por completo. Parece tan tranquilo y relajado escuchando con atención a su compañero. Yo me siento morir por dentro y estoy deseando tener la oportunidad de hablar con él y aclarárselo. Toda mi inseguridad

anterior ha desaparecido y solo pienso en tenerle a solas para mí.

Los chicos aplauden la intervención de Francisco, el policía que ha dado la charla, y cuando creo que por fin ya ha terminado todo, Dan se levanta en el estrado y toma la palabra. Me inclino hacia delante y aguanto la respiración. Le agarro la mano sin darme cuenta a Rocío. Ella también parece expectante.

–Espero que os haya resultado interesante la información que os ha dado mi compañero Francisco, pero ha llegado la hora de una clase práctica. Es importante también que sepáis defenderos en caso de una agresión y vamos a enseñaros algunas técnicas básicas de autodefensa. ¿Algún voluntario? ¿¿Pero a qué viene esto?? ¿Qué pretende? Rápidamente se alzan multitud de manos, sobre todo femeninas. ¡¡Serán guarras las niñas de hoy!! –A ver... Creo que lo mejor sería hacer una demostración con un adulto, no vaya a ser que os lesionéis, chicos. ¿Qué tal el señor pelirrojo de allí?– pregunta intentando resultar indiferente y espontáneo.

¡Ay, madre! Así que no era desinterés... ¿Qué demonios va a hacer con Raúl? Los alumnos le vitorean y el muy iluso levanta la mano saludando cual gladiador, abandona su asiento y se encamina hacia el estrado. No sabe lo que le espera... Sube los dos escalones que separan el estrado del patio de butacas y Dan le alarga una mano para saludarle. El apretón de manos parece enérgico por ambas partes y dura demasiado tiempo. Dan le está mirando fijamente sin parpadear y su expresión se ha transformado por completo. Sus labios se convierten en una fina línea que se rompe solo por un instante para tomar aire. Acto seguido Dan se gira sobre sí mismo agarrando todavía a Raúl del brazo y quedando de espaldas a él para luego agacharse y proyectar todo el cuerpo de Raúl por encima de su espalda.

El pelirrojo vuela por los aires y acaba estrepitosamente tumbado de espaldas en el suelo con Dan sujetándole todavía la mano y poniéndole un rodilla en el cuello. El auditorio rompe a aplaudir de nuevo y los adolescentes no están ni la mitad de impactados que yo. ¡No me puedo creer lo que acaba de hacer! ¡Raúl tiene que tener la espalda destrozada! Primero el balonazo en el patio y ahora mi Iron Man le acaba de tumbar. ¿Le ha tumbado por mi culpa? No es justo. Se ha pasado. Esto no puede quedar así...

Dan ayuda a un dolorido Raúl a levantarse del suelo y le ofrece otra vez la mano para repetir el saludo. Esta vez Raúl se muestra reticente a la hora de aceptarla y Dan le da dos palmaditas en la espalda de modo condescendiente. Los alumnos vuelven a reír y las carcajadas humillan todavía más a nuestro nuevo compañero. No le conozco todavía lo suficiente pero creo que está

furioso y se está conteniendo. Rocío permanece petrificada junto a mí, con la mano tapándose la boca. No sé muy bien si está ocultando la sorpresa o la risa que le proporciona el espectáculo que estamos presenciando.

–La primera regla es que hay que estar siempre alerta– empieza a explicar Dan en voz alta a los alumnos– sobre todo con los desconocidos. Nunca se sabe cuándo alguien puede venir a quitarnos lo que nos pertenece. Con la técnica adecuada podéis defenderos de vuestro atacante sin importar vuestra constitución o fuerza–. Hace una pausa y me busca entre el público. ¡¡No se atreverá!! ¡¡Por el amor de Dios, Dan!!

–Para que lo entendáis vamos a probar ahora con alguien más débil que yo–. ¡¡Todo el mundo es más débil que tú, Iron Man!! Pero mucho me temo que sé lo que se avecina... – Aquella señorita de allí– me apunta con el dedo. El estúpido gordinflón se aparta a un lado dejándome expuesta y noto cómo me arden las mejillas por la vergüenza. Creo que he menguado en el asiento ante la mirada de todo el auditorio. –¿Se atrevería a servirme de ayudante para que vean los alumnos lo que quiero explicar?– ¡Qué cabrón! ¡Ahora es él el que me está desafiando! Pero esta vez te has pasado, Dan, me digo a mí misma muy enfadada. ¿Cómo se atreve a venir a mi lugar de trabajo y dejarme en ridículo delante de mis alumnos y avergonzar a mis compañeros? Te mereces una lección y te la voy a dar, baby.

Me levanto del asiento y todos los alumnos me aplauden expectantes mientras me dirijo al estrado. Por el camino me cruzo con Raúl.

–¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño?– le digo preocupada.

–Estoy bien. Lo que más me duele es el amor propio– dice con una sonrisa. – Ese tío está como una cabra. Ten cuidado– me dice al oído mientras sigo mi camino.

Cuando subo al estrado Dan se acerca a mí despacio. Me apoya las manos en los hombros para saludarme con dos besos. Una corriente me recorre el cuerpo a una velocidad vertiginosa y él se da cuenta del efecto que tienen sus manos sobre mi piel. Sonríe por primera vez desde que le envié el maldito mensaje.

–Era una broma, idiota. Te has pasado mucho– le susurro al oído. Al hacerlo inspiro profundamente para impregnarme de su aroma embriagador. ¿Cómo puede oler así de bien? Es un aroma que ya me empieza a resultar familiar pero no por eso me acostumbro a sus efectos.

Se aparta de mí y me mira a los ojos con los labios entreabiertos.

–¿Una broma? ¿Eso es lo que tú entiendes por una broma?– Veo confusión en sus ojos y furia, pero también alivio. – No vuelvas a hacerlo, ¿entendido?– lo dice en voz baja para que nadie más lo escuche pero su tono es muy autoritario. Tan autoritario que resulta molesto.

–¿O qué? No soy un policía a tu servicio para que me des órdenes–. Esto se está poniendo cada vez peor y yo contradictoriamente estoy cada vez más excitada. Me esfuerzo todo lo que puedo por no fijarme en su boca.

–A las clases de autodefensa acuden principalmente mujeres, ya que como todos sabemos la mujer es físicamente más débil que el hombre y ante una agresión tiene muy pocas posibilidades de escapar intacta–. Dan me ignora y se dirige a la audiencia. Mientras habla se coloca detrás de mí y me coloca el brazo por delante del cuello inmovilizándome.

¿¿Qué?? ¡¡Ya he escuchado bastante!! ¡¡Hasta aquí hemos llegado!! Y es una pena, con lo cachonda que me ha puesto la posturita...

–Por eso es importante que...– No le dejo terminar y le propino un pisotón con mis tacones favoritos (uff, eso le ha debido de doler) para después propinarle un codazo hacia atrás con todas mis fuerzas en las costillas. No me detengo. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. Han sido muchos años de lecciones con papá. Si quieres que os deje a tu hermana y a ti salir por ahí de noche tenéis primero que aprender a tumbarme. Si no, no iréis ni a la vuelta de la esquina. Agarro a Dan con fuerza de un brazo y flexionando las rodillas busco mi punto de apoyo y me inclino hacia delante para volcarlo por encima de mí y lanzarle contra el suelo. Aterrizo boca arriba y sin pensarlo me siento en su pecho clavándole las rodillas en la garganta para inmovilizarlo. Me mira perplejo desde abajo y empieza a desplegar una sonrisa lasciva. ¡Por Dios, no me había dado cuenta de lo comprometedor que era la posición que teníamos delante de todos!

–Has olvidado la segunda regla– le digo mientras me levanto y le alargo la mano para ayudarle a levantarse. – Nunca te fíes de las apariencias.

Dicho esto bajo del estrado y me voy con la cabeza bien alta mientras los alumnos aplauden enloquecidos. ¡Vaya numerito que hemos montado! Me marcho del Salón de Actos sin mirar atrás y a paso ligero. Debo tener la cara tan roja de vergüenza que me va a explotar. Necesito refrescarme en el servicio y escapar de allí. En el aseo de profesoras intento acallar el rubor encendido de mis mejillas con una toallita húmeda pero realmente necesitaría una ducha fría. ¿Cómo puedo estar así de enfadada con él y excitada a la vez?

Me seco las gotitas de sudor de la frente, abro el escote del jersey fino que llevo y me paso la toallita entre los senos. ¡¡Madre mía, estoy fatal!! ¿Y qué habrá pensado todo el mundo? Mientras me estoy examinando en el espejo, la puerta del servicio se abre de golpe, Dan entra y sin mediar palabra se abalanza sobre mí sin que me dé tiempo a retroceder ni un paso. Me estrecha fuertemente por la cintura y con una mano me sujeta la nuca. Me quedo muda sin poder articular palabra. Nuestras miradas se enredan y me siento deliciosamente atrapada por este hombre. Mantenemos un diálogo secreto y silencioso que se rompe solo por las dos palabras que le susurro.

–Lo siento.

–Me he vuelto loco, preciosa. Creía que te perdía. Yo también lo siento—. Su boca se apodera con violencia de la mía y yo claudico feliz ante salvaje ataque. Me muerde el labio inferior y sus manos se deslizan por mi espalda para acabar sujetando mi trasero y empujándolo hacia él con fuerza. Su poderosa erección me presiona por debajo del vientre y mi gemido resuena en el servicio recordándome que nos encontramos en un lugar público donde cualquiera podría sorprendernos y dejarme a mí en evidencia.... una vez más. Aparto la cabeza de su cuello y la imagen que me sorprende en el espejo es impactantemente sexi y erótica. Mi Iron Man me desea y se desespera por poseerme allí mismo.

–Dan, estamos en el servicio de profesoras. No podemos...–le digo entre jadeos con la respiración entrecortada.

–Dime que pare entonces– me replica lamiéndome el cuello y deslizando su lengua por mi escote.

–Dan, para– articulo con voz grave. Se aparta de inmediato con expresión de sorpresa y el ceño fruncido. Resopla abiertamente con frustración pasándose la mano por el pelo.

–No es justo, ¿sabes?– le digo con amargura estirando un poco el jersey para quitarle las arrugas y volverlo a su sitio...

–¿El qué?–. Entorna los ojos en busca de una aclaración.

–Con las ganas que tengo de ti... y tengo que sacar fuerzas de donde no hay para ser la que ponga algo de cordura en un momento como éste. De verdad que...– Dan silencia mi discurso con un beso abrasador pero tierno a la vez. Me sujeta la cabeza con ambas manos y yo me abrazo a su ancha espalda como si fuera una tabla de salvación y me fuera la vida en ello. Con su boca todavía en la mía suspiro interiormente con fuerza.

–¿El viernes?– me susurra acariciándome la mejilla y mirándome con

ojitos tiernos.

–El viernes– confirmo muy a mi pesar. No me resisto y le acaricio con el pulgar los labios. Son un imán para mí.

–Vete preparando, preciosa. Nada puede apartarme de ti–. Me acaricia el pelo como a una niña pequeña y el gesto me resulta de lo más íntimo. Me pongo sensiblera y le hago el abrazo del oso. No puedo verle la cara pero sé que está sonriendo. ¡Ay, mi Iron Man! Dan se marcha definitivamente. Si antes necesitaba una ducha fría, ahora me apoyo en la encimera del lavabo y me siento tan vacía por dentro y desconsolada que creo que no hay nada que me pueda hacer entrar en calor. Rocío entra como una exhalación a continuación y doy gracias a las alturas porque no lo hiciera unos minutos antes. Hubiera sido realmente embarazoso para mí.

–Niña, ¿estás bien?– me dice preocupada examinándome de arriba a abajo.

–Sí, creo que sí– termino diciendo. – Es sólo el subidón... He dado la nota, ¿no?– inquiero.

–¡No, qué va, mujer! Pero a partir de ahora te llamaremos Lara Croft– dice partida de la risa. – ¡Lo que se han perdido las demás! ¡No me van a creer! Menos mal que tengo a medio instituto de testigo.– Se está divirtiendo de lo lindo a mi costa y no la culpo. – ¡Qué callado te lo tenías! ¿Qué eres cinturón negro o algo así?

–Anda, deja algo para Patri y Lidia.– le regaño salpicándole con los dedos un poco de agua. – ¿Qué te ha parecido Dan?

–Si te refieres a ese bombón moreno...– se abanica con las manos de manera cómica y vuelvo a salpicarle otra vez. – Creo que hay algo que me he perdido respecto a lo que ha pasado allí dentro, pero una cosa está clara. Está loco por ti, Rebeca – asegura ahora con semblante serio.

–¿Tú crees?– Mi voz suena nerviosa.

–No lo conozco en absoluto, cielo, pero esa manera de mirarte es abrumadora. Lo que yo daría porque mi marido volviera a mirarme de esa manera.– Le sonrío y aparto la mirada sonrojada. – Venga, que todavía nos queda la última clase. A ver cómo consigues que los alumnos se concentren ahora después de la clase de kárate con Mister Perfecto.

La jornada termina afortunadamente y cuando me siento en el coche estoy tan cansada que parece que me han dado una paliza. La garganta sigue doliéndome y el estómago lo tengo revuelto. Mucho me temo que estoy

incubando algo. Al llegar a casa decido echarme directamente una siesta y pasar del almuerzo. ¡Qué a gustito se está en la cama! Me tapo la cabeza con la sábana como hacía cuando era pequeña y algo me asustaba. Me sirve como siempre para relajarme y no tardo en dormirme.

Dan y yo estamos otra vez en el Salón de Actos. Acabo de tumbarle y le tengo inmovilizado. Estoy de rodillas encima de él y me sonrío. Levanto la cabeza alrededor avergonzada y me doy cuenta de que estamos completamente solos en la sala. Vuelvo a mirarle y sus manos suben por mi cintura hasta recalar en mis pechos. ¡No lo soporto ni un segundo más! Me dejo llevar y me saco de un tirón el jersey. El sujetador me estorba también y me deshago de él de forma decidida. Ahora siento de verdad el calor de sus manos en mi piel. Masajea mis senos de manera exquisita y entro en una especie de trance arqueando mi espalda para ofrecerme mejor. Dan me pellizca los pezones y me derrumbo sobre él sin soportarlo, pero a la vez exigiendo más. Le acerco uno de mis pechos y él se lo mete en la boca, lo besa y lo lame agradecido, necesitado. Vuelve a jugar con el pezón y esta vez lo muerde sin piedad. Grito de placer y...

–Rebeca, ¿estás bien? Rebeca, despierta, mujer.– Lucas me zarandea suavemente pero lo suficiente para que tenga un sueño “interruptus”.

–¿Qué? ¿Qué pasa?– pregunto sofocada y aturdida. ¡Ay madre! Creo que acabo de co...

–No, no pasa nada. Es que me extraña verte en la cama a esta hora del día. Cuando yo me levanto tú siempre estás estudiando o trabajando. ¿Estás bien? Se te veía muy nerviosa soñando– me dice algo preocupado.

–Sí, estoy bien. Una mañana digamos que ajetreada en el Instituto. Necesitaba una siesta reparadora, eso es todo–. Me incorporo en la cama y Lucas se sienta a mi lado.

–¿Una siesta? Si no te despierto amaneces al día siguiente. ¿Tú sabes qué hora es?– me dice en tono recriminatorio. Alargo la mano y cojo el móvil de la mesita de noche. ¡¡Son casi las 19:00!!

–¿He dormido cerca de tres horas?– me pregunto en voz alta todavía aturdida. Sí que estaba cansada. La garganta me pica al tragar saliva y la cabeza me duele un poco. – Creo que estoy empezando con una gripe, Lucas.– Me palpa la frente con la mano durante unos segundos.

–Pues fiebre no parece que tengas. Quizás un calentón. ¿Con quién estabas soñando?

–¿Cómo?– ¡Mierda! Se ha dado cuenta. Espero no haber dicho nada en voz

alta. Desde luego este hombre tiene un olfato increíble para el sexo.

–Anda, quédate ahí que te traigo un zumito de naranja–. Vuelve al poco tiempo y me bebo el zumo obediente. Se sienta otra vez a mi lado. – Rebeca, tenemos que hablar–.

–Oh, oh. No me lo digas. Hay otra– le digo bromeando. Me pega con la almohada en respuesta.

–No digas idioteces. Ya sabes que Rubén y yo vamos a por todas. Calculo que tardaré dos semanas más o menos en llevarme todas mis cosas. No quiero agobiarme con la mudanza y tampoco quiero que sea algo traumático. ¿Me ayudarás a empaquetar? No sé por dónde empezar. Además me siento muy raro hablando de mudarme y dejarte sola cuando tú y yo siempre...–. La voz se le va perdiendo y veo como sus ojos se llenan de lágrimas. Siento un nudo en el estómago y yo también rompo a llorar. Le rodeo el cuello con los brazos y nos abrazamos entre sollozos.

–Te voy a echar tanto de menos, Lucas. Ha sido genial vivir contigo todos estos años y tengo mucha suerte de tener un amigo como tú.

–Yo también te voy a echar de menos, cielo– me dice cogiendo un pañuelo de papel para mí y otro para él. – Prométeme que no tendré que preocuparme por ti.

–Claro que no. Ya soy mayorcita, ¿eh, hermanito? – Sabe que lo de “hermanito” se lo digo en serio y con todo mi cariño. Le acaricio la cara. – Además he aprendido mucho de ti.

–¿Ah sí?– pregunta divertido. – Bueno, ya me quedo más tranquilo. Solo espero que quien comparta piso contigo sepa cocinar y limpiar como un esclavo porque si no, no sobrevivirás mucho tiempo sin mí, reina.

–Eso me ha dolido– me quejo clavándole insistentemente el índice en el pecho. – Para que lo sepas, ya tengo un candidato.

–¿Es guapo?– pregunta muy interesado y sorprendido a la vez.

–Desde luego Rubén tiene el cielo ganado– le digo poniendo los ojos en blanco. – Si lo que quieres saber es si es gay, no lo sé con certeza, pero algo me dice que no.– Recuerdo incómoda algún gesto o comentario insinuante de Raúl. – Un compañero nuevo del Instituto se ha ofrecido a compartir conmigo el alquiler, pero tengo que pensármelo. No quiero precipitarme para luego tener que arrepentirme. La culpa la tienes tú.

–¿Yo?

–Sí. Has puesto el listón demasiado alto.– Volvemos a abrazarnos y nos echamos a llorar otra vez.

–Me tienes que jurar también que siempre serás mi compañera de asalto en las rebajas. Aunque pasen veinte años... Necesito saber que nada cambiará—. Se pone muy serio y no es para menos.

Para nosotros dos, el primer día de rebajas es un día especial que compartimos tradicionalmente juntos y con el tiempo se ha convertido en una especie de tradición familiar, igual que ver juntos *Pretty Woman* cada vez que la emiten por la tele, tragarnos cada año el Festival de Eurovisión entero o ir juntos al cine a ver incondicionalmente cualquier película en la que salga George Clooney. Soy como la hermana que nunca tuvo y no puedo imaginar mejor hermano en el mundo que Lucas. Protector, cariñoso, atento, crítico, chinchón, quisquilloso, rencoroso, generoso, zalamero, sincero... Lucas.

–La duda ofende, Lucas– le respondo casi de inmediato– pero tú seguirás siendo mi peluquero a tiempo parcial y...– no puedo seguir bromeando– mi hermanito mayor.– Me abalanzo otra vez sobre él y nos fundimos en otro abrazo. – Como se te ocurra llevarte alguno de mis discos o fotos eres gay muerto, chaval– añado para desdramatizar el momento.

–Bueno, reina– se levanta de la cama dándome un beso en la cabeza– tengo que pasar antes de ir a trabajar por casa de Rubén para dejar algunas cosas. ¿Estás bien? ¿Te traigo algo de la farmacia?

–No te preocupes. El resfriado se irá como todos, bebiendo mucha agua. Voy a espabilarme y a estudiar bastante.

–¿Sigue en pie la cita del viernes con “No sé de quién me hablas”?– me pregunta con sarcasmo apoyado en el quicio de la puerta de mi dormitorio.

–Claro. Lo estoy deseando. Me gusta de verdad, Lucas y por eso estoy muerta de miedo. Nadie me había impactado tanto como él.

–Eso saltaba a la vista el otro día cuando os encontré en la cocina. Me gusta cómo te mira.

–¿Cómo me mira?

–Reina, ese pedazo de hombre te mira con hambre, como si fueses para él la única persona en una habitación abarrotada de gente.

–¿Tú crees?– pregunto sonrojándome y bajando la vista. Lucas acababa de definir exactamente el efecto que tenía la mirada de Iron Man sobre mí.

–¿Que si lo creo?– Suelta una estrepitosa carcajada. – Rebeca, eres caperucita roja y el lobo te va a comer enterita el viernes por la noche. ¡Y quiero que me cuentes el cuento con pelos y señales! ¿Entendido?–. Chocamos los cinco en el aire y se marcha por fin.

Dan no sólo me había impactado, me robaba hasta el sueño.

Pensaba en él a todas horas, incluso durmiendo. Tengo que aprender a tomármelo con más calma, me repito por enésima vez. Suspiro profundamente y decido aparcar momentáneamente a Iron Man en algún rincón oculto de mi mente. Me esperaba una larga noche de estudio por delante.

Capítulo 7

A la mañana siguiente mi resfriado parece haber empeorado.

Tengo la nariz congestionada y la garganta sigue mal. Decido tomarme un vaso de leche caliente con miel. Es lo que me diría mi madre.

Me tomo como cada mañana las pastillas de biotina para el pelo (al llegar el otoño se me cae a chorros) y cojo ,adormilada todavía, la cajita con las píldoras anticonceptivas y me doy cuenta de que ... ¡¡me sobran píldoras este mes!! Soy un desastre. Con el nerviosismo por la vuelta al trabajo y Lucas que se me va, creo que me he despistado y he perdido la cuenta algún que otro día. Nunca me ha obsesionado el tema ya que mi vida sexual es prácticamente nula pero... Ahogo un grito y el miedo me despierta por completo. ¡No seas ridícula, Rebeca! me digo a mí misma. Fue sólo una vez... ¡ y qué vez! Además no estaba ovulando. Y los sueños eróticos no cuentan, ¿no? Me relajo y descarto la ocurrencia por descabellada. De todas formas tenía que tener más cuidado de ahora en adelante ya que había decidido seguir viendo a Dan.

Mientras aparco mi Volkswagen en la zona del Instituto reservada para profesores, me pregunto si todavía se acordará alguien de lo ocurrido ayer en el Salón de Actos durante la charla. Al bajarme del coche un grupo de alumnos congregados en el parking de motos me aplaude efusivamente. ¡Joder! Parece que he hecho historia en el centro... Espero que no lo hayan grabado con los móviles y colgado en alguna red social para adolescentes porque si no tendré pitorreo para rato. Suspiro resignada y aprieto el paso encaminándome hacia el edificio principal.

La mañana transcurre dentro de lo normal: Señor,¿ a qué gimnasio vas? ¿Eres cinturón negro o segundo dan? ¿Sabes abrirte de piernas como Jean Claude Van Damme? La verdad es que últimamente sí, me abro de piernas cada vez que tengo a mi Iron Man delante... Resulta muy difícil dar clase en tales circunstancias. Además el resto de las mosqueperras tampoco me lo estaba poniendo fácil.

Dedicaron toda la mañana a burlarse de mí sin tapujos, por ejemplo chocando las manos en el aire a modo de saludo cada vez que me veían por los pasillos o entonando penosamente el tema principal de la banda sonora de Misión Imposible, alabando así mi actuación del día anterior. Lo peor fue la

encerrona que me hicieron en la reunión con Bartolomé, el Orientador. Al entrar en su despacho solo estaban las chicas sentadas alrededor de la mesa y escuchaban atentamente un móvil con el manos libres.

–Chicas, os necesito–. Era la voz de Bartolomé que debía estar escondido en otra habitación, partido de la risa. – ¿Están todos mis ángeles ahí?

–Sí, Charlie. La pelirroja acaba de llegar–. La verdad es que la broma era buena, pero siempre había querido ser la rubia, Farrah Fawcett.

Me armé de paciencia y decidí relajarme y reírme un poquito yo también de mí misma. Si no puedes vencerles, únete a ellos! Mi tutoría se portó bastante bien conmigo en comparación con el resto de bromas de las que fui objeto por parte del resto de los alumnos. Se mostraron prudentes, cosa que agradecí. Mientras estaban realizando las fichas que el Departamento de orientación me había entregado para que consolidaran diversas técnicas de estudio, revisé mi agenda del día y recordé que tenía que hablar con la alumna que no seguía las clases de Educación Física alegando problemas de salud. Me acerqué a Virginia Podadera, la chica en cuestión. Era una morena menuda de inmensos ojos negros siempre velados por lo que parecía ser ¿tristeza, amargura? Una alumna muy introvertida que apenas se relacionaba con el resto del grupo.

–Virginia, sigo esperando que me traigas el justificante médico que indique que temporalmente no se aconseja que sigas los ejercicios de Educación Física–. Se sobresaltó al escucharme y noté cómo le temblaban las manos. ¡Qué tímida es esta chica!

–Sí, sí. Lo sé profesora. Uno de estos días se lo traigo.

El hilo de voz con el que me respondió y el detalle de que no me mirara a los ojos mientras hablaba no me convenció en absoluto y supe que me estaba dando largas. Tendría que llamar a sus padres en cuanto tuviera la ocasión. Preferí no comentarle nada a Virginia delante de sus compañeros en ese momento. Ya parecía estar pasándolo mal por el mero hecho de ser objeto de atención del resto de la clase, aunque fuera sólo por un instante.

La clase terminó sin pena ni gloria. Después tenía una hora de tareas administrativas en la que busqué la ficha de Virginia para llamar a su casa. Normalmente figuraban dos teléfonos de contacto en la base de datos de los alumnos, pero en este caso sólo aparecía uno a nombre de Carlos Podadera, el padre de la alumna en cuestión.

–Hola, buenas tardes. Soy Rebeca Millán, la tutora de Virginia. ¿Podría

hablar con el padre o la madre, por favor?

–¿Está Virginia bien? ¿Ocurre algo?– contestó una voz masculina. Vaya ni un saludo ni una presentación. Se habrá alarmado creyendo que ha ocurrido algo malo...

–No, no. Tranquilo. Verá es que...

–Si no le ha ocurrido nada malo, ¿por qué me molesta? Soy un hombre muy ocupado, ¿señorita...?– me corta impertinentemente.

No salgo de mi asombro ante la desfachatez de este hombre. Respiro hondo y continúo con el objetivo de mi llamada.

–Como le dije al comienzo de esta llamada soy Rebeca Millán, la tutora de Virginia. Yo también soy una persona muy ocupada, pero como me preocupo por su hija he buscado tiempo para llamarle y comentarle algo. ¿Es usted el padre, sí o no?–. Ya estaba harta de que los papás con dinero me miraran por encima del hombro.

Pero hablarme así... ¡Hasta aquí habíamos llegado!

–Sí, soy el padre– contestó de mala gana entre dientes.

–Verá, desde el inicio del curso su hija no ha seguido con normalidad los ejercicios de las clases de Educación Física alegando una dolencia y que el médico se lo había desaconsejado durante un tiempo.

–Así es– respondió después de un largo y extraño silencio.

–Si se va a prolongar más tiempo esta situación es necesario un justificante médico que lo indique. Las normas del Departamento de Educación Física y del Colegio son muy estrictas al respecto y sería una pena que llegara a suspender la materia en esta primera evaluación. Al estar en 4º hay que tener bastante cuidado ya que se está jugando la titulación.

–Virginia tiene dolores de espalda. Se cayó del caballo hace poco y ya está casi recuperada. En la próxima clase seguirá los ejercicios sin problemas. ¿Alguna cosa más, señorita Millán?

–Eso era todo. Muchas gracias por su tiempo...– No me dio ocasión de añadir nada más. ¡Me había colgado! ¿Se podía ser más borde y maleducado? Menudo cretino. Decidí echar un vistazo a toda la información que había en la base de datos sobre Virginia y su familia. El cretino era empresario y al parecer había enviudado el año pasado. Pobre Virginia. Además era hija única. Debió ser duro para una chica con tan poca seguridad en sí misma y tan solitaria. Se la veía falta de amigos pero por su carácter extraño quizás ella

tampoco ponía mucho de su parte para integrarse con el resto del grupo.

Me propuse forzar un poco las cosas para cambiar eso. Ya pensaría en algo. Era mi deber como tutora.

Al llegar la hora del recreo, mi estómago reclamaba como siempre atención y salí como una flecha en dirección a nuestra cafetería de siempre. Las chicas habían sido más rápidas que yo y ya habían ocupado una mesa. ¿Cómo diablos lo hacían?

–Hola– digo suspirando un tanto cansada y dejándome caer en la silla. – ¿Habéis pedido ya?– Solo teníamos 30 minutos para un café expreso y una tostada y si nos demorábamos un poco el desayuno podía resultar realmente estresante.

–Sí, tranquila, Lara Croft– respondieron a dúo Lidia y Patri.

No me molesté ni en protestar y simplemente levanté las manos pidiendo tiempo muerto. Pareció surtir efecto. Eso y que ya no se les ocurría ninguna broma nueva.

Rocío estaba ensimismada hojeando un catálogo de muestras.

–¿Qué estás mirando, Rocío?– pregunté intrigada.

–Mi niña me ha pedido que me encargue de algunos detalles de la decoración del salón de bodas.

Llamarle salón era quedarse cortos. La boda se celebraría en una bonita mansión de estilo inglés situada en una de las zonas más pudientes y con clase de la ciudad. Se alquilaba para grandes eventos como bodas, congresos y conferencias. Todas nos moríamos de curiosidad por descubrirla por dentro. La recepción y el banquete se celebrarían, si el tiempo lo permitía, en el precioso y extenso jardín que rodeaba la suntuosa propiedad y luego la fiesta seguiría en el salón principal de la casa. El padre de la novia había insistido en correr con los gastos de la boda y desde luego estaban tirando la casa por la ventana. Pero siendo coeditor de una exitosa editorial de literatura infantil se lo podía permitir.

–Tenéis que ayudarme chicas– suplicó Rocío pasándonos el catálogo.

Tejidos para mantelerías, diseños de sillas, vestidos para las sillas, arreglos florales para centros de mesa, cuberterías, vajillas,...

Era abrumador encargarse de todo eso y sobre todo exigía una gran responsabilidad. Rocío lo hacía encantada. ¡Qué madre no lo haría por su hija! Vimos cómo muchas páginas estaban marcadas de manera eficiente habiendo pasado ya una preselección por parte de la madre de la novia. No había duda.

Rocío tenía un gusto exquisito... y dinero para pagarlo. Los precios eran desorbitados. Pero el que quiere entrar en el juego de las bodas... Yo en cambio nunca me casaría de esa manera. Siempre me había imaginado dando el sí quiero en un entorno natural e íntimo, de manera discreta. Sólo me faltaba el novio. ¡Sigue soñando, Rebeca!

–Yo voto por los tonos pastel en melocotón– sentenció Lidia.

–¡Ni hablar del peluquín!– interrumpió Patri rápidamente. – Mi vestido es exactamente del mismo tono y color. De ninguna de las maneras me van a confundir con el mantel de la mesa. Voy a parecer la niñera de Sonrisas y lágrimas, la que confeccionaba la ropa con la tela de las cortinas.

Todas estallamos en risas y como siempre la gente nos miraba con mala cara por lo ruidosas que éramos.

–Lo mejor será que me confirméis el color de vuestros vestidos y decidimos entonces, ¿no?– propuso Rocío.

–Yo voy de violeta– informó Lidia. Desde luego era el color que más le favorecía a su bella melena morena y grandes ojos marrones.

Además, dulcificaba sus angulosas facciones.

–Mi vestido– empezó la madre de la novia es marrón chocolate. Sé que es atrevido pero lleva un ribete de pedrería exquisito. ¿Y el tuyo, Rebeca? Todas me miraban expectantes esperando mi respuesta. Habría reprimenda, fijo.

–Yo... yo todavía no tengo vestido para la boda, chicas– respondí algo apurada.

–¿¿¿Qué???– me gritaron todas a la vez.

–¿En qué estás pensando, Rebeca?– me regañaba Rocío. – Queda apenas un mes para la boda. Nena, si necesitas hacerle arreglos al vestido, no te va dar tiempo.

–Os prometo que esta semana sin falta salgo a buscarlo, ¿vale? He estado muy liada últimamente– alegué en mi defensa.

–De eso no nos cabe duda, querida.– Lidia me guiñaba un ojo con segundas intenciones. Ya me imaginaba lo que vendría a continuación.

–¿Vas a llevar a tu superman a la boda como tu acompañante?– inquirió sin disimulos Patri.

–Chicas, acabo de conocerle, por Dios. Si le invito a venir conmigo a una boda saldrá corriendo espantado y no le faltarían razones–. Mientras hablaba del tema me imaginaba a mi Iron Man de esmoquin y el pulso se me aceleró automáticamente. ¡Tenía que estar para comérselo! Sería la envidia de todas

las lagartonas que acudieran al evento. Puse los pies en la tierra. ¡¡Qué hacía yo con un hombre como ése!! Era... sencillamente demasiado sexi para mí. No lo tenía delante y aun así me costaba controlarme cuando pensaba en él de esa manera. Por otro lado, ¿cómo sería tener a semejante espécimen como pareja? ¿Cómo llevaría el hecho de saber que toda mujer con sangre en las venas perdería el aliento al entrar él en una habitación? Todas me mirarían a continuación y susurrarían entre ellas con incredulidad, asombradas y extrañadas de verme como su pareja. Resultaba tan bestialmente sexi y varonil que era fácil no sentirse a la altura ni dar la talla. En definitiva, hacía que mis inseguridades y secretos complejos crecieran y se dispararan hasta el infinito y más allá.

–Está decidido, iré con Lucas– anuncié para terminar así con mis paranoias.

–Nena, Lamento contrariarte pero Lucas acudirá con Rubén.

Ya me lo ha confirmado– señaló Rocío con algo de reparo.

Mi gran amigo no me había comentado nada al respecto. Había obviado el hecho de que Lucas tenía vida y pareja y por supuesto iría con Rubén, no conmigo. ¿Cuándo exactamente había empezado yo a sobrar?¡¡ La única que iba sin acompañante sería yo!! El novio mallorquín de Lidia vendría para esa fecha y Patri no tenía problemas para buscar a cualquier guaperas de turno de cuyo brazo recolgarse. Terminaríamos dejando una silla vacía en nuestra mesa por mi culpa. Pero estaba decidido. Iría sola. Cambié de tema hábilmente volviendo al catálogo de muestras. Durante el desayuno elegimos en grupo, en tiempo récord, todo lo que nos pidió Rocío. Resultaba increíble la conexión que había entre nosotras y cómo coincidíamos en casi todo. Nuestra compañera estaba pletórica y no era para menos. Ya faltaba muy poco para la boda.

–Mil gracias, chicas. Sabía que entre todas lo haríamos bien.

Estoy deseando que llegue el día.

–Bueno, me toca ahora a mí pedir consejo– dije mirando el reloj. Sólo quedaban cinco minutos para que terminara el recreo y volviéramos a clase. – Raúl, el nuevo compañero, quiere venirse a vivir conmigo.– Las palabras salieron de mi boca como si fueran una hiriente confesión, un peso pesado con el que llevaran cargando de manera molesta bastante tiempo. El silencio que sobrevino a dicha noticia resultó abrumador. Las bocas de las chicas se fueron abriendo y cayendo como fichas de dominó unas tras otras.

–Rebeca, ¡ cómo te cunde, chica!–. Lidia fue la primera en acertar a decir

algo. – Has pasado de la sequía al diluvio universal. It's raining men, aleluyah...– entona Lidia empezando a bailar en el sitio y sin importarle las miradas del resto de la gente.

–¡No es lo que estáis pensando, por Dios!– Intento detener sin éxito las reacciones de mis compañeras y amigas.

–Raúl no está mal, pero cuando te canses de Robocop, dame su número de teléfono– añade Patri con una irónica súplica. – Aunque... pensándolo mejor... ¡ya tengo su número! Me resultó curiosa la punzada de celos que se asomaba a la boca de mi estómago. Suspiro aguantando el chaparrón, pero sacándole la lengua antes a la mosqueperra en cuestión por su ocurrencia y esperando que deje de reírse en mi cara. ¡Amigas para esto! – Chicas, le comenté durante la guardia de recreo que necesitaba una compañera de piso para compartir gastos– empecé a explicar. – Ni en un millón de años me habría imaginado que él estuviera interesado. ¿Qué hago? Parece majo y eso pero... ¡compartir piso con un tío y además compañero de trabajo!– Necesitaba la opinión del resto porque estaba verdaderamente hecha un lío y no sabía qué pensar ni qué hacer.

–Ah, pero ¿¿Lucas no es un tío?? Y yo tanto tiempo equivocada...– exclama Lidia haciéndose la sorprendida y llevándose las manos a la cara de manera teatral.

–Ya sé lo que quieres decir, pero compartir piso con Lucas no cuenta. Es como si fuera el hermano mayor que nunca he tenido– alego en mi defensa intentando a la vez aclararme un poco.

–Ya y además es gay, ¿no?– añade Patri entrecerrando los ojos.

–Creo que lo que intentan decirte estas dos– interrumpe Rocío dándole a Patri unas palmaditas en el hombro – es que te lo estás pensando tanto porque se trata de vivir con un hombre “de verdad” y eso te pone nerviosa. ¿De qué tienes miedo exactamente?

–¿Miedo? ¿De qué? No seáis ridículas. Soy adulta y puedo convivir perfectamente con el otro sexo. – La palabra sexo fue la que me hizo despertar a la verdadera razón de mi inquietud. No me fiaba del todo de Raúl. Había algo en su mirada que me alteraba. Pero para ser honesta no me había dicho ni hecho nada para sentirme así de reacia o cautelosa.

–Pues si eso es verdad, Raúl es un buen candidato como compañero de piso. Sabes que no te fallará nunca con su parte del alquiler y además podéis compartir incluso coche para venir al trabajo.– Rocío se mostraba tan racional y práctica como siempre.

–Eso mismo fue lo que argumentó él– replicó a mi amiga.

Demasiado tiempo juntos, me susurra Miss O’Hara. En casa, en el trabajo, de día, de noche... ¡Será como un matrimonio! Sin sexo.

Lo dicho, como un matrimonio. ¿Qué harás si la cosa no funciona? ¡¡Tienes que verle todos los días!! Le tapo la boca a Escarlata y la amordazo. – Supongo que tenéis razón. Si no puedo encontrar pronto a una compañera de piso, lo más práctico sería que le diese el visto bueno a Raúl. Pero, ¿Y si luego la convivencia no es buena y no nos soportamos? No quiero tener malos rollos en el trabajo.– Al fin y al cabo era una preocupación lógica, teniendo en cuenta las circunstancias.

–Rebeca, dale tiempo al tiempo y relájate– me tranquiliza Rocío. – Llegado el caso ya veríamos la salida más diplomática posible.

Eso es lo de menos. Estás pensando en compartir piso, no en alistarte al ejército, ni en casarte por poderes, ni en...

–Vale, vale. Lo pillo.– Tanta ironía me hacía sentir un tanto estúpida por tener tantos miramientos. Lo único que faltaba es que Lidia o Patri me tachasen de mojigata de nuevo. ¿Por qué demonios tengo que darle siempre tantas vueltas a todo? ¿Me hace falta alguien (hombre o mujer) para dividir gastos? Sí. ¿Tienes más candidatas/as? No. Tema zanjado. – Chicas, lo he decidido– digo de manera triunfante poniéndome de pie. – Si de aquí a una semana no encuentro a nadie más, le diré a Raúl que me parece bien. No tiene por qué salir mal, ¿verdad? Había tomado dos decisiones en cuestión de 10 minutos: no decirle a Dan nada respecto a la boda y compartir piso con Raúl. No sabía por qué, pero de la que menos segura estaba era de la última y eso hacía que todas las alarmas se dispararan en mi subconsciente.

Volvemos al trabajo con paso rápido, empezando a sentirme mejor conmigo misma y más contenta después de haber tomado por fin una decisión. Siempre detestaba tener elucubraciones dando vueltas y más vueltas en la cabeza. Aun así, respetaría la semana de plazo antes de decirle nada a Raúl.

Cruzando los jardines delanteros del Manantial sorteamos la marabunta de alumnos que obedecen el timbre y regresan con poco ánimo a las aulas para continuar con el resto de la jornada. Casi me topo de bruces con Virginia, la alumna con cuyo padre había estado hablando por teléfono.

–¿Qué tal, Virginia? – Le saludo cogiéndola del brazo derecho y dándole un pequeño apretón. Está bastante delgada y a través de la fina tela de la blusa blanca que llevaba lo único que se palpa es hueso. Para mi sorpresa la chica se revuelve en un acto reflejo y una mueca de dolor cruza su rostro durante un

momento.

–¡Vaya, lo siento! No sabía que estabas tan dolorida. Menos mal que no te rompiste ningún hueso. Tuvo que ser una caída muy fuerte la que tuviste, ¿no?

–¿Caída?– Me mira, creo que por primera vez, a los ojos de manera directa. Su mirada revela que no sabe de lo que le estoy hablando.

–A mí siempre me han dado pánico los caballos. Soy incapaz de acercarme a uno. ¿Cuánto tiempo llevas practicando equitación?– Intentaba conocerla un poquito mejor y hacer que se sintiera más cómoda conmigo. Obviamente tenía que ser yo la que diera el primer paso.

–Yo... yo nunca he montado a caballo– contesta titubeando con un hilo de voz. – También me dan miedo–. En la comisura de su boca se adivina un amago de sonrisa que me hace pensar que he encontrado una fisura en su coraza de aislante. No estaba todo perdido. Era solo cuestión de tiempo y paciencia que la chica se fuera abriendo a los demás.

–¿Nunca? Entonces lo habré entendido mal. Creía que tu padre me había dicho que te estabas recuperando de una lesión de espalda causada por las clases de equitación.

Fue decir eso y su expresión cambió automáticamente y de manera dramática. La chispa de vida que vislumbré un instante antes quedó solapada por una sombra que veló su mirada. Sus enormes ojos oscuros se abrieron todavía más y juraría que retenían a toda costa alguna lágrima.

–¿Has... has hablado con mi padre?– El labio inferior de Virginia empezó a temblar y me percaté de que todo su cuerpo se había convertido en carne trémula. Sus dedos se enredaron y empezaron a enroscarse una y otra vez en una clara señal de nerviosismo extremo. ¡Estaba como un fl an!

–Sí. Me ha dicho que mañana empezarías con normalidad las clases de Educación Física, pero si ves que necesitas todavía unos días, con un certificado médico no habrá problemas.– Sus ojos me miraban, pero juraría que no me veían. Su mirada se había vuelto glacial, sin vida y su rostro había palidecido considerablemente. – ¿Todo bien?– le pregunto bastante extrañada. Ella asiente levemente con la cabeza a modo de respuesta y se marcha para acudir a la próxima clase. La observo subir lentamente los escasos escalones de la entrada principal. Parecía de repente tan triste, sola, frágil y aislada que evocaba la visión de una banshee irlandesa rondando por los pasillos del centro educativo. A esa chica le pasaba algo y tenía que averiguar qué era.

Cuando el despertador me arrancó cruelmente de los brazos de Morfeo la mañana del viernes, mi resfriado se había convertido oficialmente en gripe. Todavía no había salido de la cama y ya estaba tiritando de frío. Busqué el termómetro en el cajón de las medicinas que teníamos en la cocina. La mayoría de los medicamentos eran de Lucas: ansiolíticos, píldoras para la gran variedad de alergias que padecía en primavera, complejos vitamínicos (la mayoría con un componente de ginseng) Valium para los nervios ... ¡En el cajón de Lucas sólo faltaban analgésicos específicos para los dolores menstruales y píldoras anticonceptivas para ser por completo el cajón de emergencias de una chica! Mi amigo y compañero era un verdadero pastillero adicto a cualquier tipo de fármaco que prometiera aliviarle la más mínima dolencia o molestia. Después de un par de minutos, la señal acústica del termómetro desvelaba la incógnita: 38.5° de fiebre.

La cabeza me dolía bastante y la garganta, que debía estar muy inflamada, me pinchaba cada vez que tragaba saliva. Desayuné a duras penas un ibuprofeno con una manzanilla con miel. Me sentí algo mejor por un instante, pero pasados unos minutos me encontraba realmente mareada. Intenté vestirme sin éxito. Al agacharme para calzarme los zapatos, la cabeza me daba vueltas y mi cuerpo perdió el sentido del equilibrio de forma preocupante. – Ya está. Tiro la toalla– exhalo en voz alta con desesperación. No estaba en condiciones de conducir y mucho menos de trabajar. Tendría que llamar por teléfono a Jefatura de Estudios y avisar a los compañeros de guardia para que se hiciesen cargo de mis grupos. Era fácil distinguir el timbre de voz de la Rottweiler, siempre tan autoritario y cargado de seguridad.

–Buenos días, Susana. Soy Rebeca. Llamo porque no me encuentro bien y hoy no podré ir a trabajar.

–¿Rebeca? ¿Qué Rebeca?– Al escucharla preguntar eso pongo los ojos en blanco. Era muy pronto, tenía fiebre y me encontraba fatal. No estaba de humor para sus tonterías y mi paciencia para sus desprecios seguía dormida en la cama.

–Rebeca Millán, la única Rebeca de todo el claustro de 96 profesores.– Mi respuesta salió disparada como un cohete. ¡Tenía que coger el teléfono de Jefatura precisamente ella! ¡Qué demonios estaría haciendo allí en vez de estar en su despacho! Seguramente estaba mangoneando al buitre de Ricardo y de paso controlando su trabajo.

–Ah, sí. Esa Rebeca.– Arrastraba las palabras con desgana. – No te preocupes. Yo personalmente le comunico a Maite que hoy no vienes a

trabajar.– Parecía estar sonriendo y disfrutando con mi llamada.

–Sí, porque estoy enferma, que no se te olvide comentarlo...– añado adivinando su intención.

–Claro, claro. El lunes a primera hora necesito el justificante médico sobre mi mesa.– Desde luego el día que bautizamos a Susana como la Rottweiler del Manantial estuvimos sembradas. ¡Qué poco compañerismo! ¡Qué poca humanidad! ¡Qué mala “follá”!

–Tranquila. El lunes a primera hora te lo dejo en la mesa– y te lo puedes meter por ... Escarlata O'Hara se levantó en armas, dispuesta a defenderme de semejante mal bicho.

–¿Algo más? Estamos muy ocupados.– Estaba deseando librarse de mí.

–No... eso es todo.– El click que suena a continuación me indica que la muy zorra acaba de colgar. Ni un que te mejores ni ahí te pudras.

Mi cuerpo se estremece y empiezo a temblar de frío a pesar de estar seguramente ardiendo por la fiebre. Decido olvidarme de la pesadilla de vicedirectora que tengo y voy en busca de los mimos de Lucas aunque sé que estará dormido. Para mi sorpresa su cama está vacía. Seguramente había pasado la noche con Rubén. A lo largo de la semana había ido recogiendo la mayoría de sus cosas y le quedaba ya muy poco para dar el gran salto. La casa empezaba a presentar el mismo estado de desolación en el que me encontraba yo. Se veía más vacía, más triste. Al verme sola en casa y encontrarme tan mal me invadió un sabor amargo de melancolía. ¿Cuánto tiempo más estaría así? Sola. Nadie con quien hablar, reír, compartir, discutir...

Nadie. Me abrazo en un intento de consolarme a mí misma y abandonar el penoso sentimiento de autocompasión, que no hace sino hundirme aún más en mi estúpida miseria. Me meto en la cama, bata incluida, intentando entrar en calor y sacudirme los escalofríos de encima. Cuando abro los ojos de nuevo compruebo la hora que es en el móvil que descansa en la mesita de noche. ¡¡Eran la 16:00 de la tarde!! El aturdimiento febril me había hecho dormir toda la mañana y olvidarme del almuerzo y del resto del mundo. Además tenía dos whatsapps sin leer.

Silvia ► *Hermanita, tengo noticias. Voy para allá.*

Dan ► *¿A qué hora quedamos esta noche, preciosa?*

¡¡Dios!! Estaba demasiado aturdida todavía por el sueño y la fiebre y mi mente no reaccionaba a la velocidad que exigían las circunstancias. Vamos por orden Rebeca, pienso sacudiendo un poco la cabeza. ¿Mi hermana tenía novedades? Su mensaje no podía ser más escueto. Hacía más de una hora que

había enviado el mensaje y llegaría de un momento a otro. Debía haber hablado con Pablo por fin y obligarle a poner las cartas encima de la mesa. Pobrecilla. Esa situación de nervios en la que se encontraba Silvia no podía ser buena precisamente para los gemelos. ¿Qué pasaría ahora? ¿Se divorciarían? ¡¡Qué lástima de mis sobrinos!! Todavía no habían nacido y sus padres iban a iniciar lo que sería una separación traumática y sobre todo inesperada para todos. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que esa pareja se rompería, me habría reído a gusto y le habría dicho dos cosas: primero, que no conocía bien a Pablo y a Silvia y en segundo lugar que si había una pareja que realmente se quería, esa era la formada por mi hermana la perfecta, la triunfadora y mi cuñado el abogado pijo y petulante, pero buena gente al fin y al cabo. Para mí habían sido un referente en mi vida, un modelo a seguir. Daban esperanza a mi insulsa y aburrida vida sentimental.

Cuando me encontraba de bajón o las cosas no salían bien siempre pensaba en ellos y me autoconvencía repitiéndome No te preocupes.

Hay alguien especial también para ti ahí fuera que todavía no ha dado contigo, pero está ahí. Aparecerá cuando menos te lo esperes.

Y ahora... ¿Ahora qué? Si a ellos no les había ido bien, yo no tenía nada que hacer con Dan.

¡¡Dan!! Su mensaje llegó hacía apenas 15 minutos. Toda la semana soñando con la cita del viernes y ahora tenía que cancelarla.

Esta estúpida gripe estaba siendo de lo más inoportuna. Por una parte no tenía fuerzas para consolar a mi hermana y tratar de animarla. Por otra, Dan creería que le estaba dando largas una vez más y acabaría cansándose de esperar a que me decidiera.

Los ojos me lloran incesantemente después de estornudar y salgo de la cama en busca de pañuelos. ¡Me duele todo el cuerpo y mi cuerpo empieza a tiritar de frío. Me arropo de nuevo y le escribo a Dan un rápido mensaje explicándole las circunstancias.

Rebeca ► *No voy a poder quedar esta noche. Tengo la gripe y me encuentro fatal.* Pulso enviar con todo el dolor de mi corazón y cierro los ojos con fuerza temiendo su respuesta. No tarda en llegar.

Dan ► *Ohhhhh ¿Me estás dando largas, preciosa?* Lo sabía. Sabía que pensaría eso y no podía culparle. Había sido bastante paciente conmigo y ahora esto.

Rebeca ► *¡No! Llevo sintiéndome mal desde ayer. Si empleas tus dotes detectivescas averiguarás que hoy no he ido a trabajar. Me apetecía mucho*

verte, Dan, en serio, pero no puedo con mi cuerpo. Lo siento.

Contemplo nerviosa la pantalla del móvil, pero no recibo respuesta alguna y me doy cuenta de que ya no está en línea. ¿Ya está? ¿Pasaba de mí, así de fácil? No tengo fuerzas ni para enfadarme con él ni para enfadarme conmigo misma, así que decido esconderme del mundo dentro de mi cama y escondo la cabeza entre las sábanas como la cobarde pusilánime que soy. Al menos así me siento. Pero el mundo no me deja en paz y ha dado con mi escondite. Alguien estaba llamando a la puerta insistentemente. ¡¡Silvia!! Tenía que ser ella. Me levanto a regañadientes y me abrazo por el pasillo en un intento de controlar los temblores de frío que me recorren el cuerpo.

Al llegar por fin y abrir la puerta me encuentro con mi hermana... ¡y Pablo!

–¡Rebeca, por fin! ¿Es que no escuchabas el timbre de la puerta?– pregunta extrañada mientras me pasa revista de manera exhaustiva. – ¿Te encuentras bien? Parece que te haya regurgitado una vaca por enésima vez.

Me paso espontáneamente la mano por el pelo, como si aquello tuviera arreglo.

–Chica, tú siempre tan directa. No, no me encuentro bien. Tengo la gripe y además fiebre, así que no te acerques mucho no vaya a ser que os contagie a ti y a mis sobrinos– añadido dando un paso atrás para huir de los besitos de rigor cubriéndome la boca y la nariz. Silvia y su marido pasan al salón y esperan de pie en silencio mientras cierro la puerta.

–Hemos venido para decirte...– Silvia empieza a hablar y los dos se miran fijamente. ¡Ay, madre mía! ¡Esto va a ser horrible y muy desagradable! Y yo muriéndome a chorros...

–Chicos, ahora mismo sólo me apetece acostarme y desconectar de todo. No tengo fuerzas ni estómago para escuchar cómo vosotros...

–Rebeca, no es lo que te imaginas– interrumpe mi hermana esbozando una triunfante sonrisa de oreja a oreja. Pablo la rodea con sus brazos y la mece con ternura. Mi asombro es mayúsculo por momentos y no entiendo nada.

–Cuando tu hermana me preguntó a bocajarro si tenía una amante, no daba crédito a lo que su mente estaba maquinando– Pablo le da dos golpecitos en la cabeza con toda la sorna del mundo.

Ambos se ríen ante mi mirada perpleja.

–Chicos..., sigo aquí y a cuadros. ¿Me queréis explicar qué demonios está pasando?– El malestar físico y las ganas locas por meterme en la cama increpaban mi malhumor.

–Rebeca, Pablo no me estaba engañando con nadie. Estaba preparando una sorpresa para mí.– Más besos y carantoñas. Empezaban a hacerme sentir incómoda y empezaba a sobrar en mi propia casa.

–¿Una sorpresa?– espeto intentando así detener tanto arrebatado de muestras de amor empalagoso.

–Sí. Me llevo a tu hermana a París durante una semana. He reservado la misma suite del hotel en el que nos alojamos durante nuestra luna de miel y cenaremos en la Torre Eiffel, por supuesto.

–Por supuesto– respondo a mi cargante cuñado sin poder evitarlo.

–Pensé que nos merecíamos una escapada para nosotros solos antes de que lleguen los bebés y todo sean pañales y llantos–. Al decir esto último, mi cuñado se acerca a la barriga de Silvia, como si estuviera hablando directamente con los bebés y éstos fueran a replicarles desde el interior de su madre.

–¿A que es encantador?– dice mi hermana dando saltitos de una alegría difícil de contener. – No sé cómo no me dijiste que estaba como una cabra por imaginarme semejante locura. Sigue colado por mí y yo por él.– Vuelven los arrumacos, los piquitos y mi estupor por lo que estaba escuchando de boca de mi hermana. ¿Será posible? Ella solita se montó la película y ¿la culpa la tenía yo? Argumentaba y argumentaba su teoría y no me escuchaba. Y pensándolo mejor...

–Me alegro mucho por vosotros, chicos. Me teníais preocupada, la verdad.– Cojo a mi hermana del brazo y la aparto de Pablo.

–Silvia, ¿me acompañas un momentito a mi habitación? Necesito tu opinión sobre el vestido que llevaré en la boda de Lorena, la hija de Rocío.

–¡Ay, sí! Me encantan los vestidos de fiesta y la verdad no me fio nada de tu criterio. Vamos.– Pablo sonríe condescendiente y se pone cómodo en el sofá apoderándose del mando a distancia y haciendo zapping.

Silvia había picado fácilmente el anzuelo y me seguía por el pasillo. La conocía como si la hubiese parido yo.

–Espero que esta vez me hayas hecho caso y te hayas comprado un vestido largo y...

–No me he comprado todavía nada– le respondo poniendo los ojos en blanco.

–¿Qué estás loca? Si queda menos de...

–¿Se puede saber por qué me dices eso delante de Pablo? ¡Con la que has armado tú sola no te ha hecho falta ayuda alguna!– le reprimo pellizcándole el

brazo.

–¡Oye, que duele! Mujer, que estoy embarazada...

–Sí. Embarazada y loca de remate– afirmo soltándola por fin.

–De todas formas, ¿qué explicación te ha dado respecto a las compras de ropa nueva? Era lo que más te alarmó, si no recuerdo mal.

–Pues... No te lo vas a creer, pero se fue de compras con mamá.

–¿Qué? ¿Con mamá? ¿Se fue de compras con su suegra? ¿¿Y eso no te preocupa??– le suelto llevándome las manos a la cabeza y susurrando mis palabras por miedo a que mi cuñado me escuchara.

–Ya sabía yo que mi Pablo era incapaz de comprarse nada él solito.– Silvia no podía esconder la sonrisa de satisfacción. – Al final yo estaba en lo cierto, solo que había otra explicación.

–Ya, que tu marido es un calzonazos, niño de mamá.– Me dejo caer en el borde de la cama y empiezo a sonreír yo también. – Así que mamá estaba en el ajo. Debe haberle costado la vida no contar nada. Conociéndola...

–Lo ha hecho a las mil maravillas. Hasta me ha preparado el equipaje y me ha comprado algo de ropa nueva.

–¿El equipaje? ¿Cuándo os vais? – pregunto sorprendida por la celeridad de los acontecimientos.

–¡Mañana a primera hora!– da nuevamente saltitos de alegría haciendo la foca con las manos. – Les he destrozado la sorpresa en el último momento, pobres...

–Sí, pobres...– repito resignándome al circo montado por mi hermana. – Bueno, me alegro mucho por ti, cariño. Ya te dije que es tabais hechos el uno para el otro y que lo que te estabas imaginando no podía ser de ninguna de las maneras.– Silvia y yo nos cogemos de la manos y sonreímos como tontas.

–Sí, tenías razón. Es que el embarazo me está alterando más de lo que creía en un principio y estoy engordando...

–Pues claro que estás engordando, Silvia. ¡Estás embarazada! ¡Y además de gemelos! ¿Qué esperabas? ¿Estar tan estupenda y perfecta como siempre? Seguro que cuando des a luz a tus bebés te quedarás igual que antes o mejor.

–No hace falta que me animes, ya se ha encargado Pablo. Dice que estoy más sexi que nunca y que siempre había tenido la fantasía de...

–¡No!– grito tapándome los oídos. – Hay cosas que dos hermanas no tienen por qué compartir– espeto alarmada por lo que se avecinaba.

–Vale, vale– me tranquiliza Silvia. – Tengo la autoestima ahora mismo por las nubes, así que no te preocupes.

Ya quisiera yo decir eso en estos momentos, pero me encontraba anímicamente hundida. Entre la gripe y la desbandada de mi Iron Man... ¿¿Por qué siempre me comparaba con mi hermana?? De diez veces que lo hacía, salía perdiendo en veinte ocasiones.

Cuando la parejita perfecta se marchó, arrastré mi cuerpo tembloroso hasta la cama. Me tapé otra vez la cabeza con las sábanas y me entraron ganas de llorar. ¿Por qué me encontraba así? ¿Por qué me sentía tan sola y desvalida? Tenía una familia estupenda (con sus peros, ¿pero quién no?) y unos amigos increíbles. Pero, allí estaba yo. Enterrada en mi zulo particular, deseando desaparecer de la faz de la tierra. Preguntándome cómo me había colgado así por un hombre en tan poco tiempo. ¿Poco tiempo? Llevas suspirando por él desde principios de verano, tonta—me increpa el espíritu de Escarlata que llevaba tiempo aletargado.

En ese momento llamaron otra vez a la puerta.

Capítulo 8

Seguían llamando repetidamente a la puerta.

¿Pero es que mi hermana no tenía compasión? Había escuchado pacientemente el parloteo de la parejita sobre lo que iba a ser su segunda luna de miel durante un buen rato y tuve que estornudarles casi encima para que se dieran cuenta de que no me sostenía en pie y necesitaba acostarme. ¿Qué querrían ahora? Como sea mi cuñado para echarme algo en cara, me lo como con papas, pienso. Salgo de nuevo de la cama. Así iba a empeorar, cogiendo frío con tanto levantarme. Esta vez lo hago realmente enfadada dando zancadas airadas por el pasillo y al llegar a la puerta de la entrada la abro de golpe sin acercarme antes a la mirilla.

–Pablo, ¿qué quieres ahora...?– Mis palabras se detienen en seco, igual que mi pulso y ritmo cardíaco.

–¿Pablo? ¿Quién es Pablo? ¿Tengo que preocuparme?– Allí estaba él, en mi puerta, con un brazo extendido apoyado en la jamba y desplegando esa sonrisa letal para el género femenino.

–¿Qué haces aquí, Dan?– pregunto nerviosa creyendo por un instante estar hablando ya con una de mis alucinaciones por culpa de la fiebre.

–Teníamos una cita hoy viernes, ¿recuerdas?– responde con total naturalidad.

–Pero Dan, yo...Tengo fiebre y estoy mal, de verdad. No puedo ni vestirme para salir.– Al confesar esto mi propio reflejo en el espejo del recibidor me golpea brutalmente. ¡¡Qué pintas tengo!! Doy un respingo y me abrocho más la bata. ¡Dios! ¿Por qué no tengo ropa sexi para estar por casa? Porque eso no abriga, tonta del culo.

Me atuso el pelo intentando ponerlo en orden pero él me coge una mano y me detiene.

–Déjalo. Estás preciosa de todas maneras.

¿Todos los policías sabrán leer la mente como lo hace mi poli buenorro? Se acerca la mano a los labios y me besa la palma para continuar regalando besitos por la cara interna de la muñeca. Ese gesto hace que mi corazón se ponga de nuevo en funcionamiento y pasa de cero a mil por hora. Suelta en el suelo de la entradita una bolsa de plástico que no me había dado cuenta que

llevaba y me acerca a él agarrándome de la cintura y sujetándome con delicadeza de la nuca. Dejo de respirar y de ser persona para derretirme como la mantequilla en el microondas. Me tiene tan cerca que podríamos darnos un beso esquimal. Y cuando creo que va a besarme, su boca en el último instante se desvía y se posa sobre mi frente. El gesto me desconcierta por completo y me deja perpleja.

–Rebeca, ¡estás ardiendo!– exclama alterado y sorprendido.

¡Lo sabía! Es capaz de leer la mente y el letrero luminoso que debe circular por mi cara. ¡Dios, cómo me enciende este hombre! Sin mediar palabra cierra la puerta y me levanta en brazos con gran facilidad. Suelto un grito de sorpresa y me aferro a su cuello. ¡Qué bien huele, el puñetero! Me siento como uno de esos animales de los documentales de la tele que se siente irresistiblemente atraído por el olor de otro. ¡Menudo semental tenía yo delante!

–¿Qué haces? ¿A dónde me llevas?– pregunto esperando saber la respuesta.

–A la cama, voy a llevarte a la cama.– Su cara se muestra impasible a pesar de semejante anuncio.

¡¡¡Sí!!! ¡Respuesta acertada! Ya no puedo apreciar si mi cuerpo tiembla más por la fiebre o por lo excitada que estoy. Francamente, no me importa. ¿Qué más da? Este hombre tiene licencia para matar y para hacer conmigo lo que quiera...

–Vaya, qué dormitorio tan bonito y ordenado– dice al abrir la primera puerta que se encuentra por el pasillo.

–Sí, es bonito, pero no es el mío. Ésta es la habitación de Lucas...– suspiro entre dientes.

Mi amigo y compañero de piso era un maniático del orden (a Dios gracias). Lucas siempre se daba cuenta cuándo había entrado en su dormitorio y había estado buscando algo. Tenía libros de lectura ordenados alfabéticamente en dos estantes, por no hablar de su extensa colección de vinilos y CDs. Además tenía un gusto exquisito para la decoración. Recorrí con él durante dos semanas la mayoría de las tiendas de tejidos de Málaga en busca de unas cortinas para su habitación. A punto estuve de tirar la toalla y darle por imposible, pero al final se decantó por unos visillos beige con un salpicado de diminutos brillantes dorados. Le dije que parecía más bien el telón del escenario de una sala de fiestas o de un casino, pero a él le encantaban y se enamoró de ellas en cuanto las vio. Las combinó con una

colcha drapada marrón chocolate y un mar de cojines y almohadones dispuestos estratégicamente en función de tamaño y tonalidades de beige, azul y marrón. Sobre el cabecero de la cama hay una gran fotografía apaisada en blanco y negro de dos manos masculinas entrelazadas que pertenecen a Lucas y Rubén. Un sillón de estilo francés presidía una de las esquinas y remataba así un conjunto realmente estiloso, original y elegante.

–¿Podrías ayudarme un poco?– Entorna los ojos y su mirada gris se vuelve de acero. Sabe que le estoy desafiando de alguna manera y eso me divierte, la verdad.

–El poli eres tú. Sólo hay dos puertas más: una es el cuarto de baño y la otra mi habitación. Tampoco es tan difícil– respondo mordiéndome la lengua para no reírme, aunque sé que mis ojos no pueden ocultar la sonrisa. – ¿Es que ya no puedes más conmigo? Puedes soltarme cuando quieras...–Como diga ahora que peso demasiado, me muero de la vergüenza. Me muero, pero le ahogo primero.

–Preciosa, a estas alturas deberías saber ya que no te soltaré nunca por nada del mundo.

–¿Ah, no...?– respondo titubeando como una niña pequeña.

¿Ha dicho... nunca?

–Llevo toda la semana esperando nuestra cita de hoy viernes y ni siquiera una gripe me va a apartar de ti. Así que cuando antes te hagas a la idea, mejor.– Y dicho esto avanza unos pasos más y abre con éxito la siguiente puerta, mi habitación.

–Vaya, esta no está tan ordenada como la otra– comenta sonriendo como si me hubiera pillado in fraganti. Parecía que la que se mudaba era yo y no Lucas. Apurada paso revista al dormitorio y lo veo con otros ojos: ° Cama revuelta y sin hacer. ¡Estaba acostada intentando descansar antes de que a todo el mundo le diera hoy por venir a visitarme y sin avisar! ° Montaña de pañuelos usados sobre mesita de noche. ¡El río de mocos había que frenarlo de alguna manera! ° Folios y libros desperdigados por toda la mesa de estudio que tengo bajo la ventana. ¡Está siempre así! ¡Preparo oposiciones! ¿Para qué recoger si necesito todo el material a diario? Además, sabía dónde encontrarlo todo. Aquel aparente caos tenía orden y sentido para mí.

–Bueno, estaba acostada hasta que mi hermana y Pablo aparecieron.– Como excusa tendrá que valer porque es la única tengo.

–Todavía no me has dicho quién es Pablo, por cierto– recuerda

olvidándose del desorden de mi dormitorio y adoptando un aire marcial.

–¿Sabes que hablas como un policía? Parece que me estés interrogando.

–Será porque es lo que soy– responde de inmediato. Su mirada se clava en la mía y guardamos silencio durante unos segundos.

¿Cómo puede meterse dentro de mí solo con esos ojos? ¡Qué ojos! Dos faros grises que me hipnotizan y por los que haría lo que hiciera falta.

–Pablo es mi cuñado, tonto. El marido de mi hermana– le respondo sonriendo como una boba y sujetándome más fuerte a su cuello. Su boca también dibuja una sonrisa, una sonrisa de alivio, creo. Acto seguido y sin previo aviso me deja caer sobre la cama y grito por la sorpresa.

–¿Eres así de rudo siempre?– le pregunto a modo de queja aunque realmente me divierte.

–Creo que eso ya lo sabemos los dos, ¿no? ¡Madre mía! Me sonrojo recordando nuestro único encuentro sexual aquella noche en el Flamingo Rock. Desde luego fue algo rápido y agresivo, alimentado por una necesidad primitiva de tenernos mutuamente difícil de entender y aún más de explicar. Esa intensa corriente que nos atrae se desencadenó también en dos ocasiones más: cuando me siguió a casa desde el centro comercial y Lucas nos interrumpió en la cocina y en el Manantial, donde saqué fuerzas de donde no tenía para no acabar haciéndolo en el servicio de profesoras. Pensándolo bien, cada vez que nos encontrábamos acabábamos de la misma manera, atraídos irresistiblemente el uno por el otro, deseando urgentemente saciarnos. Pero en esta ocasión yo no estaba en plenas condiciones.

–¿Y ahora qué?– Permanezco tendida sobre la cama expectante.

–Nunca me lo pones fácil, ¿eh?– Mi Iron Man se pasa una mano por el pelo hacia atrás. Empiezo a darme cuenta que es un gesto suyo que repite a menudo cuando está tenso para calmarse o pensar antes de hablar. –Pues, está claro.– Se descalza las deportivas y se quita la chaqueta de cuero (seguro que ha venido en moto).

El corazón se me sube a la boca cuando se queda sólo con los vaqueros azules ajustados y una camiseta blanca que deja entrever la musculatura de su trabajado pecho y unos brazos poderosos que me muero por acariciar y catar otra vez. – Ahora mismo te metes en la cama.– Me aparta haciéndome rodar a un lado y abre las sábanas y la colcha para terminar embutiéndome dentro y arroparme de manera que acabo como el relleno de un perrito caliente, inmovilizada por completo en mi propia cama.

–Pero, Dan...– empiezo a quejarme deseando soltarme para poder tocarle.

Pero no hace falta que diga nada más. Él siempre parece ir un paso por delante.

–¿Has cenado?– No era precisamente lo que esperaba oír.

–¿Qué? No...

–He traído algunas cosas para hacerte un caldo caliente. Debes de tomar mucho líquido. – Vaya ahora cambiaba de profesión: de poli a médico buenorro y además sin perder el tono autoritario de quien estaba acostumbrado a ser obedecido.

–¿Y el postre?– No hay nada como la fiebre para desinhibirse por completo.

–También había pensado en eso. De postre un antitérmico será lo mejor– añade tomándome la temperatura con la palma de la mano sobre la frente. Bajo la mirada hundida por la decepción y él me levanta la barbilla sonriendo. – Preciosa, el postre eres tú. Esta noche me quedo contigo para asegurarme que estás bien– explica con una seguridad arrolladora. – Bueno, si quieres– termina suavizando el tono de voz.

–¿Estás seguro? ¿No tienes trabajo? No quiero ser una carga para ti.– Mi boca dice una cosa y mis ojos dicen otra: ¡Sí, quédate!

–Tengo libre hasta mañana. – Se inclina sobre mí y empiezo a temblar. – No eres una carga para mí, Rebeca. Más bien una tentación. No es lo que tenía en mente para nuestra cita del viernes, pero al menos voy a cumplir mi objetivo.

–¿Y cuál es si puede saberse?

–Pasar la noche contigo, preciosa.– Sonríe otra vez como sólo él sabe hacerlo y desaparece por el pasillo dejándome allí medio aprisionada en la cama, sonriendo como una boba y derritiéndome por la fiebre y por la certeza de haberme enamorado hasta las trancas de mi super poli.

Sin darme cuenta me quedo dormida durante no sé cuánto tiempo. He tenido un sueño de lo más raro. Dan y yo bailábamos en el Flamingo Rock en nuestra cita del viernes noche y empezábamos a besarnos. Cuando la cosa fue a más decidimos ir a mi casa ya que Lucas estaba trabajando. Al entrar en el apartamento nos lanzamos en brazos del otro y llegamos a mi dormitorio medio desnudos. Dan me arroja sobre la cama y se quita la camiseta blanca para liberar así ese poderoso torso cincelado en bronce. A continuación se deshace fácilmente de los vaqueros y sin ningún pudor también de unos bóxers

negros que envolvían su miembro y trasero como artículo de lujo. Allí estaba de pie, seguro de sí mismo, con la respiración agitada y mirándome con deseo. Me esfuerzo por no mirar pero la vista se me va finalmente por debajo de su cintura. Ahogo un grito de sorpresa al disfrutar con lo que veo, un espectacular y glorioso miembro enhiesto en cuyo extremo se adivina el brillo de una gota de semen. En mi vida había visto algo así de grande. ¿Todo eso para jugar yo solita? Su cuerpo empieza a cubrir el mío y mientras empieza a recorrer mi cuello con un reguero de besos noto cómo su miembro duro y húmedo tropieza con la cara interna de mis muslos. Creo que voy a derretirme antes incluso de que entre en mí.

En ese momento suena la estrepitosa melodía de su móvil y todo acaba como aquella vez en el despacho de Lucas en el Flamingo. Lo que había empezado como un sueño se torna pesadilla. Responde al teléfono y al terminar con monosílabos una escueta llamada vuelve a vestirse a toda prisa. Se me ocurre preguntarle si le llaman del trabajo y el frenético movimiento de su cuerpo al vestirse se congela una fracción de segundo para mirarme directamente a los ojos, volver a apartar la vista y responder sencillamente “No”. Se despide sin darme siquiera un beso esta vez. ¡No puede ser! ¡Otra vez no! ¡Dan! ¡Quédate! ¡No te vayas! ¡Dan!

–Rebeca, despierta. Estás soñando, preciosa.

–¿Qué? ¿Qué pasa?– pregunto aturdida al ver a Dan sentado a mi lado en la cama.

–No sé, dímelo tú. Gritabas mi nombre y no parabas de dar vueltas en la cama. No parecía un sueño muy agradable.– Guarda silencio esperando alguna explicación por mi parte y me siento de repente presionada. ¿Eran imaginaciones mías o últimamente me despertaban de mis sueños constantemente en pleno éxtasis o en plena crisis? –No... no me acuerdo de nada– respondo tímidamente retorciendo las sábanas entre las manos presa del pánico.

–¿De nada? Me llamabas a gritos.– Hace una pausa que no se ve recompensada por ninguna aclaración. – Está bien, como quieras... El caldo ya está listo. Ahora te lo traigo.

Se marcha hacia la cocina y me doy cuenta de que mi Iron Man detesta que le mientan. Tiene que venirle de oficio. Me siento culpable por no contarle el sueño pero a la vez estoy aterrada ya que vuelvo a ser consciente de lo poco que sé sobre él. Es policía y trabaja en la unidad UDYCO, tiene una hermana muy guapa (que espero por su bien que sea su hermana), una Ducati

impresionante, le gusta McIan, tiene un cuerpo de infarto (sobre todo en mis sueños) y... ¡le gusto yo! Es todo lo que te hace falta saber, tonta. Escarlata siempre empujándome al abismo. Aparece de nuevo en mi dormitorio llevando una bandeja con un tazón grande de sopa humeante. Me incorporo en la cama y él me coloca la bandeja con mucho cuidado sobre el regazo.

–¡Qué bien huele! No sabía que en la Academia de Policía os dieran clases de cocina.– Le sonrío intentando que la atmósfera gélida que nos rodea desde que desperté del sueño se evapore.

–No, las clases de cocina las imparte mi santa madre desde que tengo uso de razón. Siempre ha querido que su hijo sea autosuficiente en todo, así que desde pequeño ya empecé a hacer mis pinitos en la cocina.– Habla y habla pero no me mira a los ojos.

Además de estar buenísimo, cocina. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué más necesitas saber? La arpa sureña empezaba a resultar bastante molesta.

–Está muy rica, Dan. Muchas gracias por tomarte tantas molestias.– Sonríe pero sigue con la vista puesta en la sopa mientras yo me esfuerzo por no hacer ruido al sorber el caldo. Al acabar me retira la bandeja y yo me hundo en la cama sin saber qué hacer para que el trato vuelva a ser tan relajado y distendido como antes. Seguro que ahora se marcha. ¡Qué buena soy metiendo la pata! La gripe me tiene muy sensibilera y estoy a punto de romper a llorar cuando Dan regresa. Me mira por primera vez fijamente y sé que está analizándome.

–¿Estás bien? ¿No te ha sentado bien el caldo?– pregunta inclinando la cabeza y recordándome a un gato curioso.

–Sí, estoy bien– susurro mientras mi voz se apaga por culpa de una lágrima que empieza a recorrer mi mejilla delatándome así.

Dan sigue de pie delante de mi cama observándome y yo no tengo fuerzas ni voz para romper un silencio tan incómodo y frío.

Cuando una cree que no puede avergonzarse más en la vida, va y se supera con creces. Entonces mi Iron Man se quita la camiseta y la parte bonita de mi sueño cobra realidad cuando también se deshace de los vaqueros. ¡Sí, los bóxers son negros! Por absurdo que parezca empiezo a llorar y a reír a la vez.

–Vaya, no sabía que desnudo causaba este efecto– replica cruzando los brazos.

–Es como en mi sueño. Llevas bóxers negros.

–¿Has soñado conmigo desnudo? Esto se pone interesante...– dice mientras retira la colcha y se mete conmigo en la cama. – Ven aquí, nena.– Su voz se

torna grave pero cargada de emoción a la vez.

–¿Qué te pasa? ¿Me lo vas a contar o no?– Me retira un mechón despeinado de la cara y yo me acurruco encantada contra su pecho de acero.

¡Madre mía! ¡Qué duro está este hombre! Vaya escena. Él casi desnudo y yo con pijama hasta el cuello y muerta de frío por la fiebre a pesar del calentón del momento.

–Estaba soñando contigo y...– ¡Qué bien se le da arrancar confesiones!

–¿Y...?– Su mano empieza a recorrer mi espalda de arriba abajo por dentro del pijama y escalofríos de placer me parten en dos. Sí.

Sin duda, se le da bien.

–Pues, fue casi como la otra vez. Bueno, quiero decir como la única vez que tú y yo ...– Me estaba poniendo nerviosa. Maldita sea.

Mi cerebro nunca funciona con este hombre cerca y menos cuando me acaricia la espalda y lo tengo prácticamente desnudo contra mi cuerpo. – En el momento en el que casi empezamos..., ya sabes...

–Me escucha en silencio con los ojos bien abiertos, como un niño pequeño escuchando su cuento de buenas noches y una sonrisa maliciosa empieza a dibujarse en la comisura de su deliciosa boca. – Tu móvil esta vez no nos deja ni empezar y cuando te pregunto si es del trabajo apartas la mirada y me dices que no.– Uff, ya está, he confesado.

–¿Y?– pregunta muy intrigado.

–Pues que sé que me estás mintiendo en ese momento y me sienta muy mal. Al despertarme me he dado cuenta que no sé casi nada de ti y eso me da miedo y me hace sentir insegura. Ya te he dicho que no tengo mucha experiencia con las relaciones y las que he tenido no son memorables, ¿sabes?

–Pregunta– me dice respirando profundamente pero acercándose aún más a él. – Puedes preguntarme lo que quieras.– ¿Así, sin más? Y luego dicen que la retorcida soy yo, se lamenta Escarlata.

–La chica que estaba contigo en los grandes almacenes, ¿es tu hermana de verdad? Empieza a reírse en voz alta. – Rebeca, nos parecemos tanto...– Me da un tierno beso en la frente que se posterga algunos segundos mientras él coge aire. Me encanta su reacción a mi pregunta, pero no ha contestado...

–¿Estás casado?– Por qué habré dicho eso? Claro que no lo está, ¿verdad? Se pone tenso y diría que ha sabido reprimir un respingo por la sorpresa.

–¿Casado?– Retira un poco la cabeza para mirarme directamente a los ojos y se humedece los labios. Creo que se ha puesto nervioso. – ¿Crees que si

estuviera casado estaría aquí ahora metido en la cama contigo?

–Eh... no, claro. De todas formas tampoco estamos haciendo nada malo, ¿no?– sentencio de manera sincera sin pretender resultar irónica.

–Ni lo vamos a hacer, preciosa.– Vuelve a acariciarme el pelo y me hace sentir como una niña pequeña a la que miman. Es un gesto simple, fácil pero a la vez tan íntimo que incendia mis entrañas.

–No está en mis planes aprovecharme de una moribunda. Quiero que estés en plenas condiciones la próxima vez que... ¿cómo dijisteis? Ah, sí. Vas a necesitar estar perfectamente si quieres que siga clavándote más cuadros. Así que date la vuelta y a dormir que se va haciendo tarde y mañana tengo que madrugar bastante. A lo largo de la noche te iré comprobando la temperatura.

¿¿Qué?? ¿Cómo demonios se habrá enterado de eso? ¿Es que este hombre lo sabe todo? Empieza a resultar alarmante esta cualidad suya. Mi cara debe ser todo un poema y cuando abro la boca para preguntarle él me hace rodar sobre mí misma para que le dé la espalda y termino pegada a él como una lapa, haciendo la cuchara.

–Yo no era el único policía que había aquella noche en el Flamingo Rock– me susurra al oído con su cálido y perturbador aliento. Mi compañero estaba sentado al lado de vuestra mesa y escuchó parte de la conversación de tu grupo de amigas. Y antes de que digas nada...– ¡¡Me muero!! Lo escuchó todo. ¿Entonces él...? Intento zafarme de su abrazo y darme la vuelta para mirarle a la cara pero se adelanta como casi siempre a mis intenciones y me sujeta con fuerza.

¡Estoy tan avergonzada y enfadada!

–Tu ego de macho ibérico debe estar hinchado como una pompa– logro escupir.

–¿Qué?– Sigue sujetándome y ahora con más firmeza.

–¿Ya saben todos tus compañeros que te colocaste una medalla esa noche o esperaste al día siguiente?– Estoy furiosa y la cabeza me va a explotar por la jaqueca que la maldita gripe y este hombre me están ocasionando. Libero mi furia y frustración propinándole una patada en la espinilla con el talón y sé que hago pleno por el grito que suelta a continuación.

–¡Oye, eso ha dolido! Más me duele a mí descubrir que fui el hazmerreír de aquella noche. Seguro que hicieron hasta apuestas... Es que no aprendes nunca Rebeca, de verdad. Forcejeo de nuevo intentando soltarme

pero él es muy fuerte y yo no estoy en condiciones de librar ningún combate precisamente. No. No vayas a echarte a llorar ahora, blandengue.

Escarlata como siempre... Ya tendrás tiempo luego de buscar un agujero donde esconderte. Ahora genio y figura. Ni se te ocurra venirte abajo delante de él. Bueno, Escarlata. No lo tengo delante, lo tengo detrás...

–¿Te quieres estar quieta y escucharme de una vez? Me ha dolido la patada y lo que acabas de decir. Dios, eres una fiera y eso hace que esté aún más loco por ti.– Me abraza fuerte y me da besitos por la nuca y el cuello...

–¿¿Te estás riendo?? ¿¿Te estás riendo de mí??– le increpo apretando los dientes con la intención de darle otra coz.

–Mi compañero me lo contó aquella noche, pero después de atender el aviso por el que tuve que marcharme urgentemente y dejarte allí sola. Cariño, lo que pasó entre nosotros fue total, deliciosa y brutalmente espontáneo. Te juro que no estaba premeditado. Y por supuesto, no se lo conté a ningún compañero..., sólo a mi hermana. Al no encontrarte cuando regresé al Flamingo creía que iba a volverme loco. Se lo tenía que contar a alguien. Tienes que creerme.

¿Que tenía que creerle? ¡¡Quiero y tengo que creerle!! Estaba pasando la noche del viernes con una moribunda que le iba a contagiar la gripe y... ¡me acababa de llamar “cariño”! Ya podía entregarme a la fiebre y morir feliz. Este super hombre estaba cuidando de mí sin esperar nada a cambio. Al menos por ahora, maldita sea mi suerte.

–Deja que me dé la vuelta, ¿quieres?

–Sólo si prometes no agredirme de nuevo.

Sus brazos poco a poco dejan de sujetarme de esa manera tan férrea y la verdad es que termina desagradándome perder semejante contacto. Quedamos cara a cara y sus ojos vuelven a invadir mi interior. ¿Cómo puede clavarme la mirada de esa manera y conquistar hasta el último ápice de mi voluntad?

–Tranquilo, estás de momento a salvo, te creo.– Mis palabras van seguidas de un breve suspiro de alivio por su parte. – Para mí también fue delicioso, Dan.– Entierro la cabeza en su pecho y quiero perderme ahí para siempre mientras aspiró su embriagador aroma a hombre. ¡Dios, si lo embotellara se haría multimillonario!

–Eres muy especial para mí, Rebeca y necesito..., siento que esto puede funcionar. Ahora que todo está aclarado quiero que des canses. A dormir, preciosa.– Me besa con ternura en los labios y me vuelve a dar la vuelta para acabar de nuevo haciendo la cuchara.

No doy crédito a lo que acaba de decir mi Robocop. Además, cómo se

supone que voy a dormir si...

–Campeón, creo que llevas el fusil cargado– afirmo deleitándome casi en silencio.

–No lo dudes, nena. Lo llevo así cada vez que te tengo delante.

¿Sabes lo que me costó cachearte en el Flamingo sin meterte mano directamente?

–Va a costarme conciliar el sueño dadas las circunstancias, ¿sabes?

–Vale. Cambiemos de tema y relajémonos. Cuéntame. ¿Siempre quisiste ser profesora?– La pregunta a bocajarro me sorprende.

–¿De verdad quieres saberlo?–pregunto incrédula.

–Cariño, me interesa todo lo que tenga que ver contigo.– Mientras habla su boca se pierde en mi pelo, el aire cálido que sale de su boca al hablar abraza mis sentidos y noto cómo aspira mi aroma, al igual que hizo la noche del “incidente” mientras empezaba a cachearme.

–Bueno, prepárate, allá voy. Te advierto que como te duermas mientras te lo cuento, te ganas otra patadita.

–Eres extremadamente peligrosa, ¿lo sabías? Y yo perdiendo el tiempo con chalecos antibala...

¿Qué? El corazón se me sube a la boca. ¿Mi Iron Man con un chaleco antibalas? Cocinero, guardabosques, piloto, contratista, profe de infantil, ejecutivo, guía turístico... Miles de profesionales con su morbo, pero yo tenía que enamorarme precisamente de un policía. Papá tenía razón. ¿Acaba mi subconsciente de pensar eso? Pues sí, Rebeca. ¡Qué horror! Y cada día te pareces más a tu madre.

Ahora empatizando y compartiendo los mismos temores que habían inundado su vida a lo largo de los años.

–¿Lo tienes que llevar a menudo?– La voz se me quiebra un poco y creo que Dan se da cuenta porque me abraza más fuerte.

–Era una forma de bromear, pero de todas maneras no me gusta hablar de eso, preciosa. Venga, cuéntame, que te escucho.– Quiere cambiar de tema a toda costa y la verdad es que lo entiendo. Yo tampoco me siento cómoda con la idea de imaginármelo en peligro.

–Creo que he querido ser profesora desde que tengo uso de razón– empiezo a contar ocultando un bostezo. – ¿Tú te acuerdas de tus profesores? Seguro que guardas muchos recuerdos y momentos en la memoria. Supongo que todos lo hacemos. Yo sí, sobre todo recuerdo a aquellos que dejaron

huella en mí de alguna manera.– Otra pausa para bostezar. El sueño ataca de nuevo. – No sólo me enseñaban matemáticas, idiomas o literatura, sino que también me dieron una serie de lecciones morales y éticas que me forjaron como persona durante la adolescencia. Es una etapa crucial en la vida donde todo son temores e inseguridades. Tengo grabadas a fuego en mi memoria un sin fin de anécdotas y recuerdos de muchos de mis profesores.– Madre mía, ¡qué sueño! Menos mal que lo tengo detrás y no me está viendo.

Parezco ya el león de la Metro–Goldwin–Mayer. – Son recuerdos que atesoro con cariño y el hecho de pensar que en el futuro pueda formar parte de los recuerdos de muchas personas... Hace que me estremezca y me sienta importante en la vida. ¿Te imaginas formar parte después de toda una vida de trabajo de la adolescencia de miles de personas? ¿Saber que habrá gente que recordará tu nombre y tu persona para siempre y que con suerte lo hará esbozando una sonrisa? Es una tontería que te sonará pretenciosa, ¿verdad?– Silencio.

–¿Dan?– Al darme la vuelta muy despacio descubro a mi super poli dormido, con la boca medio abierta. No, no me molesta que haya caído. Debe estar cansado después de un largo y duro día de trabajo. Además, dijo antes que mañana tenía que madrugar. La verdad es que me siento en ese instante muy afortunada pudiendo observar a mi antojo a semejante hombre de cerca. Sonríe como una niña pequeña y traviesa que se ha quedado encerrada en una tienda de pasteles ella sola. Levanto un poco las sábanas y la colcha para admirar su cuerpo casi desnudo. La boca se me hace agua. Lo cierto era que casi no le había visto desnudo hasta esa noche. Me doy cuenta también de que todavía no he abrazado a mi antojo esa espalda, ni acariciado ni lamido esos pectorales, ni sopesado ese abultado miembro que se adivina bajo los bóxers negros de Calvin Klain. ¡Por favor, si tiene bonitos hasta los pies! ¿Qué tío tiene bonitos los pies? Mi Iron Man. Porque es mío, ¿verdad? De momento eso parece.

Me avergüenzo por ejercer de mirona pervertida y decido concentrar mi atención en su cara. Descubro un lunar cerca de la comisura. ¡Lo que daría por morderle la boca! ¡Dios! He debido ser muy mala persona en mi otra vida porque no hay derecho a tanta tortura. Suspiro profundamente con frustración y mis ojos pesan ya demasiado para continuar abiertos. La última imagen que me llevo ese día es la de los labios de mi Iron Man.

Durante la noche tengo episodios extraños. Creo tener ráfagas de sueños inconexos. Iron Man abrazándome, señales acústicas molestas que se repiten

una y otra vez aleatoriamente, frío y escalofríos, mi hermana regañándome por no tener todavía vestido para la boda de Lorena, alguien que me habla pero no le escucho, Pablo muy acaramelado con Silvia... ¿Me han dado una pastilla? ¡Estoy tan cansada y me duele tanto todo el cuerpo! Cuando despierto hay bastante luz natural. Debo haber dormido como una marmota. ¿Qué hora será? Alargo la mano y cojo el móvil de la mesita de noche. ¡¡Las 10 de la mañana!! Pero si me acosté muy pronto... Madre mía. ¡Qué sueños más raros he tenido! Y cómo no, he soñado con él una vez más. Estábamos juntos en la cama y me abrazaba... ¿¿¿Dan??? Doy un respingo y me doy la vuelta al recobrar la cordura y la memoria del día anterior. Pero él no está y tiento como una loca su lado de la cama, sin creer que haya desaparecido de nuevo. Este hombre tenía una manía recurrente con desvanecerse que resultaba ya muy irritante. Hundo la cara en las sábanas y logro adivinar su olor. Sonrío al convencerme del todo que no ha sido un sueño, que hemos pasado la noche juntos y que él me abrazaba constantemente. Pobrecillo, vaya noche le habré dado y él teniendo que madrugar esta mañana. Al levantarme me doy cuenta de que estoy bastante mejor que el día anterior, aunque todavía me duele la cabeza. Voy a la cocina a por un vaso de agua y por el camino Lucas me sorprende abriendo la puerta de su habitación.

Tiene mal aspecto y parece cansado.

–¡Hola! No sabía que hubieses vuelto anoche. Creía que te irías con Rubén después de cerrar el Flamingo.– ¿Se habrá dado cuenta de que he pasado la noche con Dan? ¿Lo habrá visto? Su detector infalible para el sexo puede estar al menos tranquilo, porque no pasó nada de nada muy a mi pesar. Sólo con pensarlo me pongo mala.

¡Qué desperdicio de noche!

–Ya... ¿por qué demonios no me dijiste que estabas tan mal y con fiebre? Fue una casualidad que viniera aquí anoche. Además, menuda impresión me llevé cuando me topé con ese morenazo medio desnudo en la cocina. ¡¡Un cuerpo como ese se avisa, nena!! Todavía no me he recuperado... esos brazos..., esa espalda..., ese paquete... ¡Yo quiero también un enfermero así!– se queja poniendo los brazos en jarras de manera algo afeminada. – En fin, ¿estás mejor, cielo? –Sí, creo que sí, pero no te equivoques que no hicimos nada, sólo dormir.– Ya sé que sonaba estúpido y olía a mentira pero la realidad era así de triste y surrealista. – Me encontraba francamente mal y Dan fue muy amable quedándose conmigo.

–Sí y tú fuiste y le devolviste la amabilidad cediéndole un hueco en tu

cama, ¿no? ¡Qué civilizados! Espero por tu bien que ocurriera algo entre los dos, preciosa— me reprende con ese tonito a medio camino hermano mayor sabelotodo y zorra depredadora.

—Lo cierto es que la noche planteó una situación extraña, pero muy dulce e íntima, a pesar de haber tenido nuestra primera pelea...— Me abrazo a mí misma recordando cómo lo hacía él.

—¿Sí? ¿Y cómo lo solucionaste?— me pregunta Lucas realmente intrigado.

—Fácil. Le di una patada y él me abrazó.— Mi compañero y amigo se dobla de la risa y parece que le vaya a dar algo.

—Chica, os habéis convertido en un matrimonio de años en tiempo récord.

—No te rías, canalla. En serio, nos hemos conocido un poquito más y no, no en el sentido en el que estás pensando. Ya habrá tiempo, ¿no? He aprendido dos cosas: una, que Dan detesta que le mientan...

—¿Y quién no?— interrumpe Lucas sin poder evitarlo.

—... y dos, que él está de verdad “interesado” por mí. Me dijo que quería que la relación funcionara.— Sigo sonriendo como una cría.

—De eso no me cabe la menor duda, cielo.

—¿Por qué lo dices?— Lucas ha conseguido intrigarme y sé que se guarda algo.

—Toma— dice extendiéndome una nota escrita a mano.

—¿Esto qué es?

—Esto, querida, son las exhaustivas instrucciones que tu Robocop me dejó al poco de llegar yo y antes de marcharse él a las 6:00 de la mañana. ¿Adónde iba tan temprano? Apuesto que los ladrones estaban todavía durmiendo a esas horas.

Hago oídos sordos a la tonta ocurrencia de Lucas y leo con detenimiento la nota de Dan.

23:00h. Hago como que no escucho a Rebeca y se queda dormida por fin. Tiene escalofríos y temblores durante casi toda la noche. 24:00h. Decido darle Paracetamol (1gr.) para bajarle la fiebre. Tiene 39'1°C y sigue temblando. Parece que desvaría. Habla en sueños. 2:00h. Todavía tiene fiebre, aunque ya le ha bajado a 38'5°C. Sigue desvariando, pero ha dejado de temblar y parece más tranquila. 3:00h. ¡Por fin ya no tiene fiebre! 6:00h. Hora de marcharme. Ha dormido el resto del tiempo bastante tranquila. Necesita descansar, ¿entendido? SI VUELVE A SUBIRLE LA FIEBRE, DALE OTRO GRAMO DE PARACETAMOL. TIENE QUE BEBER MUCHO

LÍQUIDO. QUEDA BASTANTE CALDO CASERO EN LA COCINA. QUE SE LO TOME TODO. ESTARÉ OCUPADO, PERO SI EMPEORA, LLÁMAME!!!

Dan. ¡Madre mía! Ha estado pendiente de mí... ¡toda la noche! No debe haber pegado ojo... y todo por mi culpa. Y ¿qué es eso de que hablaba en sueños? No quiero ni pensar en las barbaridades que habré dicho... Aunque peor sería que se hubiera quejado de que roncaba como un camionero, ¿no? –Chica, no veas como impone tu poli dando órdenes. Lo mismo que está escrito me lo repetió varias veces, como si yo fuera tonto. Cuando se marchó, entré a comprobar que estabas bien, pero ya no me atrevía a quedarme dormido. ¡¡Menudo sargento!! ¡Qué burro me pone!– Lucas se acalora y se da aire con las manos. – Este tiene que llevar la voz cantante en la cama también y además en plan salvaje... ¡Ay, creo que tengo fiebre! Voy a llamarle para que me meta... me ponga el termómetro.– Intenta coger mi móvil pero reacciono de inmediato y me abalanzo antes sujetándolo firmemente con ambas manos, cual hobbit en El señor de los anillos.

–¡Ni se te ocurra, Lucas! Te lo advierto...– Forcejeamos entre risas y recuerdo el punto débil de mi amigo: las cosquillas. Por fin me lo quito de encima y me sereno de nuevo.

–Tranqui... chica. Todo enterito para ti. ¡Mira que eres egoísta y agoniosa a veces!– Se levanta del suelo y como no termino de creerle, me guardo el móvil en el bolsillo de la bata. – Mándale al menos un mensaje diciéndole que estás mejor, no vaya a ser que desconfíe de mis cuidados y ordene arrestarme. Aunque, bien pensado..., no me importaría que viniera con el uniforme y me pusiera las esposas...

–¿Quieres dejarlo ya, cabra loca? Empiezas a ponerte pesadito.

Luego le mando un whatsapp, no te preocupes. No quiero molestarle más por hoy.– ¡Joder con mi amigo! Estamos tan compenetrados que tenemos los mismos gustos en cuanto a hombres (Rubén no estaba nada mal, la verdad) y además las mismas fantasías. Desde el día de la charla en el Manantial, me imaginaba a Dan con el uniforme de policía, las gafas de sol, las botas altas, la pistola, la porra...

Uff. ¡Demasiado para mí! Si llegaba el día que lo viera de esa guisa, no sabría cómo reaccionar. Me derretiría a la primera de cambio, me temblarían las piernas y me transformaría en líquido. Mejor apartar semejante imagen de mi mente. No quería tener fiebre otra vez.

–Cielo, ahora en serio. Creo que este finde doy ya el salto definitivo para siempre. Sólo me quedan por empaquetar varios libros y recoger el resto de la

ropa. El resto de la habitación la dejo como está. En casa de Rubén no cabe ni un mueble más. Pero eso sí, el cuadro de la cabecera de la cama me lo llevo.

Sonrío pero por dentro estoy aterrada. ¡Se va! Pues claro que se va, tonta. Tarde o temprano llegaría el día, ¿no? Aprieto los labios y reprimo las ganas de llorar.

–Lucas, te voy a echar tanto de menos... Estoy segura de que os va a ir muy bien, cariño– aseguro con emoción abrazando a mi amigo de toda la vida. – Pero el primer día de rebajas es nuestro, ¿entendido?– añado para restar dramatismo al momento y no resultar patética.

–Por supuesto, cielo– responde temblándole la voz. – Pero tienes que prometerme una cosa.

–Lo que quieras.

–Que vas a encontrar y pronto a alguien con quien compartir el alquiler. Más que el dinero, me preocupa que estés sola ahora.

–Hecho.– Lucas me mira incrédulo. La idea de estar sola tampoco me apasiona. Me sentiría muy extraña sin nadie con quien hablar ni compartir mis cosas. – A decir verdad... creo que ya me he decidido a aceptar la proposición de Raúl, mi nuevo compañero en el trabajo. Las chicas me animaron a intentarlo y darle una oportunidad. – Mientras hablo, en el fondo sé que no he estado segura de eso al 100% en ningún momento.

–Pues es una buena noticia. Me quedo más tranquilo, Rebeca.– Me da un beso en la mejilla.

El resto de la mañana lo pasamos en su habitación guardando los libros que quedaban por empaquetar. Antes de meterlos en cajas, los reviso uno a uno en busca de pequeños tesoros. Lucas siempre había tenido la costumbre de guardar recuerdos entre las páginas de los libros. La búsqueda pronto obtuvo su recompensa. Nos desternillamos con fotografías antiguas que ya no recordábamos y recordamos con melancolía momentos gloriosos de conciertos con el hallazgo de entradas para Red Hot Chilli Peppers, Fangoria, Lady Gaga (ese fue una verdadera pasada en Londres) o El Canto del loco.

Para gustos, colores.

Al mediodía dejo a mi amigo en paz para que descanse y se eche una buena siesta antes de volver por la noche al trabajo. Ya había incordiado a demasiada gente... Mientras me tomo un buen tazón de caldo casero que me sabe a gloria bendita, vuelvo a pensar en Dan y me pregunto qué estará haciendo ahora. Abro el whatsapp y a riesgo de ponerme pesada le escribo un mensaje de agradecimiento.

Rebeca ► *Sigo viva y creo que gracias a ti. Me siento muy culpable por la noche que te habré dado y lo cansado que tienes que estar ahora. Prometo recompensarte con creces. PD. ¿¿Cómo que hablo en sueños?? ¿Dije alguna tontería?* No hay respuesta. Debe estar de trabajo hasta arriba o no llevar el móvil encima. Paso el día como puedo, sin poder evitar mirar la pantalla del móvil una y otra vez a la espera de noticias de Dan.

Como me encuentro mejor decido ocupar la mente con los apuntes sobre la Revolución Industrial y así se me va el día más rápido.

Ya son las 22:00h y Lucas se marcha para dejar las últimas cajas en casa de Rubén y de allí una noche más al Flamingo Rock. Sigo sin noticias de mi Iron Man. ¿Estará bien? En ese momento la señal acústica de entrada de mensajes hace que me suba el corazón a la boca esperando que sea él.

Dan ► *Me alegra mucho saber que estás mejor, preciosa. Tuve que dejar el móvil apagado durante el operativo de hoy. Lo siento. Dos cosas: primero, no me cansa cuidar de ti, nena y segundo, sí, hablas en sueños, pero considero que no dijiste ninguna tontería... PD. ¿Recompensarme con creces? Ya pensaré yo en algo...* Sonrío como una idiota y me retuerzo de placer sólo con leer sus últimas palabras. Me muero por esta con él, pero estar con él de verdad... La pasada noche no contaba, aunque la verdad es que sirvió para conocernos y acercarnos mucho más. Yo me sinceré y le conté mis temores, mis sueños, por qué había querido ser siempre profesora... Y él, ... Pensándolo bien, él no me contó nada de nada.

Eso sí. Su actitud valía por mil palabras. Lo único que saqué en claro es que detestaba la mentira y que prefería dormir abrazado a una febril y parlanchina griposa que estar en ninguna otra parte. Iron Man seguía siendo un misterio para mí y su coraza iba a ser más difícil de atravesar de lo que me imaginé en un principio. Lo cierto es que Dan siempre aseguraba ir de frente, ser sincero y no mentir nunca. Por supuesto esperaba lo mismo de mí. Bueno, yo no le había mentado en nada. A veces había jugado con él porque me divertía desafiarle y otras simplemente había silenciado mis temores por vergüenza o inseguridad, no lo sabía a ciencia cierta.

Rebeca ► *Decidas lo que decidas, me parecerá bien. Te advierto que estoy muy receptiva... ¿Cuándo te pago mi deuda? PD. Así que no dije ninguna tontería... No me lo vas a contar, ¿verdad?*

Dan ► *Estoy fuera de la ciudad, preciosa. No sé cuántos días durará este operativo. Estoy deseando comprobar lo receptiva que estás... Sigue soñando conmigo. Me gusta. Ya te llamaré. PD. No, no voy a contarte nada.*

Prefiero que lo recuerdes tú y vuelvas a repetirlo estando despierta.

Se desconecta y ya no está en línea. ¿¿¿Qué??? ¿Ya te llamaré? ¿En qué momento exactamente había tomado el control de esta relación? ¿Desde el instante en el que cerraste los ojos y te vestiste con su aroma al cruzarte con él por primera vez? ¿O quizás desde que le cuentas lo que sueñas y todo lo que te pasa por la cabeza consciente e inconscientemente? Escarlata había vuelto más ácida e irónica que nunca. Me sentía totalmente expuesta y vulnerable, en situación de desventaja. ¡Pues claro que estás en desventaja! ¿Y ahora qué? Pues ahora, Escarlata, toca esperar a que él me llame. Toca pasar los días pegada al teléfono, intentar trabajar y estudiar cuando tengo la cabeza en otra parte, seguir soñando con él cada vez que cierro los ojos, imaginarme qué pasará en nuestro próximo encuentro... Había dicho que estaba fuera de la ciudad. ¿Dónde? ¿Cuánto tiempo será “unos días”? Va a costarme bastante estar sin Dan y sobre todo me va a resultar muy cruel la incertidumbre de la espera. Sí, estoy enamorada. ¡Ay Rebeca! La caída será más fuerte...

Después de amordazar a la víbora sureña, ordeno mi maletín de trabajo. Aunque me dolía ligeramente la cabeza y tenía el estómago revuelto, ya me encontraba bastante mejor y el lunes habría que recuperar el viernes pasado. Iba a estar muy ocupada esa semana.

Primero, tenía que decirle a Raúl que le aceptaba “como animal de compañía”. ¡Por dios, que salga bien y no tenga que arrepentirme! No tenía por qué instalarse esa misma semana, ¿verdad? Le llevará tiempo trasladar sus cosas. Y en segundo lugar, tenía que encontrar “el vestido”. La boda de Lorena se echaba encima y mi hermana y las chicas tenían razón. Soy un desastre. Además, tenía que seguir con el ritmo de estudio que me había impuesto si quería respetarme a mí misma. La semanita prometía, pero no me importaba. Así tenía la mente ocupada y el tiempo pasaría más rápido. Tenía que sacarme a Dan de la cabeza a toda costa para seguir con mi rutina. Esa noche al vencerme el sueño unos ojos grises me reciben y unos fuertes brazos me arrojan. Creo que te quiero, Dan. No sé si lo he dicho en voz alta o escondida en mi subconsciente. Sonrío al darme cuenta que estoy cumpliendo sus órdenes.

Capítulo 9

Primer día sin Dan.

Todavía no he salido de casa para ir a trabajar y ya he mirado el whatsapp al menos 6 veces mientras me estoy arreglando. Todo son mensajes de las chicas que siguen preguntando qué tal me encuentro y si necesito algo. Las tranquilizo comunicándoles que vuelvo al trabajo ese mismo día. Me aplico el rímel con mucho cuidado mientras mi cabeza se encuentra a la deriva. ¿Pero qué te pasa, Rebeca? ¿Cómo puedes haberte quedado así de pillada por ese hombre? Resultas patética. Si tan colgada estás, por qué no le llamas o le mandas un mensaje? Escarlata tiene que estar de broma... Antes muerta que dar el primer paso cuando él dejó muy claro que ya me llamaría. Existen varias opciones. Una, va a pasar de mí y si le llamo me hundo una vez más en el mayor de los ridículos. Dos, le he pegado la gripe y quiere pasar de mí igualmente. ¡Si ni siquiera me metió mano! Tres, está trabajando como dijo y está muy ocupado para llamarme. Además, no quiere agobiarme. Cuatro, ha resultado malherido en el operativo en el que se encuentra y por eso no puede llamarme. Cinco, ... ¡¡Basta!! Me estoy volviendo loca y sólo hace 24 horas desde que se fue. En realidad, lo que me está mortificando es la incertidumbre de no saber cuánto tiempo tendré que esperar para verle otra vez. Dios, que esté bien por lo menos.

Raúl. Tengo que concentrarme en Raúl. Espero que siga queriendo compartir piso. Si no, no sé a quién recurrir. Hoy tenemos guardia de recreo juntos, así que aprovecharé la ocasión para planteárselo.

Llego al Manantial con tiempo de sobra para pasar por Jefatura de estudios y rellenar el justificante de ausencia del pasado viernes. Ricardo está hablando por teléfono, pero se despide y cuelga en cuanto me ve.

–¡Rebeca! ¡Qué te pasó el viernes? – me abraza y me planta dos besos en los que se toma su tiempo. El buitre planea de nuevo.

–Me encontraba fatal con la gripe y no estaba en condiciones de venir a trabajar. Pero ya estoy mejor– explico apartándome sutilmente y abrazándome como siempre a mi carpeta a modo de escudo protector.

–¿Seguro? Cualquier cosa que te haga falta, no tienes más que pedírmela.– La pausa dramática que hace a continuación se me hace eterna y demasiado

incómoda. – Te hemos echado de menos.– Me frota un brazo y justo en ese momento entra en el despacho la Rottweiler. Susana se queda paralizada un segundo y la boca entreabierta desvela sorpresa. A continuación clava los ojos en Ricardo y en su brazo agarrando el mío. Él me suelta de inmediato y empiezo a sentir lástima por mi jefe de estudios. La bronca que le iba a caer luego iba a ser de órdago.

–Rebeca, ya veo que estás mejor– me dice ella cargando sus palabras de sarcasmo pero mirando a Ricardo en todo momento.

–Pues sí, la verdad es que...

–¿Y el justificante médico?– dice interrumpiéndome de manera abrupta. Ahora la puñetera sí me mira fijamente.

–¿Justificante? No... no tengo ningún justificante. Es la primera vez en dos años que faltó por enfermedad. Simplemente me quedé en casa todo el fin de semana recuperándome.– Mierda. Se lo había puesto a huevo a la Rottweiler.

–Ya deberías saber que cuando uno no acude a su puesto de trabajo tiene que justificarlo con informe médico y contigo no vamos a hacer ninguna excepción.– Esto último lo suelta como un dardo envenenado para el pobre Ricardo.

–Bueno, bueno. Pero entra dentro de la buena fe de la Directiva hacer la vista gorda por eso de ser la primera vez. Ya lo sabes para otra ocasión.

La tragedia se palpa en el aire y agradecida me retiro con el rabo entre las piernas y sin querer mirar atrás. Menos mal que la sala de profesores me depara un recibimiento más afable y normal.

Las chicas me regañan al igual que hiciera Lucas por no avisar de lo mal que me encontraba. Pero cuando les explico que tuve “atención personalizada” se relajan y empiezan las bromas. Todas, menos Rocío, que me observa en silencio para finalmente sentenciar – Ese hombre será el padre de tus hijos– me susurra al oído muy seria pero con cariño. Las demás no la han oído y yo le sonrío, pero por dentro estoy totalmente impactada por su ocurrencia.

Ya en clase me viene muy bien tener la mente ocupada y empiezo a preparar con los alumnos de mi tutoría un trabajo consistente en la exposición oral del tema que estamos tratando: la Revolución Francesa. Les doy un voto de confianza y dejo que sean ellos los que organicen los grupos de trabajo. Pero cuando terminan, observo que Virginia Podadera, la alumna con el padre super borde, se queda descolgada sin pertenecer a ningún grupo.

–Virginia, vas a sumarte al grupo de Marina y Raquel, ¿de acuerdo?– Un leve parpadeo es la respuesta que recibo. Mientras se sientan juntas para

empezar a plantear el trabajo y distribuir las tareas, me fijo en Virginia. Está muy delgada y sigue vestida con ese aura de tristeza y timidez permanentes. Raquel y Marina son precisamente su antítesis, dos chicas extrovertidas, dinámicas y alegres.

Serán una buena influencia y le resultará más fácil abrirse con ellas para acabar integrándose mejor con el resto.

Tras recordarles la fecha del examen y de la exposición oral de los grupos de trabajo, llega por fin la hora del recreo. Al tener guardia no puedo ir a desayunar con las chicas como casi todos los días, pero no puedo pasar sin mi capuchino resucitador y curalotodo.

Mientras espero que la máquina de la sala de profesores me prepare el cafelito para llevar, no puedo evitarlo y vuelvo a comprobar si hay mensajes de Dan.

Nada de nada. El alma se me va a los pies, una vez más. No creo que pueda soportarlo por mucho tiempo.

No veo a Raúl en la sala de profesores. Al salir al patio y empezar la ronda de control lo encuentro apoyado en uno de los árboles del perímetro de la cancha de fútbol viendo cómo juegan los alumnos el partido que acaba de empezar.

–Hola Rebeca. ¿Te encuentras ya mejor?– pregunta interesado y siendo amable.

–Sí, gracias. Estuve con gripe y...– el griterío provocado por las protestas al árbitro ensordecen mis palabras.

Raúl me coge del brazo para llevarme hacia otra parte del recinto donde podamos escucharnos al menos. No se me escapa el detalle de la manita en la cintura.

–Te decía que ya estoy mejor y que quería hablar contigo.

–Soy todo oídos– replica muy atento separándose de mí. Considero que todavía invade mi espacio personal, pero quizás es su costumbre y no se da cuenta.

–Verás, he estado dándole vueltas a tu propuesta y he pensado que tienes razón. Necesito compartir gastos y creo que será una buena idea compartir piso juntos.– Me mira fijamente en silencio y juraría haber visto en sus ojos un destello, como ocurre en las escenas de los dibujos animados japoneses cuando el personaje en cuestión toma una decisión crucial con determinación. Sigue callado, sin decir nada. – ¿Estás interesado todavía?–pregunto sin saber qué esperar.

–¿Interesado? ¡Por supuesto que estoy interesado!– ¿Seguimos hablando de lo mismo?

–Bien. ¿Cuándo quieres instalarte?

–Hoy mismo. ¿Puede ser?

–Sí... claro.– No me esperaba esa respuesta. – Pero no hemos hablado todavía de dinero y ni siquiera has visto el piso, Raúl– alego de forma prudente.

–Ya he visto todo lo que tenía que ver, de momento.

Madre mía. O yo soy gilipollas o ciega para no ver las señales. Este tío quiere algo de mí y no precisamente compartir alquiler.

Tendré que aprender a mantenerlo a raya. Algo me advertía desde el principio que no iba a ser tan fácil.

–No deberías dejarte llevar así por las primeras impresiones.

Si lo que ves no te gusta, puedes cambiar de opinión.–¿Acabo de decir eso? Por supuesto, él sonrío de oreja a oreja. Definitivamente, mi problema no es que esté ciega. ¡Soy gilipollas!

–¿A qué hora terminas hoy? Si quieres nos vamos ya juntos y veo qué me hace falta para esta noche al menos.– Desde luego se le ve impaciente.

–Bueno..., vale.– ¡Qué horror! Tengo la casa algo desordenada y no recuerdo ahora mismo cómo estará el cuarto de baño. Con Lucas nunca me pasaba esto. Hay que trazar el plan B.

–Lo cierto, Raúl, es que he quedado al salir y llegaré a casa más tarde.

–Ah, has quedado...– la sonrisa se va desvaneciendo poco a poco y hace que me sienta culpable de alguna manera.

–Te anoto la dirección y te espero a partir de las 19:00h. Te prepararé para entonces un juego de llaves. ¿Te parece bien?– Con ese margen de tiempo puedo dejar la casa impecable. Imagino que después tendremos que repartir tareas y todo eso. No, con Lucas no me pasaba esto.

–Perfecto, Rebeca. Como tú quieras.– Su tono se ha vuelto más frío y cortante.

Terminamos la guardia de recreo sin incidentes. De vez en cuando, le miro por el rabillo del ojo. Raúl, el pelirrojo, mi nuevo compañero de piso. ¡Mi vida está cambiando mucho y a pasos agigantados! Al terminar la jornada, no soy persona. Ha sido un día agotador. Los alumnos estaban especialmente revoltosos y me ha costado imponer el ritmo de trabajo. Al llegar a casa me dirijo a la cocina y abro el microondas esperando alguna de las sabrosas

recetas de Lucas. Pero está vacío y vuelvo a la realidad. Lucas se marchó para no volver y yo tengo que aprender a sobrevivir sin él. ¡Tampoco será tan difícil! La despensa está triste porque nadie ha hecho la compra.

Así que recurro a mi especialidad: sandwich vegetal completo con huevo cocido, una bolsa de patatas fritas, copa de tinto y pieza de fruta a punto de ponerse pocha. Al primer bocado el estómago pro testa y se retuerce. Hoy no estamos para mayonesa ni para huevo cocido, así que lo retiro en la medida de lo posible sin desmontar la compleja ingeniería de mi sandwich. Termino de comer y empiezo el zafarrancho de combate. De hecho, creo que es la primera vez que limpio yo solita la casa. Termino muy cansada y estresada pendiente del reloj, pero ha valido la pena. Lucas le encontraría faltas por doquier, pero yo estaba orgullosa del esfuerzo realizado.

Llaman al portero electrónico. Son sólo las 18:45h pero sé que es Raúl. Estaba impaciente por venir. Me pongo nerviosa. La situación va a resultarme algo rara al principio. Somos compañeros de trabajo y nos vamos a ver casi las 24 horas del día. Espero no arrepentirme de este “matrimonio de conveniencia”...

–Hola, compi, adelante. Estás en tu casa– le invito con entusiasmo para disfrazar así los nervios y la inseguridad del momento.

–Muy amable, Rebeca. – Viene arrastrando un trolley pequeño, de los que ni siquiera hay que facturar en los aviones. Lo aparca en el salón y se detiene observándolo todo con curiosidad.

–¿Qué te parece? Si no te gusta ya sabes que no estás obligado a nada, sin compromiso.

–Deja de preocuparte. Me parece perfecto, en serio. Parece bastante amplio y tiene mucha luz. ¡Qué ordenado lo tienes todo! – Si tú supieras... – ¿Puedo ver mi habitación?

–Claro. Sígueme, por aquí.

Si la situación me resultaba extraña, más raro me parecía ver a Raúl ocupando el santuario de Lucas.

–Vaya, qué bonita es. Desde luego tiene un toque femenino.

Tu anterior compañera tenía buen gusto. –No puede estar ni más equivocado ni más en lo cierto a la vez.

–Pero no me importa, es muy acogedora y elegante.

–Tenemos también plaza de garaje y piscina comunitaria. A mí me encanta la piscina en verano.

–Apuesto que a mí también– añade mirándome de arriba a abajo con sospechosa parsimonia. ¡Vaya con el pelirrojo!

–En cuanto a tu parte del alquiler...

–Hablemos de eso después. ¿Qué te parece si hoy te invito a cenar por eso de ser nuestra primera noche juntos?

–Es un detalle por tu parte, pero no hace falta que...

–Insisto, por favor. Deshago la maleta, me doy una ducha y nos vamos más tarde, ¿vale? No puedes decirme que no. Quiero agradecerte la oportunidad que me das. Conozco un italiano que te va a encantar. ¿Sí? Estaba siendo muy amable y atento. Me veo obligada a aceptar.

Le dejo a solas para que se instale y me retiro a mi habitación. No sé por qué, pero cierro la puerta. Necesito intimidad. Como tengo al menos una hora u hora y media por delante antes de la cena, me enfrasco de nuevo en la lectura sobre la Revolución Francesa. Durante el tiempo de estudio, vuelvo a mirar el móvil con desesperación varias veces, pero no hay noticias de Dan. ¿Estás bien, Iron Man? Me estoy empezando a preocupar.

Llaman dos veces a mi puerta y me sobresalto. No estoy acostumbrada a sentirme así en casa. Lucas nunca llamaba antes de entrar. Tampoco sentía la necesidad de cerrar la puerta.

–Pasa, Raúl.

Mi nuevo compañero de piso asoma la cabeza. – Siento interrumpirte, pero tenemos la reserva para las 21:45h.

–¡Ay, lo siento!– Me levanto algo apurada y recojo sólo en parte la montaña de material desplegada sobre mi mesa de estudio. – He perdido la noción del tiempo. Dame 15 minutos y estoy lista.

Me cambio de ropa y escojo mis pantalones azul marino favoritos combinándolos con una blusa plateada, taconazos y bolso a juego. Me cepillo rápidamente el pelo boca abajo para darle algo de cuerpo y volumen a la melena y me aplico brillo de labios. Mientras termino rociándome con mi perfume favorito (5th Avenue de Elizabeth Arden) , me pregunto si no me estaré arreglando demasiado...

Agoto mis 15 minutos y cuando salgo de mi habitación me encuentro a Raúl hecho un pincel de pie en el salón esperándome.

–Vaya, qué guapa estás– me adula recreándose sutilmente en el escote. Mierda. Lo sabía. No tenía que haberme arreglado tanto.

–Tú también estás muy bien.– Vale. ¡Que alguien me cosa la boca ya! Llevaba unos pantalones de pinzas gris marengo, camisa blanca y chaqueta

negra. Estaba bastante guapo, la verdad, pero los pelirrojos nunca han sido mi tipo. En especial desde que ni vivo ni duermo por culpa de un poli que pasa de mí y no me llama...

El restaurante italiano se encontraba cerca del centro de la ciudad. Resultó ser un local muy elegante y con una decoración bastante cuidada. Estaba repleto de gente a pesar de no ser fin de semana.

–Menos mal que hiciste la reserva, Raúl– comento observando la cola que se ha formado en la entrada. –¿Vienes a menudo?

–Venía.–La respuesta breve resulta enigmática.

–Entonces podrás recomendarme alguna especialidad de la casa. Te advierto que me muero de hambre.– Y era verdad. Últimamente o me encontraba desganada o tenía un agujero en el estómago.

Justo en ese momento apareció de la nada nuestro camarero.

–Buenas noches, señor. Bienvenido de nuevo. Hacía tiempo que no le veíamos. Ya empezábamos a pensar que nos había dejado por otro restaurante.– Es de mediana edad, ya entrado en los cuarenta y le sonrío nervioso a Raúl intentando hacerse el simpático.

–Por supuesto que no. Yo nunca traiciono a aquellos que me cuidan y me tratan bien.– ¿Por qué me mira a mí al decir esto último? Todavía no he tenido ni la oportunidad de meter la pata. El caso es que me hace sentir incómoda con cosas como ésta. El camarero me echa un largo vistazo como si estuviera estudiándome y dudando sobre algo.

–¿Necesitarán la carta entonces? Pues claro que la necesitábamos. Habría que echarle un vistazo, ¿no?

–No hace falta, gracias. Ya sabemos lo que queremos. Tomaremos la lasaña de la casa y tortellone caprese con peperoncino e gamberi.

¿Qué? ¿Acababa de pedir por mí? Le dije que me recomendara algo, no que me tratara como a una niña pequeña. No me lo podía creer. Me quedo callada observándole atónita y con la boca abierta.

–Todo para compartir– añade arrastrando las palabras.

¿¿Cómo?? ¡Eso sí que no! Odio compartir la comida. Se trataba de algo irracional que siempre me había superado y desataba mis más bajos instintos. En más de una ocasión Lucas y Silvia habían estado a punto de perder la mano por atacar con su tenedor mi comida. Para mí era una cuestión... territorial. Si yo no ataco tu lado de la mesa, deja en paz el mío. La comida es sagrada,

sobre todo cuando tengo un hambre atroz.

–Perfecto, señor. ¿Y para beber?– El camarero me mira con compasión, como dándome la oportunidad de decidir algo respecto a la cena.

–Una botella de Nero D'avola estará bien, gracias.

Se retira echándome una última mirada en la que interpreto “lo siento, guapa, lo he intentado”.

–Espero que no te importe que haya pedido por los dos.

–No, no, qué va...– respondo mientras por dentro estoy hirviendo. ¡¡A buenas horas!! Relájate, Rebeca. ¿Quieres? El chaval te está invitando a cenar con toda su buena intención y tú ya empiezas a ponerle pegas a todo. Además tienes tanta hambre que te comerías lo que fuera. Escarlata tenía razón. Tenía que ceder un poco y restarle importancia a aquello. Pero lo de compartir la comida me iba a costar mucho más...

–El vino te va a encantar. Es suave y afrutado. Y la pasta fresca resulta muy sabrosa con el condimento especial de cayena del chef.

–Claro, confío en ti.– ¡Qué hipócrita soy! Me estoy aguantando las ganas de decirle otra cosa. Menos mal que el camarero llega pronto con el vino. Por supuesto, remata la jugada ofreciéndole a Raúl el vino para catar y dar su aprobación. Ese ritual nunca me había gustado. Hiciera lo que hiciera una, siempre salía mal parada.

Si el vino lo pide él, el camarero le ofrece la cata al chico. Si el vino lo pido yo, el camarero le ofrece la cata al chico también. Una de dos, o los camareros carecen de una buena formación, coherencia y sentido común a la hora de servir el vino a una pareja, o resulta que las mujeres nacemos sin paladar y por lo tanto no resultamos útiles para una tarea tan importante como ésta.

–Bueno, dime. ¿Qué te ha parecido el piso? ¿Te gusta?– Intento relajarme un poco iniciando una conversación y dándole un largo trago al vino de mi copa.

–Me gusta. Me gusta mucho, Rebeca.– Otra vez ese tonito intrigante y de doble filo... – Es algo más pequeño que el que ocupaba antes, pero está muy bien situado y me encanta la terraza.– Creo que se ha dado cuenta de lo incómoda que me siento.

–¿Sabes? No me has contado nada sobre ti, Raúl. ¿Por qué necesitas compartir piso? ¿Dónde vivías antes?– La mejor defensa es siempre el ataque.

–Mi novia y yo vivíamos juntos en la zona oeste de la ciudad.

Pero discutimos y me marché.– Habla cabizbajo y parece ocultar algo.

¿Una traición? Empieza a darme algo de pena. – Llevo dos semanas ocupando una deprimente habitación de hotel cerca del Manantial. Así por lo menos ahorro en gasolina. Y claro, cuando me comentaste lo de compartir piso, pensé que era el destino.– Vale, retiro lo dicho. Como me coja ahora la mano, se la muerdo.

–Vaya, lamento que hayas discutido con tu novia y espero que lo solucionéis.

–Yo no. Las cosas no iban como quería y necesitaba un cambio de ... aires.– Intenta intimidarme con la mirada, pero se la aguanto estoicamente. ¿Qué habrá querido decir con eso de que las cosas no iban como él quería? A saber... Me empezaba a resultar algo freaky.

–Bueno, ya sabes que puedes quedarte o marcharte sin compromiso alguno. Te lo dije desde el principio y lo mantengo.– Me sonrío abiertamente a modo de respuesta. ¡Qué hipócrita soy! A veces me doy miedo. – Si me disculpas, voy al servicio antes de que sirvan la cena.– Uff, necesitaba un descanso. Una vez en el baño, vuelvo a comprobar el whatsapp. Joder, Dan. ¿Dónde estás? ¿Estás bien? Me muero de ganas por enviarle un mensaje o llamarle directamente, pero mi orgullo me lo impide. Más le vale estar bien, porque si no seré yo la que lo mate.

La cena transcurrió dentro de lo normal. Él hablándome de Natalia, su novia, mientras picoteaba mi plato con su tenedor. Yo convirtiéndome como siempre en paño de lágrimas, mi especialidad, mientras reprimía las ganas de gritarle a mi compañero para que dejase mi plato en paz. ¿¿Es que no se daba cuenta de que yo ni siquiera había probado el suyo?? Cuando regresamos a casa era bastante tarde, así que me fui directamente a la cama mientras que Raúl se quedó en el salón viendo la tele con la mirada ausente y dándole vueltas seguramente a su situación personal. Yo me dormí, como ya era costumbre, pensando en mi Iron Man y en cómo se encontraría. La espera me estaba matando.

Segundo día sin Dan.

Empiezo a no dormir bien. Me pregunto si el insomnio se debe a haber cenado tan fuerte la noche anterior, aunque en el fondo sé perfectamente la respuesta. ¡Dios, cuánto le echo de menos! Empiezo a odiarme a mí misma por sentirme así de vulnerable y dependiente. ¿Cuánto tiempo iba a sobrevivir de aquella manera? Y si después de tanta incertidumbre termino por descubrir que está pasando de mí. No estoy preparada para eso. Ya es demasiado tarde para mí ahora que... ahora que estoy estúpida, profunda y perjudicialmente

enamorada. Debería pegarme una pegatina en la frente que dijera Cuidado, carga peligrosa.

Salto de la cama y cuando estoy a punto de abrir la puerta del cuarto de baño, ésta se abre y me topo de bruces con mi nuevo compañero de piso.

–Oh, buenos días, Raúl.– Acaba de ducharse, lleva el pelo mojado y peinado hacia atrás. La vista se me va sin poder evitarlo al pecho y las caderas. Lleva puesta una toalla baja alrededor de la cintura.

–Buenos días.– Sonríe habiéndose percatado de la sorpresa que me ha causado encontrármelo medio desnudo.

–¿Has pasado buena noche?– pregunto tratando de ser una anfitriona atenta.

–Genial. La cama es enorme y muy cómoda. He dormido del tirón.– Bueno, por lo menos alguien en esta casa había descansado.

Mientras habla, se peina con los dedos hacia atrás y se le marcan los bíceps. Creo que lo está haciendo conscientemente.

–Preparo café para los dos mientras te duchas, ¿vale?

–¿Eh? Sí, claro. Gracias.– Espero que sepa defenderse con la cafetera.

Cierro la puerta y me doy cuenta por primera vez en años de que no tenemos ningún tipo de seguro que garantice la intimidad en el cuarto de baño. Sólo había vivido con Lucas y por supuesto nunca fue para nosotros algo necesario. Además, mi hipocondríaco y maniático amigo de toda la vida siempre tuvo la fobia de resbalar en la ducha y que nadie pudiera socorrerlo. Al alargar el brazo para coger el gel de baño veo que Raúl lo ha dejado abierto después de utilizarlo. Además, se trata del bueno. ¡Otra cosa que me supera y me da coraje! ¿Para qué se toman los fabricantes de cosméticos la molestia de diseñar fragancias y perfumes exclusivos para sus productos? ¿Para que luego alguien se deje el bote abierto y a hacer puñetas 20€ tirados por el desagüe de la ducha? Menos mal que ha respetado el aceite corporal y no lo ha dejado abierto también. Me pongo el albornoz y me seco bien el pelo. Cuando voy a salir por fin y sujeto el pomo de la puerta me doy cuenta de que no está cerrada por completo, solo entornada. Juraría haberlo hecho...

Un café y media hora más tarde, vamos los dos juntos en mi coche al trabajo. Hemos acordado alternar el coche cada semana.

¡Qué raro se me estaba haciendo todo! Parecíamos un matrimonio.

Enciendo la radio para sentirme más a gusto y relajada, pero resulta ser una mala idea. Mi emisora favorita se ha aliado con las fuerzas del universo

para reírse de mí. ¿Qué explicación tiene si no escuchar de nuevo a Mclan? Esta vez se trata de Miedo y la letra refleja a la perfección mi estado de ánimo y cómo me siento.

♪ *Miedo de volver a los infiernos, a tenerte que olvidar...miedo de encontrarte de repente, de no verte nunca más...* ♪ Se me hace un nudo en la garganta y con la amenaza de abrir compuertas y empezar a llorar sin control como una Magdalena, apago la radio explicando que me duele la cabeza.

Una vez ya en clase, me siento bastante mejor y la mañana pasa volando con el cerebro ocupado en mil otras cosas, afortunadamente para mi salud mental. Las chicas, cómo no, me preguntan por Dan durante el desayuno, pero cambio sutilmente de tema hablando de la boda de Lorena. ¡¡La boda!! ¡Y yo todavía sin nada que ponerme! Le mando un mensaje a Lucas pidiéndole ayuda al respecto. Le echo de menos y así mato dos pájaros de un tiro. Paso una tarde estupenda en compañía de mi mejor amigo y él me ayuda a encontrar “el vestido”. Responde como siempre al instante, a pesar de estar durmiendo después de una noche de trabajo. Lucas vivía pegado a su móvil. No como otros...

Lucas ► *Ya sabes que puedes contar conmigo, cielo. Te recojo mañana a las 19:00h. Y no te preocupes. Conozco un sitio ideal.*

Rebeca ► *Hermana pequeña agradecida ☺. Hasta mañana.*

Al terminar las clases, Raúl me espera para volver a casa. La conversación y el trato es cada vez más relajado y distendido. Preparamos la comida juntos, una ensalada de pasta fría, y después de almorzar el cansancio y la falta de sueño pueden conmigo, de manera que me retiro a mi habitación para echarme una siestecita a gusto, sin sentirme observada por Raúl en el sofá. Al despertar me siento como nueva y con las pilas cargadas. Esta vez preparo yo el café para los dos y Raúl se marcha al poco tiempo. Tiene por costumbre ir al gimnasio casi todos los días. Desde luego había tenido la oportunidad de comprobar que estaba cachas. Paso el resto de la tarde enfrascada en mi temario de oposiciones y comprobando como una obsesa compulsiva el móvil a cada rato.

Después de regresar del gimnasio, Raúl me propone salir de nuevo, pero esta vez soy más lista y me excuso diciendo que tengo que seguir estudiando.

–Sabes que te puedo ayudar con lo que tú quieras, Rebeca.

–Lo sé. Eres muy amable– le aseguro corriendo a refugiarme a mi habitación después de una frugal cena. Sólo esperaba dormir y descansar

mejor esa noche...

Tercer día sin Dan.

No se puede decir que haya dormido bien precisamente. Mi imaginación me juega una mala pasada durante la noche y empiezo a idear mil y un peligros acechando a Dan. Por si fuera poco material para mi peli de ciencia ficción, Raúl me despertó cuando ya había logrado conciliar en parte el sueño. Se le escuchaba discutir acaloradamente con alguien por teléfono. Debía ser la novia o ex novia, no me quedó claro. Al parecer todavía tenían muchas cosas que aclarar esos dos.

La mañana de trabajo en el Manantial es intensa y ajetreada, pero lo agradezco. Al llegar el recreo, vuelvo a mirar el móvil por millonésima vez. Nada. Las chicas siguen con su parloteo acelerado durante el desayuno y yo me siento ausente, como si estuviera buceando en una piscina y no oyera las voces ni los sonidos del exterior. Algo acaba haciendo click en mi interior. Se trata del mecanismo de defensa que a todos se nos activa en el cerebro cuando ya no podemos más con un momento de tensión y estrés prolongado.

El ordenador de abordo ha dicho ¡basta! Me incorporo en mi asiento y relajo hombros y cuello con suaves y discretos movimientos.

Respiro hondo, cojo el móvil y lo apago por completo. ¡¡Qué liberación!! No sé por qué no lo había hecho antes. Ya está. Así de simple.

Acababa de romper la cadena que me asfixiaba el cuello y no me dejaba seguir con mi vida. Tres días son demasiados. Oficialmente Iron Man debía estar pasando de mí y yo ya le había dedicado a su ausencia demasiado tiempo y sueño. Me sumo a la conversación de mis amigas y siento que me he quitado un lastre de encima. El lastre del miedo, la inseguridad y la autocompasión, aunque para esto último necesitaría algo más de tiempo.

Al volver a clase, los alumnos siguen preparando en grupos la exposición oral y realizando puestas en común del trabajo individual. Aprovecho para adelantar trabajo y me lanzo a corregir como una fiera, ya que invertiría la tarde en buscar “el vestido” con la inestimable ayuda de Lucas. Virginia Podadera se acerca a mi mesa. Es la primera vez que lo hace y capta toda mi atención.

–Rebeca, mis compañeras me dicen que tendríamos que quedar algunas tardes para ultimar el trabajo y asegurarnos que queda bien.

–Bueno y ¿cuál es el problema?– No veo a dónde quiere llegar.

–Verás..., en casa no me dejan salir sin permiso y...– Estaba realmente apurada y pasándolo mal.

–Pues tan sencillo como pedirlo, ¿no?

–Yo quiero obtener una buena nota, pero es que no creo que...

–Virginia, ya eres mayorcita para saber lo que tienes que hacer. Y si lo que te preocupa es tu padre, me imagino que entenderá que tengas que dedicarle tiempo a esta tarea con tus compañeras.

Una posibilidad sería quedar en tu casa, si así te sientes más segura y tranquila.

–Claro...– Vuelve a su asiento más mustia que antes. ¿Qué le ocurre a esta chica? Cuando quedan 5 minutos para que termine la clase, escribo en la pizarra mi dirección de email para resolver las dudas que los grupos de trabajo puedan tener sobre la marcha antes de la exposición final. Por fin suena el timbre y puedo marcharme a casa.

Raúl me espera puntual como siempre junto al coche en el aparcamiento de profesores. Cuando llegamos a casa y me pongo cómoda, mi compañero prepara el almuerzo para los dos. Creo que se ha percatado del cansancio que llevo acumulado por la falta de sueño y lo cierto es que necesito echarme una siesta reparadora después de comer. El pelirrojo empezaba a sumar puntos poco a poco.

Tras devorar la ensalada, el cous cous y el pollo, me retiro a mi habitación para descansar antes de mi cita con Lucas. Me tiro en plancha sobre la cama y me quedo profundamente dormida. Cuando vuelvo a abrir los ojos son las 17:45h. De no pegar ojo a marmota...

–¿Vas a salir?– me pregunta Raúl al verme retocándome los labios en el espejo del recibidor.

–Sí. He quedado con Lucas, un amigo, para buscar “el vestido”.

–¿El vestido?– Me mira sin comprender nada.

–La hija de Rocío se casa dentro de unos días y todavía no tengo nada que ponerme. Lucas tiene buena mano con la ropa y me va a ayudar.– Sigo aplicándome el brillo de labios y noto que me observa de arriba a abajo.

–La novia tiene que estar nerviosa. Te pongas lo que te pongas, eclipsarás la atención de todo hombre que tenga sangre en las venas.– El stick del brillo de labios se me cae de las manos y causo un estropicio. Sonrío como una tonta por el impacto que tiene sobre mí semejante halago.

–Vaya, gracias. Eres muy amable– contesto evitando el contacto visual.

–Rebeca, no estoy siendo amable– se me adelanta y recoge antes que yo del suelo el stick– sino sincero.– Me ofrece el brillo de labios para que lo

coja y durante un breve instante dudo en recuperarlo. Es como si temiera quedarme sin mano o brazo ante el ataque inminente de un tiburón. Hago acopio de valor, trago saliva y se lo cojo evitando tocarle los dedos.

–Yo me voy ya al gimnasio. Si quieres te acerco donde quieras.

–No hace falta, de verdad. Lucas viene a recogerme dentro de un rato. Gracias de nuevo.

–Entonces nos vemos luego, ¿no?

–Claro. Esta noche prepararé yo la cena, pero no te hagas ilusiones. Ya te irás dando cuenta de que la cocina no es lo mío.

Se marcha y al cerrar la puerta suelto el resuello que había estado aguantando. ¡¡Vaya con el zanahorio!! Últimamente parece que me desnuda sólo con la mirada... Lo mejor será que haga las paces pronto con la novia.

Lucas llega tarde y eso no es habitual en él. Caigo en la cuenta de que llevo con el móvil apagado todo el día. Quizás le ha surgido un imprevisto y me ha mandado un whatsapp. Saco el teléfono del bolso y lo enciendo. Después de unos segundos saltan avisos de un mensaje y llamadas perdidas. El mensaje es de Lucas. Se ha quedado dormido y llegará 20 minutos más tarde. Abro el menú de llamadas perdidas y mi mundo se detiene. ¡¡¡OCHO LLAMADAS PERDIDAS DE DAN!!! ¿¿Qué?? Mientras mi corazón empieza a bombear sangre de nuevo a ritmo acelerado el móvil suena y entra otra llamada suya.

¡¡Ay madre!! ¿Qué hago? ¡Cógelo ya, idiota! me increpa la zorra sureña. Pulso el icono verde para descolgar y cierro los ojos. No estoy preparada para esto.

–¿Dan? – Mierda. Me tiembla la voz.

–¡Por fin, preciosa! Llevo llamándote todo el día.

¿¿Él llevaba todo el día llamándome?? ¡¡Y yo tres días sin dormir preguntándome dónde y cómo se encontraba!!

–¿Estás bien?– pregunto apretando los dientes.

–Sí, estoy bien. ¿Y tú...?

–Genial. Adiós, Dan.– Cuelgo con rabia antes de que las lágrimas me ahoguen y me impidan hablar. El móvil vuelve a sonar y no tengo que mirar la pantalla para saber que es él. Lo vuelvo a apagar.

Necesito aire fresco para calmarme, así que salgo de casa y espero a Lucas en la puerta del portal. Sigo con la respiración acelerada, pero el aire de la calle y el ir y venir de los vecinos hace que me concentre en calmarme

para no acabar llorando. Lucas está a punto de llegar y no quiero que me vea así. Había pasado página y ya no había marcha atrás. Que me hubiese llamado a estas alturas no iba a cambiar nada. Debajo de la pesada capa de rabia podía adivinar un enorme alivio. Después de todas las barbaridades que mi mente había ideado, Iron Man se encontraba bien.

El claxon del coche de Lucas me devuelve al mundo real. Al entrar en su coqueto Mini blanco y negro me abalanzo sobre él y nos fundimos en un cariñoso y fraternal abrazo. Se le ve contento y yo me alegro mucho por él.

–¿Qué te pasa, cielo? ¿Te encuentras bien?– Los superpoderes de mi mejor amigo seguían siendo infalibles.

–Es solo que me alegro tanto de verte...– me muerdo los carrillos para no soltar ni una lágrima. Nos incorporamos al tráfico y empiezo a estar orgullosa de mí. Por el momento el tsunami estaba controlado. – ¿Cómo le va a la parejita feliz?– El resto del trayecto lo paso escuchando a Lucas quejarse por todo: lo desordenado que es Rubén, la cantidad de sal que utiliza al cocinar, *etc.*

–En definitiva, soy muy feliz– sentencia riéndose después de la retahíla de reproches “conyugales”.

–¿Y tú con tu pelirrojo?–pregunta entrecerrando los ojos mientras empieza a buscar aparcamiento.

–¡No es mi pelirrojo!– le grito reprimiendo un escalofrío por la espalda. – Y parece que poco a poco nos estamos acostumbrando uno al otro y la convivencia va resultando más natural. Ya veremos...

Sólo Lucas es capaz de leer y enviar mensajes por el móvil mientras realiza una maniobra de aparcamiento hacia atrás. Está igual de concentrado en las dos tareas. Ya se sabe, es un don femenino.

Le cojo del brazo y me dejo guiar. No tengo ni idea de adónde me lleva pero confío en él ciegamente, sobre todo en lo que a moda se refiere. Hablamos de la boda y de cómo será la celebración a la par que él sigue hipnotizado por la pantalla del móvil.

–¿Qué tal Dan?– me suelta de repente. Mis piernas se detienen en seco y me quedo pasmada por la inesperada pregunta.

–No sé, dímelo tú que fuiste el último que lo vio...

–Vale, terreno peligroso, ¿no? Parece un buen chico, se preocupa por ti y está buenísimo.

–Lucas, cielo, no sigas. No me apetece hablar de él ahora. Disfrutemos de las compras y punto, ¿quieres? Mi mejor amigo me conoce lo suficiente para

saber cuándo callar y obedecer. Llegamos por fin a Odds, cerca del gran centro comercial de la estación de tren. Se trata de una tienda de moda bastante grande dividida en dos departamentos: ropa casual y una gran sección de vestidos de fiesta y ceremonia. Lucas aplica su plan estratégico y realiza una rápida preselección de conjuntos. ¿Cómo puede separar perchas a esa velocidad y catalogar las prendas en tres grupos: sí, no y hay que verlo puesto? Son años de práctica. Me va amontonando vestidos sobre uno de los mostradores y yo voy ojeando discretamente las etiquetas. Los precios son razonables, aunque alguno se sale de mi presupuesto.

Después de aproximadamente 25 minutos, parece que estamos listos para acudir al probador. Afortunadamente es muy espacioso y cuelgo sin problemas la montaña de vestidos en los colgadores disponibles.

–Rebeca, empieza con el azul intenso, por favor. Creo que es el que te llevarás.

Le hago caso a mi gurú de la moda particular. Cuando me cierro la cremallera oculta lateral y me miro en el espejo, ¡¡no me reconozco!! Es un vestido largo ceñido a la cintura y de caída natural, con finos tirantes de brillantes y escote pronunciado. Al darme la vuelta, ahogo una exclamación de sorpresa. La espalda es abierta hasta una frontera realmente peligrosa. La chica del espejo no puedo ser yo.

Estoy elegante y brutalmente sexi a la vez. Me gusta sentirme así, para variar. Me miro y me remiro. Empiezo a sonreír sabiendo que Lucas me ha encontrado “el vestido” y además a la primera. Giro la etiqueta con miedo para ver lo que me va a costar la broma. ¡¡250€!! Este mes no comería más que macarrones con tomate, pero ese vestido tenía que ser mío. La cara de Lucas al descorrer la pesada cortina de terciopelo granate del probador me confirma que opina lo mismo que yo.

–Bueno, di algo. ¿Qué te parece?

–Chica, estás de infarto. Me estás poniendo burro, así que tú verás... ¿Hemos encontrado “el vestido”?

–Pues yo diría que sí, pero quiero seguir probándome los demás para estar segura del todo.

–Claro, cielo, para eso hemos venido– afirma volviendo de nuevo al móvil.

Me armo de paciencia y hago de modelo, aunque más bien me siento como una muñeca de recortables de papel a la que se le ponen y quitan los vestidos

rápidamente. El modelo número ocho se me resiste. Es muy entallado y el diseñador ha supuesto que la chica que lo lleve debe tener a alguien que se lo abroche por la espalda.

Resulta imposible hacerlo sola.

–Hazme el favor de subirme la cremallera, ¿quieres?– le grito a Lucas desde el interior del probador forcejeando a punto de descoyuntarme.

–Preferiría bajártela, preciosa– responde una voz grave y profunda que reconozco al instante y que me estremece de arriba a abajo. Me quedo petrificada sin moverme durante unos segundos hasta que doy un respingo y suelto un grito de sorpresa cuando Dan descorre la cortina de un tirón. Mierda. Ahí estaba yo, medio desnuda, con la retaguardia al aire y sin saber qué hacer ni qué decir. Necesitaba apoyo logístico.

–¿Y Lucas?– pregunto bajando la vista de manera cobarde al descubrir su mirada gris penetrante en el espejo.

–Está entreteniéndome al dependiente para que podamos hablar.

¡Cochino traidor! Amigos para esto...

–¿Cómo me has encontrado? ¿No me digas que la policía no tiene otra cosa mejor que hacer?– Sigo luchando con la maldita cremallera que se ha quedado atascada a media altura. Necesitaba salir de allí.

–Ha sido fácil. Simplemente hablé con tu amigo por whatsapp.– ¿Amigo? ¿Esa zorra traidora?

–¿Te ayudo con la cremallera, preciosa?– pregunta entrando conmigo en el probador y volviendo a correr la cortina. Sus manos agarran las mías a la espalda y el mero contacto con él hace que me tiemblen las piernas.

–¿Qué estás haciendo? ¡No me toques y sal del probador!– le grito realmente nerviosa y alterada. Sigo mirando al suelo evitando el contacto visual.

–Vas a escucharme quieras o no – responde agarrándome con firmeza por la cintura y girándome bruscamente hasta que acabamos cara a cara. Es inevitable mirarle a los ojos y perderse en esos lagos grises.

–¿Por qué me colgaste el teléfono?– me pregunta frunciendo el ceño con verdadera curiosidad inocente.

Me sujeta por las caderas y me estampa contra su pecho de un tirón. Pero no estoy dispuesta a claudicar tan fácilmente.

–No soy tu perrito faldero, Dan.– Al decir su nombre en voz alta, la voz me traiciona un poco. – ¡Te he dicho que me sueltes! Le empujo para separarlo

de mí, pero él me sujeta con más fuerza.

–¡Qué me sueltes!– le grito dándole golpes en el pecho.

–Como quieras, preciosa– responde retrocediendo y llevándose la mano derecha al bolsillo trasero de los vaqueros. – Tú lo has querido.

Me agarra una muñeca y escucho un click. Cuando miro hacia abajo ya es tarde. Dan me hace girar y me estampa contra el espejo del probador. Otro click y en un segundo me encuentro inmovilizada y esposada. Al parecer era nuestra postura favorita...

–Tienes que estar de broma. ¿Qué te crees que estás haciendo?

–Esposarte para poder besarte.

Levanto la vista al espejo y le miro directamente con los ojos muy abiertos.

–¿No te atreverás...?– replico alarmada resoplando, pero él sonríe desplegando así su mejor arma. Esa boca...

Me da la vuelta con rudeza para luego sujetarme la nuca con ambas manos. Se detiene un segundo, como esperando mi aprobación. No puedo aguantarle la mirada y cometo el gran error de desviar mi atención a sus labios. Esa boca... Sabe que acabo de darle la autorización que necesitaba. El beso es intenso y voraz. Me siento como un náufrago a punto de perecer por inanición al que de repente le ofrecen su plato favorito. Su boca sabe exactamente como recordaba. Su lengua pugna con la mía y yo... yo siento que pierdo la batalla. Un gemido se escapa de mi interior cuando una mano recorre mi espalda desnuda. Llevo el vestido abierto por detrás hasta... Vale, me rindo. Ya no puedo más. Las lágrimas se desbordan por mis mejillas y Dan, al darse cuenta, retrocede y las seca con los pulgares.

–¿Qué te ocurre, Rebeca?– me susurra con su boca a escasos centímetros de la mía.

–No puedo...

–¿No puedes qué?– pregunta nervioso y con expresión de miedo en la cara.

–No puedo abrazarte con las esposas– le digo al oído.

Deja escapar un suspiro de alivio que me entenece. Me da la vuelta esta vez más despacio y me libera. Me giro temblando de emoción y prácticamente salto sobre él, besándole y aferrándome a sus brazos y espalda. Es mío. Mi Iron Man está aquí ahora conmigo y se encuentra a salvo. Sigo abrazada a él besándole sin parar, como si fuera un caramelo que supiera que me iban a quitar de la boca.

¡Cuánto le había echado de menos! Tengo finalmente que respirar y calmarme o el corazón me va a estallar en mil pedazos.

–¡Tres días! ¡Tres días sin saber nada de ti! ¿Sabes lo preocupada que estaba? Me imaginaba mil cosas y una de ellas era que estabas pasando de mí.

Dan aprieta los labios y se pasa la mano por el pelo. Está nervioso. Me baja la cremallera de un tirón.

–Vístete. Estoy detrás de la cortina. Tienes dos minutos. Te vienes conmigo.

–¿Qué? ¿Nos vamos? ¿A dónde? –A demostrarte de una vez por todas que no voy a pasar nunca de ti.

Trago saliva y me meto en los vaqueros lo más rápido que puedo, teniendo en cuenta que las piernas no me obedecen y se han vuelto de gelatina. Cuando salgo del probador, Dan me coge de la mano y tira de mí. Pasamos a toda velocidad por delante de Lucas y el dependiente.

–Lucas, por favor...– Levanto la mano excusándome porque Dan no se detiene.

–Tranquila, el azul, lo sé.

La Ducati negra de Dan está aparcada justo en la puerta. Coge uno de los cascos y me lo pone dándome un beso en la nariz antes de bajarme la visera. Me subo detrás y él me coloca los brazos alrededor de su cintura.

–Agárrate fuerte, preciosa. Tenemos prisa.

La moto ruge como un león cuando Dan acelera a fondo y salimos despedidos. Le agarro con más fuerza y a pesar de que nunca antes había montado, no tengo miedo. No sé a dónde vamos. Estoy con él y eso es todo lo que me importa. Cierro los ojos y me aferro a él deseando no soltarme jamás. Cruzamos la ciudad hasta llegar al centro, donde la Ducati sorteja con facilidad las estrechas calles abarrotadas de tráfico. Pasamos por detrás de la Catedral y en un giro rápido entramos en un garaje privado.

–¿Vives aquí?– pregunto sorprendida.

–Sí, en el ático. Lo heredé tras morir mi abuela materna.

Se trata de un pequeño edificio histórico rehabilitado recientemente. Entramos en el ascensor cogidos de la mano. Estoy muy nerviosa y Dan me adivina el pensamiento apretándome aún más la mano. Al llegar, abre la puerta y me coge por sorpresa en brazos.

–¿Qué haces?– río sin control por su inesperada ocurrencia.

–Meterte en mi vida, preciosa.

Sus labios encuentran los míos y lo que empieza siendo un lento y sabroso

beso se convierte en frenesí y desesperación por tenernos mutuamente. Cierra la puerta de un puntapié y yo le acaricio la nuca recorriéndole la melena corta una y otra vez. Me giro en sus brazos para rodearle la cintura con mis piernas y él me agarra del trasero. El fuego que siento en mi vértice promete incendiarlo todo.

Sigue atacando mi boca mientras avanzamos por un ático del que no veo nada en absoluto. Tengo los ojos cerrados con su sabor y olor dentro de mí. Suspiro profundamente por sentirme deliciosamente completa, como si días atrás Rebeca Millán no hubiese existido, sino un espectro que ocupaba su lugar en un limbo temporal. Aterrizamos sobre una cama grande y dura. Dan me retira el pelo de la cara con suavidad y sus ojos grises me estudian con detenimiento.

–Voy a demostrarte por qué no puedo pasar de ti.

Entierra su boca en mi cuello y empieza una sensual y lenta tortura que apenas puedo soportar. Desciende por el escote y va desabrochándome los botones dorados de la blusa que llevo. Su lengua se abre camino dentro de la copa del sujetador y con una habilidad que debería preocuparme me lo desabrocha sólo con una mano. Me encuentro desnuda de cintura para arriba, jadeante y sin palabras cuando Dan empieza a mordisquear y maltratar mis pezones. Después su lengua desciende por debajo de mi ombligo y sus manos intentan desabrocharme el vaquero. Mi cintura se arquea retorciéndose de placer al adivinar sus intenciones. Le tiro del pelo frenán dolo por un instante. Es demasiado íntimo y creo que no podré soportarlo.

–Nunca me lo pones fácil, ¿eh?– dice sonriendo y buscando algo en los bolsillos de sus pantalones.

Observo con la boca abierta y muda por la excitación cómo saca de nuevo las esposas.

–No me mires así, preciosa. Si no te estás quieta, tendré que hacer algo al respecto. ¿Confías en mí? Asiento con la cabeza demasiado apurada para articular palabra. Me levanta las muñecas por encima de la cabeza y acabo esposada a los barrotes del cabecero blanco de forja. Estoy totalmente expuesta, indefensa y muy, muy excitada.

–No te haces idea de lo sexi y maravillosa que estás ahora mismo aquí en mi cama.

Retoma la tortura desde la cintura y me saca en cuestión de segundos los vaqueros. Doy gracias al cielo por seguir depilada y llevar uno de mis tangas favoritos. Entonces mi Iron Man hace algo que me sorprende y excita

brutalmente. Entierra la nariz en mi zona íntima y aspira profundamente contagiándome a mí con el mismo instinto animal. Sacudo los brazos intentando sujetarle la cabeza, pero lo único que consigo es hacerme daño en las muñecas y encenderme más y más. Emito un gemido de súplica, pero él responde bajándome muy despacio la ropa interior. Sus manos acarician mi vértice separándolo para dejar vía libre a su boca. Esa boca... Ráfagas húmedas golpean y se arrastran por mi clítoris a un ritmo delicioso e inhumano a la vez. Mis gemidos llenan la habitación y me avergüenzan, ya que no hacen sino excitarme aún más. Me siento como una centralita eléctrica de alta tensión sobrecargada y con una de esas caricias que sólo su lengua sabe dar, mi yo interior se libera y explota desintegrándose en mil pedazos. Alcanzo el orgasmo de mi vida y doy voz al infinito placer que siento gritando su nombre varias veces.

Todavía no me he recuperado de los fuertes espasmos que sufre mi entrepierna, cuando Dan me libera de las esposas y se levanta.

Todavía está vestido, pero no por mucho tiempo. Mientras me froto las muñecas para aliviar el dolor que me han causado las esposas, él se desnuda por completo. Casi no me da tiempo a admirar a semejante hombre, porque se tumba sobre mí para saborear de nuevo mis pechos. Es una liberación poder acariciarle y abrazarle por fin.

Mientras le recorro la espalda con las uñas, él me sorprende entrando en mí con una fuerte embestida, tal y como hizo aquella noche en el Flamingo Rock. Es un animal salvaje, una fiera que una vez desatada no puede frenar hasta que consigue lo que quiere. Yo le recibo agradecida abrazándole con las piernas. Me faltan manos para abarcar semejante espalda de hierro. El ritmo se va intensificando y acelerando todavía más, cosa que me alarma porque creía que sería imposible.

–¿Estás bien, nena?– me pregunta entre jadeos al oído.

–Ni se te ocurra parar ahora, Dan – contesto clavando y arrastrándole las uñas por el océano de su espalda.

–Esa es mi chica.

La velocidad y fuerza de sus estocadas remueven todas las células nerviosas de mi cuerpo. Pierdo la noción del tiempo y el espacio. No sé qué hora es, dónde me encuentro ni cuánto tiempo se prolonga este ataque de placer salvaje. Simplemente sé que en ese momento formamos un solo ser.

–¡Grítalo otra vez, Rebeca!– exclama fuera de sí. Sé que es su manera de invitarme a alcanzar el éxtasis con él. Eso hace que la espiral se apodere de

nuevo de mis entrañas y que la catarata de placer, que corría en mi interior, vuelva a desbordarse con más intensidad y velocidad que antes. Su nombre retumba en las paredes de la habitación y noto que saltamos juntos por la cascada de placer. Me abraza fuerte al principio, para acabar acariciándome suavemente por el pecho y las caderas. Sigue dentro de mí y me encanta. Continuamos acariciándonos en silencio, recuperando la calma después de saciarnos de esa manera.

–Tengo hambre– suelto de repente sin darme cuenta.

–Yo también, nena– responde entre risas. – Te quedas a cenar y a pasar la noche. Mañana te llevo al trabajo, ¿de acuerdo?

–Pero...

–No hay pero que valga– responde tácitamente apretando sus caderas contra las mías.

–Dan, por supuesto que quiero quedarme. No es eso...– intento explicar algo apurada. ¿Tenemos que hablar de esto cuando todavía sigue dentro de mí?

– Es que...

–¿Qué?– pregunta expectante con los ojos muy abiertos.

–No me importa ir a trabajar con la misma ropa de hoy, pero la ropa interior...

Sonríe de oreja a oreja y yo me derrito por dentro. Me besa tiernamente en los labios y adivino mi propio sabor.

–Abre el primer cajón de la mesita de noche– ordena de manera enigmática mientras sale de mi interior lentamente y se tumba a un lado.

Creo que sé lo que voy a encontrar y el corazón se me acelera.

Le doy la espalda y sé que me está mirando el culo. Los dedos me tiemblan al abrir el cajón y cuando encuentro las braguitas que le metí en el bolsillo aquella vez en la cocina cuando Lucas casi nos pilla, se me hace un nudo en la garganta.

–Son mis bragas...– acierto a decir como una idiota.

–Pues claro que son tus bragas. ¿De quién iban a ser si no? Las añadí a la colada. Eso sí, te las devuelvo con una condición.

–¿Cuál?

–Si las coges tienes que dejar otras en su lugar. La idea es que acabes llenando todos los cajones– explica recorriéndome por detrás el cuello con pequeños mordisquitos y masajeándome las nalgas.

–No me das muchas opciones y sería la primera vez que voy a trabajar sin bragas– replicó haciéndome la dura y preguntándome si podría tener un tercer orgasmo tan seguido.

–No me tientes...– Me coge por sorpresa y me da un sonoro tortazo en el culo que hace que me ponga en pie de un salto. El verme allí desnuda y él contemplándome a gusto hace que me ruborice bastante. A buena hora, la mosquita muerta..., me reprende el zorrón sureño. En un acto reflejo me tapo con parte de la sábana que yace tirada en el suelo. Él sigue desnudo y no puedo evitar darme cuenta en un vistazo rápido que sigue con una escandalosa erección.

–¿Me prestas algo para ponerme cómoda?– le pido mirando al suelo e intentando devolver a mi melena su aspecto habitual.

Dan no me contesta y prolonga su silencio unos segundos, para después acercarse a mí, sujetarme el brazo y tirarme sobre la cama para hacerme cosquillas. El ataque es despiadado y río y grito como una posesa.

–¡Para, por favor!– Obedece después de varias súplicas por mi parte y me inmoviliza echándose sobre mí y subiéndome nuevamente los brazos.

–Gracias por quedarte, Rebeca.– Me mira ahora con semblante serio y me regala un beso que me eriza toda la piel. –Coge lo que quieras del armario, preciosa. Yo voy viendo qué podemos cenar.

¿Armario? ¡Hombres! Lo que a todas luces había sido antes un pequeño balcón era ahora un aprovechado vestidor donde toda la ropa se encontraba perfectamente doblada y clasificada. Los zapatos ocupaban la parte baja dispuestos en pequeñas cajas semitransparentes de tela morada. Lucas le pondría al menos un 8. Tanto orden me avergonzaba bastante, al recordar en qué condiciones había dejado mi habitación, por no hablar del interior del armario. Rápidamente encuentro camisetas y me decanto por una con el logotipo de la UMA. Sin pensarlo dos veces me pongo un pantalón corto de deporte que por supuesto me queda grande. Cuando termino, echo por primera vez un vistazo detallado al dormitorio. Los techos de todo el ático eran bastante altos, como en casi todas las casas antiguas del centro de la ciudad. El suelo de madera laminada de haya resultaba muy cálido, acogedor e invitaba a caminar descalzo. Unas largas cortinas blancas de tela vaporosa colgaban hasta el suelo, otorgando a la habitación de una envidiable luminosidad a pesar de ir escapándose ya el día y ocultando la maravillosa vista de un mar anaranjado de tejas delimitado al fondo por el cinturón de montañas que rodea y protege a la ciudad.

Salgo del dormitorio tímidamente y me encuentro a Dan preparando la cena. Me resulta más sexi aún si cabe, allí de pie en pantalón corto y camiseta y atado a un delantal con el clásico estampado de cuadros blancos y rojos. La cocina es pequeña, muy funcional y abierta a un salón bastante cómodo, minimalista y amplio. Todo está decorado siguiendo los mismos tonos claros del dormitorio. Un sofá Chester verde aceituna, a juego con la lámpara de papel que cuelga sobre la mesa del comedor, son la única excepción a la cromática nívea que domina la estancia.

–Resultas muy interesante así vestido de Master Chef– bromeo mordiéndome nerviosa la uña del pulgar.

–Lo tendré en cuenta– responde dedicándome una sonrisa que hace bullir todos los líquidos de mi cuerpo. – ¿Te gusta la ensalada César?

–Claro...– afirmo mientras me lo imagino sólo con el delantal y convertido en “porno chacha”.

–Perfecto, porque es lo que hay para cenar.– Por un segundo me mira extrañado y me sobresalto creyendo que puede intuir mis pensamientos.

En 10 minutos tiene preparada una copiosa y apetitosa ensalada.

–Sígueme, por aquí.– Salimos a la inmensa terraza que rodea casi todo el perímetro del ático. Voy cargada con una botella de Chardonnay y dos copas. Me detengo en seco impresionada por las vistas del centro de la ciudad y sobre todo por la proximidad de la torre central del reloj de la catedral.

–¡Dan, esto es precioso!

–Me maravillaba desde pequeño, cuando venía a ver a mi abuela. Creo que nunca me cansaré de las vistas– añade mirándome sólo a mí.

Está anocheciendo y las luces de la ciudad empiezan a despertar. Cenamos en una bonita mesa de bambú y cristal decorada con unos pequeños portavelas. Dan sirve el vino y levanta su copa para hacer un brindis.

–Por el comienzo de todo.

Uff... Sólo acierto a chocar mi copa y tomar un sorbo. No puedo aguantarle la mirada cuando sus ojos llaman a los míos de semejante manera y hago lo que siempre hago cuando me pongo nerviosa.

Parlotear como un loro.

–¡Qué hambre tengo! Esto tiene una pinta increíble.– Me sirvo y ataco con mi tenedor un trocito de pollo y varios picatostes.

–Bueno, ¿cómo te ha ido estos tres días?– pregunto desviando la atención.

–Bien, todo salió bien y estamos muy satisfechos con el operativo.– Él

también empieza a comer. Los ojos se me van a su boca y cómo desliza el tenedor entre los labios después de cada bocado.

¡Quién fuera tenedor!

–¿ Dónde has estado?– La ensalada me sabe a gloria.

–No puedo comentarte nada sobre eso. Está terminantemente prohibido.

–Oh– exclamo incómoda y decepcionada a la vez. ¿Tampoco podéis llamar por teléfono?– Me escudo tras la copa de vino dando esta vez un trago más generoso.

Apunto estoy de atragantarme cuando veo que Dan se levanta y se arrodilla a mi lado.

–Todavía estás enfadada, ¿verdad? Rebeca, ¿sabes por qué no te he llamado durante estos tres días?– me dice frunciendo el ceño con expresión divertida y cogiéndome una mano.

–No tienes que decírmelo, Dan. Es sólo que me ha costado la vida no llamarte ni enviarte ningún mensaje. Estaba muy preocupada y no me gusta sentirme así– confieso acariciándole la cara.

–Nena, no te he llamado porque sabía que sólo con oír tu voz y el más mínimo indicio de que me echabas de menos bastaría para saltarme el reglamento. Habría conducido durante horas simplemente para besarte de nuevo, preciosa, pero con toda seguridad habría puesto en peligro la operación.

–Dan, yo...– empiezo a titubear decidida a confesarle lo que siento por él.

–Shh..., lo sé.– Me calla a tiempo con un tierno beso que poco a poco se va volviendo más apasionado. Me sujeta de la nuca y me libera por un instante.

–¿Tienes mucha hambre?– me susurra jadeante.

–A la mierda la ensalada– respondo abalanzándome sobre él.

–Esa es mi chica– me dice ya por segunda vez ese día y llevándome en brazos de nuevo al dormitorio con una sonrisa que promete compensar con creces la interrupción de la cena.

Abro los ojos y está despuntando el alba. Dan y yo dormimos desnudos y abrazados, como si temiéramos que el otro fuera a desaparecer. Me siento... me siento como un calcetín olvidado durante años en el fondo del cajón y al que por fin emparejan, como el juguete favorito de un niño en navidad, como Caperucita deseando ser devorada por el lobo feroz eternamente... Me siento plena, llena, radiante, eufórica y completa. Me siento... feliz. Sonrío y vuelvo a dormirme.

Capítulo 10

Me despierto atormentada por una extraña sensación que me visita durante el sueño: el recuerdo del sabor amargo de los tres eternos días sin Dan. Es tal el desasosiego y la ansiedad que me invade que doy un respingo súbito volviéndome hacia el otro lado de la cama. Las sábanas están todavía calientes, pero él no está. El nerviosismo se apodera de mí y me pongo en pie para buscarle en el salón. Me doy cuenta que estoy completamente desnuda. Recupero mis “braguitas de repuesto” y me visto con la ropa del día anterior a la velocidad de la luz.

–¿Dan?– Inspecciono el salón. No hay rastro de él. Busco en la terraza, en el cuarto de baño... Nada. Estoy sola. El brote de ansiedad que anidaba al principio en el estómago empieza a subir hasta la boca. Me falta el aire y respiro hiperventilando. Estás para que te encierren, lo sabes, ¿verdad?, bromea el espíritu de Escarlata intentando calmarme. Sé que tiene razón, pero ya es tarde. Acelero el paso hasta el cuarto de baño. Me lavo la cara con agua fría para espabilarme pero no funciona. La ansiedad sigue aferrada al cuello y la garganta como una tenaza que aprieta más y más hasta que ya no lo soporto y me inclino sobre el inodoro para vomitar. Cuando termino, me cepillo los dientes como puedo con los dedos y me siento muchísimo mejor. Decido darme una ducha rápida. Ya más repuesta regreso a la terraza y el aire fresco devuelve el color a mis mejillas y respiro con normalidad. Miro el reloj. Las 7:50 de la mañana.

Tendré que marcharme pronto si no quiero llegar tarde al trabajo.

¿¿Dónde demonios se habrá metido?? Me apoyo en la baranda y observo cómo despierta la ciudad fijando mi atención en la alargada V que forma una bandada de pájaros en el horizonte. Empezaba a refrescar bastante, manifestándose así la llegada de la nueva estación.

–Buenos días, preciosa– saluda Dan inesperadamente desde la puerta de la terraza. Sujeta tres baguettes en una bolsa blanca de papel.

–¡¡Dan!!– En tres o cuatro zancadas llego hasta él y dando un salto le abrazo con todas mis fuerzas. Casi le tiro el pan al suelo.

–Nena, ¿estás bien?– me pregunta al oído.

–Ahora sí– respondo sin soltarle y abrazándole enérgicamente.

–Me desperté y no estabas.... Creía que te habías vuelto a marchar.

–Cariño, solo he ido a comprar algo de pan para el desayuno– alega en su defensa sonriendo satisfecho y acariciándome la cara.

–La próxima vez avisas, ¿vale?– Entierro la cara en su cuello y su olor me devuelve la vida.

–Pues, hablando de avisar...– dice alejándose unos milímetros de mi boca – tenemos compañía.

Escucho entonces un carraspeo nervioso a nuestras espaldas que revela el deseo de alguien por anunciar su presencia. Me quedo helada al ver allí plantada a la guapa morena que agarraba a Dan del brazo en los grandes almacenes.

–Rebeca, esta es mi hermana Mar.

–Oh...– Siempre me había dicho la verdad y la presentación me estaba haciendo sentir culpable por la desconfianza inicial. Dan me dirige una mirada en la que puedo leer con claridad ¿lo ves?

–Encantada de conocerte por fin– dice ella saludándome con dos besos. “¿Por fin?”

–Igualmente– me obligo a responder absorta en mis pensamientos.

–Me han hablado mucho de ti, ¿sabes? Vaya. Estaba en desventaja. Tiene una sonrisa espectacular que debe venir de serie en la familia, además del gris de los ojos. Es un gris más pálido, no tan intenso como el que destella en los ojos de Dan. Sin duda eran hermanos. Ella parece dos o tres años mayor que él. Se miran con complicidad, como si hubiesen estado hablando previamente de algo y yo, claro estaba, me lo había perdido.

–Me he encontrado con Dan en la panadería y me ha invitado a desayunar con vosotros. Espero que no te importe.– Estaba siendo muy amable conmigo. La verdad es que era un encanto que me había ganado ya con la primera sonrisa, igual que su hermano. Mientras Dan se ducha, Mar y yo preparamos el café, zumo de naranja y baguettes con queso y jamón. Al parecer vivía en el segundo piso del mismo edificio con su novio y acababan de ser padres hacía apenas cuatro meses. Eso explicaba qué hacían aquella tarde en los grandes almacenes en la sección de ropa de bebé.

–Mi hermana Silvia está embarazada de gemelos, pero le quedan todavía por delante cuatro o cinco meses para dar a luz– explico mientras corto el queso. – Es primeriza y está bastante nerviosa, a pesar de ser pediatra y tratar con bebés todos los días.– El olor del queso me revuelve el estómago y sé que no probaré bocado. – Como no pare de comer como lo está haciendo, se va a

poner como una mesa camilla.

–Mujer, no seas cruel...

–No, no, en serio. Sólo te repito textualmente lo que le advirtió su propio ginecólogo– aclaro para romper finalmente en risas las dos. Nos calmamos y se hace un pequeño silencio mientras servimos el zumo y los cafés en la mesa del salón.

–Rebeca, antes de que venga Dan, te quería decir que hacía mucho tiempo que no veía a mi hermano tan feliz e ilusionado, así que supongo que debo darte las gracias.– Al escucharlo, el corazón me da un vuelco y me tiembla la mano mientras le echo una cucharada de azúcar a mi café.

–Yo... todo ha ocurrido muy rápido y nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero yo también...– Me interrumpe sujetándome la mano para que deje de temblar.

–No quiero meterme en vuestra relación. Lo único que quiero es que mi hermano no vuelva a sufrir.– Me mira directamente, muy seria y con tristeza en los ojos. ¿¿A qué o quién se refería?? Una vez más me doy cuenta de que Dan sabe más sobre mí que yo sobre él, aunque con Mar estaba dando un paso de gigante.

–Yo nunca le haría daño a Dan– respondo con el corazón en la mano como si tuviera que defenderme o probar algo.

–Lo sé, no me malinterpretes por favor. Sólo te pido una cosa.

Nunca le mientas. Odia, detesta las mentiras... Es lo que más daño le hace.

–¡Qué bien huele a café!– exclama Dan apareciendo en el salón con el pelo todavía húmedo. – Sabía que tener dos mujeres en casa daría su recompensa– bromea sonriendo y dándonos a cada una un beso en agradecimiento por el desayuno. Estaba imponente con un vaquero gris ajustado y una camisa blanca entallada todavía a medio abotonar. A través de la tela se adivinaban esos pectorales que me quitaban el sueño y que horas atrás había arañado a mi antojo.

Pasa a mi lado y cierro los ojos para deleitarme con su aroma. No creo que pueda nunca llegar a acostumbrarme. Ni el champú ni el gel de ducha pueden ocultarme su olor. Debo tener un serio problema con mi instinto animal.

–Ya puedes abrirlos– me susurra al oído después de coger su taza de café expreso recién hecho.

Mierda. Me ha sorprendido y me pongo colorada como una tonta.

–¿De qué hablabais?– pregunta atacando su baguette y poniendo en marcha

su olfato policial.

–Del embarazo de gemelos de la hermana de Rebeca– responde Mar de inmediato y capto el mensaje de que nuestra conversación anterior era “privada”. – Dice que está nerviosa. Yo he tenido mucha suerte con Nico. Es un bendito. Ha dormido casi del tirón todas las noches y sólo llora para decirme que tiene hambre.

–Chicas, veo que el tema puede dar bastante de sí, pero hay que darse prisa. Tengo que llevar a Rebeca al trabajo antes de pasar por la comisaría.– Me mira de una manera que cualquiera pensaría que tiene pensado secuestrarme en lugar de llevarme al Manantial.

–Dan, en serio. No hace falta. Puedo coger un taxi. No quiero que llegues tarde por mi culpa.

–De eso nada, dije que te llevaría. Vete acostumbrando, nena.

Voy a llevarte al trabajo a menudo– asegura levantándose y robándome un sabroso y lento beso que me devuelve el apetito. Sé que Mar está delante y eso me avergüenza bastante, pero lo único que ocupa mi pensamiento en ese preciso instante es que el café está mucho más bueno de su boca. Todo sabe mejor de su boca.

–Bueno, no os entretengo más. Además, Nico ya debe haber despertado a su padre berreando por su desayuno. Sólo quería pasar a saludar. Ha sido un placer, Rebeca.– Me da dos besos.

–Lo mismo digo, Mar.– A pesar de lo intranquila que me habían dejado sus palabras, la verdad es que me caía muy bien. Estaba segura de que seríamos buenas amigas con el tiempo.

–Nos vemos en otro momento y hablamos con más tranquilidad, ¿de acuerdo?– Obviamente Dan nos interrumpió y quería decirme algo más.

–Por supuesto, cuando quieras.– Me tenía realmente intrigada.

–¿Crees que le he caído bien a tu hermana?– le pregunto nerviosa a Dan después de cerrar la puerta.

Me observa con una sonrisa burlona, como si hubiese preguntado si 1+1 eran 2.

–Por supuesto– responde ahora más serio levantándose la barbilla para fulminarme con el gris de sus ojos. – Eres dulce– suaviza y baja el tono de la voz besándome el lóbulo izquierdo – encantadora– continúa hablando haciéndome cosquillas con los labios por la mandíbula y sujetándome firmemente de la cintura con una mano– y después de diez minutos contigo cualquiera se enamoraría de ti.

Se detiene a escasos milímetro de mi boca y tengo que humedecerme los labios porque me queman al sentir los suyos tan cerca.

¿Me está diciendo que está enamorado de mí? A veces soy cortita y necesito que me digan las cosas de manera más directa. Tampoco me quiero hacer ilusiones porque puede que sea una forma de hablar y de decirme que le he resultado simpática a Mar.

Se recrea en la comisura y noto que la respiración se le acelera.

Yo en cambio me he quedado sin aliento, esperando que me bese para deleitarme de nuevo con su sabor. Aprieta sus caderas contra las mías y me recoge la melena sujetándome de la nuca. Me encanta cuando hace eso... Cierro los ojos esperando que me bese, deseando oír que me quiere.

–Nena, si te beso ahora te aseguro que no vamos a trabajar ninguno de los dos.

Sus palabras son un susurro, una pequeña corriente de aire que me está abrasando la piel. Vale. Ahora sí que me tienen que recoger con bayeta del suelo. Al escuchar su prometedora amenaza sé que no necesito más. No necesito que me diga que me quiere, sólo que me abrace, que me bese, que me haga saber que me desea. Me basta con dormir aferrada a él todos los días de mi vida. Ha sido una noche mágica en la que hemos explorado y dado rienda suelta a ese primitivo deseo que nos atrae desde que nos vimos por primera vez.

Una noche en la que me ha quedado claro al menos una cosa: voy a sufrir de nuevo. Voy a sufrir porque le necesito para vivir. Le quiero.

Me he zambullido de cabeza en una relación donde la débil y dependiente soy yo. Pero eso no tiene por qué saberlo él, ¿verdad? Por una vez, estaba de acuerdo con Escarlata. Controlar las respuestas de mi cuerpo iba a resultar mucho más difícil.

–Está visto que tengo que ser yo siempre la dura, ¿eh? Lo tengo asumido ya– le digo con aire resignado y abrazándole con todas mis fuerzas.

–Nena, yo...– ¿Empieza a temblarle la voz? Sería la primera vez que mi Iron Man muestra debilidad. Serán imaginaciones mías.

–No hace falta, Dan– le digo mirándole directamente a los ojos de manera valiente. Jugamos a un diálogo con doble sentido secreto que creo que los dos entendemos. – En serio, no hace falta que me lleves al Instituto– añado pasando de así de puntillas por ese momento tan intenso. Se pasa los dedos por el pelo y suspira intentando calmarse.

–No seas tonta. Coge tus cosas que nos vamos.

Sonrío por dentro. Sé que está nervioso e intuyo por qué. Llegamos al Manantial en 15 minutos que se me hacen cortísimos.

Hubiera permanecido abrazada a él en la Ducati toda la mañana conduciendo sin rumbo por la ciudad. Me quito el casco y nos quedamos en silencio sin saber qué decir. El acceso al Manantial está colapsado como todas las mañanas por autobuses escolares y padres que acercan en coche a sus hijos. Estamos rodeados de gente, pero, en definitiva, abducidos en nuestra burbuja especial.

–Bueno, será mejor que entre. El timbre debe haber sonado ya.– Le devuelvo el casco y él me agarra del brazo acercándome de un tirón. Me sorprende con un beso lleno de sabor, pasión, calor y...

¿miedo?

–Dan...– me aparto sin aliento. Esa mano en la nuca otra vez...

–¿Mmm?– pregunta con su boca en la mía.

–Los alumnos...

–Sí, hay muchos. Esto está lleno– dice dando su lengua una breve tregua a la mía.

–Nos están mirando...– susurro sonriendo muy avergonzada y bajando la vista.

–Oh... Perdona, no me había dado cuenta. ¿Nos vemos esta tarde? ¿Te llamo luego? Ahí estaba. Tenía miedo a la despedida, a que le dijera que no podía quedar con él o le soltara alguna excusa. Permanecía esperando una respuesta con ese aire de niño pequeño que espera impaciente un premio o recompensa.

–Más te vale llamarme de verdad esta vez, chaval. Recuerda que sé dónde vives– le contesto clavándole el índice en el pecho y sonriendo como una boba. Me sujeta el dedo y me besa la palma de la mano.

¿Cómo puede ser un beso tan simple y poderoso a la vez? Hace que se me erice la piel de todo el cuerpo y que encoja los dedos de los pies.

–Buenos días, Rebeca– escucho a coro a mis espaldas. Eran mis mosqueperras al completo saludándonos con la mano y sin detenerse.

–Buenos días, chicas– responde Dan desplegando su poderosa sonrisa en todo su esplendor y guiñándoles un ojo.

¿¿Tiene que ser tan condenadamente atractivo y seductor?? Mis amigas rejuvenecen al menos 15 años y se marchan entre risitas como pavas cuchicheando. Ya sabía cuál sería el tema del desayuno: Dan.

–Me voy antes de que seduzcas a todo el claustro femenino. A partir de

hoy tienes prohibido quitarte el casco cuando me traigas al trabajo— bromeo.

—De eso nada, capitán.— Lo de capitán me pone en guardia.

¿Conocerá a mi padre? No creo, habría huido hace tiempo...

—Ya veo que era verdad eso de que se te daba mal obedecer órdenes.

—Con el casco no podría hacer esto— explica sujetándome de nuevo de la nuca y explorando hasta el último rincón de mi boca.

Mi vida se detiene otra vez, como cada vez que me besa. ¿Qué tenía que hacer yo? ¿A dónde tenía que ir? Me condena a retirarme de su boca, pero sigo saboreando su saliva en mis labios.

—Ahora sí me voy. Que pases un buen día, preciosa. Yo haré lo que pueda.

Se pone el casco resignado y arranca la Ducati para acelerar a fondo y desaparecer de mi vista en cuestión de segundos. Está colgado por mí. Sé que lo está, me digo a mí misma respirando hondo.

¿Sí? ¿Tú crees? La que está plantada mirando la estela de humo de la moto eres tú... Ignoro las impertinentes palabras de la zorra sureña y aprieto el paso hacia el instituto.

Una vez en clase, me vuelco en la rutina, pero los labios todavía me quemán. Poco a poco vuelvo a ser dueña de mis actos. Tengo la incómoda sensación de que se me olvida algo... Reviso cómo progresa el trabajo que pedí a los chicos de mi tutoría. Son bastante disciplinados y todos están trabajando según lo indicado. Todos, menos el grupo en el que se encuentra Virginia Podadera. Sus compañeras vienen a mi mesa y se quejan de su falta de colaboración. Intento hablar con ella y averiguar cuál es el problema.

—No lo entiendo, Virginia. Me dijiste que querías obtener una buena nota— le digo apoyándome con los brazos en su mesa.

—Y así es, pero... Es que... a mi padre no le gusta que quede con compañeros mientras él está trabajando...— Le estaba costando la vida sincerarse. No paraba de retorcerse las manos mientras intentaba explicarse.

—Virginia, tienes ya 16 años y no eres una cría. Debes madurar y tu padre ha de entender que tarde o temprano tienes que funcionar y hacer cosas tú sola y por ti misma, sin su constante supervisión.

Forma parte de hacerse mayor. Demuéstrale que puede confiar en ti. No te estoy diciendo que hagas cosas a sus espaldas, pero sí que tomes las riendas de vez en cuando de tu vida. Dos años más y ya serás mayor de edad. No puedes comportarte como una niña pequeña a estas alturas. Háblalo en casa tranquilamente con él y empieza a organizarte el trabajo con tus compañeras. No está siendo justo para ellas y eso lo comprenderá tu padre.— Me escucha

con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

–Sí, no es justo para ellas. Esta tarde quedamos y empezamos.

Te lo prometo.

–Esa es la actitud. Me alegro de oírlo. Ya verás lo bien que os queda. Para cualquier duda o problema podéis enviarme un e-mail a la dirección que os proporcioné.– Vuelvo a mi mesa y observo cómo empieza a hablar con sus compañeras. Se la ve más decidida y animada, con una resolución en mente.

Llega la hora del recreo y estoy que me muero de hambre. Durante el desayuno no probé apenas bocado de la baguette y los leones volvían a pelearse en mi estómago. Busco a las chicas en la sala de profesores, pero como me he entretenido hablando con Virginia, deben de haberse marchado sin mí a la cafetería. ¡Qué estrés! Suelto los libros, cojo el bolso y al salir por la puerta tropiezo con Raúl.

–¡Hola, Raúl! Buenos días.

Joder... Acababa de darme cuenta de lo que me había olvidado.

–Buenos días– responde con un tono seco y frío. Apenas me mira a la cara y se dirige a uno de los ordenadores de la sala.

–Anoche no volví a casa a dormir porque...

–Después de recalentar la cena que preparé para los dos por cuarta vez ya me di cuenta– responde dolido maltratando el teclado con la vista clavada en el monitor. – ¿Es que no tienes móvil o qué?

–Sí pero... lo tuve apagado casi todo el día y, francamente, surgió algo y no me acordé de avisarte. Lo siento muchísimo, Raúl. Ha sido muy desconsiderado por mi parte y espero que puedas perdonarme.– Sí, había metido la pata bien hasta el fondo, pero tampoco era el fin del mundo. Se estaba haciendo de rogar.

–Espero que al menos no fuera nada grave. Llevas la misma ropa de ayer– comenta pasándome revista de arriba a abajo en un instante. El zanahorio era el único que se había dado cuenta. Claro que todavía no había hablado con las chicas. No me molestó la observación tanto como el modo en que lo dijo. Me estaba haciendo sentir culpable, como si tuviera que rendirle cuenta de mis actos.

Era como volver a vivir con mis padres y fuese una niña pequeña.

Al final, Virginia Podadera y yo teníamos bastantes cosas en común.

–Sí, así es. Llevo la misma ropa de ayer. Me voy a desayunar.

¿Nos vemos luego para ir a casa juntos? No pensaba contarle dónde había pasado la noche y estaba claro que tenía que defender mi territorio personal.

Yo no lo había hecho bien, pero él estaba ganando terreno a marchas forzadas en el poco tiempo de convivencia que llevábamos juntos. No dejaba de ser mi compañero de piso. No era ni mi padre, ni mi hermano y ni mucho menos mi novio. ¿Novio? ¿Puedo decir que tengo novio? ¿Cómo debo presentar a Dan si se tercia? ¿Mi Iron man? ¿Mi poli buenorro particular? ¿Mi enfermero privado? ¿El dueño de mis sueños, mi mente y sobre todo mi cuerpo? Novio... Tendría que pensar en eso detenidamente más tarde. Por ahora lo que estaba claro era que no tenía transporte para regresar luego a casa.

–Bueno– responde mirando todavía el ordenador. Seguía enfadado y francamente me daba igual. Lo único que me apetecía era darle de comer a los leones de mi estómago.

Al entrar en la cafetería las chicas me reciben haciéndome la ola. La gente nos mira como siempre con mala cara por el alboroto y el ruido que hacemos y yo me siento rápidamente en la silla libre abochornada por completo y preparada para el aluvión de comentarios y bromas que con toda seguridad se me venía encima.

–Rebeca, ¿has redecorado tu piso?– pregunta Patri muy interesada. El resto de mosqueperras escuchan atentas en silencio.

–No... ¿Por qué lo dices?

–Porque tienes cara de haber estado clavando cuadros toda la noche.

Debía haberlo visto venir... Las chicas se desternillan de risa a mi costa y chocan las manos entre ellas. Al parecer estaba claro que caería en la broma. Han abierto la veda.

–Dartacan, queremos detalles– me apremia Lidia dando golpecitos en la mesa.

Se inclinan sobre los cafés cerrando así un círculo privado en el que el centro de atención era yo. Permanezco en silencio removiendo mi café una y otra vez, esforzándome al máximo por no sonreír como una tonta, pero me resulta imposible y yo solita me delato.

–Chicas, no hay nada que contar...– respondo apurada dando un incómodo sorbo al café.

–Rebeca, si un hombre como ese te besa así, hay para escribir una trilogía por lo menos– replica Rocío.

–Obviamente hay novedades. ¿Ya habéis...?– pregunta descarada Patri.

–No seas tonta, pues claro que ya ha habido tema. Un hombre normal no besa de esa manera si no...– la interrumpe Lidia.

–¿A qué te refieres?– pregunto fingiendo desinterés de manera calamitosa.

–No te besaba, te marcaba a fuego. Era un beso que decía “eres mía”– explica acariciándose con las yemas de los dedos el cuello bajando hasta el escote.

–¿Vosotras también lo sentisteis?– pregunta Patri.

Las otras mosqueperras asienten con la cabeza suspirando profundamente y de repente parece que sobro en una conversación donde antes era la protagonista.

–Chicas, ¿de qué habláis?– Empiezo a sentirme algo tonta.

–Ver esta mañana a semejante dios devorarte la boca de esa manera fue como ver al actor de nuestros sueños en la escena crucial de nuestra comedia romántica favorita. Las tres notamos el típico cosquilleo en los labios y las mariposas en el estómago. Nos quedamos allí pasmadas abriendo la boca para seguir el beso, inclinando la cabeza, deseando sentir esa mano que te sujetaba de la nuca...– hace una breve pausa para suspirar de nuevo. – En ese momento deseábamos ser tú.

Me quedo con el café en la mano a medio camino mientras que ellas le dan un largo trago al suyo.

–Por lo menos cuéntanos si es tan bueno y potente en la cama como parece– espeta Lidia sin tapujos y con mirada famélica.

–No– respondo rápido y en voz baja. Se hace el silencio y añado sonriendo de oreja a oreja – Es mejor todavía.

A continuación mis amigas me acribillan con una lluvia de bolitas de papel que han ido confeccionando con servilletas durante el desayuno.

–¡Qué mala es la envidia!– grito entre risas protegiéndome del fuego cruzado.

–Los de la cafetería tienen que estar de nosotras hasta el moño– asegura Rocío viendo como el camarero observa con mala cara los papeles en el suelo.

Recogemos el estropicio y volvemos sin prisa al trabajo.

–¡Tres semanas y nos vamos de boda!– recuerda de nuevo la madre de la novia mientras sorteamos la marabunta de alumnos por los jardines del acceso principal al Manantial.

–Espero por tu bien que tengas ya vestido, Rebeca– me regaña Patri.

Sonrío recordando el momento probador con Dan y cómo me esposó para poder besarme. La siguiente imagen que me viene a la mente es Dan utilizando las esposas de nuevo en la cama para poder... Uff...

–Sí, no os preocupéis, tuve ayuda de sobra...– explico brevemente notando

como el rubor enciende mis mejillas.

–¿Entonces vendrás con Dan a la boda?– me pregunta Rocío expectante.

–Pues...

No tenía ni idea de qué decir, ni lo había pensado todavía. Todo iba tan rápido. Dan vestido de traje o esmoquin tenía que ser digno de ver, algo totalmente impactante. ¿Por qué preocuparme tanto por “el vestido”? Si él fuese mi acompañante, nadie repararía en mí.

Bueno, sí. Todas las féminas hetero asistentes a la boda se compararían conmigo, la pelirroja pálida pecosa de piernas de alambre, para después pensar, las muy guarras, que si yo había conseguido colgarme del brazo de un hombre así, ellas también podrían tener alguna oportunidad con él.

–Hacéis una pareja estupenda. Díselo cuando lo veas y me lo confirmas, ¿vale?– me pide Rocío realizando anotaciones en una libretita amarilla donde recogía las incidencias respecto a la lista de invitados.

–Creo que nos veremos esta tarde, así que mañana te cuento– respondo apresurándome para no llegar tarde a la siguiente clase.

El eterno pasillo que comunica los dos grandes edificios del Manantial me da tiempo para meditar sobre lo de la boda. ¿Qué le parecerá a Dan? ¿Querrá venir? Eso nos convertiría automáticamente en pareja oficial, ¿no? No hemos hablado en ningún momento de nosotros, de qué somos. Sólo hemos... ¡Y está siendo increíble! No quiero asustarlo y que crea que le estoy obligando a nada. La verdad es que no tenía ni idea de cómo abordar el tema. Ya lo pensaría más tarde.

Las tres de la tarde. ¡Por fin! Estoy realmente cansada después de la jornada de trabajo y la falta de sueño de la noche anterior...

Dan y yo hicimos bastante ejercicio... Dan. ¿Cómo le habrá ido la mañana? He comprobado el móvil varias veces pero no ha dado señales de vida. ¿Habrá pensado en mí? Yo no me lo he quitado de la cabeza ni por un instante. ¿Qué hago? ¿Le mando un mensaje? Sí. Desde luego me estaba comportando como una alumna más de quince años. Sonrío y pienso en qué decirle mientras espero apoyada en el coche de Raúl.

Rebeca ► *He llegado a la conclusión de que eres una mala influencia para mí.* Me encantaba desafiarle. Todavía estaba escribiendo la continuación al comentario anterior cuando me sorprende contestando acto seguido. Eso me hace pensar que ha estado comprobando el móvil tan a menudo como yo durante todo el día.

Dan ► *Nena... Espero que sea otra de tus bromas o ...*

Rebeca ► *¿O qué? Nuestro tira y afloja habitual por whatsapp me excitaba enormemente.*

Dan ► *...o dejo ahora mismo todo el papeleo que tengo y voy a darte tu merecido. Parece que tendré que atarte corta. Sonaba a deliciosa amenaza y mi zona íntima se estremecía.*

Instintivamente cruzo las piernas.

Rebeca ► *Para el carro, amigo. Sabes que estoy de broma. Eres una mala influencia porque me ha costado enormemente concentrarme esta mañana y la culpa es tuya.*

Dan ► *¿Amigo? ¿Por qué tengo la culpa?*

Rebeca ► *Te metes en mi mente a todas horas y además...*

Dan ► *¿Además qué...? ¿¿Amigo??*

Rebeca ► *Tengo agujetas...*

Dan ► *Eso se quita haciendo mucho más ejercicio...¿¿Amigo??*

Rebeca ► *¿Cuánto más?*

Dan ► *Mucho más, nena. ¿¿¿AMIGO???*

Rebeca ► *Lo siento, tengo que dejarte. Me llevan a casa.*

Dan ► *¿Quién?*

Rebeca ► *Un amigo.*

Dan ► *Ya verás cuanto te pille...*

Rebeca ► *Eso espero. Llámame cuando termines, por favor. Un beso.*

Dan ► *Claro, nena. El beso te lo tendrás que ganar luego, por hacerme sufrir.*

—¿Nos vamos?— me pregunta Raúl todavía enfadado conmigo y esperando a que suba al coche y deje de babear.

El camino a casa se me hace largo y algo incómodo. Él permanece en silencio la mayor parte del trayecto y yo me dedico a mirar por la ventana hasta que decido romper el hielo.

—Raúl, ya te he perdido perdón por lo de ayer. Llevamos muy poco tiempo compartiendo piso para que ya estemos así de mal, ¿no te parece?— le digo exasperada. Él continúa conduciendo en silencio, concentrado en el tráfico. — Mira, si no estás a gusto ya te dije que...

—Perdóname, Rebeca— me interrumpe. — Yo también te debo una disculpa.

—Oh...

—Tengo muy mal genio y supongo que soy bastante rencoroso— confiesa

empezando a sonreír por primera vez ese día. – Es que no estoy atravesando mi mejor momento, ¿sabes?– añade con lo que creo que es tristeza en los ojos. Debía estar pensando en su novia.

–No pasa nada. Tendría que haberte avisado al menos, ya que te ofreciste a preparar la cena. No volverá a pasar. Lo siento.

–Yo también. ¿Amigos?

–Amigos.

Me muerdo el labio para no reírme al recordar cómo había ignorado reiteradamente a Dan cuando se molestó por haberle dado la misma categoría. Por supuesto que no era mi amigo. Dan es... Joder, para mí lo es todo. ¿Y tú? ¿Qué eres tú para él? pregunta Escarlata. Tendría que descubrirlo poco a poco. Al menos, todo parecía ir por buen camino. El rango de “amigo” le había enfadado.

Al llegar a casa Raúl me ofrece para almorzar las sobras recalentadas de los macarrones que preparó la noche anterior. ¡¡Tanto follón por unos macarrones con tomate y carne!! ¡¡Hombres!! Soy buena y le doy las gracias por una pasta reseca y sosa. En cuanto se levanta de la mesa aprovecho la oportunidad y tiro a la basura lo que me queda en el plato a escondidas. Ya cenaría fuerte después.

–Por cierto, un amigo tuyo dejó ayer algo en tu habitación.

–Ah..., gracias.

Sobre mi cama encuentro cuidadosamente extendido el vestido azul que Lucas eligió para mí en Odds. ¡Qué encanto! Hay una nota escrita sobre la almohada.

Cielo, supongo que todo arreglado, ¿no? Me hubiera encantado ver tu cara de sorpresa cuando te sorprendió en el probador. A veces eres muy cabezota y lo sabes. Espero que no te hayas enfadado. Para compensarte te he dejado bajo la cama unos zapatos a juego con el vestido. Estarás espectacular. Ese poli tuyo babeará detrás de ti como un perrito faldero toda la noche y yo babearé detrás de él moviendo la colita. ... porque si tú no le invitas a la boda, ¡lo haré yo!

Lucas.

Todos me presionaban para que le invitara. ¡Como si a mí no me apeteciera! Decidido. Se lo propondría con todo el tacto y cuidado del mundo. ¿Pero cómo? Después de una cabezadita, preparo café y le llevo uno a Raúl en son de paz. Está leyendo en el sofá del salón y parece muy concentrado, pero sonrío cuando le ofrezco la taza.

–¿Qué planes tienes para esta tarde?– pregunta torciendo el gesto tras probar el café. ¿Demasiada azúcar? Yo no había dicho ni media palabra de los malditos macarrones de la discordia...

–Estudiar, para variar y luego tengo deberes que corregir– respondo encogiéndome de hombros. – ¿Y tú?

–Dentro de un rato me voy al gimnasio y luego tengo que pasar por mi... por casa de mi exnovia para recoger algunas cosas.

–¿Va todo bien?– No puedo evitar darme cuenta de lo triste que está.

–Bueno, la verdad es que no... Empiezo a pensar que quizás estaba equivocado– confiesa levantándose para estirar las piernas y metiéndose las manos en los bolsillos.

–No importa, Raúl, sin problema. Ya sabes que puedes quedarte o marcharte cuando...

–El problema no eres tú– me dice acariciándome la cara. Me sorprende el gesto pero decido no apartarme para no herir sus sentimientos en un momento en el que se está sincerando. – El problema me temo que soy yo, o eso dice mi novia. Perdón, mi exnovia– aclara poniendo los ojos en blanco.

–Ya veo– acierto a decir algo incómoda por airear de repente sus intimidades. Apenas nos conocíamos y ya me iba a contar con detalle su currículum sentimental. Esa era la historia de mi vida, ser paño de lágrimas para otros. – ¿Y de qué se quejaba ella cuando estabais juntos?– pregunto viendo que necesitaba desahogarse.

–En resumen, dice que la asfixio porque soy demasiado controlador y la anulo como persona. ¿Te imaginas? Me muerdo los labios recordando la cena en el restaurante italiano y cómo el camarero se compadecía de mí. Ahora lo entendía todo. Debió pensar que era su nueva novia y que Raúl me dispensaría el mismo trato.

–¿Y no es así?– le pregunto levantando las cejas.

–Puede que al final sí, pero yo lo he hecho todo siempre con la mejor intención y porque la quiero. Es mi manera de protegerla, de demostrarle cuánto me importa. Así de simple– explica cabizbajo y echándome un brazo por los hombros. – No sé hacerlo de otra manera.

–¿Le has dicho eso, cómo te sientes?– ¡Qué incómoda me siento ahora mismo!

–Nunca creí que hiciera falta. Pensaba que a ella no le importaba mi forma

de ser, que en el fondo le gustaba mi sobreprotección y que estuviera pendiente de ella de esa manera.

–Pues ya ves que no.

¿Por qué los hombres son tan ciegos y sordos? Da igual la de veces que digamos las cosas. No se dan por aludidos.

–¡Qué complicadas sois las mujeres! Lo del libro de instrucciones va a ser verdad– dice estrechándome más.

–Oye, guapo...– me quejo por el típico comentario.

–Perdón, perdón– se disculpa zarandeándome un poco. – ¡Qué rígida estás, Rebeca! Cualquiera diría que te altera el contacto físico.– Sólo contigo, tontolaba, reprimo en mi interior.

–No sé de qué estás hablando– respondo más tiesa que un palo y deseando que me suelte.

–Llevo días preguntándome una cosa– replica muy serio y con el brazo todavía por encima.

–¿El qué?– pregunto como una estúpida. Y entonces lo hizo.

Me sujeta la cara con la otra mano y me inmoviliza para besarme. Es un beso totalmente forzado, donde su lengua se abre camino entre mis labios y su saliva contamina mi boca. Tiene un sabor fuerte, salado y desagradablemente frío que me revuelve las tripas. Su labio inferior sube y baja intentando encontrar más acceso. Permanece así unos cinco segundos, que me parecen años, hasta que por fin puedo zafarme de él de un empujón. Me había pillado totalmente desprevenida.

–¿¡Se puede saber qué demonios estás haciendo!?!– le grito enfadada y asustada a la vez mientras me limpio su saliva de un manotazo.

–¿Tanto te repugno?– pregunta apartándose del todo por fin y pareciendo dolido.

–¿A qué ha venido eso?– espeto deseando borrar de mi boca su sabor.

–Supongo que he malinterpretado las señales– responde apurado.

–¿Señales? ¿¿Qué señales??– Este tío tenía que ser tonto de remate o muy listo... Al fin y al cabo me había plantado un beso.

–El otro día estuviste muy amable y simpática conmigo cuando te invité a cenar y... te arreglaste para mí. Pensé..., pensé que te gustaba.

–Pues estás muy equivocado, Raúl. Cualquier persona educada da conversación en una cena y ríe las gracias. Y para que te enteres, me arreglé para mí, no para ti. ¿Por qué los chicos siempre pensáis eso? Vamos a aclararlo entonces de una vez por todas. Yo necesito un compañero de piso,

nada más. Novio, ya tengo, gracias.– ¡¡Dios!! Era la primera vez que lo decía en voz alta y no estaba muy segura de que fuera verdad.

–Te pido perdón por haberlo interpretado de otra manera. Me siento muy ridículo en este momento.– Si él se sentía ridículo, yo me sentía muy violenta y asqueada. Deseaba cepillarme los dientes y no dejar rastro alguno de su sabor en mi boca.

–¿Qué hacemos ahora?– pregunta en voz muy baja.

–Más te vale hablar con tu novia cuando vayas a su casa y que arreglés las cosas. Será lo mejor para todos. No creo que la convivencia funcione después de esto, Raúl.

Cuando creo que va a protestar y rebatir lo que le digo suena mi móvil. ¡Es Dan! Salvada por la campana.

–Hola, preciosa. ¿Estás ocupada ahora? Me gustaría verte.

Acabo de terminar y ...

–Hola, Dan. Esperaba tu llamada. Claro, quedamos cuando quieras– respondo de inmediato y en voz alta y clara para que el pulpo, que al parecer tenía por compañero de piso, supiera que Dan existía.

–¿Ahora te viene bien? Estoy en el portal.

Vaya, qué oportuno. Si él supiera...

–Eh.. sí, claro, sube.

Me sorprende muchísimo saber que ya está aquí y me ha llamado en el último momento. El pulso se me acelera y me tiemblan las manos mientras aprieto el botón del interfono para que pueda subir.

En cuestión de quince segundos llama a la puerta y la abro como si necesitara escapar de mi propia casa.

–¡Hola, Dan! ¡Qué bien que hayas venido!– No sueno natural, demasiado expresiva tal vez.

–¿Todo bien, nena?– pregunta frunciendo el ceño. Scotland Yard no sabía lo que se estaba perdiendo.

–Sí, claro– repetía una y otra vez. Me siento muy violenta y no sé si darle un abrazo o un beso. Al final simplemente me aparto para que pase. ¡Qué guapo venía con vaqueros azules y una camiseta blanca ceñida de manga corta de la que parecían querer saltar sus bíceps.

Pasamos al salón y me encuentro en la encrucijada de tener que hacer las presentaciones. Pero no hace falta.

–Hola, yo soy Raúl, el compañero de piso de Rebeca. Tú debes ser el novio, ¿verdad? Encantado.

Mierda. No le había contado a Dan nada al respecto y veo como la mandíbula de mi Iron Man se pone tensa apretando los dientes.

El zanahorio en cambio le estrecha la mano con total naturalidad, como si cinco minutos antes no estuviera metiéndome la lengua hasta la campanilla. ¿¿¿Novio??? Tierra trágame.

–Lo mismo digo– responde entornando los ojos, curvando la comisura de la boca y mirándome de reojo. Parece que al menos está disfrutando al superar la categoría de amigo. – Pero creo que ya nos conocimos en el Instituto– aclara sonriendo aún más y recordando cómo lo humilló delante de todo el mundo en el salón de actos . Tocado y hundido, pienso al ver la cara de rabia contenida de Raúl.

–¿Sin rencores?– pregunta Dan con una palmadita en el hombro.

–Por supuesto, sin rencores– responde el baboso de mi compañero propinándole otra con bastante más fuerza.

Dan me mira por un instante y yo le imploro que lo deje estar.

Parece que la telepatía sigue funcionando igual de bien entre nosotros y se retira para acercarse a mí. Me agarra de la cintura, me estrecha entre sus brazos y me besa como si estuviésemos en un concurso y tuvieran que darnos una puntuación a continuación. ¡Madre mía! Hoy era el día de Besemos por sorpresa a Rebeca. ¿Cómo puede saber su boca siempre a néctar divino? Aunque esta vez también estoy desprevenida, me entrego por completo a sus labios, que me abrasan y encienden una mecha explosiva de placer y deseo que llega rápidamente hasta lo más oculto de mi zona íntima. Estoy perdida en un delicioso mar de sensaciones cuando él pone fin al beso de repente, no sin antes morderme con ímpetu el labio inferior. Me quedo como una idiota con la boca abierta y con los ojos todavía cerrados, sin respiración y con fuertes palpitations no precisamente en el corazón. ¿Puntuación del jurado? 10 points.

Iron Man ha marcado territorio y el mensaje ha llegado alto y claro a su destinatario.

–Bueno, tengo que irme– dice Raúl rompiendo la magia del momento. – Luego hablamos, Rebeca. Te pido disculpas otra vez por lo de antes– dice mirándome a los labios. Noto cómo Dan me coge más fuerte de la cintura. – Piénsatelo, por favor– añade recogiendo su bolsa del gimnasio.

¿A qué se refería? ¿A seguir compartiendo piso o a él? Sabía que en cuanto Raúl cruzara la puerta, mi Robocop me preguntaría al respecto y se me daba fatal mentirle.

–Vale, dispara– espeta Dan en el momento en el que el zanahorio se marcha. Está muy serio y con los brazos cruzados esperando una explicación.

–¿A qué te refieres?– pregunto haciéndome la inocente o mejor dicho la tonta, pero no había escapatoria.

–Te estás recogiendo el pelo detrás de la oreja repetidamente.

–¿Y?– Mierda, me conoce ya como la madre que me parió.

–Que o bien estás ocultando algo o bien tienes algo que contarme. Te sugiero que empieces por explicarme qué demonios hace ese tío viviendo contigo.

Estaba más serio que nunca. ¡¡Madre mía!! ¡Estaba celoso! ¡Mi Iron Man! ¡Don Perfecto estaba celoso de Raúl! El mundo al revés...

Que semejante Adonis que podía tener a cualquier mujer a sus pies tuviera la más mínima duda sobre mis sentimientos hacia él resultaba... deliciosamente encantador. Estaba disfrutando de lo lindo y me sentía hinchada como una pompa, pero el que estaba a punto de reventar era él.

–Dijiste que era una broma lo de irte a vivir con él. Me mentiste, Rebeca– reprocha con una tristeza en los ojos que empieza a asustarme. Parece sorprendido y sobre todo profundamente herido.

¿Quién te ha hecho tanto daño antes, amor mío?

–Yo... no te he mentido nunca, Dan– empiezo a explicar bastante nerviosa y levantando la mano para acariciarle la cara. Pero para mi sorpresa él se aparta. El miedo se apodera de mí y se me hace un nudo en la garganta que apenas me deja hablar. Recuerdo entonces las palabras de Mar, detesta las mentiras. – No te mentí.

Sólo dejé que pensaras otra cosa para ponerte algo celoso.– Las lágrimas se desbordan por mi cara y se me encoge el corazón. – ¿Es que no le has oído? Es mi compañero de piso, nada más. Lucas se marchó a vivir por fin con su novio y yo... necesitaba compartir gastos para seguir manteniendo este piso.– Apenas se me entiende entre lágrimas y la voz casi ni la encuentro. – Él necesitaba un lugar para vivir y yo un compañero o compañera de alquiler.

–¿Querías ponerme algo celoso? Casi le parto las costillas en aquella demostración de autodefensa y todo porque le vi sujetándote en el patio de tu Instituto. ¿Es que no ves lo que significas para mí, nena? – pregunta con desesperación pasándose la mano por el pelo. – ¿Algo celoso, dices...?– suspira hondo con sonrisa irónica.

–¡ Cuando le he visto aquí contigo no sé cómo no lo he derribado y tirado al suelo!– Ahora me grita y yo me quiero morir por dentro.

No puedo parar de llorar.

–Dan, yo no he hecho nada malo, por favor, cálmate– le suplico también muy alterada y empezando a controlar las lágrimas.

–¿Y por qué te pedía disculpas antes? ¿Qué es lo que ha hecho él?– pregunta caminando por el salón de un lado a otro como un animal herido y acorralado.

Joder... ¿Y qué le digo yo ahora? La verdad, Rebeca. Sólo puedes decirle la verdad. Si no nunca confiará en ti, aconseja Escarlata.

Claro que ella acabó sola...

–Justo antes de que llegaras... Raúl me besó– confieso abochornada y mirando al suelo dándolo todo por perdido.

Dan se acerca y me levanta la barbilla para que le mire directamente a los ojos. Me pierdo en esos inmensos lagos grises que parecen más fríos que nunca.

–¿Y tú qué hiciste?– me dice en un susurro apenas audible.

Creo que está aguantando la respiración.

–Pues... me aparté, me limpié la boca con la mano y le grité.– Soy consciente de que atropello las palabras. – Me pilló desprevenida, Dan. Según él, había malinterpretado...

No me deja continuar. Me sujeta la cabeza con las dos manos y me da un tierno beso que se prolonga indefinidamente. Suspiramos aliviados en la boca del otro. Su mano en mi cintura me estrecha contra sus caderas y siento que vuelvo de nuevo a la vida.

–Nena, perdóname– me dice al oído mientras permanecemos abrazados con fuerza. – Siento haberme puesto así, pero es que sólo con pensar que tú... Me vuelvo loco, Rebeca.

–No tienes por qué estar celoso ni de Raúl ni de nadie. ¿Por qué tienes tantas dudas y temores? Yo... pienso en ti a todas horas, día y noche. Eres mi sueño recurrente hecho realidad. ¿No ves que soy tuya en cuerpo y alma? Llevo esperándote tanto tiempo que me preguntaba si existías. Soy yo la que no entiende qué hace un hombre como tú conmigo. He luchado contra ti con todas mis fuerzas porque no quería sentirme así de vulnerable, de dependiente, de...

adicta. Dependo de un beso tuyo, de una mirada o una sonrisa para volver a respirar. Yo... te quiero, Dan.

Entierro la cara en su pecho agotada y desbordada por los nervios después de abandonarme el valor gracias al cual pude sincerarme de tal manera. Ya

estaba hecho y no había vuelta atrás. Había echado toda la carne al asador.

–Ya sé que me quieres, nena– replica abrazándome y meciéndome entre sus brazos. Me siento en el Olimpo protegida por mi dios particular.

–¿Lo sabes?– le pregunto todavía sollozando y secándome las lágrimas en su camiseta.

–Claro. Me lo dijiste aquella primera noche en sueños, cuando estabas delirando por culpa de la fiebre– confiesa acariciándome el pelo.

–¿Así que era eso lo que te dije en sueños? ¡Y te lo has callado todo este tiempo! Estoy tan avergonzada que no soy capaz de soltarle para mirarle a la cara.

–Bueno, nena... – dice levantándose la barbilla y obligándome a encontrarme con su mirada – En realidad me lo has dicho en más de una ocasión. Pero estaba loco por oírtelo decir despierta y consciente.

Me seca las lágrimas con los pulgares y me mira con veneración.

A continuación, me levanta con asombrosa facilidad y me carga sobre un hombro como si fuera un saco. No puedo evitar soltar un grito de sorpresa que se ve castigado con una fuerte palmada en el culo.

–¿Sigues teniendo agujetas?– me pregunta mientras me acaricia el trasero para suavizar el golpe.

–Sí, bastantes– respondo sonriendo e imaginando lo que iba a suceder.

–Perfecto. Eso se quita con mucho más ejercicio– replica entrando en mi habitación y lanzándome sobre la cama.

Se abalanza sobre mí y me inmoviliza las manos por encima de la cabeza. Le gusta tenerme así, controlada, como si fuera uno de los delincuentes a los que reduce y arresta a diario.

–También podríamos ir a correr...– le digo mordiéndome el labio y llevándole la contraria como siempre.

–Eso después, preciosa. Lo primero es lo primero– afirma metiendo la nariz entre mis pechos y subiéndome la camiseta con las manos.

Sus labios me recorren el cuello y de repente me muerde y me araña con los dientes.

–¡Qué bien hueles, nena! Lo siento. No he podido evitarlo– dice disculpándose.

Respondo a su ataque salvaje arqueando las caderas y buscando las suyas. Le necesito dentro de mí ya, pero quiero demostrarle que yo también sé llevar el control. Le hago rodar por mi cama hasta quedar encima de él.

–Tú sí que vas a sentirlo. Es tu olor el que me vuelve loca desde el primer

día que te cruzaste conmigo— le susurro al oído para después devolverle el bocado. El gruñido que emite me enciende aún más y me anima a seguir. Saber que le excito así hace que me sienta extremadamente sexi, poderosa y muy, muy caliente.

Le saco la camiseta blanca por la cabeza con desesperación y me doy un festín arañando y besando su imponente torso. Descubro la sensibilidad de sus pezones y los torturo a placer lamiéndolos y chupándolos mientras mis manos se dirigen más abajo abriendo camino. Le desabrocho el cinturón con urgencia y con una mano exploro su entrepierna para tropezar con su glorioso miembro, que se adivina a través de la tela húmedo e impaciente por entrar en acción.

Su pecho sube y baja acelerado, expectante y en silencio. Sentirle así de excitado me desinhibe por completo, hasta un punto en el que ya no pienso, solo experimento y disfruto. Quiero volverle loco de placer. Es mi manera de tomar el control, de ser yo la que manda.

Le saco los vaqueros a tirones mientras él sonrío. Parece divertido, pero sé lo que está pensando. Está pensando que no me atreveré...

A los vaqueros le siguen los bóxers negros, cómo no. Y allí está, un mástil imponente sin bandera que hondear. La boca se me hace agua. Me siento como el marinero maldito de Coleridge, Water, water, everywhere, not any drop to drink. Así que sin pensarlo, sacio mi sed agarrando con las dos manos mi enorme palanca de cambios y metiendo la sexta directa. Me humedezco primero los labios y antes de agacharme sobre él veo que me mira tenso, apretando la mandíbula, incapaz de soportar la excitación. Le acaricio, tímidamente al principio, el glande con la lengua y él está cada vez más tenso y rígido. El sabor me sorprende y cada beso de mi boca se ve recompensado con más y más gotitas de cálido semen que bebo agradecida. Sí, todo esto para mí solita...

Mis labios empiezan a descender por su miembro y me pregunto si podré abarcarlo entero. Es todo un desafío por su descomunal tamaño y grosor. Cuando me llega hasta la garganta sonrío por dentro. Lo he conseguido y noto cómo voy dejando sin aliento a mi Iron Man. Tendré que buscarme una identidad de super heroína para mí también.

A partir de ahí, repito incansablemente el ritual, bajando y subiendo del Empire State Building, mientras que Dan se retuerce de placer y empieza a dirigirme los movimientos sujetándome la cabeza, pero la sacudo y me libero de sus manos, dejándole claro que yo estoy al mando. Acelero mis movimientos y los combino con espirales que voy trazando con la lengua.

–Nena, para...– dice entre jadeos y con la respiración acelerada.

Y un cuerno. Quiero volverle loco de verdad y no podía dejarlo ahora en pleno festín. Le acaricio los testículos e intento abarcarlos con una mano, mientras mi boca se acelera más y más.

–Nena, no puedo más, joder... – dice sufriendo y luchando cruelmente por contenerse.

Eso no hace sino animarme más y el ritmo acaba volviéndose frenético. Empiezo a tener los labios ligeramente adormecidos por la fricción y justo entonces una generosa ráfaga de fl ujo caliente desciende disparada por mi garganta.

–¡Oh, nena!– grita mi hombre desbordado por tanto placer mientras me afano en no desperdiciar ni una gota.

Me incorporo y veo que Dan está con los ojos cerrados, la boca abierta y sin aliento. Sí, desde luego podía estar orgullosa de mi primera felación.

–Ven aquí– me dice Iron Man ralentizando la respiración y abrazándome con su cuerpo. Permanece en silencio y con las yemas de los dedos me recorre la espalda. El vello se me eriza como siempre que me toca. No creo que mi piel reaccione nunca de otra manera ante su contacto.

–Eres más peligrosa de lo que creía– anuncia sonriendo y estrechándome fuerte entre sus brazos.

–Ya te dije una vez que las apariencias engañan– respondo encantada de haberle sorprendido.

–Sí, así es. Tú crees que estoy fuera de combate, pero no hemos hecho más que empezar– advierte cubriéndome con su cuerpo y acariciándome los labios con el pulgar.

–Voy a castigarte, nena– dice calmado y seguro.

–¿Por qué? ¿No lo he hecho bien? ¿No te ha gustado?– pregunto insegura y algo fastidiada.

–Ha sido... brutal, Rebeca– confiesa besándome en los labios.

–No me refería a eso...

–Ah...– Me siento algo estúpida en ese momento.

–Así que Lucas es homosexual... ¿No crees que podrías habérmelo comentado antes?– pregunta maltratando uno de mis pezones con los dientes. – Te gusta verme sufrir, ¿verdad? Sonrío picarona, tirándole del pelo y abrazándole con mis piernas para entregarme a él por completo en cuerpo y alma.

Cuando salimos del dormitorio ha anochecido. Me hace mucha ilusión que

se quede a cenar y me pregunto si también a dormir.

–¿Qué te apetece cenar? – pregunto lamentando lo triste que está la despensa.

–A ti, preciosa– responde abrazándome por detrás.

Me sonrojo después de todo lo que ha ocurrido entre las paredes de mi habitación. ¿Más? ¿Todavía quiere más? Este hombre es insaciable. Insaciable... y una máquina de sexo. Menos mal que Raúl no había regresado. Sin duda nos habría oído. ¿Dónde se habrá metido?

–¿Quieres que pidamos comida china? En esta casa era costumbre una vez por semana.

–Por mí bien. Me encantan los tallarines con gambas y los rollitos de primavera.

Uff... y a mí me encantas tú, digo interiormente. Media hora más tarde estamos devorando las delicias de La casa feliz, el restaurante al que Lucas y yo solíamos hacer los pedidos. Dan está muy callado. Está observando detenidamente un trocito de pimiento y o bien no le gustan las verduras o bien le está dando vueltas a algo.

–¿Vas a quedarte esta noche a dormir?– le suelto intentando descubrir en qué está pensando.

–No– responde de manera breve, mirando su plato y aguándome la fiesta.

–¿No puedes?– insisto desconsolada.

–No, no quiero.– Su tono de voz es firme y decidido.

Pierdo el apetito de golpe y doy un sorbo de agua para disimular mi enorme decepción. No quiero que se dé cuenta. Me sentiría aún más patética.

–Nena, no quiero pasar sólo esta noche contigo– dice soltando su cubierto y cogiéndome la mano. Necesito mucho más. Quiero dormir abrazado a ti todas las noches y despertarme contigo, cariño.– Le escucho embelesada. Como declaración de amor me valía...

–Vente a vivir conmigo, Rebeca.

Capítulo 11

¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! Casi dos semanas después de semejante petición mi mundo había cambiado por completo. Di el último paso antes de saltar al vacío y lo hice con los ojos cerrados, confiando en él por completo, enamorada de un hombre que me robaba el pensamiento las 24 horas del día. ¿Por qué no? Había pasado toda mi vida lamentándome por lo que no tenía o portándome como una cobarde ante la posibilidad de tenerlo. Pero eso se acabó. La nueva Rebeca Millán estaba cansada de sufrir y de huir de las relaciones. El cielo se abrió y de él cayó un Titán que aterrizó en mi vida para adueñarse de ella.

¿Se puede pedir más? Sí, la seguridad y certeza de que durará para siempre. Todavía no te ha dicho que te quiere... Escarlata había permanecido callada durante las dos semanas, disfrutando también de él. En el fondo sabía que tenía razón, pero tal y como le dejé intuir a Dan una vez, no me hacía falta que me lo dijera. Me bastaba con tenerle a mi lado, saberle sólo mío y sentirme suya. Nada más y nada menos que eso.

Despertarme cada mañana abrazada a él me recordaba que a su vez la noche anterior no había sido un sueño. Siempre amanecíamos desnudos y aferrados el uno al otro, después de intentar saciarnos antes de que amaneciera. Pero nunca lo conseguíamos, nunca era suficiente. Necesitábamos más. Más besos, más caricias, más abrazos, más deseos íntimos susurrados al oído, más... contacto. Más.

–Buenos días– le susurro al oído mientras le acaricio la espalda y me detengo en zona ya peligrosa.

–Buenos días, preciosa– responde él recogíendome un mechón de pelo detrás de la oreja. – ¿Qué hora es?– pregunta aletargado todavía. Debe estar exhausto después de tanto sexo. Yo, por mi parte, estaba realmente agotada. Empezaba a pensar que no podría seguirle el ritmo durante mucho más tiempo. – ¿Una ducha?

–Claro, pero yo primera que se me hace tarde– digo dando una carrera hasta el cuarto de baño.

–De eso nada, nena– responde persiguiéndome de un salto y haciéndome gritar y reír.

Cuando estoy a punto de cerrar la mampara Dan mete el brazo volviéndola a abrir.

–Si nos duchamos juntos tardaremos menos, ¿no?– sonrío entrando también y acorralándome contra la fría pared de gresite.

–Algo me dice que no– respondo mientras él me acaricia la nuca con ambas manos para acercarme después a su boca.

Me olvido de todo. Ya no tengo prisa por ir a ningún sitio. Ya no estoy cansada. ¿Cansada? ¿Cómo podría cansarme alguna vez de un hombre como éste? Entre besos y caricias ahogo un gemido de puro placer solapado por un suspiro que transmite mi estado de ánimo. Me atrevo a decir que soy plenamente feliz. Lo tengo todo. Le tengo a él. Dios, ¡cuánto le quiero! La euforia sentimental en la que vivo sumergida durante las dos semanas más perfectas de mi vida se esfuma cada día al llevarme Dan al trabajo. Mi Volkswagen seguía aparcado delante del que fuera mi apartamento y el de Lucas. De momento no me hacía falta.

Me encanta ir en moto con él. Le abrazo fuerte por detrás y cierro los ojos, como cuando nos cruzábamos en el paseo marítimo. Disfruto de ese momento de forma especial ya que me ayuda a borrar la traumática insatisfacción que me invadía al verle pasar de largo y alejarse corriendo.

Tarde o temprano tendría que volver a por mi coche y a por todas mis cosas. Mi marcha fue deliciosamente espontánea y decidida.

Lo único que cogí fue mi portátil, parte del temario de oposiciones y algo de ropa para unos días. Raúl lo entendió perfectamente. En honor a la verdad, el hecho de que esa misma noche se reconciliara con su exnovia ayudó bastante. Disponíamos todavía de dos semanas de alquiler ya pagado para poder realizar la mudanza con cierta tranquilidad.

Dan me deja a dos calles de El Manantial. Así nos despedimos lejos de las miradas indiscretas de cientos de adolescentes y padres de alumnos. Cada mañana lo mismo. Me costaba la vida separarme de él, aunque sólo fuera por unas horas. Después de lo que se suponía que era el último beso, llegaba otro y otro más. Y cuando Dan me recogía el pelo y me sujetaba la cabeza con ambas manos para saborear a placer mi boca, sabía que estaba condenando mi cuerpo a temblar durante toda la mañana, anhelando de nuevo el suyo. El día se me hacía eterno esperando que llegara la tarde noche para reencontrarme con mi Iron Man.

–Nena, antes de que te vayas... quiero comentarte algo.

–¿Sí?– Yo sigo con los ojos cerrados a milímetros de su boca, con las

piernas flaqueando y mi entrepierna derritiéndose.

–Bueno, en realidad quiero pedirte algo...– Su voz refleja algo de nerviosismo y abro automáticamente los ojos.

–Mañana viernes por la noche los chicos de mi Unidad celebran una cena de despedida para un compañero de nuestra comisaría que se jubila y... bueno, me preguntaba si te gustaría acompañarme.

Me quedo sin saber cómo reaccionar ni qué decir durante un instante. Dan me observa expectante, intranquilo y desesperado por tener una respuesta. ¡Una cena con sus compañeros de trabajo! Eso..., eso nos convierte en pareja oficial, ¿no?

–Claro que sí. Me hará mucha ilusión conocer a tus amigos– respondo acariciándole la cara con las manos para calmar así su intranquilidad.

–Pero...–Tengo que aprovechar la oportunidad. ¡Ahora o nunca!

–¿Pero...?– Dan arruga el entrecejo intrigado a la par que preocupado. ¿Por qué estará tan nervioso?

–...pero con una condición. La semana siguiente se celebra la boda de la hija de mi amiga Patri y... sinceramente, odio ir sola a esos eventos. ¿Podrías venir como mi acompañante? En mi subconsciente estoy postrada de rodillas en actitud de súplica y repitiendo una y otra vez Por favor, por favor, por favor,...

Mi Iron Man sonríe abiertamente y su expresión parece aliviada aunque sé que le sigue preocupando algo.

–¿Llevarás uno de esos vestidos de fiesta?– pregunta divertido y provocándome descargas de placer al recorrerme con una mano la espalda para acabar en el trasero y empujarme más hacia sus caderas.

–Sí– respondo ruborizándome al imaginar su reacción cuando me viera con “el vestido”.

Despliega un reguero de besos por la comisura de mi boca.

–No– susurra helándome la sangre y obligándome a dar un paso atrás.

–¿No?– repito como una idiota con voz temblorosa y temiendo romper a llorar como una cría.

–No iré como tu acompañante, Rebeca. Iré como tu novio.

¡Ay, madre! Sí, ya era hora añado Escarlata poniendo los ojos en blanco.

–Esto va en serio, ¿verdad Dan?– pregunto con un tono de súplica que delata la inseguridad que me asfixia cuando pienso en nuestro futuro. Ya no puedo imaginarme la vida sin él. No. Todavía no me había dicho lo que

soñaba oír y por eso cualquier gesto por su parte, cualquier indicio de que deseaba avanzar en nuestra relación suponía una explosión de fuegos artificiales dentro de mí.

–¿Que si va en serio?–pregunta extrañado y entornando los ojos. – Nena, esto va en serio desde que te puse las esposas por primera vez en el Flamingo Rock.

–No llegaste a ponérmelas...– le corrijo ruborizándome al recordar otras ocasiones en las que sí acabé esposada.

–¿Eso es una queja?– La sonrisa más bonita y seductora del mundo hace que se me corte la respiración, sobre todo cuando me sujeta con rudeza de la nuca y me besa intentando llevárselo todo de mí.

Sí. No necesitaba nada más. Le abrazo con todas mis fuerzas y tras recuperar el aliento escondo la cara en su pecho. No quiero que vea que estoy a punto de llorar de alegría.

El ajetreo de alumnos corriendo por los pasillos de El Manantial para no llegar tarde a la primera clase me devuelve a la realidad.

Durante las dos primeras horas no dejo de sonreír como una tonta. ¡Dan va a presentarme a sus compañeros y vendrá conmigo a la boda! Os declaro pareja oficial, anuncia Escarlata con fanfarria y sincera alegría. Me dan ganas de abrazarme a mí misma...

–¿De qué página hay que hacer el resumen y el esquema, profesora?–pregunta un alumno haciéndome bajar de golpe del Olimpo.

¡Por favor, Rebeca! ¡¡Tienes que concentrarte!! Si todas las mujeres enamoradas se comportasen así en el trabajo, acabarían todas en el paro, espeta de nuevo la arpía sureña. Tenía razón, pero era muy difícil sacarse de la cabeza durante unas horas a un hombre como Dan. Mi hombre...

A tercera hora estoy ya que me caigo después de una noche tan movidita y tengo un hambre atroz, pero todavía queda una hora para el recreo y poder desayunar con las chicas. Me moría de ganas por contarle a mis amigas el aluvión de novedades que había sacudido mi vida en los últimos días.

Al llegar a la clase de mi tutoría me percató de inmediato que algo no va bien. Los chicos agrupan las mesas y sillas para seguir trabajando como siempre en equipo, pero el grupo al que pertenece Virginia Podadera se encuentra en un extremo del aula y la alumna en cuestión en el lado opuesto completamente sola. Está sentada en silencio, pasando páginas del libro de texto sin prestar atención y con la mirada ausente. Parecía que hubiese menguado desde la última vez que la vi. Siempre encogida y aislada del resto

del mundo, intentando desaparecer o pasar desapercibida a toda costa. Pero sé que está pendiente de todo lo que ocurre a su alrededor cuando me aproximo a su mesa y su cuerpo se tensa.

–¿Qué tal va todo, Virginia?– Tenía que ir con cuidado o la ostra se cerraría del todo. Sigue con la cabeza agachada, pasando páginas del libro y encogiendo los hombros como única respuesta.

–Imagino que el trabajo de tu grupo estará ya bastante avanzado. ¿Puedo echarle un vistazo?– pregunto apoyándome en su mesa.

Automáticamente ella se aparta nerviosa y se echa ligeramente hacia atrás.

–Yo... no voy a seguir con el trabajo, Rebeca. Lo siento de veras– dice con un hilo de voz y evitando en todo momento mirarme a la cara. Se retuerce los dedos mientras habla. Ese gesto nervioso ya se lo había visto con anterioridad.

No me lo podía creer. Daba por hecho que habíamos avanzado bastante y se encontraba cada vez más a gusto con todos en el centro y con ganas de trabajar en equipo.

–¿Has tenido algún problema con tus compañeras?– le pregunto en voz baja supervisando mientras el resto de la clase.

–No. Ellas son fantásticas. El problema soy yo... siempre soy yo– confiesa con tristeza.

–Virginia, no puedes seguir así. Como te dije el otro día ya no eres una niña pequeña y tienes que aprender a relacionarte con todo el mundo. Si te preocupa cualquier cosa, puedes hablarlo conmigo o con el psicólogo del centro, el Orientador. Estamos aquí todos para ayudarte– le explico acariciándole un brazo para tranquilizarla e infundirle seguridad. Para mi sorpresa, se aparta bruscamente torciendo la cara en un claro gesto de dolor.

–¿Otra vez el caballo?– inquiero.

–Sí... soy muy torpe y volví a caerme ayer– explica con una grotesca media sonrisa.

Me había aclarado que no iba a clases de equitación, así que ahora se estaba contradiciendo y siguiendo la justificación que dio su padre de por qué no practicaba con regularidad Educación Física con el resto de sus compañeros. Mi genético olfato policial me decía que aquello no era normal y una sospecha terrible se estaba formando en mi mente. ¿Cómo podía abordar aquello? Necesitaba consejo porque la situación me superaba. ¿Y si estaba equivocada? ¿Pero...

y si no lo estaba? Tenía que compartir mis temores con alguien y sin duda ese alguien debía ser Maite Cejudo, mi directora.

Unos suaves toques en la puerta interrumpieron mi línea de pensamientos y Agustín, el conserje asomó tímidamente la cabeza.

–Disculpa la interrupción, Rebeca. ¿Puedes salir un momento, por favor? Era la primera vez en dos años que Agustín me sacaba de una clase, así que aquello me extrañó muchísimo. ¿Habría pasado algo en casa? ¿Estaba mi hermana bien? ¿Le habría ocurrido algo a Dan en el trabajo? ¡No seas paranoica! Además, aquí nadie conoce a Dan y en su comisaría nadie te conoce a ti. Si hubiese tenido un accidente, no se pondrían en contacto contigo. No eres nadie, ¿recuerdas? Escarlata otorgando confianza y seguridad, como siempre. Pero estaba muy equivocada. Mañana viernes sí sería alguien ante sus compañeros en la celebración por la jubilación de uno de ellos. La novia de Daniel.... ¿Qué apellido tendrían mis hijos? ¿¿¿HIJOS???¿Estás peor de lo que creía! Amordazo una vez más a la arpía sureña y salgo al pasillo con Agustín.

–Hay un padre de una alumna en Información que quiere hablar contigo.

–Bueno, pues dile que tiene que pedir cita para una tutoría previamente para que le pueda atender– contesto la perogrullada sin entender todavía nada, pero aliviada al saber que no se trataba de algo personal.

–Eso mismo he intentado explicarle, pero dice que es muy urgente y que tiene que hablar contigo ahora mismo.

–¿De quién se trata?– pregunto temiendo la respuesta.

–Es el señor Podadera, el padre de Virginia.

Mierda. Lo sabía. El día se estaba poniendo realmente interesante y yo todavía no había ni desayunado.

–Pues dile que no puedo abandonar la clase y que tendrá que esperar a que termine.

Don borde llega y quiere que el mundo se detenga para atenderle a él. De eso nada, majo. Además, tenía que digerir la sospecha que me rondaba por la mente para no dejar que me influyera al hablar con él al terminar la clase. ¿Qué demonios querría?

–De acuerdo. Pero... debes saber que está muy alterado y enfadado. ¿Qué ha ocurrido?

–No tengo ni la menor idea, Agustín– respondo con total sinceridad y encogiéndome de hombros.

Regreso a clase y consulto mi reloj. Todavía quedaban 40 minutos para que llegara la hora del recreo, tiempo suficiente para que el simpático señor

Podadera se calmase o bien se enfureciera todavía más por hacerle esperar. Opté por no comentarle nada a Virginia sobre la presencia de su padre en El Manantial. Ya estaba la pobre bastante nerviosa e incómoda.

Cuando el timbre anunció el final de la clase, sentí un pellizco en el estómago. No tenía tiempo para comentar mis sospechas con nadie antes de entrevistarme con el padre de la alumna. Me reuniría con él en una de las salas de las que disponía el centro para tal fin, pero desde luego dejaría la puerta abierta por si las cosas se torcían.

Mierda. El hambre que tenía no era normal. Serían los nervios, pero todo indicaba que iba a tener que saltarme el desayuno con las chicas. ¡Con las ganas que tenía de contarles las novedades respecto a mi relación con Iron Man! Al encaminarme por el pasillo central que lleva a la zona de Información escucho el ruidoso repiqueteo de mis tacones. Afortunadamente esa mañana había escogido uno de los más altos que tenía. Me hacían sentir especial y mucho más segura de mí misma.

A mayor tacón, mayor autoestima. Y en ese momento la necesitaba.

Tecleo rápidamente a las chicas un whatsapp diciéndoles que tengo una tutoría inesperada. Me detengo en Información y no veo a nadie ajeno al centro esperando. Aun así, de alguna manera me siento observada y esa incómoda sensación hace que me gire en redondo.

Eureka. Sentado en uno de los silloncitos de piel marrón alineados junto a una de las paredes de otro pasillo unos ojos profundamente negros me estudiaban con detenimiento. Se trata de un hombre de mediana edad. Siempre se me ha dado mal calcular la edad de la gente, pero debía tener entre 45 y 50 años. Llevaba un traje gris marengo bastante elegante pero sin corbata y el pelo castaño tan corto que le otorgaba cierto aire marcial. Al establecer contacto visual se levantó de inmediato como un resorte y se acercó a mí con una seguridad y aplomo insultantes. Me sacaba al menos dos palmos de altura.

–¿Es usted la profesora de mi hija?– espetó sin preámbulo alguno.

–Bueno, sí soy profesora. Pero tengo aproximadamente 130 alumnos en total a los que les doy clase de los cerca de 800 alumnos con los que cuenta el centro. Tendrá que darme alguna pista más.– No pensaba ponerle las cosas fáciles, ni dejarme intimidar en ningún momento.

–Soy el padre de Virginia Podadera– responde apretando la mandíbula.

–En ese caso no solo soy profesora de su hija sino que también soy su tutora. Encantada de conocerle por fin en persona– replico extendiendo la mano y haciendo así sutil referencia a nuestra conversación telefónica. Su

apretón de manos es fuerte y yo rezo por no tener las manos demasiado frías. Primer punto del partido para Rebeca Millán. Le había obligado a presentarse como Dios manda.

–¿Podemos hablar en privado?– pregunta mirando a su alrededor.

–Verá, es costumbre pedir cita con antelación para una tutoría y es mi hora para desayunar.

–Voy a ser muy breve y directo. No se preocupe. El tono con el que lo dijo sonó a amenaza o eso me pareció a mí. Tranquila, Rebeca. No ha dicho nada del otro mundo, todavía...

–Bien. Sígame por aquí, por favor.

Mientras nos dirigíamos a una de las salas de reuniones con las familias notaba su mirada clavada en mi nuca. Al entrar cometí el error de pasar yo primero y a continuación él cerró la puerta.

Mierda, mierda, mierda. La sala contaba con una mesa central rectangular.

–Tome asiento si es tan amable– le dije al ocupar la parte presidencial de la mesa. Pero el señor Podadera ignoró mi indicación permaneciendo de pie y empezando a caminar con parsimonia por la habitación. Aquello sí empezó a ponerme nerviosa. Era como si estuviese calibrando al milímetro su siguiente paso. El silencio me estaba matando.

–Usted dirá...– espeté apremiándole y deseando perderlo de vista. Había algo en ese hombre que me revolvía el estómago.

–¿Tiene usted hijos, señorita Millán?– Aquella pregunta me confundió bastante.

–No..., no tengo hijos.– ¿Adónde demonios quería ir a parar?

–Se nota. Si los tuviera entendería que como padre no me hace ninguna gracia que una.... extraña se entrometa en cómo educo a mi única hija.– Sus palabras destilaban desprecio hacia mí.

–Le agradecería que fuera más explícito porque no logro entender de qué va todo esto y como le dije dispongo de poco tiempo.– ¡Muy bien Rebeca! Sigue así.

–Mi hija tiene terminantemente prohibido salir de casa por las tardes mientras estoy trabajando. Ayer me enteré por el servicio doméstico de que Virginia llevaba varios días saliendo de casa a escondidas.

–Creo que son cuestiones familiares de falta de confianza que no me competen en absoluto y que deberían resolver en casa– repliqué.

–Efectivamente, es una cuestión de falta de confianza– asiente apoyando

las manos sobre la mesa y acercándose demasiado a mí.

No confío en Virginia, como tampoco podía confiar en la mentirosa de su madre...— Sus palabras me helaron la sangre y sabía que aquello se me estaba escapando de las manos. Era muy ruin por su parte hablar de la madre de su hija de esa manera, sobre todo teniendo en cuenta que había fallecido.

—Le ruego que limitemos esta entrevista a cuestiones puramente docentes. No debería airear asuntos familiares de esa manera conmigo. Resulta muy violento.

—No se te ocurra decirme lo que tengo o no tengo que hacer, listilla— dice con rabia entre dientes y en voz muy baja.

La bilis me sube hasta la garganta y me abrasa por dentro. Le aguanto la mirada estoicamente.

—Sabes perfectamente que has animado a Virginia a que actúe por cuenta propia y a que me lleve la contraria, cuando nunca antes se había atrevido. Y te aseguro que a mí nadie me lleva la contraria.

En mi casa el control lo tengo yo, ¿entendido?— Esta vez da un golpe en la mesa que me sobresalta.

—Caballero, esta conversación se acaba aquí y ahora— le digo levantándome en sus narices y esperando que las piernas no me traicionen. — Lamento de veras si ha habido algún malentendido en lo que a mí respecta. Lo único que he hecho en todo momento ha sido mi trabajo. Todos los compañeros de la clase de Virginia están realizando en grupos un trabajo que tendrán que exponer en clase y para ello necesitan organizarse y quedar en horario extraescolar. Si usted no lo ve correcto y tiene alguna queja, siempre puede exponerla en Jefatura de Estudios o en Dirección. El tono que ha empleado conmigo no ha sido correcto y yo no tengo nada más que hablar con usted. Buenos días.

El espíritu de Escarlata me hace la ola mientras paso por delante de él y salgo por la puerta intentando no apretar demasiado el paso. Me refugio en la sala de profesores unos minutos esperando a que se vaya. No hay ni rastro de las chicas. Deben estar desayunando todavía en nuestra cafetería habitual.

—¿Te encuentras bien, Rebeca?— Raúl me sorprende colocándome una mano sobre el hombro y doy un brinco.

—¿Eh? Sí, sí, claro. Gracias. Es que hoy estoy algo nerviosa. Disculpa...

Aparto al zanahorio de un empujón y salgo corriendo hacia los servicios para las profesoras. Llego justo a tiempo para vomitar en el retrete. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y me encuentro de repente empapada en

sudor. Joder, me sentía fatal y ya no me importaba para nada haberme perdido el desayuno. Me refresco lavándome la cara y me recupero un poco. Consulto de nuevo el reloj y dispongo solo de 10 minutos para informar a la directora de lo sucedido. Espero que no esté ocupada. La mayor parte de las veces la puerta de su despacho estaba cerrada y eso significaba dos cosas: o estaba reunida o tenía trabajo y no quería que la molestaran. Nadie se atrevía a llamar a la puerta si ésta no estaba abierta. Pero este tema no podía esperar y yo necesitaba desahogarme para calmarme y poder terminar mi jornada.

–¿Tienes un minuto, Maite?– pregunto después de llamar a la puerta y pasar a su despacho. En cuanto me ve se quita rápidamente las gafas. Es muy coqueta y no quiere que nadie sepa que las necesita para leer. Era uno de los pocos achaques con los que la edad le estaba pasando factura.

–¿Ocurre algo, Rebeca?– pregunta sorprendida ante mi atrevimiento.

–La verdad es que sí...–balbuceo torpemente por los nervios.

–¿Te encuentras bien? No tienes buena cara– dice levantándose de su sillón y ofreciéndome un asiento.

Maite se portó muy bien conmigo. Pidió a un profesor de guardia que se encargara de mi siguiente clase y pudimos hablar tranquilamente de lo sucedido. También le expuse mis sospechas con toda la prudencia de la que fui capaz y ella me calmó diciéndome que había actuado correctamente en todo momento. A partir de entonces se ponía en marcha un protocolo de actuación por parte de la Directiva del centro por sospechas referentes a malos tratos. El centro se pondría en contacto con los Servicios Sociales y se empezaría una investigación. Eso conllevaba reuniones diversas de psicólogos y técnicos de dicho organismo con la alumna y su padre, un examen médico si se consideraba necesario y una evaluación final. Maite me aseguró que lo mejor era poner en marcha el mecanismo lo antes posible porque sería un proceso algo largo y lo primordial era proteger a la presunta víctima desde el primer momento.

Al salir del despacho de la directora me encuentro bastante mejor y más tranquila. Regreso a clase y termino las dos últimas horas que me quedan. Me viene muy bien tener la mente ocupada para borrar por un momento el mal rato vivido. Con un poco de suerte ya no tendría que ver durante mucho tiempo al agradable señor Podadera. Entonces pienso en Virginia. ¿Qué pasaría con ella? La cabeza empieza a martillearme y decido no mortificarme confiando en que los Servicios Sociales harán lo más conveniente para ella.

Doy gracias al cielo cuando suena el último timbre del día. Estaba

deseando llegar a casa y tumbarme en el sofá. Bueno..., a casa de Dan. Él no llegaba normalmente hasta el final de la tarde. ¡¡Qué falta me hacía ver a mi Iron Man y refugiarme en sus fuertes brazos!! Esa tarde me la iba a tomar libre. Nada de temas de oposiciones. Me dedicaría a mi hombre por completo. Quizás podríamos ir a correr esa tarde noche. Resultaría curioso hacerlo juntos desde que nos encontráramos aquella noche en el Flamingo Rock.

–Chica, ¿dónde te has metido hoy en la hora del recreo?– pregunta Lidia que viene acompañada por el resto de las mosqueperras.

–¡Lo que hubiera dado yo hoy por desayunar con vosotras! No podéis ni imaginaros la movida que he tenido esta mañana con el padre de una alumna. Mañana os cuento largo y tendido. Creo que Raúl está esperándome ya en el coche y no quiero hacerle esperar.

El zanahorio estaba siendo muy amable llevándome a casa de Dan desde que me mudé, pero no dejaba de resultarme algo incómoda la situación. Le dije que no hacía falta, que ya cogería el bus, pero él insistió en que necesitaba resarcirme por el malentendido ocasionado. Tenía que ir ese mismo fin de semana a por mi coche y terminar la mudanza definitivamente. Pero me daba tanta pereza...

Me despido rápidamente de las chicas para cruzar el paso de peatones que hay en la salida del Manantial. Miro a ambos lados de la carretera y cuando estoy a la mediación un enorme todoterreno negro con las lunas tintadas aparece de la nada. Viene a toda velocidad y mi vida se detiene en ese instante. A pesar de que todo ocurre muy deprisa, me convierto en espectadora de una escena que va a cámara lenta desde el momento en que en un acto reflejo doy un salto adelante y cierro los ojos aterrada esperando el impacto. A continuación, me encuentro tirada en el suelo y veo muchos pies a mi alrededor. No puedo casi ni moverme.

–¡¡Rebeca!!

–¡¡Por dios!! ¡¡Rebeca!!

–¿¿Estás bien?? Di algo.

–No te muevas. Enseguida viene la ambulancia.

Reconozco las voces de mis amigas.

–¿Ambulancia? Estoy bien...– digo intentando incorporarme.

Un fuerte dolor hace que me lleve la mano a la cabeza y me doy cuenta de que estoy sangrando. Después, todo se vuelve negro.

Capítulo 12

¡Qué a gustito se está tumbada después del día tan estresante que he tenido! Me encanta dormir, sobre todo desde que comparto cama con Dan. Aunque en honor a la verdad, desde que vivimos juntos ocupamos gran parte de las noches en otros menesteres. Alargo instintivamente el brazo para sentir a mi hombre y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy en una cama extraña y mucho más pequeña. Me cuesta trabajo abrir los ojos. Siento una pesadez extrema en los párpados. Cuando por fin consigo abrirlos, la luz blanca procedente de unos focos fluorescentes empotrados en un falso techo me ciega por completo.

–¿Qué demonios...?– maldigo desorientada y luchando por adaptarme a la potente y cegadora luz.

–Vaya, veo que ya te encuentras mejor– replica una grave voz femenina.

Trato de incorporarme y siento una fuerte punzada.

–¡Ahhh... mi cabeza!– protesto con un quejido lastimero.

–Sí, te has dado un buen golpe contra el asfalto.–Una extraña enfundada en una bata blanca y con un estetoscopio colgado al cuello se aproxima con una sonrisa. Es morena y bastante mayor que yo. Lleva el pelo recogido en un impecable moño bajo y unas gafas de montura metálica doradas que le dan un aspecto muy serio y profesional.

–¿Estoy en un hospital?– pregunto extrañada y sin entender nada.

–¡Premio! ¿Lo has notado por la bata blanca, por mi raro collar de perlas, por el cautivador olor a antiséptico o por los puntos que te hemos tenido que dar en la cabeza? En otras circunstancias la habría encontrado graciosa, pero esa mujer hablaba tan rápido que me costaba seguirla y me estaba desorientando todavía más.

–¿En un hospital? Pero... ¿qué ha pasado?– pregunto hecha un lío y confundida. Abro los ojos por completo y miro a mi alrededor.

De mi brazo sale una gomita transparente que continúa hasta un perchero metálico del que cuelga una bolsa de suero.

–Rebeca Millán... Al parecer te han atropellado– empieza a explicar la doctora mirando lo que debe ser mi informe médico. – Pero no te asustes, todo está bien, sin lesiones importantes. No tienes ningún hueso roto, solo

magulladuras y algún moratón serio en las piernas y en la cadera que irán haciendo acto de presencia en breve.

La peor parte se la ha llevado la zona parietal del cráneo, donde se ha formado un buen chichón propio de un dibujo animado y en la parte superior una brecha que hemos cerrado con algunos puntos.– ¡Por dios, qué rápido hablaba esta mujer! – Por lo demás, todo está bajo control y el embarazo evoluciona con normalidad. Unas horas más en observación y te daremos el alta. ¿Quieres que haga pasar a tus familiares y amigos? Tienes un nutrido club de fans en la sala de espera. Estaban muy preocupados.

Entre tanto parloteo acelerado había algo que me había llamado la atención y eso contribuye a que me despierte y espabile del todo.

–Un momento... ¿Ha dicho usted... “embarazo”? La doctora vuelve a consultar su informe.

–Sí, así es. Estás embarazada aproximadamente de cinco semanas. ¿No lo sabías?– pregunta examinando ahora mis pupilas con una diminuta linterna.

¡NO, NO LO SABÍA, “DOCTORA QUEEN”! El corazón me va a mil por hora, por no hablar de la cabeza, y la confusión inicial es ahora total. Esto tiene que ser una pesadilla o una broma macabra.

–Usted no lo entiende. No... no puedo estar embarazada.– intento explicarle. – Es imposible– le aseguro con una estúpida sonrisita nerviosa.

–Vamos a ver, criatura– dice ella tomando aire profundamente y con paciencia. – ¿Has tenido relaciones sexuales en el último mes?

–Eh... sí– respondo avergonzada. No, guapa, di mejor que has tenido un maratón de sexo con Iron Man. Le doy un codazo en las costillas a Escarlata. – Pero llevo tomando desde hace un par de años la píldora. Tiene que haber algún error–. Mi voz suena desesperada por tener razón. – Es un método anticonceptivo seguro, ¿verdad?

–Sí, estadísticamente es muy seguro, pero siempre hay un pequeño porcentaje de riesgo de embarazo. Eso ocurre con otros métodos como el DIU y el preservativo.

Conforme la estoy escuchando, las lágrimas me sorprenden y los nervios empiezan a traicionarme. Esto no podía estar pasando.

–¿Has tomado la píldora exactamente durante todos los ciclos indicados?– pregunta la doctora entornando los ojos empezando así un breve interrogatorio.

–Sí, claro que sí... Bueno... Este último mes me olvidé dos o tres veces.

Mi vida ha sido una auténtica locura estas últimas semanas. ¡Pero le digo que llevo años tomándola! No sé por qué pero empiezo a no sonar creíble y lo veo en el rostro de la doctora que frunce el ceño en clara señal de desconfianza.

–¿Has tomado junto con la píldora algún medicamento?– continúa con el interrogatorio anotando mis respuestas en el informe con semblante serio.

–No... que yo recuerde. Bueno... sí– añado en voz cada vez más baja. – Tuve la gripe y creo que tomé algún antitérmico y analgésicos, pero nada más– aclaro recordando la noche en la que mi Iron Man se quedó conmigo para cuidarme.

–Algunas medicinas pueden interactuar con los efectos de la píldora y disminuir seriamente su efectividad. Deberías de saberlo– dice arqueando las cejas a modo de reprimenda. ¿No has tenido ningún síntoma como mareos, vómitos o somnolencia? Asiento levemente con la cabeza. Todo parecía ir encajando.

Desde “el incidente” en la oficina de Lucas en el Flamingo Rock había tenido varios episodios de náuseas y vómitos que para mí eran entonces sólo malas digestiones, nervios o estrés. Ahora me explicaba los contrastes que había experimentado con el estómago revuelto, para después pasar a tener un hambre atroz.

–Entonces... ¿estoy embarazada?– Mi voz apenas es un susurro y retuerzo las sábanas de la cama presa del pánico.

–Sí, así es. Veo que no lo tenías planeado todavía, ¿verdad?–Su voz es ahora condescendiente y trata de calmarme. Niego con la cabeza y me seco las lágrimas. Entonces caigo en la cuenta.

–¿Lo sabe mi familia?– pregunto expectante.

–No– la doctora sonríe– no les he comentado nada. Todavía tienes la primicia– bromea dándome dos palmaditas en el hombro y dirigiéndose hacia la puerta. – Te sugiero que pidas cita con tu ginecólogo cuando recibas el alta para una primera ecografía vaginal y fecha prevista de parto. Y ya sabes, nada de tabaco ni de alcohol.

La escucho aguantando la respiración y sin poder creerlo todavía. ¡¡Embarazada!!

–Tal y como yo lo veo, has tenido mucha suerte de haber salido casi ilesa después de haber sido atropellada y además te acabas de enterar de que vas a ser madre. Es un día para marcar en el calendario, ¿no crees?– dice guiñando un ojo y desapareciendo por la puerta.

Sí, claro. Así visto, tendría que levantarme de la cama y dar saltos de alegría. Pero, lo cierto es que no me sentía así. Estaba conmocionada por la noticia y no sabía cómo reaccionar ni qué hacer.

¡¡¡Embarazada!!!

–¡Rebeca! ¡Gracias a dios que estás bien, cariño!– grita nerviosa mi madre sorprendiéndome en la quietud de mi habitación. Se acerca a mi cama y me abraza llorando.

–Ya le dije a tu madre que no se preocupara, que los Millán estamos hechos de una pasta especial.– Mi padre se queda en la retaguardia apretando la mandíbula y aguantando el tipo. Sé que está a punto de llorar y le hago un gesto con una sonrisa para que me dé también un abrazo. – ¿Cómo está mi pequeña?– pregunta acariciándome con cuidado la cabeza.

–Estoy bien, papá.– Ahora soy yo la que se pone tierna ante las muestras de cariño del “sargento de hierro”. La doctora dice que en unas horas me dará el alta y podré marcharme a casa.

–¡Eso es estupendo!– exclama mi hermana Silvia apareciendo en ese momento junto con su marido.

–¡Vaya! Ya estamos todos. Reunión familiar en el hospital. La próxima vez prefiero un buen restaurante– bromeo para desdramatizar un poco el momento. – ¿Pero cuándo habéis llegado de París?– pregunto gratamente sorprendida.

–Papá y mamá nos estaban esperando en el aeropuerto cuando Rocío les llamó para decirles lo del accidente. Y yo que pensaba que te daría una sorpresa...– se lamenta Silvia poniendo los ojos en blanco.

–¿Dónde están mis amigas? ¿Todavía están aquí?– Madre mía, ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado. ¿Qué hora sería?

Levanto la muñeca y me doy cuenta de que no llevo mi reloj. ¿Y mis cosas?

–Siguen fuera esperando– aclara mi padre– a pesar de haber estado escuchando pacientemente las aventuras parisinas de tu hermana.– Le guiña un ojo a Silvia. – Han estado contigo en todo momento. ¿Les digo que pasen?

–Sí, por favor. Quiero tranquilizarlas. Ya he preocupado a demasiada gente por hoy– lamento intentando incorporarme un poco con la ayuda de mi hermana.

Mis tres mosqueperras entran a continuación en la habitación con semblante serio y casi entrando de puntillas. La presencia de mi familia parece intimidarlas un poco.

–¡Chicas! Parece que no os vais a librar de mí tan fácilmente, ¿eh?– digo abriendo los brazos para que se acerquen.

–Desde luego, tú sí que sabes cómo llamar la atención, Rebeca.

Lidia me da un beso y está reprimiendo las lágrimas. Lo sé porque evita mirarme directamente a la cara y por el centelleo de sus enormes ojos marrones. La expresión de tensión en el rostro de Rocío parece también ir desapareciendo conforme vamos bromeando.

–Menos mal que tienes los reflejos de un gato y esquivaste en gran medida el embiste del coche– comenta Patri que permanece muy rígida junto a los pies de la cama aferrada a mi bolso y mis cosas.

–El cabrón que te atropelló se dio a la fuga. Pero hay decenas de testigos y la policía pronto dará con él. Sólo es cuestión de tiempo.

¿Recuerdas algo de la matrícula o del conductor?– El capitán Millán parecía haber recuperado la placa después de varios años inactivo.

–Papá, todo ocurrió muy deprisa y me temo que no lo recuerdo con claridad. Sólo me atrevo a asegurar que se trataba de un todoterreno negro, pero no pude fijarme en el conductor. Ni siquiera sé si era hombre o mujer– explico algo aturdida al intentar hacer memoria. Resultaba muy frustrante no poder aclarar nada más.

–Bueno, bueno. Dejemos las preguntas para más tarde. Lo que importa es que no ha sido nada grave y mi niña está bien– dice mamá acariciándome una pierna. – En cuanto te den el alta te vienes a casa con nosotros, ¿entendido? No quiero que estés convaleciente y sola en ese apartamento tuyo.

Joder... Tenía tantas cosas que contarles que no sabía por dónde empezar ni cómo hacerlo.

–Mamá, respecto a eso...– Lo dijera como lo dijera, estaba segura de que iba a ofender a mis padres, pero ni por todo el oro del mundo volvería a casa con ellos. Mucho menos sabiendo que Dan me estaba esperando. ¡¡¡Dan!!!

–¿Alguien me dice qué hora es?– pregunto con desesperación.

–Son casi las once de la noche ya– responde mi padre. – ¿Qué prisa tienes?– pregunta con sarcasmo.

Las chicas se miran entre ellas y sé que tienen algo que contarme.

–Rebeca, aquí tienes tus cosas– dice Patri dejando mis libros encima de un asiento y haciéndome entrega de mi bolso.

–Parece que el móvil está intacto porque lleva sonando bastante tiempo– informa Rocío sin querer dar más detalles.

Mierda. Seguro que Dan me había estado llamando.

–¿No le habéis dicho nada?– le pregunto directamente a ella.

–La verdad es que no nos atrevíamos, Rebeca. No sin saber que todo había ido bien– responde mi amiga sabiendo en todo momento a quién me refería.

–¿De quién habláis?– pregunta papá enarcando las cejas.

–No hace falta que pase la noche con vosotros, de verdad. Estoy bien– explico algo apurada y con evasivas.

–De eso nada. Te hemos dicho que te vienes con nosotros y no admito discusiones. ¿Sabes lo preocupados que estábamos?– Su voz deja atrás el tono pausado y suave de antes y va adquiriendo el habitual sonido tosco e irritado de cuando está enfadado, cosa que ocurría con frecuencia. Esto acabaría como siempre, en discusión y haciéndome sentir culpable por todo. Las chicas parecen incómodas y no saben a dónde mirar.

–Papá, no lo entiendes... Hace dos semanas que me he mudado de mi antiguo apartamento y estoy viviendo con alguien y...

–¡Hombre! Gracias por informar a tu familia. Un poco más y de no haber sido por tus compañeras ni nos enteramos del accidente.– Ahora sí que estaba enfadado. Mi hermana en cambio son ríe de oreja a oreja ante la noticia y levanta los pulgares a espaldas de mi padre.

–No quiero discutir contigo. Te estoy diciendo que estoy bien, pero hay alguien que me está esperando y estará también preocupado y preguntándose...

En ese instante mi móvil suena desde el interior del bolso. Me quedo paralizada sabiendo que es él, pero no me atrevo a contestar con tantos ojos pendientes de mí y lo dejo sonar. En el registro cuento hasta 8 llamadas perdidas y varios mensajes anteriores de mi Iron Man:

Iron Man ► *Hola, preciosa. Ya estoy en casa.*

Iron Man ► *¿Dónde estás? ¿Te queda mucho?*

Iron Man ► *Te estás haciendo de rogar, ¿eh? Vale, lo confieso...Te echo de menos.*

Iron Man ► *Nena, llámame cuando puedas. Me estoy preocupando.*

Iron Man ► *¿No me la estarás devolviendo por los tres días que estuve sin llamarte, ¿verdad?* El corazón se me hace un puño al leer aquello y me sobresalto cuando vuelve a sonar. Esta vez lo corto asustada. No podía enfrentarme a aquello con toda mi familia delante escuchando. Otro mensaje entrante.

Iron Man ► *¡¡REBECA, COGE EL MALDITO TELÉFONO O SALGO A BUSCARTE POR TODA LA CIUDAD!!*

Mierda. Debe estar super enfadado e imaginándose mil cosas.

–Bueno, aquí ya no tenemos nada que hacer. Rebeca está bien, necesita intimidad y mis gemelos y yo estamos muy cansados des pués del viaje, así que nos vamos– dice Silvia agarrando del hombro a su marido con determinación. – Ya me contarás, guarrona– me susurra al oído para después besarme con cariño. ¡Ay, hermanita! ¡Si tú supieras cuánto tengo que contarte!

–Se ha hecho tarde, Dartacán. Nosotras también nos marchamos– anuncia Patri apremiando a las demás para despedirse.

–Cuídate, cielo y que pases buena noche– me dice Rocío tan maternal como siempre.

–Gracias por todo chicas y lamento el susto, de verdad.

Librarse de mis padres iba a resultar más difícil. Se hizo un silencio demoledor en la habitación y yo estaba que me subía por las paredes deseando hablar con Dan.

–Miguel, ¿no ves que la niña lo está pasando mal? No conviene que se altere– le dice mamá con cariño y paciencia. Era la única persona del mundo que lograba calmarle en sus ataques de furia y sabía llevarle a su terreno con mano izquierda.

–Está bien, está bien. Cuando sepa que le dan el alta y que ese novio misterioso que tiene viene a recogerla nos iremos– asegura fijando los ojos en mí y hablando como si yo no estuviera presente.

–Vamos a tomarnos un café y enseguida volvemos– asegura dándome un beso previamente.

–Gracias por entenderlo, papá– le digo antes de que desaparezca por la puerta. Él se limita a negar varias veces con la cabeza dando a entender que lo respeta pero que no lo entiende para nada.

Me tiemblan las manos al marcar y no tengo ni idea de por dónde empezar. De momento lo del embarazo quedaba solo para mí. Apenas había tenido tiempo de asimilar la noticia ni de pensar en el futuro. ¡Dios mío! ¿Cómo reaccionaría él al saberlo? ¿Saldría corriendo? Desde luego, no podría culparle. Yo misma quería hacerlo. Estaba aterrada por tanta incertidumbre e inseguridad. Toda mi vida huyendo de situaciones y relaciones que me hicieran sentir así de débil y ahora me encontraba arrinconada en un callejón sin salida.

–¡Rebeca! ¿Por qué no me has llamado en toda la tarde? – Sí, estaba muy preocupado.

–Dan, escucha, yo...– empiezo a hablar torpemente sin saber qué decir para no alarmarle más todavía.

–¿Se puede saber dónde demonios te has metido y con quién has estado? ¿Preocupado? Estaba más bien cabreado y... ¿celoso?

–Dan, me estás gritando... y no estoy para numeritos, la verdad– respondo sorprendida por su monumental enfado y por la desconfianza que observo en sus preguntas.

–¡Claro que te estoy gritando! ¿¡Te haces una idea de....!?! La cabeza empieza a dolerme y no soporto más el fuerte tono de voz. Sin dejarle terminar le cuelgo el teléfono. Desde luego la llamada no había resultado como yo esperaba. El corazón me sube a la boca cuando el móvil vuelve a sonar y vuelvo a cortar la llamada rápidamente. Ahora era yo la que estaba realmente enfadada. Había tenido el que sin duda había sido hasta la fecha el peor día de mi vida y ahora esto... Necesitaba besos, caricias, mimos y palabras de aliento y cariño de mi chico, no gritos y celos. Quizás al final sí que pasaría la noche con mis padres después de todo.

Mierda, ahora un mensaje, pienso poniendo los ojos en blanco al escuchar la señal acústica.

Iron Man ► *Nena, siento haberme puesto así. No he dejado que te expliques... Estaba volviéndome loco sin ti.*

Las lágrimas corren sin control por mis mejillas y sé que no puedo articular palabra para llamarle así que decido hacerme una foto de los puntos que tengo en la cabeza y mandársela junto con un mensaje.

Rebeca ► *Una imagen vale más que mil palabras.*

Me sueno la nariz con unos pañuelos de papel que alguien ha dejado en la mesita que hay junto a mi cama e intento serenarme y recuperar el control. El móvil me sorprende otra vez y sé que tengo que contestar.

–Dan...– Me tiembla la voz todavía.

–Nena, ... dime por favor que estás bien.– Su voz ha cambiado por completo y ahora es muy baja, suplicando y arrastrando miedo tras cada palabra.

–Estoy bien, de verdad– contesto con serenidad para tranquilizarle. Son sólo algunos puntos. Al parecer he estado toda la tarde en observación y en breve me dan el alta.

–¿Dónde estás?

–En... el hospital San Antonio– replico finalmente fijándome en el emblema del centro hospitalario estampado por todas las sábanas de la cama.

–Estoy ahí en 20 minutos, nena.

Mi Iron Man cuelga el teléfono y le imagino corriendo por la ciudad como un loco en su Ducati. ¿Que le espere? ¿Adónde iba a ir sin él? Llevaba toda la vida esperándole. ¡Madre mía! ¡20 minutos! Y yo ni siquiera me había mirado al espejo. Menuda pinta tendría, por no hablar del pelo. Me levanto poco a poco de la cama y van apareciendo molestias y dolores nuevos a causa del accidente, sobre todo en la cadera. Consigo arrastrar con éxito el perchero con el suero y llegar al aseo. La imagen que me devuelve el espejo es espeluznante. Tengo los ojos hinchados por haber estado inconsciente o quizás por haber estado llorando, no lo tengo claro. Y el pelo..., es una maraña difícil de arreglar con restos todavía de sangre seca alrededor de la brecha cosida. ¡¡Menuda calva tenía!! Intento taparla con resignación llevando el pelo a un lado con los dedos y es entonces cuando una risa histérica se apodera de mí. Allí estaba yo, preocupada por mi aspecto físico y obviando de momento el hecho de que me hubiesen atropellado y de que iba a ser madre. El famoso libro de instrucciones para entender a las mujeres debía tener un capítulo especial con mi nombre.

–¿Rebeca? ¿Estás ahí?– La voz que reconozco al momento me sorprende y congela al instante mi risa catártica.

–¡Hola, Raúl! No sabía que estabas aquí.– Salgo del aseo algo abochornada al saber que con toda seguridad ha escuchado mi risa.

–Te acompañé hasta el hospital junto con el resto, pero después tuve que marcharme. He vuelto para saber qué tal estabas y veo que muy bien– indica observando los botones desabrochados del blusón del hospital y relamiéndose como un gato a punto de abalanzarse sobre un pajarillo.

–Vaya– replico apurada tapando las vistas del “balcón de Europa”. – Lamento mucho haberos dado este susto. No me explico cómo pudo pasar todo esto– añado pensando por dentro no sólo en el accidente sino también en el embarazo.

–Bueno, lo importante es que no ha sido nada serio después de todo– asegura acercándose y apartándome un mechón de pelo de la cara con suavidad. ¡Es que este hombre no iba a tirar la toalla nunca!

–Veo que ha llegado por fin tu novio– interrumpe papá inesperadamente con su don de la oportunidad. – Buenas noches, soy Miguel Millán, el padre de Rebeca– se presenta de manera solemne extendiéndole la mano.

–Buenas noches, yo soy Raúl. Pero mucho me temo que no soy el novio. ¡Qué más quisiera!– añade con desparpajo devolviéndole el apretón de manos. Mis padres se miran confundidos y no es para menos.

–Raúl es un compañero de trabajo. Es nuevo este año en El Manantial.–
¿Por qué sueno nerviosa?

–Ah... entiendo. Mira no quiero darle más vueltas a lo de antes y que vuelvas a decirme que me meto en tu vida... pero ya es tarde y tu madre está cansada después de los nervios y el mal rato de hoy.

¿Te va a llevar éste a casa o no?– pregunta con desdén y señalando directamente a Raúl. Creo que papá ha malentendido la situación pero no tengo fuerzas para aclarar nada en este momento y menos con Dan a punto de llegar.

–Gracias por esperar, pero mi novio me ha confirmado que viene a recogerme– respondo apurada y enfadada al observar a Raúl con una tonta expresión divertida en la cara.

–Estupendo. Supongo que no querrás presentárnoslo tampoco, ¿verdad?–
¿Qué irritante podía llegar a ser Miguel Millán, mi padre.

–Sinceramente creo que no es el mejor momento... ya quedaremos para comer o cenar, ¿vale?– explico dándoles un beso e intentando despedirles así.

Tenía tantos frentes abiertos. Por ejemplo, contarle a papá que mi “misterioso” novio era policía. Me había saltado la principal premisa de Miguel Millán. Ni a posta lo hubiera hecho tan mal. No podía ni imaginar la expresión de su cara cuando se enterara. Pero la idea ya no me parecía tan terrible... Después de todo, la noticia de que estaba embarazada solaparía por completo la otra, ¿o tal vez no? No sabía qué era peor.

Mis padres se marchan por fin, pero eso no me ayuda a tranquilizarme. Raúl sigue allí plantado de pie. La puerta se abre otra vez y el corazón me sube hasta la boca pensando en Dan.

–Bueno, bueno... después del desfile familiar y la hora que es imagino que estarás loca por irte a casa, ¿verdad?–La doctora entra con paso ligero y me obliga a sentarme en la cama para reconocirme de nuevo. Después de comprobar mis pupilas, el pulso, los latidos y la tensión emite sentencia.

–Enhorabuena, eres libre– anuncia quitándome con cuidado la vía del brazo. – En una semana creo que podremos retirar los puntos. Si tienes molestias, no es conveniente que tomes medicamentos ni analgésicos sin consultar antes con un médico. Ya sabes, tienes que cuidarte mucho a partir de ahora y...

–Sí, sí, lo sé– la interrumpo para que no revele más información de la cuenta. – Me encuentro bien y si tengo algún mareo acudiré enseguida a

urgencias– aseguro mirándola fijamente a los ojos.

–Entendido– responde desviando su atención hacia Raúl.

Vuelve a colgarse el estetoscopio alrededor del cuello y desaparece dedicándome una sonrisa con la que parece compadecerse de mí.

Me visto lo más rápido que puedo en el baño, a salvo del ave rapaz que tengo en la habitación.

–Venga, Rebeca. Te llevo a casa o a donde tú quieras.– El zanahorio empieza a recoger mis cosas y yo no doy crédito ante su insistencia.

–Raúl, muchas gracias por ofrecerte pero ya sabes que estoy esperando a Dan. No quiero parecer grosera pero... es muy tarde y será mejor que te vayas.

–Tienes que estar bromeando, ¿no?– espeta sujetando todavía mi bolso.

–¿Perdona?– Este no se va de aquí ni con agua caliente, dice Escarlata poniendo los ojos en blanco.

–Rebeca, no puedes ir en moto en tu estado– asegura el zanahorio.

Una señal de alarma se enciende en mi interior. ¿Cómo demonios se habrá enterado del embarazo?

–¿Crees que podrás ponerte el casco con semejante chichón y con los puntos?–añade.

–Ah... el casco– replico aliviada soltando el aire entre los dientes.

–El casco no será necesario. La llevaré en coche.

Allí estaba él, mi caballero andante al rescate, mi Iron Man, apoyado en la puerta y observándome en silencio. Con vaqueros azules, camisa negra entallada a un cuerpo de infarto y zapatillas deportivas, estaba más guapo que nunca. ¡Dios! ¡Parecía que habían pasado semanas desde que nos despedimos por la mañana. Tenía el pelo ligeramente despeinado y estaba segura de que se había pasado las manos cientos de veces por la melena. Siempre que estaba nervioso lo hacía. Y ahora estaba muy, muy nervioso. Lo podía ver en sus ojos y en cómo su pecho subía y bajaba con la respiración agitada. No me apartaba la mirada ni por un instante y me sentía como aquella noche en el Flamingo Rock. Era como si pudiera ver en mi interior y adivinar todos mis pensamientos. Resultaba muy perturbador, sobre todo porque le estaba ocultando algo.

–En ese caso, será mejor que me vaya...– dice Raúl incómodo y molesto al sentirse ignorado.

–Sí, será lo mejor– coincide Dan sin apartar los ojos de mí.

Vale, creo ya me quedé embarazada cuando me miró así por primera vez... Sonríe por dentro ante la ocurrencia, pero sólo durante un segundo. Joder, no

tenía ni idea de cómo enfrentarme a aquello.

Pero, desde luego no iba a ser aquella noche.

–Me alegro mucho de que estés bien, Rebeca. Ya sabes dónde estoy si me necesitas– añade mirando también a Dan de manera desafiante.

Raúl vuelve a dejar mis cosas encima de uno de los asientos y me da un beso en la mejilla y yo sigo hipnotizada por aquellos lagos grises de Dan. Aprieta la mandíbula y sé que está haciendo grandes esfuerzos por contenerse. Finalmente, Raúl se marcha y nos quedamos a solas en la habitación mi hombre y yo. Ninguno de los dos dice nada. Permanecemos en silencio, estudiándonos con la mirada, atentos a cualquier gesto. Ese silencio me estaba congelando el alma.

–Hola, preciosa.

Dos palabras. Sólo dos palabras bastan para derribar cualquier obstáculo o reticencia que pudiera haber surgido entre los dos. Las pronuncia casi en un susurro y de manera tan suave que me envuelven por completo como un suave velo de seda. Es todo lo que necesito para abalanzarme sobre él y abrazarle.

–Eh, eh... shhhh. Ya estoy aquí– me dice al oído sujetándome con cuidado.

–Abrázame fuerte, ¿quieres?– le ruego sin importarme parecer desesperada y enterrando la cara en su pecho.

–No pienso soltarte, nena– responde levantándose en brazos.

–Siento mucho haberte gritado antes por teléfono. Es que me estaba volviendo loco– confiesa agarrándome aún con más fuerza. – Y luego, cuando me enviaste esa foto...

–Estoy bien, cariño, de verdad. Ahora sí que estoy bien– repito inhalando con una necesidad primitiva el aroma de su piel. – Joder, ¡qué bien hueles!

–Nena... no vuelvas a darme otro susto como este en la vida, ¿entendido?– dice ahora apartándose un poco y mirándome de nuevo a los ojos.

–Lo siento...

–El que lo tiene que sentir es el cabrón que te atropelló. Los chicos de la comisaría ya tienen identificado el coche y sólo queda dar con el paradero del conductor. Pero yo hablaremos de eso mañana. Ahora nos vamos a casa.

–Sí, a casa.– ¡¡Qué bien sonaba aquello!! Le había echado tanto de menos... Y ahora estaba allí, sujetándome entre sus brazos.

Llegamos así hasta el exterior del edificio y se detiene ante un monovolumen gris metalizado.

–Me lo ha prestado mi hermana– explica respondiendo así a la

interrogante que debo tener en la cara. – Te manda saludos y mañana pasará a verte por la mañana para asegurarse de que te encuentras bien mientras yo estoy trabajando.

–No hace falta que...

–Sí hace falta. Necesito saber que estás bien y no admito discusión– afirma muy serio. ¿No había dicho eso exactamente mi padre antes? Curioso...

–Vale– respondo sonriendo y echando un vistazo a la sillita de auto para bebés que hay en la parte de atrás.

–¿Por qué sonríes?– pregunta extrañado pero curvando la comisura de la boca hacia arriba.

–Porque se te ve muy... “familiar” en este coche y eso te hace más sexi todavía.

–¡No me digas! –sonríe mientras se incorpora al escaso tráfico nocturno de la ciudad. – Lamento chafarte la fantasía, pero dudo mucho que eso ocurra, preciosa.

Oh, oh. Saldrá corriendo cuando sepa que estás embarazada.

Vete haciendo a la idea, Rebeca. Escarlata tenía razón y el comentario de Dan se clavó en mi pecho para ir desgarrando una herida que no se curaría jamás. En ese momento supe que la noticia del embarazo marcaría el principio del fin de mi relación con él.

–¿Por qué dices eso?– pregunto sin atreverme a mirarle a la cara e intentando no transmitir mi estado de ánimo.

–Nunca cambiaría mi burra por un coche familiar.

–¿Tu burra?– repito confundida.

–Mi burra es mi moto, nena– aclara riéndose. – Sería como...

perder mi libertad y hacerme viejo. Supongo que es un tópico masculino– explica encogiéndose de hombros.

–Supongo que sí– replico tragándome la desilusión amarga que empieza a subirme por la garganta.

–Además, me encanta cómo te abrazas a mí cuando montas conmigo– añade. – No, no cambiaría eso por nada del mundo.

Bueno, quizás haya alguna esperanza.

–¿Y ahora por qué sonríes? –Porque te importo. Te importo mucho, ¿verdad?

–¿Cómo? ¿Tienen que atropellarte para darte cuenta de que no puedo vivir sin ti?– pregunta deteniendo por un momento el coche.

–No, claro que no. Ya me quedó claro cuando subiste como un cohete por

las escaleras de los grandes almacenes hasta la última planta— replico entre risas con aire de fingida autosuficiencia y dándole golpecitos en el brazo para que ponga el coche en marcha de nuevo. Bromear me ayudaba a no pensar demasiado. El día había sido bastante duro y dejaría las preocupaciones para otro momento.

¡Por fin en casa! Dan se ofrece a preparar una cena ligera pero no tengo hambre. Algo ha cambiado en mi interior y me sorprende al averiguar qué es. Me siento culpable por saltarme la cena. De hecho no había comido nada en todo el día y eso no podía ser bueno para el bebé pero estaba tan cansada que lo único que me apetecía era una suave ducha y meterme en la cama. Era la primera vez que mi conciencia pronunciaba la palabra bebé...

—Quizás sí tome algo de queso y fuet, Dan. Muchas gracias— le digo dándole un rápido beso en la mejilla y desapareciendo en el baño.

Una vez allí me observo desnuda delante del espejo. Pero no me fijo en los moratones de la cadera ni en los arañazos de una pierna.

Toda mi atención se concentra en el vientre. Me sorprende pasando las manos por encima y acariciándolo. ¡¡Madre mía!! ¡Hay una personita dentro de mí! Es increíble, pienso mientras empiezo a acariciarme la barriga.

—¿Todo bien, preciosa?— pregunta Dan alzando la voz desde la cocina.

—¡Sí, ya me ducho!— Este hombre tenía un radar conectado a mi cerebro. ¿Cómo lo hacía? Abro la ducha y dejo que el agua corra sobre mí con cuidado de no mojar la herida de la cabeza y los puntos. Me esfuerzo por llegar con la esponja a la espalda pero entonces una mano me la arrebató.

—Déjame a mí.— Dan me sorprende compartiendo conmigo la ducha, como en otras tantas ocasiones. — Date la vuelta— dice cuando termina con la espalda. Se queda paralizado observando las contusiones y en su mirada puedo ver el miedo y la preocupación.

—No es nada, sólo unos golpes. Estoy bien.

—Nena...— susurra entre dientes y apretando la mandíbula. — Sólo pensar que podías haber...

—Shhh— acallo sus palabras con la mano sobre su boca y con el dedo índice empiezo a recorrer el perfil de sus carnosos labios para después empezar a saborearlos como si fuera la última vez. Y quizás así fuera. Quería grabar a fuego en mí el sabor de su boca, de su saliva, de su piel.

—Eh, eh, tranquila, nena— dice apartándose. — No creo que estés en condiciones de...

Vuelvo a interrumpirle esta vez agarrándole con fuerza del pelo y

acercándole más a mí. Me pierdo de nuevo en su boca mientras él sonríe y desliza de nuevo la esponja con suavidad por mi espalda y mi trasero.

–¿Seguro que estás bien?– me susurra al oído jadeando.

–Sí, abrázame, ¿quieres?– le digo sabiendo que el agua de la ducha enmascara mis lágrimas. Hacemos el amor allí de pie de manera muy lenta y exquisita. Lloro todo el rato.

Capítulo 13

Las siete de la mañana. El despertador de Dan anuncia insolente que es hora de empezar un nuevo día. De hecho llevo un par de horas mirando cómo duerme mi Iron Man, recreándome la vista con su espalda y su redondo y duro trasero. Le gusta dormir boca abajo, echándome un brazo y una pierna por encima. Es como si quisiera asegurarse así de que permanecía con él toda la noche y no desaparecía. En cambio, ahora era yo la que temía que él se esfumara de mi vida para siempre.

–¿Ya es la hora?– se queja apagando el despertador de un manotazo.

–Me temo que sí– respondo besándole en el hombro y embriagándome con el olor de su piel.

–¿Has dormido bien?– Sus manos buscan mis pechos por debajo de la camiseta de tirantes. Asiento con la cabeza y él entorna los ojos. – Mmm, estás mintiendo.– ¡Otra vez los super poderes! – ¿En qué estabas pensando? Había estado dándole vueltas a mi nueva situación y cómo enfrentarme a aquello, cómo sobrevivir el resto de mi vida sin Dan a mi lado. Era una idea que me aterraba y me oprimía el pecho casi hasta la asfixia, pero luego recordaba que una nueva vida se abría paso en mi interior y por primera vez desde que supe que estaba embarazada empezaba a sonreír. Ya era hora de tomar las riendas y de prestarle atención.

Al abandonar años atrás la casa de mis padres e independizarme con la ayuda de Lucas, me imaginaba en un futuro lejano, muy, muy lejano, casada, con un par de hijos y habiendo conseguido por fin mi plaza como profesora. ¿Por qué no? Siempre me habían gustado los niños y desde el primer día estuve muy ilusionada con la noticia de la llegada de mis sobrinos. Pero nunca pensé en acabar como madre soltera con veintipocos, con un empleo temporal, sin realizarme profesionalmente por no haber alcanzado mis metas y lo peor de todo, con el corazón roto para siempre.

–Pensaba en que no hay mejor pretexto para no ir a trabajar que haber sido atropellada– replico sonriendo y deseando sonar convincente.

–Ya.... – Creo que no ha colado. – Recuerda que mi hermana pasará a verte esta mañana, ¿vale? Aun así, quiero que me llames si te sientes mareada– advierte mientras me acaricia la cabeza con cuidado.

–A sus órdenes, agente– respondo con un saludo militar.

–No estoy bromeando– replica muy serio. – Quiero que estés acompañada. Un par de policías de otra comisaría vendrán a tomarte declaración para que les cuentes con detalle todo lo que recuerdes del accidente.

–Ah– digo sorprendida sin haber caído en la cuenta.

–Sé que preferirías dejarlo para otro día porque todavía estás convaleciente, pero créeme, cuanto antes pases por esto antes podremos resolverlo y olvidarnos de todo.

–Claro– digo no muy convencida sin saber qué podría aportar mi declaración a la investigación.

Preparamos el desayuno en silencio y eso me resulta extraño.

Mi mente está en ebullición, pero ¿y él? ¿Qué le ocurre? –Otra cosa, nena– dice por fin – ¿Te encuentras bien para asistir a la cena de esta noche? No creo que sea una buena idea si tienes muchas molestias...

–¡La cena! Lo había olvidado por completo, Dan. Lo cierto es que me hace mucha ilusión conocer a tus compañeros. No me hace gracia pasar todo el día encerrada en casa– resoplo poniendo morritos.

–Tú decides, preciosa. A mí no me importaría nada cenar a solas contigo sobre la alfombra y acabar luego en la ducha como anoche.– El gris de sus ojos se oscurece un instante y yo me retuerzo de placer. Adivina mi estremecimiento y me dedica esa sonrisa marca de la casa. Recuérdala bien, Rebeca. Ya verás cómo se le borra de la cara cuando sepa lo del bebé, aventura Escarlata. ¡Aguafiestas! Ya sé que tengo que decírselo tarde o temprano. Quizás esta misma noche, en la cena. La ocasión es perfecta. Un lugar público, rodeados de muchísima gente y sin margen para montar escenas melodramáticas por parte de ninguno de los dos. Yo soy una aguafiestas pero tú eres una cobarde...

–Rebeca...– Dan apura su café y yo vuelvo de las nubes. – Hace tiempo que quería hablarte de un tema.– Está nervioso y se atusa el pelo repetidamente.

–Vaya, qué casualidad... Yo también tengo algo que contarte– replico aprovechando la oportunidad y sintiéndome muy curiosa al verle tan alterado. – Tú primero. ¿Ves cómo eres una cobarde? Mira su reloj de pulsera y responde con semblante de hielo – Se hace tarde. Mejor esta noche, ¿vale?– Suspira y me besa en los labios. – ¿Y tú que tienes que contarme?– pregunta entornando los ojos.

–Esta noche– respondo también nerviosa. ¿De qué querrá hablarme? ¿Por

qué estará tan tenso? Sea lo que sea, seguro que tu notición gana por goleada.

Dan se marcha a trabajar y me quedo sola. Bueno, sola no. Ya nunca más estaría sola. Esa idea me hace sonreír y sentirme bien.

Por primera vez me pregunto si será niño o niña. Corro hasta el espejo y me observo de perfil imaginándome ya con la barriga abultada. Mi móvil suena de repente y doy un brinco del susto.

–¡Hola hermanita!– responde Silvia feliz y con energía al otro lado de la línea. Sé que está preocupada por mí, pero después de los minutos de cortesía interesándose por mi salud empieza el bombardeo de preguntas sobre mi relación con Dan. Salgo del paso como puedo sin desvelar mi gran secreto. Al fin y al cabo, creo que lo correcto es que sea él el primero en saberlo, pase lo que pase después...

Tras su llamada se suceden otras. Debería haberlo imaginado después de haber acaparado ayer la atención de todos de esa manera. Al parecer Rocío ha sido nombrada portavoz de las mosqueperras y llama en nombre de todas para no agobiarme demasiado. Después toca repetir el parte de guerra con mamá y papá. ¡Por separado! ¿Es que luego comparaban versiones? A punto estoy de desconectar el móvil para escapar de más llamadas de rigor, pero entonces pienso en lo mucho que se enfadaría Dan si no pudiera ponerse en contacto conmigo. Además, el bueno de Lucas también llama realmente preocupado después de haber sido informado por las chicas. ¡Casi una 1 hora y media al teléfono! Son ya las 9:30 cuando llaman a la puerta.

–Buenos días, ¿se puede? – saluda Mar muy educada empujando el cochecito de un bebé. Venía tan guapa como aquel día que la vi en los grandes almacenes y la confundí con un ligue más de Dan. Llevaba esta vez una camiseta azul con cuello de pico muy sen cilla pero favorecedora y unos shorts vaqueros con los que podía presumir de unas larguísimas piernas morenas y esbeltas.

–Claro, adelante. Esta cosita tan bonita debe ser Nico, ¿verdad? El bebé me mira embobado con sus preciosos y grandes ojos y yo no puedo evitar hacerlo.

–¿Puedo cogerlo en brazos?

–Por supuesto, pero no lo muevas mucho si no quieres que te vomite encima. Acaba de tomarse el biberón de cereales– explica sonriendo y liberando a Nico de su sillita.

–¡Madre mía, cuánto pesa este niño!– digo sorprendida.

–Sí, ahorro mucho en gimnasio– bromea Mar. – Me alegro mucho de que

estés mejor.– Me da un cariñoso beso en la mejilla.

El bebé no para de manotear, gesticular y mover sus piernecitas, pero parece encantado. Y yo..., yo me derrito por dentro.

–Ten cuidado– advierte la hermana de Dan de repente muy seria percatándose de cómo miro al bebé.

Me quedo quieta temiendo haber hecho algo mal.

–Todo se pega, Rebeca– aclara para estallar en risas a continuación.

Sonrío también, pero en mi interior me pregunto de dónde proviene el don de la clarividencia en esta familia. Obviamente debe ser un gen más que comparten los hermanos.

Es una mañana fresca y soleada así que decidimos disfrutar de la amplia terraza del ático y nos acomodamos en torno a la gran mesa redonda. Después de jugar con Nico durante un rato e idiotizarle con las palabras sin sentido que los adultos dedicamos a los bebés, éste se siente ya inquieto y empieza a hacer pucheros reclamando así de nuevo a su madre.

–Creo que ya se ha hartado de mí. Espero que no le pase lo mismo a su tío– bromeo devolviéndoselo a Mar.

–¿Estás de broma, Rebeca?– Me mira extrañada, como si me hubiesen salido dos cabezas. – Por eso puedes estar tranquila. Dan está loco por ti.

Sonrío tímidamente ocultando mis reservas.

–¿Te ha dicho ya que te quiere?– pregunta sin rodeos mientras coloca de nuevo a Nico en el carrito.

Me siento de repente muy incómoda y no sé qué responder.

–Creo que eso es un no. ¡Ay, este hermano mío! ¿Cuándo sacará la cabeza del agujero? Imagino que tampoco te habrá hablado todavía de su... su relación anterior.– Vacila durante un instante muy atenta a mi respuesta.

–Pues... no. ¿De eso era de lo que querías hablarme el otro día?– Tuve en su momento la intuición de que Mar dejaba pendiente una conversación conmigo y ahora iba a descubrir por fin de qué se trataba.

–Me fastidia que mi hermano sea tan cobarde, la verdad– confiesa.

¿¿¿Dan, cobarde??? No daba crédito a lo que su hermana estaba diciendo.

–Se enfadaría conmigo si te doy detalles y te aseguro que no queremos verlo enfadado de verdad ninguna de las dos.

–Sé a qué te refieres.– Me estremezco al recordar el tono fuerte y grave de su voz por teléfono justo antes de colgarle mientras estaba en el hospital.

–Su... relación anterior le ha marcado mucho, por desgracia y eso le hace desconfiar y no sentirse seguro con nada ni con nadie. – Habla despacio y

cuidando mucho las palabras.

–Ya lo he notado. Han tenido que hacerle mucho daño, ¿verdad?–La amargura me atenaza la garganta imaginando a Dan con otra mujer y sufriendo por ella. Borro la imagen de mi cabeza antes de que me haga más daño.

–Demasiado. Fue demasiado para él. Sufrió mentiras y la peor de las traiciones. Simplemente se hundió. Se volvió desconfiado e irascible con todo el mundo. Toda su furia y frustración la volcó en el trabajo y en el gimnasio. Apenas conseguíamos que saliera de casa. Pero un buen día empezó a ir a correr por el Paseo Marítimo y ese fue el principio del cambio. No sé cómo explicártelo. Se le veía luz de nuevo en la mirada. Tenía otra vez ilusión por vivir. En resumen, te conoció a ti.– Me sentía como una pompa gigante de jabón a punto de estallar.

Nos interrumpe el zumbido del portero automático y la pompa inevitablemente se desinfla.

–Deben ser los policías que vienen a tomarme declaración sobre el accidente– le explico a Mar para dejarla sola un momento y abrir. Cuando regreso a la terraza Nico se ha quedado dormido. – Sí, tenía razón. Son ellos. Ya suben. Será mejor que pasemos al salón, ¿no crees? Respecto a lo de antes...– Cruzo los dedos para poder retomar la conversación y obtener más información antes de que vuelvan a interrumpirnos...

–Rebeca, relájate. Conozco a mi hermano. Dan te quiere. Sólo necesita tiempo para abrirse del todo y contarte todo lo que tenga que contarte. No puedo decirte más. Confía en él y ten paciencia.

Esta vez suena el timbre de la puerta. Los agentes ya estaban aquí. Joder. Tiempo era precisamente lo que no teníamos. Esa noche la noticia del embarazo le caería a Dan encima como una bomba y no tenía ni idea de cuál sería su reacción. Todo había ido tan rápido. Habíamos corrido quizás demasiado y ahora... ahora esto. Se había puesto en marcha una cuenta atrás. Posiblemente la cuenta atrás para el fin de nuestra relación y la única que lo sabía era yo.

Estaba resultando una carga demasiado pesada.

–¿Rebeca Millán?

–Sí, soy yo– replico algo nerviosa al ver los uniformes. Una fantasía me viene inmediatamente a la cabeza. Mi Iron Man vestido de uniforme encima de la Ducati... o en el dormitorio... Uff... Desde luego mi problema con los uniformes era serio.

–Javier Vera y Francisco Alcázar, de la comisaría del Distrito Este.– Hace las presentaciones el más bajito de ellos mostrando las identificaciones. Preparo café para todos y nos acomodamos en el sofá del salón.

–Me temo que no recuerdo gran cosa del accidente– advierto al ver que uno de ellos saca un bloc de notas.

–No se preocupe. Es sólo un mero trámite. Además, había muchos testigos y comparando testimonios hemos podido identificar el vehículo. Sólo queda localizarlo y averiguar quién estaba al volante y se dio a la fuga.

–Bueno... lo único que puedo aportar y de lo que estoy segura es que se trataba de un todoterreno negro bastante grande, o eso me pareció a mí, pero no estoy segura de la marca.

–Su descripción coincide con las del resto de los testigos– comenta escribiendo en el bloc.

–Por mi parte les puedo asegurar que miré a ambos lados de la carretera antes de cruzar por el paso de peatones. No me explico cómo no vi el coche.

–Tranquila. La pregunta es cómo no la vio a usted el conductor a tiempo y por qué luego se dio a la fuga denegando así el obligado auxilio. Los testigos aseguran que el todoterreno aceleró su velocidad al llegar al punto donde se encontraba usted.

–Ocurrió todo tan deprisa... Cuando vi el coche ya lo tenía encima.– Un escalofrío me recorre todo el cuerpo recordándolo. Entonces no sabía que estaba embarazada. Joder..., podría haber perdido el bebé. Mi bebé... Me sorprende pasando la mano por el vientre en lo que supongo es un instinto de protección.

–¿Te encuentras bien, Rebeca? – pregunta Mar preocupada. – Te has puesto pálida de repente.

–Sí, sí. Es que me he alterado un poco al recordarlo.

–No se preocupe, no la molestamos más– dice uno de ellos poniéndose en pie. – Como le dije antes, esto es solo un trámite a seguir.

–Claro, lo entiendo.

–Javier, ¿tienes tú apuntada la dirección del tal... Podadera?– pregunta el agente que permanece todavía sentado en el sofá y pasando hojas en su bloc buscando algo.

–Sí, la tengo yo– responde su compañero cotejando notas.

Al escuchar ese apellido se me hiela la sangre. Será una coincidencia... Tiene que ser una coincidencia... me repito a mí misma intentando que la sangre vuelva a circular por mis venas.

–Disculpe... ¿Ha dicho usted... Podadera?– La pregunta apenas me sale del cuerpo y me pongo en pie.

–Así es. El vehículo identificado por varios testigos está a nombre de Samuel Podadera.– El agente me estudia en silencio durante unos segundos. – ¿Le conoce?– pregunta arqueando las cejas. Todas las miradas se centran en mí.

¡¡Madre mía!! Aquello no podía ser pura coincidencia. Todo me da vueltas y me dejo caer de nuevo en el sofá.

–Me estoy mareando. Mar, ¿puedes traerme un vaso de agua, por favor?– suplico con el pulso acelerado.

Esperan pacientemente a que me recupere de la impresión sin decir nada. En mi mente se va formando una película... una película de terror.

–No puede ser... ¿Por qué demonios...?– balbuceo en voz alta sin darme cuenta. Explico a la policía lo ocurrido con el padre de Virginia la mañana de aquel fatídico día. Escuchan con atención todas mis impresiones al respecto. Dejo claro en todo momento que los supuestos malos tratos del padre hacia su hija eran solo conjeturas mías y que lo puse en conocimiento de la directora del centro para que Servicios Sociales empezara a investigar un asunto tan delicado como ese.

–No hemos podido localizar al señor Podadera todavía. Tenemos un coche patrulla vigilando su casa y ahora íbamos hacia allí para hacer el relevo.

–Esto cambia el enfoque de la investigación– anuncia uno de ellos mirando fijamente a su compañero.

–¿Creen que puede tratarse de un intento de homicidio en lugar de un simple accidente?– Mar formula la pregunta mientras se sienta a mi lado y me coge del brazo.

–No podemos sacar conclusiones todavía. Lo único claro es que el vehículo le pertenece. Pero el conductor no ha sido identificado por ningún testigo. Al parecer el todoterreno tenía las lunas tintadas y eso lo hace todo mucho más difícil.

–¿Y ahora qué?– pregunto confundida. ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer?

–Como le digo no es posible afirmar todavía la autoría y la intencionalidad de los hechos, pero desde luego tampoco descartar nada. Por lo tanto, le aconsejamos que hasta que podamos interrogar a Samuel Podadera se mantenga alerta.

–¿¿Qué?? ¿Que me mantenga alerta?– Vale. Había conseguido asustarme

del todo.

–Quiero decir que si en algún momento se encuentra con él o cree haberle visto mantenga las distancias y comuníquelo urgentemente a la Policía. Por lo demás, creo que ya tiene usted asignado a uno de los mejores agentes para un servicio de protección y vigilancia.

–¿Perdón?– No tenía ni idea.

–Me refiero al agente Serrano– dice el policía poniendo los ojos en blanco.

–Rebeca, cariño– me ilumina Mar con unas palmaditas en el hombro y sonriendo – está hablando de Daniel Serrano, nuestro Dan.

–Ah– replico completamente abochornada al enterarme en ese momento de su apellido.

–Bueno, eso es todo por ahora. Nosotros nos vamos. Por supuesto si hubiese novedades la mantendremos informada. ¿Alguna pregunta o duda? – No... supongo que no– respondo resignada. Verás cuando se entere Dan, me susurra Escarlata mientras acompaño a los agentes de policía a la puerta.

–Es cuestión de tiempo que encuentren a ese hombre. No te preocupes. Sabes que Dan no dejaría que te ocurriese nada– intenta tranquilizarme Mar cuando regreso al salón.

–¿Crees que ha sido él?– Mi voz revela que estoy aterrada.

–Por lo que has contado, todo parece indicar que sí. Joder, era su coche.

–Pero, ¿cómo puede alguien llegar a hacer algo así? No le di ningún motivo.

–Rebeca, obviamente se trata de un hombre violento y posiblemente desequilibrado. No necesitaba motivo alguno. Creo que bastó con que le llevaras la contraria. No te tortures dándole más vueltas o buscando alguna explicación.

–Es fácil decirlo– suspiro esbozando un amago de sonrisa.

–La fiesta de despedida de esta noche te va a venir muy bien para despejarte un poco.

–Sí, la cena... ¿Crees que será seguro asistir?

–¿Bromeas?– replica Mar riéndose con soltura. – Estarás en un salón abarrotado de policías y con Dan pegado a ti todo el tiempo.

Esa era la única parte que me gustaba, aunque no estaba segura de cómo acabaría la noche después de hablar con Dan.

–¿Sabes ya lo que te vas a poner? El resto de la mañana lo dedicamos a pasar revista al escaso vestuario del que disponía en casa de Iron Man. Todo

era ropa casual y no había nada apropiado para una cena formal. Me planteo la posibilidad de ir a casa para recoger un par de vestidos, pero justo entonces suena mi móvil. Es él.

–Hola, Dan. Aquí sigo, vivita y coleando– respondo sonriendo a Nico que acaba de despertarse.

–¿¡Cuándo ibas a contarme lo de Samuel Podadera!?! Mierda. Otra vez... Me estaba gritando de nuevo. Debía haberse enterado por los agentes. Su voz es dura como el acero y me estremezco por dentro. Esta vez, en lugar de enfadarme con él y colgarle el teléfono, caigo en la cuenta de que en las dos ocasiones en las que había reaccionado así había sido porque estaba preocupado por mí.

Estaba asustado y eso me enternece.

–Cariño...– suavizo mi voz todo lo que puedo y parece surtir efecto. Dan guarda silencio y me escucha. – No he tenido ocasión.

Llegamos a casa muy tarde del hospital y luego en la ducha...

Mar tiene a Nico sentado en su regazo y ambos me miran con atención así que me interrumpo antes de decir nada comprometido.

–...lo olvidé y después me quedé pronto dormida. Además, no se me ocurrió que podría estar relacionado.

–Joder... No quiero que salgas sola a la calle. ¿Entendido?

–¿Qué? Dan no tengo nada que ponerme para la cena de esta noche y necesito ir a mi apartamento para recoger algún vestido.

–Nena, sin mí tú no vas a ninguna parte. Prométemelo.

Me quedo callada imaginándome asistiendo a la cena en vaqueros y camiseta.

–¡Prométemelo!– Dan estaba perdiendo la paciencia.

–Vale, te lo prometo– respondo para que se calme.

–¿Estas bien, preciosa?– El tono de su voz cambia por completo.

–Te echo de menos...– susurro dándome la vuelta avergonzada por la presencia de Mar.

–¿Sabes lo primero que quiero hacer cuando llegue a casa?

–Sí, lo sé. Una ducha– replico sintiendo ya palpitations en mi zona íntima al recordar cómo me hizo el amor bajo el agua de la manera más lenta y exquisita.

–Exacto. Hasta la tarde, Rebeca.

Cuelga el teléfono y me quedo allí de pie con las piernas temblando, recordando el tacto de sus manos enjabonadas sobre mis pechos y cómo me acariciaba y me separaba los glúteos antes de...

–Te ha prohibido que salgas de casa sin él, ¿verdad?– Afortunadamente Mar me devuelve a la realidad. Asiento con la cabeza.

–¿Y ahora qué hago yo esta noche? Dan volverá tarde para ir de compras o para acompañarme a mi apartamento.

–¿Qué talla tienes?– inquiera Mar entornando los ojos.

–Una 38.

–Perfecto. Yo tengo una 40. Todavía no he recuperado mi peso después del embarazo, pero seguro que en casa encontramos algo que te guste. Venga, bajemos a mi piso– dice colocando a Nico de nuevo en su sillita.

–¿De verdad?– pregunto ilusionada.

–¿Te queda mucho?– pregunta Dan impaciente desde el otro lado de la puerta del dormitorio.

–Ya casi estoy.

–Mentirosa... Eso dijiste hace 10 minutos.

Cuando Dan regresó después del trabajo agradecí que no me preguntara por la visita de los agentes aquella mañana. Estaba segura de que había hablado con ellos ya que estaba al tanto del nuevo giro que había dado la investigación del accidente. Había reaccionado mal y todo porque tenía miedo. Miedo por mí. No hablar de aquello normalizaba de manera extraña la situación y yo no quería estropear el aparente estado de calma en el que llegó a casa. De todas formas no hubo cabida para ninguna conversación. Al llegar y cerrar la puerta de casa se quedó quieto, inmóvil, saboreándose con la mirada de la cabeza a los pies y entonces pronunció como sólo él sabe hacerlo esas dos palabras que, según la intención implícita en ellas, decían tantas cosas... Hola preciosa. Avanzó hasta mí muy despacio, con cautela. Sin apenas rozarme con los dedos fue abriendo la hilera de botones que cerraba mi vestido desde el escote hasta la zona por debajo del ombligo. Me estaba torturando con la lentitud de sus movimientos pero a la vez excitándome más y más. Sentía el calor de sus manos a escasos centímetros de mi piel y me moría porque me tocara. Por fin, deslizó por encima de mis hombros la tela hasta que el vestido cayó a mis pies.

–Joder...– exclamó entre dientes. – ¿Desde cuándo vas sin ropa interior? Abrió mucho los ojos y se humedeció los labios con la lengua.

Retrocedió un par de pasos para contemplar mejor el panorama y fue en

ese momento cuando sentí de verdad que me estaba desnudando. Sus impactantes ojos grises recorrían cada centímetro de mi piel y se teñían de lástima y furia a la vez al reparar en la nueva tonalidad de los moratones de la cadera a causa del impacto del coche.

–Te estaba esperando– expliqué encantada de haberle sorprendido. – De hecho llevo toda la vida esperándote– confesé sin pudor concentrándome en su boca. Esa boca...

–Y yo a ti, nena. Y yo a ti.

Me cogió por sorpresa en brazos, perdiendo sus labios en los míos mientras me llevaba hasta la ducha. Esta vez fue diferente a la anterior. Ninguno de los dos quería ir despacio. Teníamos un hambre atroz que saciar. Yo preparaba la temperatura del agua y él se iba desnudando. La camiseta se la quitó por la cabeza en un sólo movimiento y los vaqueros se le resistieron a pesar de los tirones que les daba. A punto estuvo de perder el equilibrio y acabar en el suelo. No pude evitarlo y me dio la risa.

–Es la segunda vez que te ríes de mí al verme desnudo– se quejaba cerrando la mampara tras de sí y acorralándome contra la fría pared. – Voy a tener que hacer algo al respecto, graciosa.

–¿Ah, sí? Espero que sea una amenaza y que la cumpla bien, agente.–
¡Cómo me gustaba provocarle!

–Descuida. Vamos a recordarle a los vecinos cómo me llamo.

–¿Qué?

–Nena, voy a hacer que te corras de manera espectacular y cuando creas que no puedes soportarlo más quiero oírte gritar mi nombre bien fuerte, alto y claro. ¿Entendido? Solo con escuchar esas palabras mi vértice estaba ya convulsionándose a medio camino del clímax. Mientras me devoraba la boca regalándome su sabor, masajeaba mis pechos con las manos enjabonadas. Los estrujaba una y otra vez, como si no hubiera calibrado el tamaño todavía, y me retorció y pellizcaba los pezones de manera despiadada, sin compasión ante los quejidos y súplicas que salían de mi garganta. Mis uñas recorrían su espalda arriba y abajo hasta que ya no pude más. Le necesitaba dentro de mí con urgencia. Le agarré el trasero con fuerza, le empujé contra mí y le enrosqué una pierna alrededor de la cintura.

–Dan...– jadeaba desesperada por sentirle.

–Sé lo que quieres, nena, pero tienes que pedirlo bien.

No me hacía caso. Se libró de mi pierna y fue recorriendo con las manos mis caderas y muslos hasta quedar de rodillas. Verle allí postrado me hacía sentir poderosa, hasta que levantó la cabeza para mirarme y me di cuenta de que él tenía todo el control. Quería que suplicara.

–Dan... por favor– acerté a decir tirándole del pelo para detenerle.

Aquello era brutal, pero quería correrme de otra manera, con él deseando enterrarse para siempre dentro de mí. Ignoró cruelmente mi ruego no sin antes desplegar su bonita sonrisa para probar después mi sabor. Estaba demasiado excitada y las caricias y golpes de su lengua contra mi clítoris empezaban a resultar dolorosas. No aguantaría así mucho más tiempo.

–¡Dan, por favor!– repito sin apenas controlarme.

–No te escucho, nena. Suplica más fuerte.

¡El muy...! ¡Menuda tortura!

–¡Dan, por favor...! No sirvió de nada y su lengua continuó acariciándome cada vez más rápido. Sus manos se aferraban a mi culo con fuerza para que no pudiera moverme. Mierda. Estaba a punto de correrme.

–¡¡Dan!! ¡¡Te necesito dentro ya!! ¡¡Por favor!! Al oír aquello, Iron Man se puso en pie. Me levantó con una facilidad asombrosa y me estampó contra la pared al tiempo que yo le abrazaba con las piernas.

–Mírame. Si dejas de hacerlo, pararé– advirtió antes de introducirse en mí con una fuerte estocada.

–Quiero que me necesites así siempre, nena, como yo te necesito a ti. No lo olvides nunca...

No era ni una orden ni un deseo. Estaba... ¿suplicando? ¿¿Por qué??

–Yo siempre seré tuya, Dan. Te quiero...– le susurré al oído escondiendo la cara en su cuello y rompiendo así el contacto visual.

Sus caderas se detuvieron y su miembro quedó inmóvil en mi interior sintiendo la intensidad de mis palpitations luchando contra las suyas.

–¡ Mírame, nena! ¡No dejes de hacerlo, por favor! Era todo tan íntimo y tan profundo que al mirarnos era como si estuviésemos contemplando el alma del otro. Sus embestidas empezaron de nuevo y esta vez a un ritmo frenético, casi salvaje. Me dolía la zona contusionada de la cadera, pero por nada del mundo me hubiese quejado. Por mí como si me rompía la espalda.

–Estás a punto, ¿verdad? Yo también...

Sus palabras no eran presuntuosas. Sabía cómo reaccionaba mi cuerpo a la perfección.

–¡¡Dan, más rápido!!

–Claro que sí, preciosa. Vas a matarme, ¿lo sabes? Nos convertimos en dos animales en celo, devorándonos mutuamente. Me aferré como pude a sus anchos hombros temiendo aun así dejarle arañazos por todas partes. Y entonces, justo antes de estallar dentro de mí los fuegos artificiales de un colosal y prolongado orgasmo, justo entonces... lo dijo.

–Rebeca, te quiero.

Esas palabras resonaban todavía en mi subconsciente hora y media después. Llevaba casi 35 minutos arreglándome y estaba batiendo mi propio récord. Normalmente no tardaba más de 15 minutos, pero maquillar las magulladuras y contusiones del brazo y encontrar un peinado que disimulara la herida de la cabeza llevaba su tiempo.

El vestido que Mar finalmente me prestó no era mi estilo, pero tenía que reconocer que me quedaba sorprendentemente bien. Era un conjunto muy elegante de raso negro salpicado de diminutos brillantes que me llegaba a la altura de las rodillas. Se ajustaba perfectamente a mi cuerpo, como una segunda piel y me hacía sentir muy sexi, sobre todo por el pronunciado escote en V que me obligaba a prescindir del sujetador.

–Bueno, ya estoy...– No pude terminar la frase porque no estaba preparada para lo que tenía delante.

–¡Estás estupenda, preciosa! La espera ha valido la pena, desde luego– comenta él propinándome un azote en el culo y asomándose al escote. – ¿Llevas sujetador?– Sus ojos vuelven a tornarse oscuros y peligrosos.

–Olvídate de mi sujetador. ¿¿Qué llevas tú y por qué demonios no te lo he visto antes??

–Vaya, deduzco que te gusta... Es el traje de gala y la ocasión lo merece. Todos asistirán a la cena con la misma indumentaria.

¿Que si me gusta? Don Perfecto, el Titán caído del cielo, mi Iron Man ¡¡vestido de policía!! Esta es la prueba de que Dios existe y además es mujer. El traje es azul marino oscuro o negro (nunca he podido diferenciarlos) y consta de pantalón y chaqueta con vistosos botones dorados y camisa blanca con corbata negra. Una gran gorra blanca con el emblema de la policía remata el atuendo.

Me acerco para admirar con detenimiento dos broches prendidos en el pecho de la chaqueta.

–Así que eres de las que les ponen los uniformes, ¿eh? Tú de enfermera

viciosa tienes que estar para re...

–No te rías de mí. Estás guapísimo y muy elegante, Dan. ¿Son medallas?– pregunto acariciándolas e intentando apartar de mi mente a Dan realizando un striptease para mí en el dormitorio.

Hacerme la tonta siempre se me había dado bien. Conocía a la perfección el significado de aquellas condecoraciones gracias a papá, pero no quería espantar a Dan del todo. Cariño, por cierto, vas a ser padre y el futuro abuelo es el capitán Millán. ¿Lo conoces? Mierda... No se me había ocurrido antes esa posibilidad.

–Sí. Nos las concedieron a todos los chicos de la unidad. Una por el éxito de una operación antidroga que llevó casi dos años de investigación y vigilancia y la otra por la trayectoria alcanzada hasta la fecha en tan poco tiempo.

–Tienes que estar orgulloso de tus logros– afirmo con rotundidad. Me rodea con los brazos la cintura y me aprieta contra él.

–De unos más que de otros.

Me besa con pasión y sé que se está refiriendo a mí. Solo esperaba que siguiese pensando lo mismo al final de la velada.

La fiesta sorpresa se celebraba en el restaurante de uno de los grandes hoteles de la costa, a escasos kilómetros de la ciudad. El salón era magnífico, totalmente rodeado de espléndidos ventanales que llegaban desde el suelo hasta el techo y permitían apreciar las vistas de una espectacular piscina exterior en cuyo centro se encontraban y entrelazaban dos palmeras cocoteras que creaban un curioso arco natural por encima del agua.

–Si quieres luego podemos darnos un baño– me susurra Dan al ver que me quedo embobada. Me acaricia la espalda y me agarra por la zona dolorida de la cadera. Sin poder evitarlo doy un respingo. – Todavía no tengo claro que haya sido una buena idea venir.

¿Seguro que estás bien?

–¡Ja! ¿Y me lo preguntas después de resistir el combate cuerpo a cuerpo de la ducha?– Le aprieto más la corbata y él responde con un suave rugido.

El salón ya se encuentra repleto de invitados. La mayoría de los hombres llevaban el mismo traje de gala, con la diferencia del rango, número y tipo de medallas. Si me separaba un instante de Dan me costaría la vida encontrarlo de nuevo. Sería como jugar a ¿Dónde está Wally? Le sujeto con más fuerza el brazo al tener esa ocurrencia.

–¿Nerviosa? Estoy seguro de que enseguida congeniarás con mis compañeros y sus familias. Yo me enamoré de ti nada más verte– añade besándome dulcemente en la sien. – Vamos.

Estaba emocionada ante semejante confesión. Todavía no me había recuperado del Te quiero de la ducha... ¡y ahora esto! Me sentía a cada minuto con más determinación para contarle a Dan esa noche lo del bebé. Quizás...

Después de un rato creo que mi Robocop me ha presentado por lo menos a la mitad de los allí presentes y por supuesto no recuerdo ya los nombres y las caras empiezan a bailar en mi memoria. Mi chico está contento, pero se pasa la mano por el pelo en un par de ocasiones.

–Estás tenso. Relájate. Lo estoy pasando muy bien.

Sonríe y me regala otro beso. En ese momento las luces del salón se atenúan hasta casi quedarnos a oscuras y una cadena de siseos pidiendo silencio recorre el restaurante.

–¿Qué ocurre?

–El homenajeadado está a punto de llegar– susurra Dan al oído deteniéndose en mi pelo para olerlo. Se me escapa un suspiro. Me encanta que haga eso...

En la pequeña escalinata de la entrada aparece una pareja mayor cogida de la mano. La señora es bajita y algo rechoncha pero va muy elegante con un clásico traje de chaqueta con falsa plisada color champán. Hace de lazarillo guiando al que creo que es su marido.

Éste lleva los ojos vendados con un divertido pañuelo de flores que contrasta con su serio traje sastre marrón. Cuando ella le retira la venda de los ojos, vuelve la luz y todos gritan ¡Sorpresa! rompiendo en aplausos. Parece realmente impactado y ella está muy emocionada a punto de llorar. Forman una pareja encantadora.

Mientras hacemos turnos para felicitar al invitado de honor por su jubilación, un desfile de camareros va diseminándose por el restaurante ofreciendo todo tipo de aperitivos. Es una cena cóctel y pronto se van formando pequeños grupitos alrededor de las escasas mesas. Dan está enfrascado en una conversación con varios compañeros, pero me sujeta de la cintura en todo momento. Un camarero se acerca con una bandeja de bebidas y Dan coge dos copas de vino blanco. El resto de amigos le imitan.

–Chicos, hagamos un brindis por la jubilación merecida de Ramón y porque todos lleguemos así de bien el día de mañana– propone uno de ellos.

Me quedo sin saber qué hacer por un momento. Joder. No puedo beber

alcohol. Dan me observa por el rabillo del ojo y secundo el brindis, pero sólo me mojo los labios. Tendría que dejar la copa con disimulo y buscar una Coca cola light.

Los chicos empiezan a hablar de cuestiones de trabajo y una de las invitadas que Dan me ha presentado empieza a contarme todo sobre ella. Es agradable, pero quizás demasiado charlatana y extrovertida. En cinco o diez minutos conozco su vida, obra y milagros...

Me cuenta que se dedica a la hostelería y que espera que a su marido pronto le den traslado a otra unidad donde se dedique sólo a trabajos administrativos. Recuerdo las ocasiones en las que Dan se ha quejado del papeleo burocrático después de cada operación. No me lo imagino sentado todo el día detrás de una mesa. Necesita la adrenalina que le proporciona la acción de la calle.

Mientras la escucho me atiborro de todo tipo de canapés que los camareros van ofreciendo. Debido a la moda culinaria de la deconstrucción de los alimentos necesito la ayuda de mi nueva amiga para identificar varios de los entrantes. Me libero de la copa de vino blanco y espero pacientemente hacerme con algún refresco. La cotorra, creo que se llama Marga, sigue y sigue hablando. Su marido es alérgico al marisco, su suegra se ha quedado cuidando de los niños,... Necesito un descanso y con la excusa de buscar otra bebida escapo a tiempo. Me abro paso entre la gente hasta llegar a una de las mesas donde los camareros tienen dispuestas un sin fin de copas.

—¿Rebeca?— escucho a mi espalda. No puede ser...

—¿¿Papá?? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Tú que crees?— responde señalando con la mano abierta su uniforme de gala y mofándose de la pregunta. — Ramón fue compa ñero mío y no me quería perder su despedida.— Mira a mi alrededor buscando algo y sé lo que es. — La pregunta, cariño, es qué haces tú aquí.

De momento intentaba que el corazón me bajase de la boca a su sitio habitual y todo por tener a mi padre y a Dan en la misma habitación. Me sentía como si volviese a tener 15 años.

—Han invitado a mi novio y...— Aquello no tenía arreglo y me encontraba en un callejón sin salida.

—Vaya. Tu madre y yo pensando que seguías convaleciente en casa y tú de fiesta con tu novio misterioso sin venir a vernos.

Joder. Estaba realmente enfadado. Visto así... el hombre tiene razón, ¿no crees?, alega el espíritu aletargado de Escarlata. Bajo la vista sintiéndome

como siempre culpable.

–¿Mamá está contigo?

–No. Se ha quedado en casa con jaqueca. Y no me cambies de tema. ¿Quién es tu novio? Quiero conocerle de una vez por todas. ¿O es que tampoco te parece bien este momento? Busco con la mirada a Dan y veo que sigue charlando con sus compañeros pero empieza a fruncir el ceño intentando localizarme entre la gente.

–Se llama Dan y es un chico encantador. Te va a gustar, papá, pero tienes que prometerme que le vas a dar una oportunidad...– Estoy nerviosa y me crujó los nudillos de manera nada femenina.

–No me gusta oírte hablar así. Tampoco soy tan malo. Lo único que quiero es conocerlo. No pido tanto. ¡No me digas que es familiar de Ramón!– exclama ilusionado. Menudo chasco y cabreo se iba a llevar...

–No... pero sí le conoce.– ¡Por dios, que no me monte una escena delante de todo el mundo!

–Ah... le conoce.– Entorna los ojos y adivino en sus ojos la sombra de la sospecha. – ¿De qué le conoce?

–Han sido... compañeros– confieso finalmente.

Miguel Millán pone los ojos en blanco y coge aire preparándose para comerme con papas y decirme de todo menos bonita. Había incumplido la única directriz impuesta por el patriarca de la familia.

–¿Y me tengo que enterar así? Rebeca, no sabes lo disgustado que estoy en este momento. ¡Nada de salir con policías! Es lo único que os pedí a tu hermana y a ti. ¿Tan difícil era de conseguir? No quiero para vosotras la vida de sufrimiento e incertidumbre que ha tenido vuestra madre por mi culpa. ¿Tienes idea de cómo se sentía ella cada vez que me retrasaba al volver a casa o cuando escuchaba en las noticias algún suceso ocurrido en mi distrito? Cariño, no es vida, de verdad.

–Sé que quieres lo mejor para mí y estás preocupado, pero... ¿qué puedo decirte para que lo entiendas? No estaba en mis planes enamorarme de un policía, te lo aseguro. Simplemente ocurrió y ya no me imagino la vida sin él.

–¡Por favor! ¡Si apenas le conoces! ¿Cuánto tiempo lleváis juntos, 5 o 6 semanas? ¿Cómo dices que se llama?

–Dan... Se llama Daniel Serrano. Trabaja en la UDYCO y...

–¿¿Qué?? Nos vamos ahora mismo– espeta cogiéndome de la mano. – No quiero que te pongas en ridículo.

Aquello pasaba de castaño oscuro y no estaba dispuesta a claudicar.

–El que se está poniendo en ridículo eres tú papá– le reprocho soltándome de un tirón. – Estoy harta de que me trates como si fuese una cría. He venido con Dan y me voy con él.

–No sabes lo que estás diciendo, Rebeca. Vámonos y de camino a casa hablamos.– Vuelve a cogerme de la mano insistiendo.

–Si a mamá le ha ido bien, ¿por qué a mí no? Y si no funciona– trago saliva ante semejante idea – ya soy lo bastante mayorcita para asumir mis propios errores.

Me doy la vuelta apretando los dientes con rabia.

–No se trata de eso, cariño.... No puedo quedarme quieto sin hacer nada cuando veo que vas a estrellarte. Estás muy equivocada con ese chico...

Ya no podía más.

–¡No, papá! Estaba muy equivocada contigo. Pensaba que quizás lo entenderías, pero veo que no.– Salgo disparada hacia el cuarto de baño. Necesito estar sola para calmarme un poco antes de regresar al salón. El servicio de señoras tiene un espejo rectangular enorme con cuatro lavabos. Hay una rubia espectacular retocándose el maquillaje y de repente repara en mí.

–Hola... ¿Te encuentras bien?

–Sí... No... Disculpa– acierto a decir antes de buscar corriendo un inodoro para vomitar. ¡Maldita cocina de autor! Estaba claro que al bebé no le gustaba tampoco. Cuando salgo la rubia sigue allí, con su exuberante vestido rojo y larga melena ondulada. Es una auténtica Barbie que acomplejaría a cualquiera.

–¿Seguro que estás bien? No lo parece– asegura levantando una ceja perfectamente delineada.

–Ya me encuentro mejor. Supongo que algo no me ha sentado bien– respondo mientras me enjuago la boca y me lavo las manos bajo unos atentos ojos azules.

–Si quieres llamo a un médico.

–No es necesario, de verdad, pero gracias. Además no quiero alarmar a mi novio y estropearle la noche.– Si Dan viese a un médico atendiéndome...

–Me llamo Sandra, encantada– se presenta extendiendo una mano con una manicura francesa impecable. – Me temo que pertenezco al club de las policías consortes– explica refiriéndose así a las mujeres de policías mientras se echa otro vistazo al espejo. Estaba claro que le gustaba mirarse. En ese

momento me doy cuenta de lo ñoña que es. ¿Otra rubia tonta?

–Yo soy Rebeca y no pertenezco a ningún club– respondo arrepintiéndome por no haberme pintado las uñas.

–Tiempo al tiempo. Algunos son difíciles de cazar y otros de conservar.– Su voz suena fría y calculadora.

¿Cómo? No me podía creer lo que estaba escuchando... Sonrío por educación y me retoco el peinado. No me gusta nada verme en el espejo y compararme con ella. Típica rivalidad femenina.

–¿Con quién has venido?– pregunta curiosa y sin rodeos.

–Oh... Mi novio es compañero del policía que se despide hoy.

Se llama Dan.

–¿Daniel, Daniel Serrano? Sonrío a modo de respuesta y ella guarda en el bolso baguette el arsenal de maquillaje y empieza a caminar muy despacio a mi alrededor.

–Así que tú eres la que se está follando a mi marido...

Capítulo 14

–Así que tú eres la que se está follando a mi marido.

La Barbie no tenía nada de inocente. Se había transformado de repente en “la mala” de algún culebrón sudamericano y yo no estaba dispuesta a participar en la pelea de gatas.

–¿¿¿Qué??? ¡¡No!! Estás cometiendo un error. Te aseguro que mi novio no está casado– afirmo retrocediendo un paso. Cuando termino la frase me doy cuenta de lo ridícula que suena.

–Estás segura, ¿eh?– Me reta con una mirada de superioridad y desprecio que empieza a hacer mella en mí.

Su sonrisa muestra unos dientes blancos y perfectos. Juraría que estaba disfrutando con aquello en lugar de encontrarse horrorizada como yo.

–Daniel Serrano sólo puede haber uno, guapa– añade a modo de explicación. – Alto, moreno, ojos grises, cuerpazo... Tiene una hermana que se llama Mar, le gustan las motos... Tú no tienes novio, bonita. Tienes a un hombre casado que se ha buscado a una putita con la que follar para matar el tiempo – dice con frialdad glacial mientras se coloca mejor en el sujetador las tetas operadas. – ¿Quieres que vayamos a comprobarlo? Conforme la estoy escuchando me giro y me encuentro con mi reflejo en el espejo. Lo que veo al mirarme es miedo. No podía haberme equivocado tanto con él. Era imposible engañar a alguien así de bien. Hoy mismo me había dicho que me quería mirándome a los ojos mientras hacíamos el amor. La rubia tenía que estar mintiendo por algún motivo... por favor.

–Sí, vamos a comprobarlo– respondo con rabia contenida para disfrazar el pánico que se apodera de mí por segundos.

Salgo del servicio de señoras casi tan rápido como entré. Diviso a Dan a lo lejos charlando con el mismo grupo de compañeros. Por el camino una mano me agarra de la muñeca y me detiene.

–Rebeca, déjalo. Vámonos a casa.– Mi padre me sorprende de nuevo.

–¡Papá, ahora no!– respondo exaltada y muy nerviosa.

–Por favor...

Que mi padre suplicara incrementó mi inseguridad y mis temores. ¿¿Es que acaso lo sabía?? ¿Sabía que Dan estaba casado y por eso insistía tanto en que

nos marchásemos de allí a toda costa? Ahora empezaba a encajar todo. Tenía razón cuando dijo que no lo estaba entendiendo. Papá no estaba enfadado por el hecho de que mi novio fuese policía, sino porque estaba casado y me había engañado.

–Necesito hablar con él, papá– explico acariciándole la mejilla para tranquilizarlo.

Las piernas apenas me sostienen pero cumplen su función y me llevan hasta el que yo creía que era el amor de mi vida. Cuando Dan me ve frunce el ceño extrañado.

–¿Todo bien, nena? ¿Te encuentras bien?– pregunta preocupado apoyándome una mano en el hombro.

Allí estaba yo, plantada delante de él sin poder articular palabra, sin valor para preguntárselo. Pero la expresión de su cara se transforma por completo de repente e intuyo por qué. Ella está detrás de mí, sonriendo triunfante y Dan la mira con la boca abierta y pasándose la mano por el pelo bastante nervioso. ¡No! ¡No! Ya no hay nada que preguntar y todo queda claro como el agua. Vuelvo a sentirme como la idiota de siempre. Pero esta vez me había superado con creces...

–Tenías razón, Dan. No ha sido una buena idea venir– acierto a decir sin poder reprimir las lágrimas y forzando la más amarga de las sonrisas.

Mierda. Me siento todavía más humillada por llorar en público, pero el dolor es tan grande que no puedo parar y siento que me asfixio allí dentro con tanta gente. Y entonces, haciendo acopio del poco valor que me queda, lo digo.

–Adiós, Dan.

Me doy la vuelta, pero él me sujeta un brazo con fuerza.

–Cariño, espera. Te lo iba a decir...

Su mano me quema la piel y me la quito de encima de un tirón.

Tengo el estómago revuelto y siento náuseas, pero no es culpa del bebé sino de tanta hipocresía y tanta mentira.

–¡No vuelvas a tocarme! – le grito. – ¡No lo soporto! ¿Y qué es eso de cariño? Te estás equivocando de persona. No quiero volver a verte en mi vida. Búscate a otra idiota, que ésta ya ha tenido bastante.

–¿¿Qué?? ¡Ni hablar!– exclama con los ojos desorbitados. – Nena, no digas eso. Escúchame. Yo... te quiero...

Sus palabras me hieren mortalmente y terminan por destrozarme el corazón para siempre. Le propino una bofetada en la que vuelco toda mi rabia y a la vez todo mi dolor. Entonces me doy cuenta de dónde estamos y de que hemos

conseguido máxima audiencia con el culebrón. Salgo corriendo hacia la salida del restaurante y salgo corriendo también del hombre al que he amado con locura y con el que voy a tener un hijo. Joder...Papá me da la mano y ahora sí me agarro a ella con todas mis fuerzas.

–Sácame de aquí, ¿quieres?– le pido entre lágrimas.

–Claro que sí, cariño.

Ninguno de los dos dice nada en el coche. Mi padre va atento a la carretera y yo sólo soy capaz de llorar. No pregunto adónde vamos. Sé que me lleva a casa y por primera vez en muchos años la añoro de verdad.

–Tu madre debe estar dormida ya después del ataque de jaqueca, así que no la despertaremos.– Abre con sigilo la puerta y me deja pasar primero. – Mañana se llevará una bonita sorpresa– dice con una sonrisa mientras me ofrece un pañuelo de papel de la caja que hay en la mesa de la cocina. – Ven, te acompaño a tu habitación.

Cuando entro en mi dormitorio, compruebo que todo está tal y como lo dejé años atrás, salvo los viejos posters de la pared que han desaparecido. Siempre esperaban que volviera y en el fondo sabían que lo haría. Esa idea me deprime aún más dadas las circunstancias.

–¿Todo bien, Rebeca?– pregunta mi padre al ver que observo con detenimiento la habitación.

–No, papá. Nada va bien– digo entre sollozos mientras me dejo caer abatida encima de la colcha de la cama.

Se abren de nuevo las compuertas y lloro desesperada. Papá se sienta conmigo y me consuela entre sus brazos.

–Shhh, ya está, ya está...Hay hombres a patadas y encontrarás a uno mucho mejor que ese.

Me acaricia el pelo y no puedo evitar sentirme algo extraña por las muestras de afecto del “sargento de hierro”. Miguel Millán no era muy dado a mostrar sentimientos ni a hablar de ellos, pero siempre que mi hermana Silvia y yo le habíamos necesitado había estado allí.

–No me gusta verte así de hundida, Rebeca. Hemos criado a dos hijas fuertes que son capaces de enfrentarse a lo que sea en la vida. Mañana lo verás todo de otro color, ya verás. Además, sabes que puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras, ¿verdad? Tiempo... Tiempo era lo que no tenía. La cuenta atrás del embarazo me estaba asfixiando y de repente supe cómo cambiar aquello.

Necesitaba contárselo a alguien o iba a volverme loca. El padre de la

criatura al parecer estaba descartado, pero... ¿y el abuelo? Desde luego no lo había imaginado así pero necesitaba cerrar los ojos esa noche habiéndome quitado esa carga de encima después de compartirla con alguien.

–Papá, hay algunas cosas que no te contado. De hecho, una de ellas no la sabe nadie todavía...– confieso sonándome la nariz e intentando calmarme un poco.

–Vaya. ¡Por fin voy a ser el primero en enterarme de algo! ¡Qué novedad!

–Papá...– Pongo los ojos en blanco, pero al pobre no le falta razón.

–Perdón, perdón... ya me callo, no sea que te arrepientas.– Los dos sonreímos y yo inspiro profundamente antes de soltar la bomba.

–A ver... ¿por dónde empiezo? ¿Por contarte que estoy embarazada o por decirte que creo saber quién me atropelló y por qué? La liberación que siento es tan grande que no me importa ya tanto la reacción de mi padre. Al escuchar aquello, se levanta de inmediato como si se hubiera sentado por accidente en la cama de un faquir. Cierro los ojos esperando gritos y reproches, pero él se limita a dar vueltas por la habitación con cara de póker y las manos a la espalda sumido en un profundo silencio. Aquello era nuevo para mí.

Nunca había reaccionado así y me estaba preocupando. Desde luego eres única dando noticias, guapa. Espero que no caiga fulminado de un ataque al corazón, suelta Escarlata tan positiva como siempre.

–Papá, di algo, por favor.– No soporto el incómodo silencio.

–Empieza por lo que, de momento, más me preocupa: el atropello.

Si no lo veo no lo creo... Miguel Millán acaba de enterarse de que su hija veinteañera, soltera y sin trabajo estable está embarazada... ¡y la noticia que más le interesa es la otra! Desconcertada le cuento lo que descubrimos los agentes y yo durante mi declaración en casa de Dan y que me mantendrían informada cuando localizaran a Samuel Podadera y le interrogaran.

–Hasta que encuentren a ese cabrón, no quiero que salgas sola de casa, ¿entendido?– Exactamente la misma respuesta que Dan.

Curioso...

–Pero papá, el lunes tendré que acudir de nuevo al Manantial.

No puedo dejar de ir al trabajo por una mera sospecha.

–La sospecha es lo bastante seria como para tenerla en cuenta.

Si hace falta yo mismo te llevo al Instituto y te recojo después. Además, no creo que tarden mucho en dar con él.

Me llevo las manos a la cabeza algo agobiada por la situación.

Había vuelto a casa de mis padres embarazada y por si eso no fuera poco

papá me llevaría todos los días al instituto. ¡Dios, qué surrealista!

–Todavía no has dicho nada respecto al embarazo...– No me atrevo a mirarle a la cara.

–¿Lo sabe él?– Vuelve a sentarse junto a mí y me coge de la mano.

–Iba a decírselo esta noche, pero como sabes ha habido un pequeño cambio de planes– respondo encogiéndome de hombros y tragando saliva para no llorar de nuevo.

–¿Estás bien, cariño?

–No, papá. No estoy bien. Estoy aterrada.– Las lágrimas se desbordan de nuevo por mis mejillas y mi padre me abraza con fuerza.

–Nosotros te apoyaremos en todo, Rebeca, decidas lo que decidas.

–¿Qué? ¿A qué te refieres?– inquiero levantando la cabeza y mirándole a los ojos.

–¿Has decidido tenerlo? – Su voz sonaba dura y grave.

–¿Estás sugiriendo que...?– Soy incapaz de acabar la frase. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

–¡No, por dios! No estaba sugiriendo eso, cariño. Lo único que quiero decirte es que estamos contigo al cien por cien para lo que tú quieras, independientemente de nuestra opinión.

–Papá, todo ha ocurrido tan rápido... Fue en el hospital cuando me enteré de que estaba embarazada y apenas he podido asimilar todo esto, pero lo único que tengo claro desde el primer momento es que quiero tener este bebé. Es parte de mí.

Es parte de ti y también es parte de Dan. Eso siempre será así, ¿lo sabes, verdad?, añade el espíritu de Escarlata. Un nudo se forma en mi garganta. Dan... No sólo será siempre el amor de mi vida que me destrozó el corazón en mil pedazos para no poder recomponerlo jamás y seguir adelante. Estaré siempre unida a él por el bebé. Si se parece a él... Si tiene sus ojos grises, la forma de sus labios... Estaré condenada a sufrir cuando le vea reflejado. Tendría que aprender a vivir con ello y no me iba a resultar nada fácil.

–Me alegra oír eso, Rebeca. Ya verás tu madre mañana cuando se entere...

– Papá me abraza y me zarandea suavemente. – Mañana mismo empiezo con la reforma del jardín– anuncia con determinación.

–¿El jardín? Creía que estaba bien así...– replico sin entender a qué venía aquello.

–Nena, en unos meses habrá tres diablillos correteando por esta casa y no quiero que mis nietos se abran la cabeza con la rocalla que delimita las hortensias ni quién sabe qué más peligros en los que todavía no he pensado. ¡Tres nietos! ¡Y casi a la vez! Vamos a tener que montar una guardería aquí tu madre y yo. ¡Sí, eso es! Voy a diseñar un parque infantil al aire libre para que jueguen los niños.

Será como una especie de pista americana de entrenamiento...

–¡Papá!–le grito sonriendo y tirándole uno de los almohadones de la cama.

–Déjame que lo disfrute. Sólo he tenido niñas y mi apellido se perderá para siempre, pero ahora... Ahora voy a criar a tres machotes. ¿Tienes idea de lo feliz que me siento?– Está de pie junto a la puerta, con la mano en el picaporte y con una sonrisa radiante.

–¿Cómo estás tan seguro de que será niño? Hay también un % de probabilidades de que sea una niña.– Me mira como si me hubiesen salido dos cabezas.

–¿Estás de broma? ¡Daniel Serrano será todo lo que tú quieras, pero el mejor agente que entrené y formé en la academia de policía no puede engendrar niñas...! Me cuesta creerlo...– Sonríe por su ocurrencia, pero yo siento un aguijón que se me clava en lo más profundo del corazón y tuerzo el gesto.

–Perdona, cariño. Ha sido una broma de mal gusto. Sólo quería quitar hierro a la situación.

–Lo sé, no te preocupes. Estoy muy cansada. Ha sido un día lleno de fuertes emociones– digo enarcando las cejas e intentando sonreír para tranquilizarlo.

–Que descanses. Ya verás cómo mañana será otro día...

Cierra la puerta de la habitación despacio y me quedo a solas.

Me siento tan extraña a pesar de estar en mi dormitorio de siempre.

Mañana será otro día. En lugar de sonar a palabras de consuelo me sonaban a amenaza. Cuando amaneció comprendí por qué. Recordé a la Barbie, sus desagradables palabras y la expresión en el rostro de Dan al verla. Fui consciente de que era el primer día del resto de mi vida sin él y no sabía cómo enfrentarme a aquello.

Dudo a la hora de encender o no el móvil como hacía todas las mañanas. Lo había apagado antes de ir a la cena. ¿Y si llamaba él? No podía volver a oír su voz, pero tampoco podía esconderme del resto del mundo. Al conectarlo veo con horror que tengo 18 llamadas perdidas de Dan a lo largo de toda la

noche y un sólo mensaje.

Dan ► *Nena, no me hagas esto... Deja que te lo explique, por favor. Necesito verte, saber que estás bien.*

¿¿Qué?? ¿Cómo se atrevía a decirme aquello? Me estaba torturando. Había saltado al vacío por un hombre que me había engañado de la manera más vil. Le creí cuando me dijo que me quería. Su hermana me animó también a confiar en él y en sus sentimientos.

Ella también se había reído de mí. Tenía que saberlo. ¿Cuál fue el consejo que me dio? Ah, sí... que nunca le mintiera. Él odiaba las mentiras. Claro... Opté por enfrentarme al resto del mundo. A todos, menos a él. Llevada por la rabia tecleo con rapidez un mensaje.

Rebeca ► *He bloqueado la entrada de tus whatsapps. No me llames. Olvídate de mí y déjame en paz.*

Después de pulsar enviar apago el móvil.

El resto del día fue de todo menos tranquilo. Cuando bajé a la cocina para desayunar ya estaba reunida la comisión anticrisis al completo. Mis padres, mi hermana y su marido estaban sentados a la mesa tomando café recién hecho. Alguien había comprado churros y el olor inundaba toda la planta baja de la casa. Cuando me vieron aparecer se limitaron a sonreír de oreja a oreja.

–Vale, ya lo sabéis.

Pongo los ojos en blanco cuando mamá se levanta la primera para abrazarme con lágrimas en los ojos. Está contenta de verdad.

–¿No te parece algo extremo quedarte embarazada para restarle protagonismo a mis gemelos?– bromea Silvia abrazándome también. – No te preocupes, todo irá bien– me susurra al oído antes de que mi cuñado me dé también un beso.

Es mi familia. Sí. Mi bebé tiene mucha suerte de contar con ellos. Ahora que todos lo sabían me sentía distinta. Por extraño que parezca me sentía más fuerte y segura. Empezaba a creer que podía con aquello. Rebeca Millán iba a tener un hijo y no lo haría sola. Tenía mucha gente a mi alrededor apoyándome. Sonríe y me abalanzo sobre la bandeja de churros.

–Pronto te levantarás por la noche para comer, igual que yo– vaticina mi hermana observando como devoro la masa frita.

Después mamá empieza a contar anécdotas y recuerdos de cuando estaba embarazada de nosotras. Lo había oído miles de veces, pero ahora prestaba especial atención. Por supuesto, durante el embarazo de Silvia no tuvo molestias de ningún tipo, pero conmigo estuvo vomitando desde el primer día

y al parecer yo seguía sus pasos.

Silvia me concertó cita con su ginecólogo para el siguiente miércoles sin apenas darme tiempo para opinar siquiera. Recordé el comentario que el médico le hizo a mi hermana sobre la mesa camilla y no estaba segura de reaccionar igual de bien que ella. Decidí no apoderarme del segundo churro. O vigilaba mi peso o la integridad física del ginecólogo corría peligro.

La mañana del domingo volví a conectar mi móvil con cierto recelo. Las chicas me habían llamado varias veces. Ninguna llamada perdida de Dan. Ningún mensaje. Por una vez en su vida cumplía las órdenes que se le daban. En lugar de sentirme más tranquila, la desilusión que me invadió me preocupó bastante. ¡Rebeca Millán, no puedes ser tan gilipollas! Vale, el libro sobre las instrucciones de cómo entender a las mujeres debía tener ya al menos dos o tres capítulos con mi nombre. Joder...

Por la tarde convoco al club de las mosqueperras en casa de mis padres. Mientras tomamos café y pastas en el jardín les doy la noticia. Las chicas se vuelven locas de alegría y todas me abrazaban y me besan. No esperaba menos de ellas. Ninguna pregunta, ningún comentario. Miro de soslayo a papá que se encuentra arrodillado delante de las hortensias. Está retirando una a una las piedras de la rocalla y tenía la camiseta empapada en sudor. ¡Qué cabezota era! Seguramente les había resumido a las chicas el desenlace de la velada del día anterior y en cierto modo lo agradecía. No deseaba hablar de aquello. Quería borrarlo de mi memoria a toda costa.

Lunes por la mañana. Hora de volver a la rutina y retomar mi vida. Papá cumple con su amenaza y me lleva al Manantial en su Volvo. Está más sobreprotector que nunca, pero las muestras de cariño son constantes. Comenta que después tiene pensado pasar por la comisaría que llevaba el caso del atropello para ver cómo marcha la investigación.

Me estremezco al recordar cómo me gustaba ir con Dan en la moto, abrazarme con fuerza a su pecho. En los semáforos aprovechaba para disfrutar de sus pectorales y arañarlos por encima de la ropa. Tierra llamando a Rebeca. Tierra llamando a Rebeca. Contesta, Rebeca, reclama mi conciencia de manera prudente. Iba a ser un día realmente duro y difícil para mí. Iron Man seguía colándose en mis pensamientos a cada minuto.

Esa mañana me puse lo que pude encontrar de lo que quedaba de mi antiguo guardarropa: unos viejos tejanos rasgados, mi camiseta negra de Bon Jovi y unos zapatos con tacón cuña a juego.

El look era quizás demasiado informal y rockero para ir a trabajar, pero

hasta que me hiciera de nuevo con mi ropa era lo que había. No llevaba ni mi portafolios ni mi portátil. Tendría que arreglármelas así de momento. Mis cosas se quedaron en casa de Dan, junto con mi orgullo herido y mi confianza hecha añicos. Quizás alguna de las chicas me haría el favor de pasar a recogerlas. No me encontraba preparada para volver a verle. De hecho tenía hasta miedo; miedo de mi reacción. La herida que tenía abierta no dejaría de sangrar jamás.

Me despido de papá con un beso y él me recuerda que me recogerá puntual a la salida del trabajo para llevarme de nuevo a casa.

Cuando encamino mis pasos hacia la entrada del Centro, mi mundo se detiene por completo. Una Ducati negra está mal aparcada junto al bordillo del paso de peatones principal. Me encuentro perdida en mitad de una secuencia de cine mudo. Pero no hay música de piano, sólo los acelerados y fuertes latidos de mi corazón. Miro a mi alrededor buscándole, pero no hace falta. Siento su presencia detrás de mí. Cierro los ojos sin darme la vuelta y el olor de su aftershave me embriaga por completo. El vello de todo el cuerpo se me eriza y las piernas me flaquean.

–Hola, preciosa.

Mierda... No. No quiero darme la vuelta. Estoy temblando y no quiero que me vea así de afectada.

–¿No vas a hablarme?– ¿Hablarle? ¡Apenas podía respirar!

–¡Qué tozuda eres! Tarde o temprano tendrás que escucharme. Deja que te lo explique...

Mi cerebro por fin le ordena a las piernas que echen a andar.

Dan me sujeta de un brazo y me hace girar hasta que quedamos casi cara a cara gracias a los zapatos que llevo. Me agarra con una mano de la cintura y su contacto me quema de nuevo la piel tras la camiseta. Si no le miro a los ojos todo irá bien. Si no le miro a los ojos no me vendré abajo, me repito una y otra vez.

–No quiero escucharte y no quiero verte. Creí haberlo dejado claro. Llego tarde al trabajo.– Me aparto como puedo cabizbaja y empiezo a subir la escalinata principal que lleva a la entrada del Manantial orgullosa por no haberme temblado demasiado la voz.

La bienvenida de los compañeros y las preguntas sobre el accidente me ayudan a ralentizar el ritmo cardíaco y la respiración.

Encontrarme con Dan por sorpresa me ha trastornado demasiado, pero el trabajo ayuda a sobrellevar la mañana. Cuando llega la hora del recreo me

reúno con las chicas en el hall principal para escaparnos a desayunar en nuestra cafetería habitual. No comento con nadie las sospechas sobre el padre de Virginia Podadera. Había una remota posibilidad de que hubiese otra explicación a lo sucedido y no quería correr el riesgo que me tacharan de neurótica. El hecho de que la alumna no hubiese asistido a clase ese día no quería decir nada, pero me preocupó bastante. Ojalá la chica estuviese bien.

Lidia está muy contenta porque su novio mallorquín llegaba el martes para pasar la semana con ella y acompañarla a la boda de la hija de Rocío. Hacía casi un mes que no se veían. Necesitaba aquello, concentrarme en la vida de los demás y olvidarme de la mía durante un rato. Está hablando de la ropa interior sexi y no sé qué juguetes que ha comprado para la ocasión en un sex shop, pero apenas la escucho. Mi vida me reclama de nuevo. Dan sigue esperando fuera, apoyado en la moto. ¿Por qué tenía que estar tan guapo con vaqueros azules y una camisa blanca? Todas las chicas que pasaban por la acera le dedicaban un buen repaso visual y aunque llevaba las gafas de sol sabía perfectamente que no apartaba la vista de mí.

Trago saliva y me cojo del brazo de Patri de manera algo infantil. Si pasas demasiado tiempo entre adolescentes algo se te pega...

–Chica, ya sé que no quieres hablar con él, pero me estás cortando la circulación del brazo.

Le propino un suave manotazo como protesta, pero me hace sonreír por primera vez ese día. Pasamos por delante de él y miro en otra dirección ignorándolo. Noto su mirada clavada en mí y me siento estúpida por alegrarme de llevar puestos unos tejanos tan ceñidos.

Durante el desayuno nadie pregunta nada. Me conocen muy bien y saben que cuando esté preparada para hablar de ello lo haré.

Rocío sigue con el tema de la inminente boda y la veo algo apurada mientras revisa su ya trillado cuaderno de notas donde apunta las incidencias que van surgiendo para el gran día.

–Cielo, lamento sacar el tema, pero...– empieza a decirme en voz baja para no llamar la atención de las demás. – ¿Vas a venir con acompañante al final a la boda? No quiero presionarte, pero son muchos invitados y tengo la lista cogida con alfileres.

Inspiro profundamente y me limito a negar con la cabeza. Ella esboza una pequeña sonrisa para solidarizarse conmigo y veo que tacha algo en el pequeño bloc. Ojalá pudiera borrar a Dan de mi vida con tanta facilidad. Resignada apuro el café y reúno fuerzas antes de volver a pasar por delante de

Iron Man. Se repite la misma escena. Sigue reclinado sobre la Ducati, observándome en silencio y sin hacer ni el más mínimo gesto. Eso me pone muy nerviosa y también empieza a cabrearme. ¿Es que no podía dejarme en paz? Ya se había reído bastante de mí. ¿Qué demonios quería? Me estaba avergonzando delante de mis amigas y conforme voy subiendo de nuevo la escalinata la rabia del despecho me invade de tal manera que explota.

–Chicas, ahora os alcanzo.– Corro escaleras abajo y veo que se incorpora y se quita rápido las gafas de sol.

–¿Qué demonios te crees que estás haciendo? ¿Es que me estás acosando?– Permanece callado, pero despliega esa puñetera sonrisa...

–No le veo la maldita gracia. ¿Por qué te ríes? –Bajo la voz al darme cuenta de que estoy casi gritando.

–Ya me hablas... Ahora sólo falta que me escuches– dice acercándose e intimidando como siempre a mi entropierna. Estaba claro que no podía controlar las respuestas físicas de mi cuerpo cuando le tenía cerca, pero el cerebro debía servirme para algo.

–No lo entiendes, ¿verdad? Se acabó. No quiero verte rondando por aquí, así que hazte un favor y márchate.– Evito mirarle a los ojos en todo momento.

–¿Dónde has pasado el fin de semana? En tu apartamento está claro que no.

–¿¿Qué??– Mi enfado iba en aumento. – Creo que eso a ti no te importa, ¿no crees?– replico indignada.

–Nena, hasta que no encuentren a Samuel Podadera no pienso dejar de vigilarte, te pongas como te pongas. Te he traído el portátil y el portafolios. Imagino que te harán falta– asegura haciéndome entrega de una pequeña mochila. Se cruza de brazos y la vista me traiciona recreándose en sus marcados pectorales. El muy cabrón se da cuenta y sonrío de nuevo.

–¿Y cuál es tu plan, seguirme todo el tiempo? ¿Es que no tienes que trabajar?

–Ya lo estoy haciendo. He movido algunos hilos... y parece que soy el agente encargado de protegerte.

Pongo los ojos en blanco desbordada por la situación y subo de nuevo corriendo las escaleras.

–¡Estás guapísima con esa camiseta!– le escucho gritar a lo lejos. Esto va a resultar más difícil de lo que creía, pienso antes de cerrar la puerta del aula y empezar la siguiente clase.

Al terminar la jornada me encuentro agotada y con muchísimo sueño.

Silvia me avisó que sería uno de los muchos síntomas del embarazo: “el estado marmota”. Salgo de mi aletargamiento al analizar la situación que tengo ante mí. Papá está esperándome con el coche al otro lado del paso de peatones, pero Dan también. Su moto se encuentra justo detrás del Volvo familiar. ¿Iba a tener que pasar por esto cada día? Acelero el paso tanto como me permiten los zapatos.

Al llegar a la altura de Dan éste parece cuadrarse nervioso y abre la boca para decir algo, pero paso de largo y me subo rápidamente al coche.

–Hola, papá. ¿Nos vamos?– pregunto nerviosa deseando salir disparada de allí.

Me mira extrañado durante un par de segundos, pero después de darme un beso arranca por fin el motor. A lo largo del trayecto procuro no mirar atrás, pero sé que Dan nos está siguiendo. En un par de ocasiones visualizo la Ducati por uno de los retrovisores. Miguel Millán parece estar perdiendo facultades después de todo por que no se percata de nada. Al llegar a un semáforo en rojo me pongo de los nervios. Iron Man se detiene justo al lado de mi ventanilla.

Hace rugir el motor de la Ducati y yo me hundo todo lo que puedo en mi asiento. No se le ven los ojos tras la visera oscura, cosa que agradezco. Cuando el semáforo pasa a verde después de lo que me ha parecido una eternidad, Dan acelera estrepitosamente chirriando ruedas y nos deja atrás.

–Niñatos...– exclama papá enfadado ante el alarde de testosterona.

A lo lejos veo que toma una dirección opuesta a la nuestra en el cruce y desaparece finalmente de mi vista. Al principio me siento aliviada, pero después trago saliva varias veces para no llorar. Espero que eso sea también otro síntoma del embarazo, porque si no estás para que te encierren, me sermonea Escarlata.

Vivir con tus padres también tiene sus cosas buenas. Al llegar a casa mamá tenía el almuerzo preparado en la mesa. Después de inflarme de canelones me dejo caer en uno de los sofás del salón.

Papá está viendo uno de esos programas de televisión sobre bricolaje. Nunca les había encontrado sentido. Para realizar cualquiera de los trabajos descritos el presentador trabajaba en lo que a todas luces era un taller profesional con un sin fin de herramientas, a cual más extraña. Estaba segura de que resultaba mucho más barato encargarle a alguien el trabajo o comprarlo directamente que hacerlo uno mismo. Entre clavo y clavo me quedo dormida. Por supuesto sueño con él. Sueño con Dan.

Después de una siesta reparadora de casi dos horas doy vueltas por la casa

sin saber qué hacer. Debería estar estudiando, pero todas mis cosas están divididas entre mi antiguo apartamento y el ático de Dan. Aquello era ridículo. No podía seguir diseminando mis posesiones ahora ya por tres viviendas distintas, así que pido ayuda.

Patricia y Lidia se ofrecen gustosamente a pasar por casa de Dan. El morbo les puede y no ponen la más mínima pega. Rocío ya estaba lo bastante ocupada con la boda del sábado y Lucas seguramente acababa de despertarse. ¡¡Lucas!! No sabía nada de nada, ni que había vuelto a casa de mis padres ni que estaba esperando un bebé. Iba a matarme por ser el último en enterarse. Tendría que ser papá quien me ayudara a empaquetar las cosas de mi apartamento.

Salgo de casa con cierto recelo, pero no hay ni rastro de Iron Man. Cuando entro en el que ha sido mi hogar y el de Lucas durante años la sensación es realmente extraña. Parecía que hubiesen pasado siglos desde que estuve allí por última vez. Compruebo que las cosas de Raúl ya no están. La relación con su novia debía ir mejor y en el fondo me alegraba por él al igual que sentía un gran alivio por quitármelo de encima. Ese día estuvo muy correcto en el trabajo guardando las distancias.

Sólo contaba con una semana más para la mudanza antes de que expirara el alquiler así que dediqué la tarde a meter en bolsas toda mi ropa y recoger libros y el temario de oposiciones. Cuando llenamos más bolsas y cajas de las que podíamos cargar decidimos regresar al día siguiente para terminar lo que quedaba. Resultaba triste meter la vida de alguien en el maletero de un coche de aquella manera tan simple. Pero estaba haciendo lo correcto. Necesitaba el apoyo de los míos y no me encontraba con fuerzas para “experimentar” con otro compañero de piso. Ya en casa de mis padres mi antiguo armario se me antoja pequeño. ¿Desde cuándo tenía yo tanta ropa? La culpa era de Lucas y su manía compulsiva por ir de compras. Me da la risa al recordar que pronto no me valdría nada.

Miro nerviosa el reloj varias veces. ¿Dónde demonios se habrían metido Lidia y Patri? Quizás Dan no estaba en casa. Por si acaso, les dije que su hermana Mar vivía en el mismo edificio y podría dejarlas entrar para recuperar mis cosas. Empiezo a estudiar para concentrarme en algo y no volverme loca. A los pocos minutos las chicas me sorprenden llamando a la puerta de mi habitación.

–Chicas, sois las mejores. Muchísimas gracias. ¿Qué tal ha ido?– pregunto nerviosa observando que vienen cargadas con un par de bolsas.

–Misión cumplida. Creo que no te has dejado nada más allí.– He dejado mucho allí... pienso con un nudo en la garganta. Patri suelta las bolsas encima de la cama y las dos se miran en silencio.

–¿Qué pasa? ¿Estaba Dan allí? ¿Os dijo algo?

–No, Rebeca. Su hermana fue muy amable y nos ayudó a recogerlo todo.

–¿Entonces a qué vienen esas caras?

–La hermana de Dan está muy preocupada por él... Dice que desde que tú y él... ya sabes... Dice que apenas le ve. Está haciendo turnos extras en el trabajo y casi no duerme en casa.

–Eso ya no es asunto mío. –¿Entonces por qué tienes ese pellizco en el estómago que no te deja respirar? Estúpida conciencia...

–¿Por qué no hablas con él? Está claro que los dos estáis pasándolo mal y él quiere darte una explicación– apunta Lidia.

–¿Y para qué?– replico resignada encogiéndome de hombros.

–No podría creer jamás ni una sola palabra.

Esa noche me quedo estudiando hasta altas horas de la madrugada. Me da miedo que se cuele en mi mente de nuevo. Duele demasiado. El sueño me vence y sus bonitos ojos grises me esperan como siempre. Maldita sea.

El martes me levanto hecha unos zorros. Apenas he dormido y me duele la cabeza. La ducha me sienta de maravilla, pero cuando me recreo con la espuma del gel sobre mi piel empiezo a llorar. Recuerdo las caricias de sus manos por mi espalda y cómo me agarraba de la cintura por detrás cuando me sorprendía para ducharnos juntos. Tenía que dejar de mortificarme de aquella manera.

Papá me deja de nuevo en el trabajo y al cruzar la calle no veo la moto de Dan por ninguna parte. El corazón se me encoge un poco.

Me giro de nuevo antes de entrar al hall del Instituto y doy un respingo al descubrirle observándome apoyado contra uno de los muros de los jardines. Sonríe y me saluda con la mano. Me ha pillado in fraganti buscándole con la mirada y entro a clase enfadada conmigo misma por ser tan gilipollas.

No vuelvo a verle ni en el recreo ni cuando termino a las 15:00h.

Aun así, noto su presencia en alguna parte. ¿Estaba jugando conmigo? Mientras almuerzo, Lucas me llama por teléfono. Me extraño por la hora que es. Normalmente estaba durmiendo después de una larga noche en el Flamingo.

–Hola, cielo.

–¡Lucas! ¡Qué alegría oírte! ¿Qué tal va todo?– Me siento culpable por no tener a mi mejor amigo al tanto de todo lo ocurrido últimamente.

–Genial. Ya sabes, Rubén no puede vivir sin mí– bromea como siempre. – ¿Puedo pasarme esta tarde por casa para hablar contigo?

–Conozco ese tono... ¿Ocurre algo?

–Bueno..., creo que eso me lo tendrías que decir tú, ¿no? –Lucas, yo...– ¡Menuda bronca me iba a caer!

–Prefiero ir a verte y hablarlo en persona, encanto.

–Claro. Tengo mucho que contarte... como que ahora vivo en casa de mis padres.–Cierro los ojos al decirlo, como si así la noticia tuviera menos fuerza.

–Lo sé, cielo. Lo sé– replica suspirando. – ¿A las 20:00h?

–A las 20:00h está bien.

Después de colgar pienso en la conversación. No parecía enfadado, sino más bien preocupado. Imagino que alguna de las chicas se había ido de la lengua. A lo largo de la tarde miro constantemente el reloj ansiosa. Me entretengo ayudando a mamá con la masa para las pizzas de la cena. Se ha empeñado en enseñarme a cocinar.

¡¡Ahora!! Al parecer, para que un bebé naciera, un doctorado en artes culinarias era imprescindible.

–No sé por qué te molestas. Las pizzas congeladas también están buenas.

–¡Qué barbaridad!– espeta con su agudo y chillón tono de voz.

–Además, querida, una madre tiene que saber desenvolverse en la cocina. ¿Si no de qué vas a alimentar a tu hijo? ¿De congelados y precocinados toda la vida? Eso no es sano.

Vale. Tenía que admitirlo. Ella era master chef y yo no llegaba ni a pinche de cocina. A Lucas nunca le importó hacerse cargo de los fogones siempre y cuando yo recogiera después. Nos compenetrábamos a la perfección y ninguno se quejaba. A mamá, en cambio, le encantaba resaltar y atacar mis debilidades. Siempre había sido así, pero no por eso terminaba por acostumbrarme. El trato con Silvia era distinto. Ella siempre lo hacía todo bien. Cuando teníamos edad para empezar a maquillarnos, Silvia parecía sacada de una portada de revista de moda y yo... yo parecía un cómic grotesco. Crecí escuchando todos los días la frase Fíjate más en tu hermana, Rebeca.

–Ver para creer.– Lucas me sorprende literalmente con las manos en la masa.

–¡Hola! Estamos haciendo pizzas– respondemos mamá y yo al unísono. Intento parecer natural pero él sabe que estoy fuera de lugar.

–Tu madre está haciendo pizzas. Tú estás librando un combate de boxeo con la masa. ¿A quién quieres matar, encanto? ¡No, no respondas! Tengo una ligera idea– afirma besándome en la mejilla y limpiándome con un paño restos de harina de la nariz.

–Yo no sé a quién ha salido esta niña, Lucas. Tampoco es tan difícil. Silvia cocinaba ya sola desde que tenía 13 años y... Pongo los ojos en blanco y dejo en paz la masa propinándole un último puñetazo.

–¿Ya está? ¿Así la vas a dejar?– pregunta mamá con tono impertinente.

–¿No decías que tenía que reposar? Pues que repose...

Subo con Lucas a mi habitación y por las escaleras le voy dando empujones para que deje de reírse de mí.

–Bueno, ¿qué tal estás, pecosa? Parece que casi recuperada...– dice examinándome los puntos de la cabeza.

–Del accidente estoy mucho mejor, gracias. Parecías algo misterioso por teléfono. Suéltalo ya– digo nerviosa deseando ir al grano.

–Rebeca, se trata de Dan. –Trago saliva al oír su nombre. Me lo imaginaba.

–¿Se puede saber qué le has hecho a ese pedazo de hombre? –¿¿Cómo?? ¿¿Yo?? No puedes estar hablando en serio. ¿Las chicas no te han contado nada...?–Mi actitud es prudente.

–¿Contarme qué exactamente?– Cuando Lucas ponía los brazos en jarras es que estaba realmente enfadado. – Cielo, no es que me queje pero desde el viernes pasado tengo todas las noches a tu poli buenorro apalancado en la barra del Flamingo Rock. Me está dejando sin Chivas de reserva. No hace otra cosa que preguntar por ti y beber hasta la hora del cierre.

–¿Y qué te dice?– No puedo evitar otra vez ese pellizco en el estómago que se va expandiendo más y más.

–Siempre lo mismo. Pregunta si estás bien, pero cielo, es evidente que él no lo está. No tengo ni idea de qué ha pasado entre vosotros dos, pero ese morenazo está destrozado. Dice que no quieres ni verle ni escucharle. Y por cierto, ha flipado en colores al descubrir quién era tu padre, maja. Fue él quien me dijo que habías vuelto a casa de tus padres. ¿¿Estás loca?? ¿¿Qué demonios ha pasado??

–¡Oh Lucas!– Las lágrimas me amordazan las cuerdas vocales y no puedo

seguir hablando. Cuando logro calmarme, mi mejor amigo escucha atento todo lo sucedido, desde que supe en el hospital que estaba embarazada hasta que descubrí que Dan estaba casado.

Lucas se tapa con la mano de manera bastante amanerada la enorme O que va formándose en su boca. No me interrumpe ni una sola vez. Cuando termino, se queda estupefacto.

–Bueno, di algo– le increpo sonándome estrepitosamente la nariz después de secarme las lágrimas.

Se limita a abrazarme fuerte y me acuna entre sus brazos como si fuese una niña pequeña.

–Joder, Rebeca. Está visto que no puedo dejarte sola. –Sonrío al reconocer al Lucas de siempre ejerciendo de hermano mayor.

–¿Y qué te has hecho en el pelo? ¡Por el amor de dios! Deja que te arregle este estropicio, cielo. –Vale, ejercía de hermano mayor gay... – No querrás que Dan te vea con esta pinta, ¿verdad?– Coge unas horquillas y un cepillo del tocador y empieza con la sesión de peluquería.

–¿Has estado escuchando todo lo que te dicho?

–Sí, cada palabra.

–Entonces, ¿por qué me dices eso? No pienso volver a hablar con él. Todo lo que me ha dicho hasta ahora ha sido mentira. Joder, Lucas, está casado...

–Y tú embarazada. Tienes que decírselo. Rebeca, un hombre tiene derecho a saber que va a ser padre. Casado o no, es evidente que ese hombre está loco por ti. Está desesperado por hablar contigo. Si quieres de verdad pasar página, tendrás que enfrentarte a esta situación y cuanto antes sea mejor. Cuéntaselo todo y deja las cosas claras. Créeme, pecosa, dormirás mejor por las noches.

–De eso se trata. Todas las noches sueño con él. ¡Me resulta imposible sacármelo de la cabeza! ¿Por qué tiene que doler tanto? Todavía estoy asumiendo que lo nuestro se ha acabado y por eso me da miedo estar con él a solas. Me da miedo escucharle y perderme en sus ojos. Supongo que soy una cobarde.

–Cielo, es normal que tengas miedo. Te han roto el corazón y aun así sigues enamorada de él.

Rehúyo su mirada en el espejo del tocador mientras continúa peinándome. Soy incapaz de llevarle la contraria. Me conoce mejor que nadie. Después de 20 minutos, la sesión de peluquería ha terminado y el resultado es fantástico. Mi hermanito mayor es todo un artista y me ha hecho un medio recogido muy

natural. Los puntos de la herida apenas se ven.

–¿Podrías repetirme el mismo peinado para la boda del sábado?– pregunto encantada mirándome en el espejo.

–Claro, encanto. Esa era la idea desde el principio.– Me guiña un ojo y bajamos a la cocina.

–¿Por qué no te quedas a cenar, Lucas?– le dice mamá esparciendo mozzarella por una de las pizzas.

–Muchas gracias, Antonia, pero tengo trabajo y se me hace tarde. En otra ocasión.– Se despide de ella con un beso.

–Cariño, ¿por qué no le pides a Lucas que te acompañe el miércoles al ginecólogo? Tu padre y yo no podremos ir. Acaban de llamar para decirnos que han adelantado la operación de cadera a tu tía abuela Amelia precisamente para ese día y tu hermana Silvia ha vuelto al trabajo. Es un momento muy importante y no quiero que vayas sola.

–¡Me encantaría! ¡Cuenta con el tito Lucas!– exclama feliz dando saltos de alegría. Pienso en la inmensa suerte que tengo de tener un amigo como él.

–Dos cosas antes de irme, Rebeca– insiste muy serio con la mano apoyada en la jamba de la puerta principal. – Uno, piensa en lo que te he dicho. Y dos... – una abierta sonrisa borra el semblante serio –recuerda que las pizzas son redondas.

–La madre que te...–Me contagia la risa y esquiva hábilmente el tortazo que doy finalmente en el aire. Sí, tendría que pensarlo, pero de momento una rencorosa masa de harina me esperaba en la encimera de la cocina y yo tenía hambre, mucha hambre.

Capítulo 15

Tumbada en una camilla y desnuda bajo una horrible bata de muselina verde pienso en lo diferente que es la consulta donde me encuentro de aquella a la que acudí en mi última revisión ginecológica año y medio atrás. El especialista que me atendió entonces era... peculiar. Abrirte de piernas delante de un extraño para una exploración siempre resulta algo violento e incómodo, por muy profesional que sea. Pero si al mirar al techo de la habitación te encuentras con un póster gigante de George Clooney vestido de Armani, el mal trago se pasa muchísimo mejor. Decía que así sus pacientes se relajaban bastante y no se encontraban tan contraídas durante las citologías. Si George lo supiera...

Pero la consulta del doctor Montes no contaba con esos métodos. Era una sala fría en la que ni siquiera se podían encontrar las típicas fotografías de bebés en macetas o recién nacidos durmiendo en la palma de una mano. Sólo láminas médicas del aparato reproductor femenino y el desarrollo del feto durante el embarazo, que al menos a mí me daban bastante grima.

¿Dónde demonios se habrá metido Lucas?, pienso mirando de nuevo el reloj. La puntualidad nunca había sido su fuerte y por eso pensé que si quedábamos directamente en la consulta del médico quizás no llegaría tarde. Papá insistió en pedirme un taxi desde casa.

No quería que fuera sola con mi coche hasta allí. Hasta que encontraran al señor Podadera seguiría temiendo por mi seguridad.

–Bueno, Rebeca. Voy a realizarle una primera ecografía vaginal para comprobar el estado del embrión y calcular su nivel de gestación. Cuando lo encontremos aparecerá en el monitor que está frente a usted. Relájese. Está demasiado tensa.

–Perdón, perdón. ¿Llego tarde? ¿Me lo he perdido?– Mi amigo irrumpe en la consulta sin llamar a la puerta y el ginecólogo se gira para mirarle con un claro gesto de enfado por la interrupción.

–Tranquilo. Ahora íbamos a empezar– le digo sonriendo. – Dame la mano. Estoy muy nerviosa.– Me la coge con fuerza y noto que tiene la tiene fría como un témpano por los nervios. Vaya par, apunta Escarlata con los ojos en blanco.

–Espero que el día del parto no llegue usted también tarde para ver nacer a

su hijo.

–¿Perdone?– Lucas no podía creer lo que aquel cincuentón gruñón acababa de soltarle de manera tan impertinente. –House, para el carro. No soy el padre de la criatura, aunque ya me gustaría que el susodicho quisiera intentar tener uno conmigo también.

¿Cree que la ciencia podrá darme alguna posibilidad?– A Lucas le encantaba escandalizar a los que él llamaba “gente de la vieja escuela”. Y el ginecólogo de mi hermana, por la cara que puso, parecía pertenecer a ese grupo de gusanos podridos de prejuicios. El médico abre la boca para decir algo, pero lo piensa mejor y se concentra de nuevo en mi entrepierna.

En la pantalla del monitor no se ve nada en concreto, tan solo masa gris en movimiento. Por un segundo se me ocurre que pudieron cometer un error con mis análisis durante mi estancia en el hospital y que lo mío era un embarazo fantasma. La angustia se apodera de mí y el médico no transmite precisamente tranquilidad mirando con cara constreñida la pantalla y sin decir palabra. De repente, aparece como por arte de magia. Allí estaba. Parecía un diminuto astronauta flotando por el espacio.

Es tan pequeño. Apenas soy consciente de estar aguantando la respiración. El ginecólogo empieza a describirlo con términos médicos muy precisos. Dice que por el tamaño tiene unas 6 semanas de gestación y que alrededor de la novena semana dejará de tener ese aspecto de renacuajo para presentar una forma humana completamente definida. ¿Por qué le llama todo el tiempo “el embrión”? Es mi bebé y está creciendo dentro de mí. Hay un puntito oscuro que parpadea. Es su corazón, que late con fuerza y a un ritmo acelerado.

Es un milagro que me sobrecoge y me hace llorar de alegría y justo entonces me acuerdo de Dan. Ni si quiera sabe que existes, pienso en mi interior dirigiéndome por primera vez a él o a ella.

–El sexo del feto se conocerá en torno a las 16 semanas– informa el doctor Montes. Antes “embrión” y ahora “feto”. Tengo que buscarte un nombre hasta entonces, peque. Sí, eso valdrá. Mi peque...

Salimos por fin de la consulta con el bolso lleno de citas para diversas analíticas a realizar, recetas de vitaminas, ácido fólico y , lo más importante, la fecha aproximada de parto, finales de junio.

Ni a posta lo hubiera hecho peor. Coincidió con los exámenes de oposiciones. Tendría que prepararme durante meses sin saber si al final podría presentarme o no. Me alegro de perder de vista al impresentable del ginecólogo y me juro a mí misma que la próxima vez que tuviera que abrirme

de piernas para una exploración o ecografía sería con George Clooney en el techo. Cuando pille a Silvia...

–Tenías razón, Lucas– confieso respirando el aire fresco de la calle.

–Lo sé, cielo. Ese médico es gilipollas.

–Sí, eso también. Me refería a que Dan tiene derecho a saberlo.

Luego, que haga lo que quiera.

–Así me gusta, que seas valiente.

–¿Valiente? Estoy muerta de miedo. No tengo ni la más remota idea de cómo decírselo...

Esa noche me quedo dormida apelando al supuesto instinto materno para saber si “peque” será niño o niña y sujetando la borrosa imagen de la ecografía entre las manos.

El jueves siento algo extraño al ir a trabajar. Al salir del coche y despedirme de papá el viento de la calle me parece más frío que de costumbre. Antes de entrar al Instituto me giro para comprobar si Dan está en el muro del jardín como en días anteriores, pero no hay ni rastro de él. Entonces me doy cuenta. Ya no está vigilándome. Si antes era capaz de notar su presencia, ahora sabía que estaba sola.

Cientos de estudiantes me esquivan para acceder a la entrada y yo me siento completamente sola. Un escalofrío me congela el alma y me refugio rápidamente en clase. Justo al comienzo de la cuarta hora llaman a la puerta del aula y Maite pide disculpas por la interrupción.

–Rebeca, necesitamos hablar contigo un momento en mi despacho. Un profesor de guardia se hará cargo de tu clase mientras tanto.

–Sí..., claro– balbuceo descubriendo detrás de mi directora a los policías que me tomaron declaración sobre el accidente.

–Tomen asiento, por favor– nos indica Maite señalando con una mano las sillas de metal cromado al otro lado de su mesa. – Rebeca, acaba de comunicarme la policía que han arrestado al padre de Virginia Podadera.– Trago saliva y miro a los agentes.

–Los cargos son intento de homicidio– explica uno de ellos.

–Le hemos interrogado pero se ha negado a responder a ninguna pregunta.

–¿Entonces...?– pregunto nerviosa sin acabar de entenderlo.

–Le localizamos gracias a una llamada telefónica. Su hija le ha denunciado como autor del atropello.

–¿¿Qué?? ¿Virginia??

–La chica iba con él cuando sucedió y afirma que fue totalmente premeditado. No fue un accidente. Su idea era matarla.

–¿Pero... por qué?– La voz apenas me sale del cuerpo y estoy temblando.

–Rebeca, desgraciadamente tenías razón.– Maite me ofrece una infusión que al parecer tenía ya preparada. Creo que es tila. – Virginia ha denunciado también a su padre por malos tratos.

–Estamos a la espera de un informe psicológico– continúa el agente – pero la hija afirma que Samuel Podadera está desequilibrado y que es muy violento. Ha declarado que su madre recibió palizas desde que ella nació y que nunca tuvo claro que se suicidase porque le prometió que no la dejaría sola jamás.

–¡Qué horror! ¡Pobre Virginia!– El sabor amargo de la bilis me inunda la garganta y doy un sorbo a la tila.

–Tras la muerte de la madre, el padre volcó en la hija toda su furia. Esa chica ha tenido que vivir un infierno.

–¿Qué pasará ahora con ella?– No puedo evitarlo y las lágrimas se derraman sin control.

–Hasta que se celebre el juicio Virginia Podadera quedará bajo la tutela del familiar más directo, una hermana de su madre. Si guiendo el modus operandi de muchos maltratadores, el padre rompió todo contacto con la familia de su esposa hasta que aisló a madre e hija por completo. El reencuentro entre tía y sobrina ha sido bastante emotivo. Llevaban muchos años sin verse.

–Me alegra oír que al menos Virginia está bien. Ha demostrado ser una chica muy valiente.

–Sin duda. Si no hubiese sido por ella, no le habríamos localizado. Se escondían a las afueras de la ciudad, en una finca que el padre tenía registrada a otro nombre.– Los agentes se ponen en pie dispuestos a marcharse.

–Puede estar tranquila. Se acabó. Ya hemos retirado el servicio de vigilancia que manteníamos.

–Sí, lo sé. Ya me he dado cuenta– respondo hundiendo la vista en la tila y deseando que fuera whisky. Se acabó tener a Dan esperándome detrás de una esquina. Se acabó jugar a descubrirle entre la gente. Se acabó...

–Bueno, pues nos vamos. Cuando se celebre el juicio recibirá una citación judicial para declarar como testigo.

–Claro, allí estaré– replico sin apenas prestar atención a lo que me dice.

Maite les acompaña a la puerta y yo no soy capaz ni de levantarme de la silla. ¿Se acabó? Había estado escudándome en la extraña situación de tener a

Dan protegiéndome para obviar lo inevitable.

A pesar de decirle una y otra vez que no quería saber nada de él y que me dejara en paz, en el fondo daba por hecho de que le vería siempre al día siguiente. Bueno, pues ahora ya no sería así. Debería sentirme feliz por conseguir por fin lo que quería, pero no. Lo único que deseaba era correr a casa y esconderme bajo las sábanas de mi cama para llorar a gusto hasta deshidratarme y ahogarme a la vez en mi miseria.

–¿Estás bien, Rebeca?– Maite se sienta a mi lado.

–Lo cierto es que no... No estoy atravesando precisamente uno de mis mejores momentos a nivel personal.– Sigo sin poder reprimir las lágrimas y miro incómoda hacia la ventana.

–Lo sé. Me hago una ligera idea– dice suspirando profundamente. – Anda, tómate la tila. Te va a hacer falta. Quiero hablarte de Daniel.– La taza empieza a temblar peligrosamente en mis manos y después de un largo trago la dejo a un lado de la mesa.

–¿Daniel Serrano?– pregunto en un susurro apenas audible dejando caer la vista al suelo.

–Sí, aquel policía que en la charla sobre los riesgos de internet para adolescentes llevó a cabo una clase práctica de defensa personal...– Me observa con una pequeña sonrisa. Tierra trágame.

–¿Por qué quieres hablarme de él?– Maite ha captado toda mi atención y los sollozos cesan de momento. – ¿De qué le conoces?

–En realidad le conozco desde hace unos años. Es un chico estupendo: guapísimo, educado, trabajador y todo un caballero. Pero, desgraciadamente es también el marido de mi sobrina Sandra.

¿¿Cómo?? ¡No podía haber dicho eso! Y el premio gordo de la mala suerte en el sorteo de hoy es para... ¡¡Rebeca Millán!! Decidido, no volvería a salir de casa en la vida. Me convertiría en una de esas viejas hurañas rodeadas de gatos y basura que huyen de la luz del sol y del mundo exterior, pero así al menos no volvería a meter la pata de aquella manera ni a desear que la tierra me tragase con una frecuencia alarmante.

–Lo... lo siento. Yo no sabía...– No puedo hilar ni dos frases seguidas. ¡Es tan humillante y violento! –¿Vas a despedirme?

–¡No, por dios! Rebeca, tranquilízate, por favor. Para nada te estoy juzgando. Creo que has malinterpretado lo que empezaba a decirte. Lo que lamento es que un chico tan noble y bueno como Daniel se casara con mi

sobrina. Ella... ella es un mal bicho.

–¿Un mal bicho?– repito como una estúpida sin salir de mi asombro.

–Siempre lo ha sido. Desde el día que lo conoció estuvo durante más de un año encaprichada con él, persiguiéndole por todas partes.

Me han dicho que tuviste la mala fortuna de conocerla en su salsa el otro día.– Se estaba refiriendo a la tremenda escena que protagonizamos durante aquella fatídica cena. Me quiero morir... ¿Por qué no se abre la tierra y me engulle de una vez por todas?

–Habrás comprobado que es muy atractiva y Daniel, como cualquier hombre, no es de piedra. Al final acabaron saliendo juntos, pero pronto se dio cuenta de lo superficial, egoísta y materialista que era. Nunca se habría casado con ella si no le hubiese engañado de aquella manera. Es la reina de la mentira y me temo que nunca ha tenido escrúpulos.

–¿Qué fue lo que ocurrió?– ¡Por fin iba a saber lo que Mar había intentado contarme en varias ocasiones!

–Como mujer que soy, me da vergüenza decírtelo. Sandra fingió estar embarazada. Sabía que Daniel respondería como lo hizo, casándose con ella. Mi sobrina siempre ha deseado aquello que no podía tener. A los dos meses de la boda, se le pasó el capricho y acabó engañándole con un compañero. Daniel los encontró juntos en la cama y cuando le preguntó por el bebé ella se rio de él de manera muy cruel.

Mi Dan... Mi pobre Dan... Ahora entendía muchas cosas. El consejo que Mar me dio, los ataques de celos infundados de él, su falta de confianza por mis sentimientos y sobre todo, lo difícil que tuvo que resultarle volver a repetir esas dos palabras: te quiero.

–Oficialmente todavía están casados, pero llevan separados casi dos años y Sandra se niega a firmar el divorcio porque Daniel heredó el ático de su abuela Victoria. Mi sobrina sabe que esa vivienda, al estar situada en el centro y justo al lado de la catedral, vale bastante dinero y por eso intenta a toda costa que sea considerado en la demanda de divorcio como parte de los bienes matrimoniales a dividir para así sacar tajada.

–Pero para Dan tiene sobre todo un valor sentimental... Guarda muchos recuerdos de su abuela en ese ático. Nunca lo vendería.– Recuerdo que fue una de las primeras cosas que me contó después de hacer el amor por primera vez allí.

–Le conoces muy bien– dice sonriendo encantada. – La cuestión es que las cosas siguen en manos de los abogados y no se sabe cuándo terminará esto.

–¿Qué hacía Sandra entonces la otra noche allí en la cena?– pregunto cayendo en la cuenta de repente.

–Fácil. Dos cosas. Primero, perseguir a otro pobre idiota hasta que caiga en sus garras para manipularlo a su antojo. Siempre le han ido los policías. Supongo que lo lleva en los genes– confiesa con tristeza. – Eso sí, buscará uno mejor situado y con mucho más dinero.

Y ya de camino intenta seguir arruinándole la vida a Daniel. Me han dicho que de momento lo ha conseguido... De ti depende que no sea así.– Mira su reloj de pulsera y se levanta del asiento.

–Y ahora si me disculpas, tengo una cita con el inspector de zona que viene a evaluarnos como centro y quiero revisar algunas cosas antes de que llegue.– El tono de complicidad empleado hasta entonces desaparece de su voz y vuelve a ser tan profesional como de costumbre.

–Claro... ¿Puedo darte un beso?–Sin esperar su aprobación lo hago y le doy un abrazo con cariño por devolverme la vida.

Me quedan dos horas de clase pero me resulta imposible concentrarme en nada. Les pido a los chicos que realicen esquemas del tema que acabamos de terminar. Eso les ocupará la mayor parte del tiempo. Finjo estar escribiendo anotaciones en mi agenda cuando en realidad solo hago borrones y pequeños dibujos geométricos mientras le doy vueltas a la cabeza.

Dan... Mi Dan. Desde que le conocí me impactó tanto que temía que me rompiese el corazón. Había sido muy egocéntrica al pensar todo el tiempo en mí y no preocuparme más por sus sentimientos, por descubrir antes que, de los dos, el que llegaba a la relación con un corazón roto de verdad, pero apostaba fuerte y de manera muy valiente, era él. Yo era sólo una estúpida cobarde que salía corriendo a la más mínima. La ansiedad se apodera de mí al recordar la expresión de dolor en sus ojos después de decirme que me quería y recibir a cambio una bofetada. ¡Por dios! Le humillé delante de todos sus compañeros. Y lo peor... le humillé delante de Sandra. Seguro que la muy zorra disfrutó con el espectáculo. ¿Cómo fui tan estúpida para dejarme manipular de esa manera también por ella? En el fondo sabía la respuesta. Nunca consideré estar a la altura de Dan. Como le confesé a mi hermana una vez, sentía que Iron Man era demasiado para mí. Esa idea arraigó en mi interior de tal manera que creía que la relación tenía fecha de caducidad desde el primer día y que tarde o temprano me dejaría por otra.

Un pensamiento retorcido hace que me avergüence de mí misma. Quizás si Sandra no hubiese sido tan espectacular..., quizás le habría dado a Dan la

oportunidad de explicarse. Pero al compararme con ella en el espejo del servicio de señoras, sencillamente opté por la salida más fácil: tirar la toalla y salir huyendo como la cobarde que era. Todavía estás a tiempo. ¡¡Llámale!! Escarlata me pincha con el dedo hasta que cojo el móvil a escondidas detrás de mi mesa.

Abro el whatsapp y desbloqueo su contacto.

Rebeca ► *Hola.*

Pulso “enviar mensaje”. Vale. Ya he roto el hielo. ¿Y ahora qué? Me quedo paralizada viendo como parpadea el cursor a la espera de más texto. Joder... Después de cómo me he comportado...¿Qué le digo? Dan, disculpa mi rabieta de niña tonta y haberte ignorado durante una semana. Por cierto, vas a ser padre. Me deprimó más aún al pensar en su primera reacción cuando sepa lo del embarazo.

Creerá que le estoy mintiendo sólo para que me perdone y que le estoy engañando como hizo Barbie Super Star. Guardo de nuevo el móvil en el bolso. Ya pensaría qué decir más tarde cuando llegara a casa. Podría resultar más fácil cuando él contestara al mensaje o me llamara.

Las 20:30h. Salgo a correr por el Paseo Marítimo desesperada después de comprobar mil veces el móvil y no tener mensajes en toda la tarde. ¿Para qué llamarle? Estaba claro que o estaba ocupado o no quería saber nada de mí. Era más probable lo segundo.

No podía culparle. Hago un difícil ejercicio de empatía y me pongo en su lugar. Joder... ¡Menudo bofetón le solté! Al empezar a correr me pregunto si sería conveniente estando embarazada. Tendría que preguntárselo al ginecólogo, a MI ginecólogo. Por si las moscas, Peque y yo nos deleitamos con la puesta de sol a paso ligero. La cami nata me viene muy bien y sirve para relajarme. Después de tantos días encerrada en casa sin salir prácticamente a la calle sólo para trabajar, necesitaba esa dosis de aire fresco del mar. Al llegar a casa.

Me prometo que no voy a mirar el móvil de nuevo. Al menos hasta que me duche... Mierda. Ningún mensaje. ¿Y qué esperabas? Cenamos en familia y el tema de la velada es la operación de cadera de la tía abuela Amelia, con todo lujo de detalles, el arresto del padre de Virginia y mi primera ecografía. Apenas tengo apetito, pero hago un esfuerzo y me termino la rosada a la plancha.

–Yo recojo la mesa esta noche, mamá.

Cuando estoy nerviosa tengo que hacer algo con las manos o me vuelvo

loca. No sólo recojo los platos sino que le doy con un paño y algo de quitagrasas a los muebles de toda la cocina. Cuando me doy por satisfecha regreso al salón para ver algo de televisión. Las noticias están terminando.

–A continuación les dejamos con la película de esta noche, “Iron Man II”, anuncia el locutor.

–¡Joder! ¡Mierda!– grito desesperada sin poder creérmelo.

–Cariño, con cambiar de cadena o apagar la tele basta. No tienes que ponerte así si no te gusta la película– me regaña papá escondido detrás del libro que está leyendo.

–Me voy a la cama. Buenas noches– digo maldiciendo mientras tanto la estúpida programación.

Ya en mi dormitorio me quedo ensimismada mirando de nuevo la primera foto de mi peque. Recuerdo cómo latía su corazón, con fuerza y velocidad. Eso me da el coraje que necesito para volver a coger el móvil y enviar otro mensaje.

Rebeca ► *Ojalá pudiera borrarlo todo y empezar de nuevo...*

Sigue sin haber respuesta y lucho para no quedarme dormida esa noche y así no tener que soñar con sus ojos. Pero las lágrimas, el cansancio y el “estado marmota” del embarazo me vencen.

–¡¡Rebeca!! ¿Pero qué te ha pasado? ¿Es que han vuelto a atropellarte?– bromea Lucas sobre mi aspecto al abrirme la puerta de su casa. Son solo las 17:00h y todavía queda mucho tiempo para la boda, pero no aguantaba más en casa. Me subía por las paredes sintiéndome como una imbécil por seguir mirando la pantalla del móvil cada 15 minutos.

–¡Qué gracioso! No he dormido bien. Eso es todo– respondo malhumorada soltando la funda con el vestido para la boda sobre el sofá. Como de costumbre, acudía a mi amigo para una sesión completa de peluquería y maquillaje y después de no haber pegado ojo en toda la noche tendría que esforzarse bastante conmigo.

–Ya...– Me sujeta la barbilla y me gira la cabeza a ambos lados pensativo estudiando mi rostro. – Ración extra de rodajas de pepino frío para la preñada. ¡Pero no te las comas! ¡Son para las bolsas de los ojos!– exclama marchándose a la cocina.

–No sé cómo te soporta Rubén, la verdad. ¿Qué habrá visto en ti?– pregunto socarrona.

–20 centímetros de...

–¡¡Lucas, por favor!!– le interrumpo a tiempo.

–Tú eres la que ha preguntado. Toma, tu pepino.– Lucas me entrega un pequeño cuenco de bambú repleto de rodajas recién cortadas. – Hay de sobra, por si le entra hambre a mi sobrino.

Ignoro el comentario y cojo sólo dos rodajas. El frescor y el alivio que proporcionan sobre la hinchazón de los ojos es inmediato.

Me descalzo y me tumbo a lo largo de un gran sofá de tela blanco salpicado con un romántico estampado floral de grandes rosas grises.

La casa de Rubén era preciosa. Hacía tiempo que no les hacía una visita. La decoración era algo recargada para mi gusto, pero exquisita. Las paredes estaban repletas de cuadros paisajísticos con ricos marcos plateados y fotografías en blanco y negro recordando momentos en Florencia, Venecia y Nápoles. Rubén era un enamorado de la cultura italiana y arrastraba con él a Lucas verano tras verano durante sus vacaciones. Una de las joyas del salón era una elaborada máscara veneciana de color negro azabache rematada con pequeños brillantes y plumas. Siempre permanecía a buen recaudo dentro de una vitrina del salón y nunca me atreví siquiera a probármela. Todo estaba tan ordenado y limpio que intimidaba moverse por allí. Lucas pone algo de música y me deja allí tumbada con mis rodajas de pepino como anteojos, relajándome con la elegante voz de Sinatra mientras él empieza a hacerme la manicura y la pedicura. Ni siquiera miro qué color de esmalte de uñas ha escogido. Una semana atrás me hacía tanta ilusión esa boda. Iba a acudir con Dan y ahora... Suspiro profundamente para no venirme de nuevo abajo.

Odiaba ir las bodas sin acompañante. Siempre había alguna anciana que preguntaba delante de todo el mundo de manera indiscreta por qué no tenía novio o me animaba a luchar por el ramo de la novia para ser la siguiente en pasar por el altar. Pero eso no era lo peor. La gente acababa bebiendo más de la cuenta y tarde o temprano algún moscón ebrio se percataba de mi presencia: una presa fácil, sola y desvalida a la que atacar en el momento en el que las parejitas salían a la pista de baile y me quedaba sola.

Después de un largo rato ya maquillada y peinada, sé que va siendo hora de vestirme cuando Lucas y Rubén aparecen en el salón.

–¡Por favor! ¡Qué guapísimos y elegantes estáis de esmoquin!– exclamo aplaudiendo.

–¡Ja! Lloro como mujer lo que no vas a disfrutar como hombre.– Después de colocarle mejor el lazo de la pajarita, Lucas le planta a su novio un sabroso beso intentando incomodarme.

–Vale, vale. Os dejo solos. Cuidadito con lo que hacéis. Tardo un minuto en estar lista, ¿eh? Cuando me pongo “el vestido” por la cabeza y dejo que se deslice por mis caderas, me doy cuenta por primera vez que mi cuerpo está cambiando debido al embarazo. El raso de azul satinado sigue adaptándose a mis curvas estupendamente, pero en un par de semanas estaría incómoda llevándolo y ya no me valdría. El escote delantero lucía ahora mucho más voluptuoso ya que el pecho había ganado volumen desde la última vez que me probé el modelito.

¡Vaya con el embarazo! Tenía unas tetas estupendas y seguirían creciendo todavía más. Me miro por detrás y me escandalizo un poco.

No recordaba que el corte bajo de la espalda fuese tan atrevido. Los tacones que Lucas me regaló ayudan a reparar y elevar mi dañada autoestima después de una noche horrible y mejoran todavía más el look final. Cuando regreso al salón, mi mejor amigo está haciendo el tonto como siempre.

–¡Una foto, Angelina, por favor!– bromea disparando varias veces el flash de su cámara de fotos y cegándome por completo. – ¡Ahora otra con Brad!– grita empujando a Rubén para que pose conmigo. Le sigue el juego y me coge de la cintura mientras pone morritos a la cámara.

–Dejad de hacer el ganso y vámonos ya– advierto mirando la hora que es. – Si llegamos tarde Rocío nos matará.

–Cielo, estás... fantástica– afirma Rubén fijándose en el escote y abriendo exageradamente los ojos.

–Ahora sólo falta que te lo creas y sonrías más.– Lucas me abraza con cariño.

–Estoy bien, de verdad– le susurro al oído mientras el abrazo se prolonga. ¿Estoy bien? No, sigue doliendo demasiado.

Tardamos casi 30 minutos en llegar a la zona este de la ciudad.

La ceremonia civil iba a celebrarse al aire libre, en los exuberantes jardines de la villa de estilo neoclásico que el padre de la novia había contratado para tan importante ocasión. Se trata de una antigua y majestuosa mansión enclavada sobre un acantilado y con unas imponentes vistas de la bahía y la ciudad de Málaga. Unos guapos camareros dan la bienvenida a los numerosos invitados ofreciendo una copa de cava y obsequiando a las damas también con una rosa color melocotón de tallo largo. Está empezando a anochecer y el camino hacia el jardín lo indica un sendero de macizas velas cuadradas sobre el césped. La brisa del mar trae

consigo el sonido de una pieza de música clásica. Al llegar al jardín en la parte de atrás, un cuarteto de cuerda ameniza la espera a los familiares y amigos de los novios. Más de un centenar de sillas vestidas con telas blancas y enormes lazos en tono salmón se alinean perfectamente bajo un enorme cenador de madera y forja por cuyas columnas trepan jazmines, madreselva y glicinias. Diminutas lucecitas salpican los arbustos y árboles que se encuentran por todo el recinto creando una atmósfera mágica plagada de estrellas.

–¡Ya era hora!– exclama Lidia acercándose a nosotros a paso ligero. Viene cogida del brazo de un enorme y alto rubio de ojos verdes. Debe ser su novio de Mallorca, el empresario que conoció en un restaurante del que éste era dueño. Hacen una bonita pareja, cool y elegante.

–¡Qué guapos todos, por favor! Os presento a Charlie, mi novio. Éstos son mis amigos: Lucas, Rubén y Rebeca.– Lidia se encarga de hacer las presentaciones mientras mira embelesada y orgullosa a su chico. Tiene cierto aire de surfista con la melena ondulada y la piel tostada por el sol mallorquín. No lleva esmoquin, sino un traje gris perla con camisa abierta sin corbata y un discreto de colgante de plata que le otorga una imagen agresiva y algo aventurera. Salta a la legua que están muy enamorados y que llevan demasiado tiempo sin verse. Las muestras de cariño y las miradas de complicidad son constantes mientras exploramos la belleza del entorno dando un breve paseo.

–¿Qué te parece, Rebeca?– Lidia me coge del brazo y se queda rezagada del grupo para una discreta confidencia.

–¿Tu vestido? Perfecto. Estás increíble.

–¡El vestido no, tonta! ¡Charlie!– Está nerviosa.

–Ya lo sé. Estaba bromeando. Es muy atractivo. Ya verás cuando lo vea Patri... – Le brillan los ojos y está más guapa que nunca.

–Ya se lo he presentado y por la sonrisa que ha puesto piensa lo mismo que tú. Debe estar por ahí con el chicarrón que ha traído como acompañante.– Perfecto. Todos con pareja en la mesa menos yo.

–Cuando le recogí en el aeropuerto... Bueno saltaron chispas.

No puedo creer que haya podido estar alejada de este hombre tanto tiempo. Lo cierto es que... creo que cuando regrese a Mallorca me iré con él– confiesa terminando de un trago su copa de cava y desviando la mirada.

–¿Qué? ¿Y tu trabajo en El Manantial? ¿Y la orquesta? Estabas a punto de entrar– replico sorprendida por su inesperada decisión.

–Creía que era la ilusión de tu vida.

–Ya sé que es muy repentino, pero no puedo seguir ni un día más sin él. Me estaba asfixiando. Sabía perfectamente a qué se refería. Conocía esa sensación. De hecho estaba condenada a vivir para siempre de esa manera.

–Dartacán, la ilusión de mi vida es ser feliz y sólo me siento así estando con Charlie. A veces en la vida hay que sacrificar algunas cosas y arriesgarlo todo para no arrepentirse después por no haberlo intentado.

–Me alegro mucho por ti, Lidia. Seguro que todo irá bien– replico emocionada y con ese incómodo e hiriente pellizco de nuevo en el estómago. Yo me arriesgué y salió mal. No aposté de verdad desde el principio por la relación debido a mi estúpida cobardía y no me quedé a defender lo que era mío en un momento crucial. Acabé rompiendo yo solita dos corazones: el de la persona que más amaba del mundo y el mío propio. Dan no había contestado a mis escuetos mensajes. Era obvio que no quería saber nada más de mí. Se había cansado de esperar y perseguirme.

–¿He oído bien? ¿Te vas a marchar para siempre?– pregunta Patri con voz temblorosa a nuestras espaldas. Un moreno algo más bajito que ella y de aspecto tímido la acompaña. Lidia tiene los ojos llorosos y se limita a asentir con la cabeza. Verla así basta para que nos demos un abrazo de grupo con el que casi lloramos las tres ante la cara de estupefacción de los demás.

–¡Todas para una y una para todas!– gritamos al unísono.

–¿Siempre se saludan así?– pregunta el nuevo ligue de Patri mirando a Lucas y Rubén.

–Siempre. – Lucas le guiña un ojo al moreno bajito y Rubén le da un pequeño codazo en las costillas.

–Chicas, de esto ni una palabra a Rocío. No quiero que nada la entristezca en un día tan importante para ella como hoy, ¿entendido? Ya le explicaré que el club de las mosqueperras tendrá que reunirse ahora en Mallorca. ¿Vendréis a verme?– pregunta en tono de súplica.

–¡No lo dudes!– gritamos Patri y yo a la vez.

–Sabía que esos gritos y alboroto sólo podían venir de mis chicas. Tan escandalosas como siempre.– La madre de la novia estaba realmente elegante. Rocío llevaba en el pelo un pequeño tocado brillante con redecillas que formaban pequeñas flores en dos tonos de marrón haciendo juego con su vestido. No solía maquillarse porque decía que le estropeaba la piel, pero esa noche la fuerza de su mirada era espectacular gracias a la

sombra de ojos en tonos tierra y dorado que con toda seguridad le había aplicado una maquilladora profesional.

–¡Rocío!– gritamos de nuevo las tres a la vez abalanzándonos sobre ella para abrazarla.

–Estás estupenda, chica– afirma Patri.

–¡Menudo bombón!– Rubén la coge de la mano y la hace girar un par de veces para pasarle revista de pies a cabeza.

–Gracias, gracias. La que tuvo, retuvo ¿Qué vais a decir si sois mis amigos? ¿Lo estáis pasando bien?

–Tú dirás. El sitio es idílico. Va a ser una ceremonia muy bonita– aseguro apretándole la mano. – Tranquilízate, que todo va a salir perfecto. ¿Y la novia? ¿Cómo está?

–¡Ay, mi niña! ¡Está tan linda! Yo me muero de los nervios, pero ella está demasiado tranquila. ¡Parece que la que me caso soy yo!– Mientras habla está casi temblando y saludando con la mano a conocidos y familiares que va descubriendo entre la multitud de invitados. –Luego nos vemos. Tengo que seguir haciendo de anfitriona. No quiero que mi consuegra se lleve todo el protagonismo por ser la madrina– nos dice en voz baja haciendo una mueca graciosa con la boca.

La ceremonia dura aproximadamente 40 minutos. Antes de que el concejal oficie la boda, varios familiares directos de los novios dedican unas palabras de cariño y buenos deseos a la pareja ante todos los invitados. Pero el discurso sin duda más entrañable y emotivo es el de nuestra amiga Rocío, relatando anécdotas de la infancia de Lorena y advirtiéndole al novio de manera simpática de los defectos y manías de las mujeres de su familia. Termina su discurso recibiendo un caluroso aplauso de todos.

–Toma– dice Lucas ofreciéndome un pañuelo de papel. –Sécate las lágrimas, llorona.

–Gracias. Es que ha sido muy bonito, ¿verdad? Y Lorena está tan guapa...– Intento disimular.

–Te viene largo todo esto, ¿verdad?– Me besa con cariño en la frente. Sabe que le estoy mintiendo y lloro por muchas más cosas.

Lo cierto es que reaccionar así me hace sentir algo mezquina. Comparto la felicidad de los demás pero a la vez su alegría me hunde todavía más en mi miseria sin poder evitarlo.

Fue más fácil mantener la compostura durante la cena. Los invitados iban ocupando las mesas asignadas y ubicadas en dos grandes salones que flaqueaban a su vez el salón de baile. Aquello parecía el interior de un palacio: ricas maderas en suelos y paredes junto con altos zócalos revestidos con la clásica tapicería veneciana. Numerosos espejos proyectaban por todas partes la hermosa luz procedente de suntuosas arañas de cristal que presidían cada habitación. Y yo por supuesto me sentía princesa sin corona, ni reino, ni príncipe...

Hice de tripas corazón y me esforcé por sonreír y participar de la animada conversación de la mesa. Lidia y Charlie, Lucas y Rubén, Patri y... ¿había dicho cómo se llamaba el bajito de la barba? Poco a poco me concentro más en la comida. Como era de esperar en un sitio como ese era exquisita, pero escasa. Necesitaba ir leyendo la carta para identificar la preciosa ración que tenía delante. Dice el dicho que la comida entra por la vista, pero por mucho que mirara el plato venía medio vacío y con lo bonito no se come. ¡Qué manía tan estúpida tenían los chefs de realizar un sin fin de líneas en el plato con las diferentes salsas y olvidarse de lo que realmente importaba: comer de verdad! Cuando llega la hora de pasar al gran salón, suena una lacrimógena balada y los novios bailan abrazados entre arrumacos. Poco a poco les siguen el resto de los invitados. ¡Qué bien te vendría ahora un gin tonic! Escarlata tenía razón. Estaba harta de tanta agua mineral y tanto refresco que me obligaban a ir corriendo al servicio de señoras constantemente. Me escapo a una de las barras de bar preparadas en un lateral de la sala y acaparo la atención de un camarero bastante mayor y canoso.

–Buenas noches. Mi nombre es Duarte ¿Qué desea tomar?– pregunta muy educado realizando incluso una efímera reverencia.

Tiene acento extranjero. ¿Portugués quizás?

–Buenas noches. Mi nombre es Rebeca y... mataría por cualquier cosa que tuviese alcohol– confieso ante la horrorizada expresión del camarero. ¡Dios, debe pensar que soy alcohólica o algo parecido! – Verá... es que las bodas me ponen triste, apenas he comido y además estoy embarazada, así que no he probado ni el cava de bienvenida. Necesito un cóctel super elaborado, en copa grande y repleto de sombrillitas y chorradas de esas. Un cóctel que me anime nada más verlo, aunque no tenga alcohol. ¿Puede ayudarme?– El camarero parpadea atento a mi descabellada confesión y

termina sonriendo.

–No se preocupe. A mucha gente le entristecen las bodas y respecto al cóctel tengo lo que necesita...– añade pensativo. – Vuelva con sus amigos. Se lo llevaré cuando esté listo. Si logra adivinar todos los ingredientes que lleva, le deberé un baile. Alguien tendrá que sacar a bailar a una criatura tan hermosa...

¡¡Menudo galán!! Sonríó como una tonta de oreja a oreja y le doy las gracias por alegrarme la noche de aquella manera. Lidia y Patri están en la pista adosadas a sus chicos, y Lucas y Rubén han salido a los jardines para admirar las luces de la ciudad desde el privilegiado enclave de la villa. Eso o estaban dándose el lote en alguna habitación... Casi todos los invitados están bailando. Sólo los ancianos y los niños pequeños permanecen sentados en la zona de pequeñas mesas y silloncitos que hay dispuesta en un rincón. Miro a mi alrededor y el panorama es deprimente. A mi lado dos abuelas mantienen una conversación en la que compiten para ver cuál de las dos tiene más achaques y toma más pastillas. Dos mocosos corretean acelerados y gritan todo el tiempo. Están enzarzados en una guerra de trozos de pan. De momento el más gordito va ganando, pero al parecer me encuentro en mitad del fuego cruzado y me acribillan en más de una ocasión. Me gustaría marcharme ya a casa, pero sería una grosería por mi parte y no podía hacerle eso a Rocío.

Está radiante y feliz bailando con su marido.

Joder, necesitaba ya mi copa para tener algo con que entretenerme: averiguar los ingredientes de mi cóctel especial. Busco a mi camarero favorito con la mirada y de repente la sangre deja de circular por mis venas. Apoyado de espaldas con los codos en la barra está Dan, observándome fijamente y con semblante serio.

No puedo evitar sobresaltarme dando un respingo en el asiento. ¿Cuándo había llegado? ¿Cómo es que no me había dado cuenta antes de su presencia? ¿Cuánto tiempo llevaba allí mirándome? Y lo más importante... ¿por qué había venido? ¡Ha venido por ti, tonta! Dios... está más guapo que nunca vestido con esmoquin. Parece sacado de un anuncio de colonias. Lleva el cuello de la camisa abierto y el nudo de la pajarita sin hacer.

Desde donde estoy no lo puedo apreciar bien, pero juraría que lleva días sin afeitarse. Entonces me doy cuenta de las ojeras que asoman bajo sus ojos y lo cansado que parece.

Mi Iron Man no está bien y verlo así me rompe el alma y hace que me

ponga en pie como un resorte. Se pasa la mano por el pelo y ese gesto aumenta mi nerviosismo dejándome petrificada sin poder dar un paso adelante. Le habían hecho mucho daño en el pasado y ahora estaba así por mi culpa. Mis piernas parecen haber echado raíces en el suelo porque son incapaces de moverse. ¡Estúpida cobarde!

Sigo hipnotizada por sus lagos grises mientras creo que todo el mundo es capaz de oír el martilleo salvaje de mi corazón. Entonces su expresión empieza a cambiar. Ladea ligeramente la cabeza y una granuja sonrisa curva sus labios. Haría cualquier cosa por esa maldita sonrisa... Sé lo que está pensando. Nos encontramos en una situación similar a cuando nos conocimos en el Flamingo Rock.

Abre la boca y en sus labios puedo leer con claridad "Hola, preciosa". Me derrito por dentro y una enorme sensación de alivio invade todo mi cuerpo, actuando de panacea para el dolor y sufrimiento experimentado durante esa horrible última semana. No me hace falta nada más para echar a correr a sus brazos. Entierro la cara en su pecho y él se aferra a mí con fuerza.

–Nena...– me susurra al oído con voz rota.

–No me sueltes, ¿quieres?– Respiro con profundidad para impregnarme de su olor y sentirme viva de nuevo.

Era un aroma que me volvería loca siempre y lo había echado tanto de menos... No era un sueño. Era muy real. Estaba abrazándome y deseaba que aquel momento durase para siempre. No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecemos así. Dan intenta separarse en un par de ocasiones pero me pego más a él y le abrazo más fuerte.

–Nena, no es que me queje pero... tarde o temprano tendremos que despegarnos.– Me huele el pelo y sé que está sonriendo.

–No quiero– protesto con voz caprichosa.

–Ese vestido bien merece un baile. Vamos.

Me doy la vuelta cabizbaja sin ser capaz de aguantarle la mirada tan cerca y despacio me encamino hacia la pista de baile.

–¡Por el amor de Dios! ¡Pretendes matarme de un infarto!– exclama sorprendido al reparar en el pronunciado corte bajo de mi espalda.

No dejo que vea mi sonrisa de satisfacción. Suena de fondo mi balada favorita de Bruno Mars y doy gracias a las alturas por ese instante perfecto. Estamos rodeados de gente pero siento que es un momento muy íntimo. Los dos estamos nerviosos y no sabemos muy bien qué hacer salvo hablarnos

con la mirada. Por fin Dan me coge de la cintura y me abraza la piel con su contacto. Poco a poco sus dedos vagan por mi espalda y los míos le acarician el cuello y le retuercen suavemente el pelo. ¿Se puede hacer el amor mirándose simplemente a los ojos? Eso era lo que estábamos haciendo.

Ninguno se atreve a decir nada. Cuando la canción termina, trago saliva. La magia se rompe y el miedo me invade de nuevo. La música cambia de registro y una inesperada conga nos expulsa de la pista.

Salimos a los jardines para poder hablar con tranquilidad y el paseo en silencio nos lleva hasta la balaustrada del mirador, donde me apoyo para contemplar la vista nocturna de la ciudad. La luna brilla majestuosa y dominante en el cielo y su reflejo se tatúa en un mar sereno que se deja querer. El viento sopla ligero pero es lo bastante frío como para que empiece a tiritar, sobre todo porque voy medio desnuda. Dan me cubre con su chaqueta y me cobija entre sus brazos y de nuevo nos quedamos cara a cara.

–No respondiste a mis mensajes– digo rompiendo el silencio y anudándole la pajarita. –Creía que habías decidido olvidarte de mí.

–¿Qué? No podría olvidarme de ti nunca.– Desvía la vista a mis labios y yo hago lo mismo con los suyos. –Todavía me duele la cara del bofetón que me diste, nena– se queja sonriendo y torciendo el gesto a la vez.

–Dan, cuánto lo siento, de verdad...– le acaricio la mejilla y me siento abochornada. La barba me raspa la palma de la mano. Debía llevar al menos tres días sin afeitarse.

–Estoy bromeando, nena. El que tiene que pedir perdón soy yo. Perdón por no haberte hablado antes de... de mi situación.– Hace una pausa a tiempo y entiendo que no quiere ni mencionar el nombre de la Barbie. – Tenía miedo de que no lo entendieras o creyeras otra cosa.

–Dan, yo también tengo que decirte...

–Espera– me interrumpe sellándome los labios con un dedo.

–Déjame terminar. Tengo que disculparme además por no haber contestado a tus mensajes y haberte hecho pensar esa locura.

–¿Estabas en un operativo?– Suelta una carcajada y frunzo el ceño expectante.

–No, no estaba en un operativo. Estaba borracho. No es que esté orgulloso, pero ha sido una semana muy dura para mí, nena. Creí que te había perdido para siempre.– Mientras habla sus ojos siguen posados en mi

boca y yo no dejo de temblar. – Necesitaba olvidarme de tu ausencia y sólo lo conseguía con ayuda de whisky. Anoche cogí una cogorza impresionante y me he despertado hace apenas un par de horas. Fue entonces cuando leí tus mensajes. No me lo podía creer. Si no llega a ser por Mar, todavía estoy intentando salir de la cama. Me dio una ducha fría y me atiborró de café con sal. Después recordé que la boda era hoy y lo mucho que detestas venir sola a estas celebraciones. Así que aquí estoy, con una jaqueca impresionante, más feliz que nunca y volviéndome loco por besarte.– Me acaricia con el pulgar el labio inferior y se inclina para besarme.

–Oh, por fin la encuentro– interrumpe Duarte, el camarero, dirigiéndose a mí. – Llevo buscándola un buen rato. Aquí tiene, madame– anuncia solemne alzando una copa ancha de cristal llena de un líquido de color ambarino bajo un jardín de flores multicolores de papel, dos pequeñas sombrillas y una cañita de color verde pistacho. –Un cóctel especial sin alcohol, exclusivo para la embarazada más guapa de la fiesta.

Se hace el silencio durante un segundo y yo cierro los ojos deseando esfumarme por arte de magia. Cuando vuelvo a abrirlos, Dan está pálido y la expresión de su rostro trasmite tantas cosas que no sé qué pensar. Está desconcertado. En sus ojos adivino confusión y... ¿desconfianza? Sí, eso es. Iron Man estaba recordando el día y el momento en el que la Barbie le dijo que iba a ser padre.

¡No! ¡No! Mi pobre peque... Tu padre acaba de enterarse accidentalmente de que existes pero cree eres una mentira, una mentira retorcida, cruel y para colmo plagiada. Esa idea me retuerce las entrañas hasta convertirse en un dolor insoportable.

–Perdón, ¿he dicho algo inconveniente?– se disculpa Duarte intimidado por la atmósfera gélida que de repente nos ha embargado.

–Eso parece...– respondo con la voz quebrada por la pena.

Hasta el jardín llega la música del salón de baile y las risas del resto de invitados. Dan desvía la mirada inquieto. Resulta tan descorazonador... Necesito huir de él, otra vez. Y entonces lo hago. Me pierdo en el interior de la casa a toda velocidad, mientras me maldigo por volver a sentirme así de cobarde y miserable. Subo corriendo dos tramos de escaleras y me encierro en el servicio de señoras. Una estrategia genial. Enhorabuena. ¿Y ahora qué?, pregunta Escarlata irónica e inoportuna como siempre. ¿Ahora? No lo había pensado...

No creo que me busque y si lo hace dudo que dé conmigo en una casa tan

grande y con tanta gente, pienso mientras me miro en el espejo y trago saliva para no llorar por segunda vez ese día. Doy un salto asustada cuando una melodía clásica de móvil retumba en las paredes del baño. Todavía llevaba la chaqueta de Dan y el sonido procedía al parecer de un bolsillo interior. Nerviosa intento cortar la llamada entrante pero acabo deslizando el icono en la dirección equivocada y tengo a alguien al otro lado de la línea esperando. ¡No se puede ser más torpe!

–¡Rebeca! ¡Dónde demonios estás!– Iron Man estaba realmente enfadado.

–Dan, déjalo... de verdad. No importa. Lo entiendo perfectamente. Vete a casa, ¿quieres?

–¿De qué estás hablando? ¡Dime ahora mismo dónde estás!

Apago el móvil y me reclino sobre el lavabo manteniendo un diálogo interno con mi propia imagen en el espejo. La expresión de sus ojos grises al saber que estoy embarazada... Había miedo. Mucho miedo y dolor. Miedo a una nueva mentira y dolor por tener dudas sobre mí. ¿Y qué esperaba? No podía culparle después de todo por lo que había pasado. Pero eso abría una enorme brecha entre nosotros que no podría cerrarse. Dos fuertes golpes en la puerta hacen que pegue un brinco y ahogue un grito.

–¡Rebeca! ¡Abre la puerta ahora mismo!– grita Dan furioso.

Joder... Robocop me había encontrado.

–¿Y para qué? Maite me contó toda la historia de tu ex y cómo te manipuló. Sé que has dudado de mí. Lo he visto en la cara que has puesto al escuchar al camarero. Es algo que no podremos cambiar nunca, ¿verdad? Ha ocurrido tal y como me lo imaginaba. Márchate, por favor.

–No pienso moverme de aquí– afirma con tono más sereno y tramando algo.

–¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer? Yo no voy a salir.

–Oh, nena... Echaba de menos tus desafíos.– ¿Qué habrá querido decir con eso? No se escucha nada al otro lado de la puerta y durante un instante llego a pensar que ha desaparecido.

–Cuento hasta tres– le escucho decir desde más lejos.– Mierda...

–¿Y luego...?

–Voy a derribar la maldita puerta– aclara con frialdad como si se tratase de algo evidente. –Retírate.

–No serás capaz...– le advierto destilando inseguridad en cada palabra.

–Uno...

El pulso se me dispara y al verme fugazmente en el espejo me doy cuenta que estoy mordéndome las uñas. Esto es ridículo. Tengo la vista clavada en el picaporte.

–Dos...

No puedo más. Iron Man nunca se marca faroles y vamos a montar otro espectáculo. Rocío me va a matar. No puedo permitirlo.

–¡Espera!– grito por fin. ¡Ya abro, ya abro!– Me acerco poco a poco y libero el cierre del pomo retrocediendo rápidamente, como si fuese a irrumpir un toro bravo de un momento a otro. Bueno... no estaba del todo equivocada. Dan abre enérgicamente la puerta y vuelve a cerrarla echando de nuevo el seguro. Cuando se vuelve, no soy capaz de aguantarle la mirada.

–¿Qué estás haciendo?– pregunto nerviosa.

–Es la tercera vez que sales corriendo. ¿No crees que se está convirtiendo en una extraña costumbre?– replica con una media sonrisa y la respiración agitada. –No vamos a salir de aquí hasta que aclaremos esto, nena.– Se aproxima a mí con cautela porque no está muy seguro de mi reacción. Me coge de la cintura y me sujeta la barbilla obligándome así a mirarle a los ojos.

–¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Por qué no me lo has contado antes?– Su tono de voz es suave y extremadamente dulce.

–Iba a decírtelo en la cena de tus amigos pero... Bueno, ya sabes lo que ocurrió luego.– Aparto la mirada avergonzada pero él me obliga de nuevo a mantener el contacto visual entre los dos.

–No. No sé qué ocurrió– resopla emitiendo un breve suspiro.

–Lo único que sé es que la mujer de mi vida salió corriendo después de ver a la bruja de mi ex y a partir de entonces no ha querido saber nada más de mí. Ni siquiera querías quedarte a solas conmigo y escuchar lo que tenía que decirte. ¿Tienes idea del infierno que he vivido esta semana sin ti?

Asiento con la cabeza y las lágrimas corren sin control por mis mejillas. El nudo del estómago que apenas me dejaba respirar amenaza con partirme en dos.

–¡Por dios, di algo, Rebeca!

–Yo... Ella me dio a entender que seguíais casados y que yo no era sino otra amante más con la que la engañabas.

–Y la creíste...– replica dolido.

–Joder, Dan. Cuando estuve con gripe y pasaste la noche cuidándome

recuerdo que te pregunté si estabas casado y dijiste que no. Hubiera sido un buen momento para hablarme de ella, ¿no crees?

–Era demasiado pronto y no estaba preparado– niega con la cabeza. – Me habrías echado a patadas de tu apartamento.

–Supongo que tienes razón.– Los dos guardamos silencio durante unos segundos.

–No me ha gustado oírte decir que dudo de ti.– Me acaricia la cara con ambas manos secándome las lágrimas y me derrito por dentro. –Tú no eres ella. En ningún momento lo he pensado.

–Pero... cuando escuchaste al camarero... había miedo en tus ojos.

–¿Miedo? ¡Claro que tengo miedo! ¿Tú no? Acabo de enterarme por un extraño que voy a ser padre y apenas me has dado tiempo de asimilar la noticia, ¿recuerdas? ¿Sabes que eres muy exigente?– protesta besándome en la frente y abrazándome fuerte.

–¿Qué más te ronda por esa cabecita?–inquire agachándose un poco para alinearse con mi mirada.

–Es muy guapa...– confieso cerrando los ojos y sintiéndome ridícula.– Iron Man me coge de la mano.

–Quiero que te mires al espejo, nena. ¿Es que no ves lo que veo yo? Una mujer tan bella por dentro como por fuera. Eres lo más bonito de mi vida y no quiero volver a perderlo jamás.– Se pone detrás de mí y me sujeta por las caderas. Creo que tiene miedo de que salga corriendo de nuevo. La imagen de los dos encerrados en el cuarto de baño hace que acabe sonriendo. Peque iba a tener unos padres bastante locos.

–¿De verdad soy la mujer de tu vida?– le pregunto acariciándole la cara y mirándonos en el espejo. Dan pone los ojos en blanco y despliega su mejor sonrisa.

–Espero que mi hija no sea tan ciega y cabezota como su madre...

–¿Hija? ¿Qué te hace pensar que va a ser una niña?– pregunto curiosa volviéndome.

–Nena, eres demasiada mujer para mí y dudo mucho que me des varones– contesta encogiéndose de hombros. Sus ojos vuelven a posarse ansiosos en mis labios y me provocan un cosquilleo difícil de soportar.

–¿Ah sí? Estás muy seguro, ¿verdad?

–¿Apostamos?–sugiere de inmediato enarcando una ceja.

–De acuerdo...– Una imagen me viene a la memoria y sonrío al

recordarla. –Si es chico quiero que compremos un monovolumen familiar como el de tu hermana.

–¿Qué? No me veo conduciendo un coche así.

–Pues yo sí te veo...– afirmo sonriendo al imaginarle peleando con el cinturón de seguridad para acoplarlo bien a la sillita del bebé.

–¿Tendría que desprenderme de mi burra?– Sus ojos centellean como los de un niño pequeño esperando a obtener permiso para seguir jugando un ratito más a su videojuego favorito.

–Eso jamás– confirmo con un fingido tono autoritario.– Su cara de alivio hace que me eche a reír.

–¿Y si es niña?– recuerda él apretándome más a su cintura y devorándome con la mirada.

Abro mucho los ojos expectantes a cualquier ocurrencia suya y sigo sonriendo, pero él está bastante serio y creo que aguantando la respiración.

–Si es niña... te casarás conmigo.– No me da tiempo a decir nada al respecto. Dan acaba con el cosquilleo de mis labios besándome con pasión. Ese sabor... Lo había echado tanto de menos.

Epílogo

–¡Vamos, Rebeca! Lo estás haciendo muy bien. Sigue así. ¡Todo va muy rápido y ya queda poco! Cuando después de cuatro horas de parto tu ginecólogo te repite lo mismo cada 15 minutos, llega un momento en el que no crees nada de lo que te diga.

–¡Por dios! Recuérdame otra vez por qué no me has puesto la epidural– resoplo al darme las fuertes contracciones una breve tregua.

–Ya sabes por qué.– El médico le lanza a Dan una mirada de autocompasión. El pobre está a mi lado sujetándome con fuerza la mano y más blanco que la pared. –Has llegado al centro hospitalario con demasiados centímetros de dilatación y ya no iba a servirte para nada. Sigue respirando y concéntrate. Tienes que ahorrar energías.

¡Estúpidas clases de preparación al parto! Llegado el momento no me habían servido para nada en absoluto. El dolor era insoportable y parecía que la siguiente contracción acabaría partiéndome en dos haciéndome perder el conocimiento. Tenía que haberlo visto venir. Algo del tamaño de una sandía no podía salir con facilidad por el hueco del tamaño de un limón. ¡Aquello era una película de terror! Intento evadirme del dolor manteniendo la mente ocupada.

Echo la vista atrás y todavía no me lo creía. El embarazo había ido tan rápido y mi vida había cambiado tanto. Compaginar mi trabajo en El Manantial con las oposiciones resultó ser más duro de lo que esperaba, sobre todo conforme mi tripa iba creciendo y el cansancio hacía mella en mí. Por las noches Dan me daba un masaje en los pies y escuchaba paciente mi exposición oral de algunos de los temas más complicados.

Dan... Mi Iron Man. El hombre de mi vida. Pobrecillo, estaba tan nervioso. Se pasaba la mano que tenía libre por el pelo una y otra vez. Si no hubiese sido por su apoyo constante creo que hubiera desistido de presentarme a las oposiciones dadas mis circunstancias.

La fecha de los exámenes coincidía con la semana en que salía de cuentas para el parto. Me acariciaba la barriga con mucha ternura y le pedía entre susurros al bebé que aguantara dentro un poquito más por mamá. Siempre hablaba en femenino. Debido a la curiosa apuesta que teníamos no quisimos

saber el sexo del bebé hasta que llegase el momento, pero él estaba convencido de que sería una niña. No obstante, cada mañana cuando abría los ojos y tropezaba con los suyos me pedía que me casara con él. Siempre le daba la misma respuesta: ¿por qué? Y él siempre contestaba lo mismo: Porque te quiero y no puedo vivir sin ti. Los abogados cortaron definitivamente el lazo que Barbie Superstar le había echado al cuello durante tanto tiempo. Aun así, mi negativa no parecía ocasionarle ningún dolor y conforme se acercaba el parto, la apuesta se iba haciendo cada vez más interesante. Además, pronto descubrí que le gustaba llevarle la contraria a papá, que esperaba por su parte otro nieto en lugar de una nieta. Entre los dos surgió una rivalidad masculina palpable desde el primer día. ¿Acaso no se daban cuenta de lo parecidos que eran? Hombres...

Niña o niño, peque le hizo caso a su padre y aguantó dentro todo el tiempo que duraron las oposiciones. Durante la encerrona (el examen oral), los miembros del tribunal me miraban más la barriga que la cara temiendo que rompiera aguas en cualquier momento. El día que publicaron las listas no me atrevía a comprobar si estaba entre los aprobados y Dan lo hizo por mí.

–¿Y bien?– pregunto aguantando la respiración y cruzando los dedos.

–¿Es que todo lo haces bien?– pregunta abrazándome con su demoledora sonrisa.

¡¡Lo había conseguido!! ¡Por fin! La satisfacción personal era enorme pero de repente sentí algo extraño.

–¿Qué te pasa? ¿No estás contenta?

–Claro que sí... Es que creo que he roto aguas.

A partir de ese momento un dolor inhumano que apenas podía soportar se apoderó de mí. Silvia dio a luz meses antes a dos gemelos preciosos, pero a ella le practicaron una cesárea y dudo mucho que experimentase semejante tortura. Por raro que parezca le llevó la contraria al "sargento de hierro" llamando a sus hijos Bruno y Gonzalo.

El enfado se le pasó cuando los cogió en brazos por primera vez. Sin duda se parecían bastante al abuelo. Dan y yo pudimos ejercer de papás en prácticas de vez en cuando con nuestros sobrinos. Como disponíamos de un bebé cada uno competíamos por todo: quién cambiaba más rápido el pañal, quién conseguía sacarle los gases antes... En lo que siempre le ganaba era en calmarles cuando se ponían nerviosos y empezaban a llorar sin control. Les acunaba en mi pecho con suaves palmadas en el culete y se quedaban

ensimismados observándome.

–Con esas tetas, no me extraña...– se quejaba burlándose de mí.

Una nueva contracción me devuelve al presente. Cuando pasa, casi no puedo ni abrir los ojos.

–Lo estás haciendo muy bien, Rebeca. Ahora quiero que cojas aire y con la siguiente contracción empujes con todas tus fuerzas, ¿de acuerdo?– Asiento con la cabeza porque no puedo ni hablar.

Estoy tan agotada. Dan se acerca y me susurra al oído.

–Puedes hacerlo, nena. Confío en ti.– Me besa en la frente sin soltarme la mano en ningún momento.

–¡Claro que puedo hacerlo!– exclamo recuperando el valor que había perdido.

Supongo que todas las madres experimentan lo mismo llegado el último momento. Cuando crees que ya no puedes más y que vas a desmayarte por el dolor, un sexto sentido hace que reúnas la fuerza necesaria para dar a luz. Cuando por fin sale de mi interior, la sensación es increíble. Había pasado de estar rabiando a una paz total. De repente ya no me dolía nada. Pero lo mejor no fue eso. Lo mejor fue sentir el calor del bebé sobre mi pecho después de que el médico le cortase el cordón umbilical. Olía a vida. Le miro la carita un segundo y después me echo a llorar de alegría como nunca antes.

Era sin duda lo más difícil e importante que había hecho en mi vida.

Dan me besa en los labios y después arroja al bebé con ayuda de una enfermera. Ni siquiera he preguntado si es niño o niña, pero sé que he perdido la apuesta cuando mi hombre le susurra llorando: *Hola, preciosa.*

ÍNDICE

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo